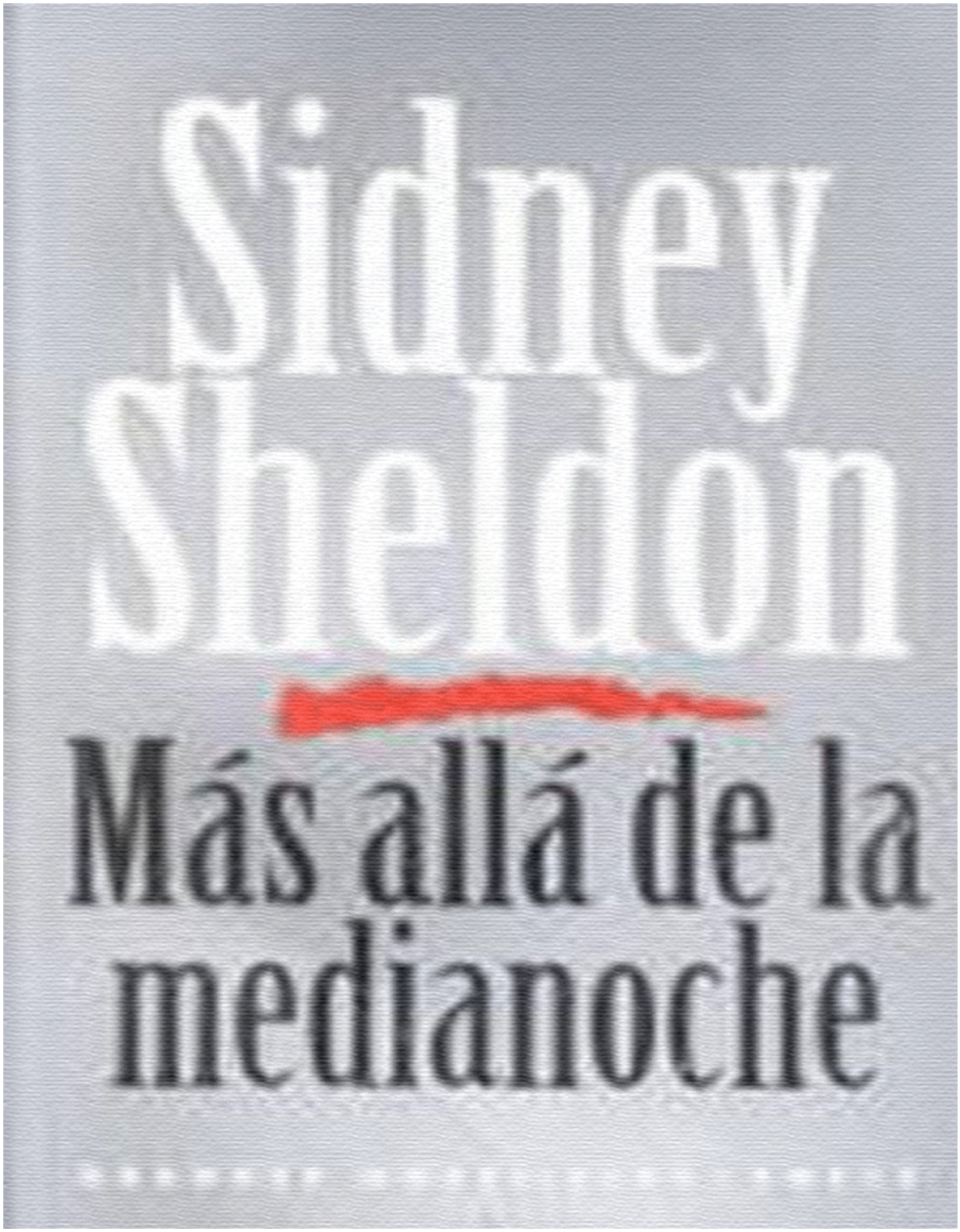
MÁS ALLÁ DE LA MEDIANOCHE
SIDNEY SHELDON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Atenas: 1947

A través del polvoriento parabrisas de su coche, el Oficial de policía Georgios Skouri miraba cómo los modernos edificios de oficinas y los hoteles de los barrios bajos de Atenas se desmoronaban unos tras otros en una lenta danza de desintegración, como hileras de bolos gigantescos en algún juego de bowling cósmico.

—Veinte minutos, —dijo el policía uniformado que iba al volante—. No hay tráfico.

Skouri asintió con aire ausente, sin dejar de mirar los edificios. Era una ilusión que jamás dejaba de fascinarlo. El calor rielante del despiadado sol de agosto envolvía los edificios en olas ondulantes que daban' la impresión de que estuvieran derramándose sobre las calles en una graciosa cascada de acero y vidrio.

Era muy poco más de mediodía y la calle estaba casi desierta, pero hasta los pocos peatones que andaban fuera estaban demasiado aletargados para dedicarle más que una fugaz mirada de curiosidad a los tres coches policiales que corrían velozmente hacia el Este en dirección de Hellenikón, el aeropuerto situado a treinta y dos kilómetros del centro de Atenas. El jefe Skouri iba en el primer automóvil. En circunstancias más habituales, se habría quedado en su oficina, fresca y cómoda, mientras sus subordinados salían a trabajar bajo el calor cegador del mediodía, pero las actuales circunstancias no tenían nada de habituales Y Skouri tenía una doble razón para hacerse presente personalmente. En primer lugar, ese día iban a llegar desde diferentes partes del globo aviones en los cuales viajaban personas muy importantes, y había que ocuparse de que se les diera la adecuada bienvenida y de que pasaran por la Aduana con un mínimo de molestias. Además, y eso era lo más importante, el aeropuerto iba a estar atestado de periodistas y camarógrafos de órganos de difusión extranjeros. Skouri no era ningún tonto y esa mañana, mientras se afeitaba, se le había ocurrido que no le iba a hacer ningún mal a su carrera— si se lo veía en los noticieros mientras se hacía cargo de los ilustres visitantes. Era un extraordinario golpe de suerte el que había decretado que un acontecimiento de resonancia mundial tan sensacional se produjera en sus dominios, y Skouri sería un tonto si no lo aprovechaba. Lo había conversado hasta el último detalle con las dos personas que en el mundo estaban Más próximas a él: su mujer y su amante. Anna, una mujer madura, fea y amarga, de cepa campesina, le había ordenado que se mantuviera a buena distancia del aeropuerto y se quedara entre bastidores para que no pudieran echarle la culpa si algo andaba mal. Melina, su dulce y hermoso ángel de juventud, le había aconsejado que recibiera a los personajes; estaba de acuerdo con él en que un suceso semejante podía lanzarlo inmediatamente a la fama. Si Skouri manejaba bien ese asunto, por lo menos iba a conseguir que le aumentaran el sueldo y —Dios mediante— hasta podía ser que lo ascendieran a Comisario de policía cuando se jubilara el Comisario actual. Por centésima vez Skouri reflexionó sobre la irónica situación de que Melina fuera su mujer y Anna su amante, y una vez más volvió a preguntarse en qué se habría equivocado. Después sus pensamientos se volvieron a lo que tenía que hacer, Debía asegurarse de—que en el aeropuerto todo anduviera sobre rieles. Llevaba consigo a una docena de sus mejores hombres. Sabía que el

problema principal iba a ser controlar a la prensa. Se había quedado azorado ante la cantidad de reporteros de revistas y periódicos importantes que se habían volcado sobre Atenas, provenientes del mundo entero. Al propio Skouri lo habían entrevistado seis veces, cada una en un idioma diferente. Sus respuestas habían sido traducidas al alemán, al inglés, al japonés, al francés, al italiano y al ruso. Precisamente cuando empezaba a disfrutar de su flamante celebridad, el Comisario lo había llamado para informarle que le parecía una imprudencia que el Oficial de policía comentara públicamente un proceso por asesinato que estaba aún por llevarse a cabo. Skouri estaba seguro de que la verdadera motivación del Comisario eran los celos, pero había decidido prudentemente no insistir más y se había negado a conceder nuevas entrevistas. Sin embargo, el Comisario no podría quejarse porque él, Skouri, estuviera casualmente en el aeropuerto y en el centro mismo de la actividad cuando las cámaras de los noticieros registraran el arribo de las celebridades.

Mientras el automóvil aceleraba por la Avenida Sygrou y doblaba a la izquierda hacia el mar, Skouri sintió que se le contraía el estómago. Ya no estaban a más de cinco minutos del aeropuerto. Repasó mentalmente la lista de las celebridades que llegarían a Atenas antes del anochecer.

Armand Gautier se mareaba en los aviones. Tenía un intenso miedo a volar, consecuencia de un excesivo amor de sí mismo y de su vida y eso, combinado con la turbulencia que es habitual sobre las costas de Grecia en verano, le había provocado violentas náuseas. Era un hombre alto, de una delgadez ascética y facciones de erudito, de frente alta y boca perpetuamente sardónica. A los veintidós años, Gautier había contribuido a la formación de La Nouvelle Vague en la esforzada industria cinematográfica francesa, y en los años que siguieron había obtenido triunfos aún más importantes en el teatro. Reconocido como uno de los más importantes directores del mundo, Gautier vivía en función de su rol. Hasta veinte minutos atrás, el vuelo había sido agradabilísimo. Al reconocerlo, las camareras lo habían atendido a la perfección y le habían dado a entender que estaban dispuestas a otras actividades. Varios pasajeros se le habían acercado durante el vuelo para comentarle lo mucho que admiraban sus filmes y sus puestas, pero la que más le interesaba era una bonita joven universitaria inglesa que hacía un curso en St. Anne, en Oxford. Estaba preparando una tesis de doctorado sobre el teatro, y como tema había elegido a Armand Gautier. Éste había accedido a permitirle que lo visitara en su casa al regresar a París y la conversación había andado perfectamente mientras la muchacha no mencionó el nombre de Noelle Page.

—Usted la dirigió, ¿no es cierto? —le preguntó—. Ojalá yo pudiera ver el proceso, Eso va a ser un circo. Gautier se dio cuenta de que estaba aferrándose al asiento y la intensidad de su reacción lo sorprendió. Pese a todos los años transcurridos el recuerdo de Noelle le provocaba un dolor tan agudo como siempre. Nadie lo había afectado jamás en la misma forma que ella, ni lo afectaría. Desde que se había enterado, tres meses atrás, del arresto de NOELLE, Gautier había sido incapaz de pensar en otra cosa. Le había enviado un cable y le había escrito, ofreciéndose para ayudarla, sin recibir jamás respuesta. No había tenido intención de asistir al proceso, pero sabía que no iba a poder mantenerse fuera. Se decía que era porque quería ver si ella había cambiado desde que dejaron de vivir juntos, Pero para sus adentros admitía que había otra razón. Lo que había en él de hombre de teatro tenía que estar presente como testigo del drama, para ver la cara de

Noelle cuando el juez le dijera si iba a vivir, o a morir. Por el intercomunicador se oyó la voz metálica del piloto, anunciando que en tres minutos más estarían aterrizando en Atenas, y la emoción que le provocaba la perspectiva de volver a ver a Noelle hizo que Armand Gautier se olvidara del mareo. El doctor Israel Katz acudía a Atenas desde Ciudad del Cabo, donde era neurocirujano residente y jefe de personal en el Grotte Shur, el imponente hospital nuevo recién acabado de construir. Katz era reconocido como uno de los especialistas más importantes del mundo; las publicaciones médicas estaban llenas de noticias de sus innovaciones y entre sus pacientes se contaban un primer ministro y un rey. Se recostó en el asiento del BOaC 707. era un hombre de estatura mediana, de rostro enérgico e inteligente donde los ojos castaños aparecían profundamente hundidos, y cuyas manos largas y delgadas parecían tener vida propia. El doctor Katz estaba, cansado y como siempre, el cansancio hacía que empezara a sentir el dolor habitual en la pierna derecha que ya no tenía, una pierna que seis años atrás le había sido amputada por un gigante con un hacha. Había tenido un día muy largo. Una operación antes del amanecer, visitas a media docena de pacientes y después había abandonado una reunión de la junta de Directores en el hospital para volar a Atenas y presenciar el proceso. Su mujer, Esther, había procurado disuadirlo

—Ahora ya no puedes hacer nada por ella, Israel.

Posiblemente tuviera razón, pero en una ocasión Noelle Page había arriesgado la vida para salvarlo a él y, Katz se sentía en deuda. Al pensar ahora en Noelle sintió la misma sensación indescriptible que lo había invadido cada vez que estuvo con ella. Era como si el simple recuerdo de Noelle pudiera disipar los años que los separaban. Claro que apenas si era una fantasía romántica. Nada podría llevarlo de vuelta a esos años. El doctor Katz sintió cómo el avión se sacudía al bajar el tren de aterrizaje y empezar el descenso. Miró por la ventanilla y divisó a sus pies El Cairo, desde donde otro avión lo llevaría a Atenas, y a Noelle. ¿Sería culpable de asesinato? Mientras el avión empezaba a carretear, recordó aquel otro crimen que Noelle había cometido en París

Philippe Sorel se acomodó en la barandilla de su yate, mirando cómo se acercaba el puerto de El Pireo. El viaje por mar le había resultado grato porque era una de las escasas oportunidades en que podía eludir a sus admiradores. Sorel era una de las pocas atracciones taquilleras indudables en el mundo, aunque las dificultades con que había tropezado para llegar al estrellato habían sido tremendas. No era un hombre apuesto; al contrario. Tenía la cara de un boxeador que hubiera perdido su última docena de encuentros. le habían roto la nariz varias veces, tenía el pelo bastante ralo y rengueaba ligeramente al caminar. Nada de todo eso importaba, porque Philippe Sorel tenía sex appeal. Era un hombre educado y de hablar suave y la combinación de su delicadeza innata con la cara y el cuerpo de un camionero enloquecía a las mujeres y hacía que los hombres lo consideraran como un héroe. Todos los días el correo le traía un mar de joyas, dinero, prendas íntimas femeninas y propuestas lascivas. Mientras su yate seguía aproximándose al puerto, Sorel volvió a preguntarse qué era lo que estaba haciendo allí. Había postergado una película que le interesaba hacer con el fin de presenciar el proceso de Noelle. Demasiado se daba cuenta de que iba a ser fácil blanco para la prensa, sentado día a día en el tribunal sin la protección de sus agentes de prensa y de sus representantes. Era indudable que los reporteros interpretarían mal su presencia, pensando que era un

intento de conseguir publicidad gracias al proceso en que su antigua amante sería juzgada por asesinato. Desde cualquier ángulo que la mirara, la experiencia iba a ser penosa, pero Sorel tenía que volver a ver a Noelle, tenía que saber si había alguna forma en que pudiera ayudarla. Mientras el yate empezaba a deslizarse a lo largo del rompeolas de piedra blanca del puerto, Sorel pensó en aquella Noelle que él había conocido, con quien había vivido y que había amado, y llegó a una conclusión: Noelle era perfectamente capaz de asesinar. Mientras el yate de Philippe Sorel se acercaba a la costa griega, el Adjutor Especial del Presidente de los Estados Unidos estaba en un Clipper de la Pan American, a cien millas aéreas al Noroeste del aeropuerto de Hellenikón. William Fraser era un apuesto cincuentón de cabellos grises, rostro accidentado y modales autoritarios. Aunque tenía los ojos fijos en los papeles que llevaba en la mano, hacía más de una hora que no daba vuelta —una página. Fraser había pedido licencia para hacer el viaje, por más que el momento fuera de lo más inconveniente, en mitad de una crisis de gabinete. Sabía 'lo dolorosas que iban a ser para él las próximas semanas y no obstante sentía que no le quedaba otra posibilidad. Su viaje era de venganza, y ante esa idea, Fraser se sentía colmado de helada satisfacción. Deliberadamente, apartó sus pensamientos del proceso que empezaría al día siguiente, y miró por la ventanilla del avión. Muy abajo alcanzaba a ver un barco de excursión con la proa puesta hacia Grecia, cuya costa se vislumbraba a la distancia. Hacía tres días que Auguste—Lanchon estaba mareado y aterrorizado. Mareado porque el barco de excursión que había tomado desde Marsella había sido alcanzado por la cola de un mistral, y aterrorizado al pensar que su mujer podría descubrir lo que estaba haciendo. Auguste Lanchon era un hombre gordo y calvo de más de sesenta años y piernas cortas como muñones y la cara picada de viruela; sus ojos eran porcinos, y entre los labios delgados sostenía constantemente un cigarro barato. Lanchon era propietario de una tienda en Marsella y no podía darse el lujo —o por lo menos eso era lo que le repetía siempre a su Mujer— de tomarse vacaciones como los ricos. Claro, se dijo, que en realidad esto no eran vacaciones. Tenía que volver a ver a su querida Noelle. En los años transcurridos desde que ella lo abandonara, Lanchon había seguido ávidamente su carrera en las columnas de revistas y periódicos. Cuando Noelle se presentó como estrella en la primera comedia, él se había ido en tren a París para verla, pero la estúpida de su secretaria no lo había dejado hablar con ella. Después había ido viendo una y otra vez las películas en que ella intervenía, recordando cómo en un tiempo ella le había hecho el amor. Sí, ese viaje le iba a salir caro, pero Auguste Lanchon estaba seguro de que iba a valer hasta el último centavo. Su preciosa Noelle se iba a acordar de lo bien que solían pasarlo juntos y se volvería hacia él en busca de protección. Entonces, si no costaba demasiado, Lanchon sobornaría a un juez o a algún otro funcionario y le pondría un pequeño departamento en Marsella, donde Noelle estuviera siempre disponible cuando él la quisiera.

Ojalá que su mujer no se enterara de lo que estaba haciendo.

En la ciudad de Atenas, Frederick Stavros trabajaba en su minúscula oficina legal situada en el segundo piso de un viejo y derruido edificio del sector más pobre de la ciudad. Stavros era un joven ambicioso y decidido que luchaba por ganarse la vida con la profesión que había elegido. Como no podía pagarse un ayudante, tenía que hacer solo todo el fastidioso trabajo de investigación legal. Habitualmente, esa parte de su tarea lo enfermaba, pero esta vez la hacía sin lamentarse porque sabía que si ganaba esa causa, sus

servicios serían tan solicitados que en su vida tendría que volver a preocuparse. El y Elena podrían casarse e iniciar una familia. Se mudaría a un piso de lujosas oficinas, podría tener empleados y hacerse socio de un club de moda, como el Athenee Lesky, donde podría conocer ricos clientes potenciales. La metamorfosis ya había empezado. Cada vez que Frederick Stavros salía a las calles de Atenas, alguien que había visto su foto en el periódico lo reconocía y lo paraba. En Pocas semanas había saltado del anonimato a ser el abogado defensor de Larry Douglas. En el secreto de su alma, Stavros admitía que no le había tocado el mejor cliente. Él habría preferido defender a la encantadora Noelle Page y no a un desconocido como Larry Douglas, pero un pobre no puede elegir. Ya era bastante que él, Frederick Stavros, tuviera una importante participación en el proceso por asesinato más sensacional del siglo. Si absolvían a los acusados la gloria alcanzaría para todos. Sólo una cosa inquietaba a Stavros, y en ella pensaba continuamente. A ambos acusados les imputaban el mismo crimen, pero el abogado que defendía a Noelle Page era otro. Si a ella la declaraban inocente, y a Larry Douglas lo condenaban... ... Stavros se estremeció y trató de no pensar en eso. Los reporteros no dejaban de preguntarle si él pensaba que los acusados eran culpables. Tanta ingenuidad lo hizo sonreír. ¿Qué importaba que fueran culpables o inocentes? Tenían derecho a la mejor defensa legal que se pudiera comprar con dinero. Claro que en su caso la definición era un poco exagerada. Pero en el caso de Noelle Page... ya era otra cosa. Su defensa estaba a cargo de Napoleón Chotas, y en el mundo no había abogado criminalista más brillante. Chotas jamás había perdido un caso importante. Al pensarlo, Frederick Stavros sonrió para sus adentros. No se lo habría admitido a nadie, pero su plan era llegar a la victoria en ancas de la montura de Napoleón Chotas. Mientras Frederick Stavros se afanaba en su oscuro despacho, Napoleón Chotas estaba en una cena de etiqueta, en una lujosa mansión de uno de los sectores elegantes de Atenas. Era un hombre delgado y de aspecto cadavérico en cuyo rostro arrugado resplandecían, grandes y tristes, unos ojos de sabueso. Tras sus modales suaves Y vagamente perplejos ocultaba una mente brillante e incisiva. Mientras jugueteaba con el postre, Chotas pensaba, preocupado, en el proceso que empezaría al día siguiente. La mayor parte de la conversación de la velada se había centrado en torno de ese tema. Las cosas se habían mantenido en un nivel de generalidades, pues los invitados eran demasiado discretos para plantearle preguntas directas. Pero hacia el final de la noche, cuando el coñac hizo su generosa aparición, la dueña de casa había sido más franca. —Cuéntenos ¿piensa usted que son culpables?

—¿Cómo van a serlo? —Preguntó inocentemente Chotas, provocando algunas risas—. Si uno de ellos es cliente mío.

—¿Cómo es en realidad Noelle Page?

—Una mujer de lo más excepcional, —respondió cuidadosamente Chotas, después de cierta vacilación—. Es bella y talentosa...

Con sorpresa, descubrió de pronto que estaba mal dispuesto a hablar de ella. Además, no había forma de captar a Noelle con palabras. Hasta hacía unos meses, Chotas apenas si había sabido de ella que era una figura fascinante que daba que hablar a los comentaristas del mundo cinematográfico y adornaba las tapas de las revistas. jamás había llegado a verla y si alguna vez había pensado en ella, era con el mismo desdén indiferente que le merecían todas las actrices. Puro cuerpo, sin nada de cerebro. Pero ¡por Dios, cómo se había equivocado! Desde que había

conocido a Noelle estaba desesperadamente enamorado de ella. A causa de Noelle Page había infringido su norma cardinal: nunca te dejes complicar emocionalmente con un cliente. Chotas recordaba vívidamente la tarde que lo habían llamado para que se hiciera cargo de su defensa. Estaban preparando el equipaje —Para un viaje que él y su mujer iban a hacer a Nueva York, donde su hija acababa de tener su primer hijo y Chotas pensaba que nada podría haberlo disuadido de que hiciera ese viaje. Pero habían bastado dos palabras. En el recuerdo, Chotas volvía a ver a su mayordomo que entraba al dormitorio y le entregaba el teléfono, diciéndole:

—Constantin Demiris

A no ser que se llegara a ella en helicóptero o en yate, la isla era inaccesible y tanto el campo de aterrizaje como el puerto privado estaban patrullados por guardias armados, acompañados de bien adiestrados ovejeros alemanes. durante las veinticuatro horas del día, La isla era el dominio particular de Constantin Demiris, y nadie tenía acceso a ella sin invitación. A lo largo de años, entre sus visitantes se habían contado reyes y reinas, presidentes y ex presidentes, estrellas cinematográficas, cantantes de ópera y pintores y escritores de fama. Todos se habían ido impresionados. Constantin Demiris era dueño de la tercera fortuna del mundo y uno de los hombres más poderosos; tenía además gusto y estilo y sabía cómo gastar el dinero para convertirlo en belleza. En ese momento Demiris estaba en su suntuosa biblioteca, cómodamente hundido en un sillón, mientras fumaba uno de los cigarrillos egipcios que se hacía preparar especialmente, y pensaba en el proceso que empezaría la mañana siguiente. Hacía meses que el periodismo trataba de acercársele, pero Demiris se había mantenido inaccesible. Ya era bastante con que a su amante la procesaran por asesinato y con que el nombre de él, aunque fuera indirectamente, se viera envuelto en el caso. Se negó a aumentar el frenesí presentándose a entrevista alguna. Demiris se preguntó cómo se sentiría ahora Noelle, en ese momento, en su celda de la prisión de la calle Nikodemos. ¿Estaría dormida? ¿Despierta? ¿Llena de pánico ante la ordalía que la esperaba? Pensó en su última conversación con Napoleón Chotas. Demiris tenía confianza en Chotas y sabía que el abogado no le iba a fallar. El le había hecho entender que no tenía que preocuparle si Noelle era inocente o culpable. De lo que Chotas tenía que ocuparse era de ganarse hasta el último centavo de los increíbles honorarios que le pagaba Constantin Demiris. No, no tenía motivo alguno para preocuparse; el proceso iba a andar bien. Como Constantin Demiris era un hombre que jamás se olvidaba de nada, recordó que las flores favoritas de Catherine Douglas eran las Triantafylias, las hermosas rosas de Grecia. Se enderezó y buscó un anotador sobre su escritorio. Triantafilias, escribió. Catherine Douglas era lo menos que podía hacer por ella.

LIBRO UNO

CATHERINE
Chicago: 1919—1939

1

Cada ciudad tiene una imagen distintiva que le es propia, una personalidad que le da su sello único y especial. En la década de 1920,

Chicago era un gigante inquieto y dinámico, áspero y sin distinción, un pie calzado todavía con la bota de la época despiadada de los pioneros que le dieron nacimiento: William B. Ogden y John Wertworth, Cyrus McCormick y George M. Pullman. Era un reino que pertenecía a monarcas como Philip Armour y Gustavus Swift y Marshall Fields. Era el dominio de los imposibles gángsters profesionales como Hymie Weiss y Scarface, Al Capone y de ansiosos aficionados como Leopold y Loeb.

Uno de los primeros recuerdos de Catherine Alexander era que su padre la llevaba a un bar con el piso cubierto de aserrín y la sentaba en un taburete tan alto que ella se mareaba. Después pedía un enorme vaso de cerveza para él y un refresco para Catherine. Ella tenía entonces cinco años y recordaba lo orgulloso que se ponía su padre cuando los extraños se amontonaban a su alrededor para admirarla. Todos los hombres pedían algo para beber y su padre los invitaba. Catherine recordaba cómo se apretaba contra el brazo de él para asegurarse de que su padre seguía allí. Eso sucedía cuando él acababa de volver al pueblo y la niña sabía que pronto volvería a irse. Su padre era viajante de comercio y le había explicado que por su trabajo tenía que viajar a ciudades lejanas y estar durante muchos meses lejos de ella y de su madre, para después poder traerles lindos regalos. Catherine había intentado desesperadamente hacer un trato con él: si su padre se quedaba con ella, Catherine renunciaría a los regalos. Él se había reído, diciéndole que era una criatura muy precoz, y había vuelto a irse. Seis meses pasaron sin que ella volviera a verlo. Durante esos primeros años su madre, a quien veía todos los días, le parecía una personalidad vaga e informe, en tanto que la del padre a quien sólo veía en fugaces ocasiones se le presentaba con maravillosa claridad y nitidez. Catherine lo consideraba un hombre apuesto y alegre, lleno de humor chispeante y de gestos cálidos y generosos. Las ocasiones en que él estaba en casa eran como días de fiesta, llenos de placeres, regalos y sorpresas. Cuando Catherine tenía siete años, al padre lo despidieron del trabajo y la vida de todos asumió una forma nueva. Se fueron de Chicago y se mudaron a Gary, un pueblo de Indiana donde él empezó a trabajar como vendedor en una joyería. Catherine ingresó por primera vez a la escuela. Tenía con los demás niños una relación cautelosa y distante y se sentía aterrorizada ante las maestras, que interpretaban su solitario retraimiento como vanidad. El padre volvía todas las noches a cenar y por primera vez en su vida Catherine sintió que tenía una verdadera familia, como todas las demás. Los domingos, los tres iban a la playa y alquilaban caballos y durante una o dos horas recorrían las dunas arenosas. A Catherine le gustaba vivir en Gary, pero seis meses después de haberse mudado allí, su padre volvió a quedarse sin trabajo—'y se fueron a Harvey, un suburbio de Chicago. La escuela ya había empezado y Catherine fue —la nueva" y se sintió excluida de todas las amistades que ya se habían establecido. Se convirtió en la solitaria. Seguros al amparo de sus grupos, los niños se acercaban a la esmirriada recién venida para burlarse cruelmente de ella. Durante los años que siguieron Catherine se revistió de una armadura de indiferencia, que usaba como escudo contra los ataques de los otros niños. Cuando conseguían perforar su armadura, devolvía los golpes con un ingenio cáustico y punzante. Su intención era alejar a sus torturadores para que la dejaran en paz, pero consiguió un efecto inesperadamente distinto. Estaba trabajando en el periódico escolar y en su primera reseña de un espectáculo musical que habían ofrecido sus compañeros, escribió: —Tommy Belden tenía un solo de trompeta en el

segundo acto, pero lo hizo sonar—. La línea se comentó en toda la escuela y —sorpresa increíble— al día siguiente Tommy Belden fue a buscarla para decirle que le había parecido muy graciosa.

En otra ocasión, el profesor de inglés le puso una excelente nota por la lacónica observación, tan ácida como ingeniosa, en que había condensado su comentario de un libro. Sus compañeros empezaron a citar las salidas de Catherine y no pasó mucho tiempo sin que la consideraran el talento de la escuela.

Cuando Catherine cumplió los catorce, su cuerpo empezaba ya a mostrarse como una promesa de femenina madurez. La muchacha se pasaba horas estudiándose ante el espejo y pensando cómo modificar el desastre que veía allí reflejado. Por dentro, Catherine era Myrna Loy, que enloquecía a los hombres con su belleza, pero el espejo que era su peor enemigo le mostraba un pelo negro irremediablemente enmarañado, dos solemnes ojos grises, una boca que parecía más grande cada vez que se miraba y una nariz vuelta ligeramente hacia arriba. Tal vez, se decía prudentemente Catherine, no fuera en realidad fea, pero tampoco nadie iba a echar abajo las puertas para contratarla como estrella de cine. Chupándose las mejillas hacia adentro y entornando los ojos de manera insinuante, procuraba ver qué efecto haría como modelo, pero el resultado era deprimente. Intentaba otra pose: los ojos bien abiertos, expresión ansiosa, sonrisa amistosa y amplia, Inútil; tampoco era la típica muchacha norteamericana. En realidad, no era nada. De cuerpo iba a estar bastante bien, suponía, pero nada especial. Y naturalmente, era eso lo que Catherine anhelaba más que nada en el mundo: ser algo especial, ser Alguien, dejar huella y no morir; no morir nunca, nunca, nunca.

El verano que cumplió los quince años, Catherine tropezó con las publicaciones de Mary Baker Eddy y se pasó dos semanas concentrándose una hora diaria ante el espejo, empeñada en conseguir que su imagen reflejada se volviera hermosa. Pasado ese tiempo no había conseguido detectar más cambio que una nueva erupción de acné en el mentón y un punto negro en la frente. Renunció a los dulces, a Mary Baker Eddy y a mirarse al espejo.

Catherine y su familia habían vuelto a Chicago y se habían instalado en un departamento pequeño y sombrío del sector Norte, en Rogers Park—, donde los alquileres eran baratos. El país se acercaba cada vez más a una depresión económica. El padre de Catherine trabajaba menos y bebía más, y él y su mujer vociferaban continuamente, enrostrándose una interminable serie de recriminaciones que hacían que Catherine huyera de la casa. Solía irse a la playa que quedaba a unas cinco o seis cuadras de distancia, a caminar por la costa dejando que el viento le prestara alas a su cuerpo esbelto. Se pasaba largas horas con los ojos fijos en el inquieto lago gris, llena de una desesperada ansiedad para la cual no podía encontrar nombre. Estaba tan necesitada de algo que a veces su deseo la invadía como una oleada súbita de dolor intolerable. Catherine había descubierto a Thomas Wolfe y en sus libros encontraba algo como la imagen reflejada de esa nostalgia agridulce que la llenaba entera, pero era la nostalgia de un futuro que todavía no había sucedido, como si alguna vez, en alguna parte, Catherine hubiera vivido ya una vida maravillosa y estuviera impaciente por volverla a vivir. Se habían iniciado ya sus períodos y, por más que físicamente estuviera convirtiéndose en mujer, Catherine sabía que sus necesidades, sus anhelos, esa dolorosa avidez no eran físicos ni tenían nada

que ver con el sexo. Era una urgente y aguda necesidad de que la reconocieran, de elevarse por encima de los millones y millones de personas que pululaban sobre la tierra, de manera que todos supieran quién era ella, que al verla pasar dijeran. —Ahí va Catherine Alexander. la famosa.." La famosa ... ¿qué? Ahí estaba el problema, Catherine no sabía lo que quería; sólo sabía que lo necesitaba desesperadamente. Los sábados a la noche, cuando tenía suficiente dinero, iba a alguna de las salas cinematográficas de su barrio, a ver películas. Se perdía completamente en el mundo maravilloso y sofisticado de Gary Grant y Jean Arthur, se reía con Wallace Beery y Marie Dressler y se angustiaba con los románticos desastres de Bette Davis. A Fred Astaire lo sentía más próximo que a su propio padre. Cuando Catherine estuvo en el último año de la escuela secundaria ya había hecho las paces con su archienemigo, el espejo. Tenía un rostro interesante y despierto. El pelo era de un negro azulado y la blancura del cutis, suave 'y cremosa. De rasgos regulares Y finos, tenía boca expresiva y generosa e inteligentes ojos grises. Lucía una buena figura, con pechos firmes y bien desarrollados, una suave curva en las caderas y piernas hermosamente torneadas. Pero en la muchacha del espejo había un aire de aislamiento, una distancia que Catherine no sentía en si misma, como si su reflejo poseyera una característica que ella no tenía. Era, se imaginó, parte de la armadura protectora que había usado desde sus primeros días escolares.

La Depresión se había convertido en un torno que ajustaba cada vez más a la nación, y el padre de Catherine no terminaba de meterse en grandes negocios que, al parecer, jamás se materializaban. Estaba constantemente devanando sueños, inventando cosas que les iban a traer millones de dólares. Ideó un sistema de gato que se colocaba sobre las ruedas de un automóvil y se podía bajar mediante un botón ubicado en el tablero, pero a ninguno de los fabricantes de automóviles le interesó. Inventó una señal eléctrica rotatoria para proyectar anuncios en el interior de los supermercados; hubo una breve racha de reuniones importantes y después el asunto se extinguió.

Entonces le pidió dinero prestado a Ralph, su hermano menor, para instalar en un camión un taller de zapatero remendón y hacer arreglos a domicilio. Durante horas, habló de sus planes con Catherine y su madre.

—No puede fallar, —les explicó—. ¡Imagínense, que el remendón venga a la puerta de la casa de uno! Es algo que nadie ha hecho. Ya tengo listo un camión, ¿verdad? Con que saque veinte dólares por día, son ciento veinte dólares semanales. Dos camiones darían doscientos cuarenta por semana; en un año tendré veinte camiones, es decir, dos mil cuatrocientos dólares por semana. Ciento veinticinco mil por año. Y eso no es más que el comienzo ...

Dos meses después, el zapatero y el camión desaparecieron, y ese fue el final de otro sueño.

Catherine había acariciado la esperanza de poder ir a la Universidad del Noroeste. Era la mejor alumna de su clase, pero aunque consiguiera una beca le iba a ser difícil manejarse, y Catherine sabía que se aproximaba el día en que tendría que dejar la escuela y ponerse a trabajar con horario completo. Se buscaría empleo como secretaria, pero estaba decidida a no renunciar jamás al sueño que iba a darle a toda su vida un significado tan rico y maravilloso; y el hecho de que no supiera ni cuál era el sueño ni cuál el significado hacía que todo se le presentara tanto más triste e inútil. Se dijo que tal vez estuviera atravesando la adolescencia. Fuera lo que fuese, era

infernal. Los chicos son demasiado jóvenes para tener que pasar por la adolescencia, pensaba amargamente Catherine. Había dos muchachos que creían estar enamorados de ella. Uno era Tony Korman, que algún día iba a trabajar en el estudio de abogado de su padre y era veinte centímetros más bajo que Catherine. Tenía la piel pegajosa y un par de ojos miopes y acuosos que la adoraban. El otro era Dean McDermott, gordo y tímido, que quería ser dentista. Claro que estaba también Ron Peterson, pero Ron era una categoría en sí mismo. Era el astro futbolístico del colegio, y todo el mundo decía que para cualquiera era fácil la universidad, si tenía una beca de atletismo. Ron era alto y de hombros anchos, tenía aspecto de ídolo cinematográfico y era, de lejos, el muchacho más popular del colegio. La única circunstancia que impedía que Catherine se comprometiera inmediatamente con Ron era el hecho de que él ni se hubiera dado cuenta de su existencia. Cada vez que se cruzaban en los corredores, a Catherine empezaba a latirle salvajemente el corazón. Se proponía decirle algo inteligente y atractivo, de modo que él le pidiera una cita, pero cuando se acercaba a Ron, se le endurecía la lengua y los dos se cruzaban en silencio. Como el Queen Mary y una barcaza de chatarra, pensaba tristemente Catherine. El problema financiero seguía agudizándose. Debían ya tres meses de alquiler y la única razón de que no los hubieran desalojado era que la dueña de casa estaba fascinada por el padre de Catherine y la grandiosidad de sus planes e inventos. Al escucharlo, Catherine experimentaba una punzante tristeza; su padre seguía siendo alegre y optimista, pero ella alcanzaba a ver más allá de la antigua fachada. Ese encanto maravilloso y desaprensivo que siempre había impregnado todo lo que él hacía de una pátina de alborozo se había desgastado. A Catherine le hacía pensar en un muchachito en el cuerpo de un hombre de edad mediana, inventando cuentos de un futuro glorioso para encubrir los fracasos del pasado. Más de una vez lo había visto invitar a una" docena de amigos a cenar en su restaurante favorito y después llamar alegremente aparte a uno de sus huéspedes para pedirle prestada la suma necesaria para pagar la cuenta. y dejar, naturalmente, una generosa propina. Generosa, siempre, pues tenía que mantener su reputación. Pero pese a todas esas cosas y pese al hecho de que Catherine tuviera conciencia de que para ella, él había sido un padre casual e indiferente, la muchacha lo amaba.

Amaba su entusiasmo y su alegre energía en un mundo de gente

sombría y de ceños fruncidos. En él, esa condición era un don con el que siempre había sido generoso.

En definitiva, pensaba Catherine, él era más feliz con sus sueños maravillosos que no se materializarían jamás, que su madre siempre temerosa de soñar.

En abril, la madre de Catherine murió de un ataque al corazón. Fue el primer enfrentamiento de la muchacha con la muerte. Amigos y vecinos llenaron el pequeño departamento, ofreciéndoles sus condolencias con esa piedad falsa y amortiguada que suscita la tragedia. La muerte había reducido a la madre de Catherine a una minúscula figura arrugada sin fuerza ni vitalidad o tal vez, pensó la joven, fuera la vida lo que le había hecho eso. Procuró evocar recuerdos que ella y su madre hubieran compartido, risas que hubieran sido de ambas, momentos en que sus corazones se hubieran acercado; pero el que siempre aparecía en su recuerdo era su padre, entusiasta, alegre y ávido. Era como si la vida de su madre fuera una pálida sombra que se esfumaba bajo la luz de la memoria.

La muchacha miraba la cerúlea imagen de su madre en el ataúd, vestida con un sencillo vestido negro de cuello blanco, y pensaba cómo se había desperdiciado esa vida. ¿Qué sentido había tenido? Volvieron a invadirla los sentimientos que había tenido años atrás, la decisión de ser alguien, de dejar su sello en el mundo, para no ir a terminar en una tumba anónima sin que el mundo supiera, ni le importara, que Catherine Alexander hubiera vivido alguna vez, y muerto, y retornado al Polvo.

Ralph, el tío de Catherine, vino en avión desde Omaha con su mujer, Pauline, para asistir al funeral. Ralph era diez años menor que el padre de Catherine y no se parecía en nada a su hermano. Trabajaba con mucho éxito en una firma que enviaba productos farmacéuticos contra reembolso. Era un hombre grande y cuadrado: hombros cuadrados, mandíbula cuadrada, barbilla cuadrada y, Catherine estaba segura, cerebro cuadrado. Su mujer parecía un pájaro, toda piares y aleteos. Eran personas bastante decentes y Catherine sabía que Ralph le había prestado gran cantidad de dinero a su padre, pero de todas maneras la muchacha sentía que no tenía nada en común con ellos. Como la madre de Catherine, eran gente sin sueños. Después del funeral, el tío Ralph dijo que quería hablar 'con Catherine y su padre. Se sentaron en el diminuto living room del departamento mientras Pauline revoloteaba con bandejas de café y masitas. —Sé que las cosas se te han puesto muy mal financieramente, —le dijo el tío Ralph a su hermano—. Eres demasiado soñador, y lo fuiste siempre. Pero eres mi hermano y no puedo dejar que te hundas. Pauline y yo lo hemos hablado, y quiero que te vengas a trabajar conmigo. —¿En Omaha?

—Te vas a ganar bien la vida, y Catherine puede vivir con nosotros. La casa es bien grande. A Catherine se le fue el alma a los pies. ¡Omaha! Era el fin de todos sus sueños. —Déjame que lo piense, —respondió su padre.

—Vamos a tomar el tren de las seis, —le advirtió el tío Ralph—. Dame tu respuesta antes de que nos vayamos.

Cuando Catherine y su padre se quedaron solos, él exclamó: _¡Omaha! Apuesto a que ni siquiera hay una peluquería decente. Pero Catherine sabía que estaba montando un espectáculo para ella. Con una peluquería decente o sin ella, a su padre no le quedaban alternativas. La vida había terminado por acorralarlo. A Catherine le parecía que su padre hubiera envejecido en los últimos meses. En su rostro había arrugas nuevas, y el pelo había raleado. La muchacha pensaba qué pasaría con el ánimo de ese hombre si tenía que adaptarse a una tarea estable y aburrida con horario regular. Sería como un pájaro enjaulado que se golpea las alas contra los alambres, muriéndose de encierro. En cuanto a ella, tendría que olvidarse de la Universidad del Noroeste.

Se había presentado a optar por una beca pero no había tenido respuesta. Esa tarde su padre llamó por teléfono a su hermano para decirle que aceptaba el trabajo.

A la mañana siguiente Catherine fue a hablar con el director para pedirle que le dieran el pase para una escuela de Omaha. Lo encontró de pie detrás de su escritorio, y él la saludó antes de que la muchacha pudiera hablar.

—Felicitaciones, Catherine, te acaban de conceder una beca para la Universidad del Noroeste.

Esa misma noche Catherine lo habló detenidamente con su padre y finalmente decidieron que él se mudaría a Omaha y Catherine iría a la universidad y se alojaría en uno de los albergues para estudiantes. Así fue

como, diez días más tarde, Catherine llevó a su padre a la estación para despedirlo. La partida de él le provocaba una honda sensación de soledad; la invadía la tristeza de despedirse de la persona que más amaba y sin embargo, al mismo tiempo estaba ansiosa de que el tren se fuera, llena de deliciosa excitación ante la idea de que iba a ser libre, a vivir por primera vez su propia vida. Se quedó en la plataforma observando el rostro de su padre que se apoyaba contra el vidrio de la ventanilla para mirarla por última vez; un hombre andrajosamente apuesto que aún seguía creyendo de buena fe que algún día sería dueño del mundo.

Mientras volvía a casa, Catherine recordó algo que le hizo soltar la risa: para llegar a Omaha a empezar un trabajo que era su última carta, su padre había sacado pasaje en el coche dormitorio de primera clase.

El día de la inscripción en la universidad se distinguió por una excitación casi insoportable. Para Catherine tenía un significado especial, que se le hacia imposible formular en palabras: era la llave que abriría la puerta hacia todos los sueños y ambiciones sin nombre que durante tanto tiempo la habían consumido tan desesperadamente por dentro. Recorrió con la vista el enorme vestíbulo donde se alineaban centenares de estudiantes, esperando anotarse, y pensó: Algún día todos ustedes van a saber quién soy yo. Y van a decir: 'Yo fui condiscípulo de Catherine Alexander." Se anotó en el máximo de cursos permitidos y le asignaron un dormitorio. Esa misma mañana encontró trabajo para desempeñarse como cajera durante las tardes en el Roost, un bar que vendía cerveza y sandwiches frente al campus de la universidad. Su salario era de quince dólares semanales y por más que con eso no pudiera darse ningún lujo, le alcanzaría para cubrir gastos de libros y sus necesidades básicas.

Mediado su primer año de universidad, Catherine decidió que probablemente ella fuera la única virgen en todo el campus. Durante sus años de crecimiento había oído fragmentos de conversaciones mientras sus padres hablaban de algún tema sexual. Parecía algo maravilloso, y su mayor temor era que se tratara de algo que ya no existiría cuando ella tuviera edad suficiente para disfrutarlo. Ahora le parecía que había tenido razón, por' lo menos en lo que a ella se refería, ya que el sexo daba la impresión de ser el único tema de conversación entre las alumnas. Se hablaba de eso en los dormitorios, en las aulas y en los cuartos de baño. A Catherine le escandalizaba la franqueza de las conversaciones.

—Jerry es increíble. Parece King Kong.

—¿Te refieres a sus sesos o a qué?

—No le hacen falta sesos, querida, funciona seis veces en una noche.

—¿Saliste alguna vez con Ernie Roberts? No es muy grande, pero eficaz.

—Alex me pidió que saliéramos esta noche, —Risas.

—¿Alex? Ahórrate la molestia. La semana pasada me llevó a la playa y me empezó a tocar, y yo a tocarlo a él, pero no se la pude encontrar.

Risas.

Catherine pensaba que tales conversaciones eran vulgares y repugnantes pero trataba de no perder palabra. Era un ejercicio de masoquismo. Mientras las chicas describían sus proezas sexuales, Catherine se imaginaba en la cama con un muchacho que le hacía frenéticamente el amor. Entonces sentía un dolor físico en la ingle y se apretaba fuertemente los puños contra los muslos, procurando hacerse daño, para olvidarse del otro dolor. Dios mío, pensaba, voy a morir virgen., La única virgen de diecinueve años en la Universidad del Noroeste. Diablos, ¿y si fuera en los

Estados Unidos? Catalina, virgen, La Iglesia me va a canonizar y una vez por año me encenderán velas. ¿Qué es lo que me pasa? pensaba, y ella misma se respondía: Nadie te lo pidió y es un juego que se juega entre dos. Es decir, si uno quiere o bien, se juega entre dos.

El nombre que aparecía con más frecuencia en las conversaciones sexuales de las muchachas era el de Ron Peterson, quien se había inscrito en la universidad con una beca de atletismo y era ya tan popular como lo había sido en la escuela secundaria. Catherine lo vio en su clase de latín el día que empezaron los cursos y le pareció más buen mozo que en el secundario; había echado más cuerpo y en la cara tenía una expresión de madurez áspera y descuidada. Después de la clase, se le acercó, y el corazón de Catherine empezó a palpitar desordenadamente.

—¡Catherine Alexander!

—Hola, Ron.

—¿Estás en esta clase?

—sí.

—Qué suerte para mí.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Porque no sé nada de latín y tú eres un genio. Lo vamos a pasar bien. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—Nada especial.

—¿Quieres que estudiemos juntos? Vamos a la playa, que ahí podemos estar solos. Estudiar podemos en cualquier momento.

Ron la miraba intrigado. —¡Hola!... ¿ceeh...? —trataba de recordar su nombre. Catherine tragó saliva.

—Catherine, —dijo apresuradamente—. Catherine Alexander.

—Ah, claro. ¿Qué te parece esto? ¿Qué lugar espantoso, no?

—Sí —asintió ella, tratando de dar a su voz la ansiedad necesaria para agradarlo, para conformarlo, para cortejarlo—, es lo más...

—Hasta pronto. —Ron estaba mirando a una rubia deslumbrante que lo esperaba en la puerta, y fue a reunirse con ella.

Y así terminó la historia de Cenicienta y el Príncipe Encantador, pensó Catherine. Después vivieron felices, él en su harén y ella en una caverna azotada por los vientos del Tíbet. De vez en cuando Catherine veía a Ron andando por el campus, siempre con una muchacha diferente, y a veces con dos o tres. Dios mío ¿Pero es que no se cansa? se preguntaba. Y aunque seguía imaginándose que algún día él vendría a pedirle que lo ayudara con el latín, Ron jamás volvió a hablar con ella.

Tendida durante la noche en su lecho solitario, Catherine pensaba en que todas las otras chicas estarían haciendo el amor con sus amigos, y el muchacho que siempre se le aparecía era Ron Peterson. En su fantasía, Ron la desvestía y después ella lo desvestía despaciosamente a él como siempre sucedía en las novelas románticas, quitándole la camisa y pasándole suavemente los dedos por el pecho. Entonces él la levantaba y la llevaba a la cama, pero en ese momento la visión cómica de Catherine se adueñaba de ella y a Ron le daba un calambre en la espalda, haciéndolo caer al piso, retorciéndose de dolor. Estúpida, se reprochaba, ni siquiera en tu fantasía puedes hacer bien las cosas. Tal vez debiera entrar en un convento. Se preguntaba si las monjas tendrían fantasías sexuales, Y pensaba si los sacerdotes tenían contactos sexuales.

Todos los días al terminar las clases Ron Peterson entraba en el bar y se sentaba en un pequeño reservado en el rincón. Sus amigos no tardaban en

rodearlo y el rincón se convertía en un centro de bulliciosa charla. Catherine estaba de pie en la caja, detrás del mostrador, y cuando Ron entraba la saludaba con un movimiento de cabeza sin dirigirse jamás a ella por su nombre. Se olvidó, pensaba la muchacha.

Pero todos los días CUando él entraba, seguía sonriéndole esperando que él la saludara, que le pidiera una cita, un vaso de agua, su virginidad, cualquier cosa. Pero lo mismo podría haber sido un mueble. Después de examinar con total objetividad a las muchachas que se reunían en el bar, Catherine decidió que no sólo ella era más bonita que cualquiera, a no ser una de las chicas, Jean—Anne, esa rubia fantástica que era con quien más frecuentemente se lo veía a Ron, sino que además era sin duda más inteligente que todas ellas juntas. Pero por Dios ¿qué pasaba con ella? ¿Por qué no había ni un solo muchacho que la invitara a salir? Al día siguiente supo la respuesta.

Cuando caminaba a paso rápido, atravesando el campus, vio a Jean—Anne que, acompañada por una morena a quien Catherine no conocía, se adelantaba por el césped en dirección a ella.

—Ah, aquí está la señorita Cerebro, —dijo Jean—Anne.

Y aquí está la señorita Tetas, pensó envidiosamente Catherine. —Qué examen maldito el de literatura, ¿verdad? —comentó en voz alta.

—No te hagas la burra, —respondió fríamente Jean—Anne—. Si tú sabes bastante como para enseñar literatura. Y no es lo único que podrías enseñarnos ¿no es cierto, querida?

En su tono había algo que hizo enrojecer a Catherine. —No te entiendo.

—Déjala en paz, —intervino la morena.

—¿Y por qué? —se rebeló Jean—Anne—. ¿Quién demonios se cree que es? —se volvió hacia Catherine— ¿Quieres saber qué es lo que dice todo el mundo de ti?

No, por Dios.

—Sí. —Que eres lesbiana.

—¿Que soy qué? —Catherine la miró, incrédula.

—Les—bia—na, nena. Con ese aire de santita no engañas a nadie.

—Qué... qué ridiculez, —tartamudeó Catherine.

—Pero ¿en serio te parece que a la gente la vas a engañar? —insistió Jean—Anne—. Si lo único que te falta es llevar un cartel.

—Pero si yo... nunca...

—Si, los muchachos te buscan, pero nunca los dejas llegar a nada.

—Realmente... —estalló Catherine.

—A la mierda, —concluyó la rubia—. Tú no eres de las nuestras.

Y las dos se fueron, mientras Catherine se quedaba ahí parada mirándolas, aturdida.

Esa noche, tendida en su cama, no podía dormirse.

¿Qué edad tiene usted, señorita Alexander? Diecinueve. ¿Tuvo alguna vez contacto sexual con un hombre? No. ¿Le gustan los hombres? ¿A quién no le gustan? ¿Nunca quiso hacerle el amor a una mujer?

Catherine lo pensó — durante largo rato. Había tenido sus entusiasmos con otras chicas, o con profesoras, pero eso había sido parte del crecimiento. Ahora pensaba en hacerle el amor a una mujer, en los cuerpos entrelazados, en apoyar los labios sobre los de otra mujer, en su piel acariciada por manos femeninas. Se estremeció. ¡No! Soy normal, —se dijo en alta voz. Pero si era normal ¿por qué estaba ahí tendida, sola? ¿Por qué no había salido a acostarse con alguien, como todo el mundo? Tal vez fuera frígida. Podría ser

que necesitara alguna operación. Una lobotomía, probablemente. Cuando hacia el Este el cielo empezó a iluminarse, Catherine seguía con los ojos abiertos, pero había tomado una decisión. Iba a perder su virginidad. Y el afortunado iba a ser el nocturno compañero de todas las muchachas, Ron Peterson.

NOELLE
Marsella—París. 1919—1939

2

Por su nacimiento, era Princesa Real. LO primero que recordaba era una cuna blanca cubierta con un dosel de encaje, decorada con cintas rosadas y llena de animales de felpa suaves y peludos, de hermosas muñecas y sonajeros dorados., Pronto aprendió que si abría la boca y gritaba, alguien acudiría a consolarla y levantarla. Cuando tenía seis meses, su padre la sacaba al jardín en su cochecito y le hacía tocar las flores, diciéndole: 'son muy bellas, princesa, pero tú eres más hermosa que cualquiera de ellas.' @ >En su casa, le gustaba que el padre la levantara en sus fuertes brazos y la llevara hasta la ventana desde donde podía mirar hacia afuera y ver los techos de los edificios. 'Eso que ves es tu reino, princesa —le decía él, y le señalaba los altos mástiles de los barcos que se mecían anclados en la bahía. ¿Ves esos barcos enormes? Algún día todos estarán bajo tu mando.

Los visitantes acudían al castillo para verla, pero sólo a algunos elegidos les permitían tenerla en brazos. Los otros se limitaban a mirarla mientras ella descansaba en su cuna, admirándose de sus rasgos increíblemente delicados, del oro fascinante de su Pelo Y del tinte ambarino de la piel.

—¡Cualquiera podría decir que es una princesa! —exclamaba orgulloso su padre, inclinándose sobre la cuna para susurrar: Algún día un espléndido príncipe vendrá a buscarte.

y la abrigaba suavemente con la manta rosada y tibia mientras ella se sumergía en un sueño satisfecho. Todo su mundo era un sueño de barcos y mástiles y castillos, y sólo cuando la niña tuvo cinco años comprendió que era hija de un pescadero marsellés y que los castillos que veía desde la ventana de su minúscula buhardilla eran los depósitos y almacenes del mercado maloliente donde trabajaba su padre, y que su armada era la flotilla de viejos barcos pesqueros que todas las mañanas antes del amanecer salían de Marsella para regresar en las primeras horas de la tarde a vomitar su oloroso cargamento en los muelles ribereños. Ese era el reino de Noelle Page. Los amigos del padre de Noelle solían llamarle la atención sobre lo que hacía—No tienes que meterle esas ideas en la cabeza, Jacques. Se va a creer más que los demás. Y en cierto modo, sus profecías se habían realizado. Superficialmente, Marsella es una ciudad de violencia, de esa violencia primitiva que prolifera en cualquier pueblo ribereño atestado de marinos ávidos que tienen dinero para gastar, y de tipos diestros en ayudarles a hacerlo. Pero a diferencia del resto de los franceses, los marselleses tienen un sentimiento de solidaridad que surge de la compartida lucha por la supervivencia, ya que el fluido vital de la ciudad proviene del mar, y los pescadores de Marsella integran la familia de los pescadores del mundo entero, Comparten las tormentas y los días de calma, los desastres

imprevistos y las cosechas abundantes. Por eso, los vecinos de Jacques Page se regocijaban ante su buena suerte, la de tener una hija tan increíble. También ellos percibían el milagro en la forma en que, entre los desechos de la ciudad sucia y contaminada, había aparecido una auténtica princesa. Los padres de Noelle no podían salir de su asombro ante la exquisita belleza de su hija. La madre era una campesina maciza y de rasgos toscos. con pechos caídos y piernas y caderas robustas. El padre era un hombre bajo, de hombros anchos y ojos pequeños y desconfiados, de bretón, Tenía el pelo del color de la arena húmeda que poblaba las playas de Normandía. Al principio le había parecido que la naturaleza se había equivocado, que no era posible que esa criatura rubia como un hada fuera realmente hija de él y de su mujer, y que a medida que Noelle creciera iría

convirtiéndose en una muchacha común y de aspecto ordinario como las hijas de todos sus amigos. Pero el milagro seguía creciendo y floreciendo, y Noelle se hacía día a día más hermosa.

A la madre le sorprendía mucho menos que a su' marido la aparición de una belleza de cabellos dorados en la familia. Nueve meses antes del nacimiento de Noelle, su madre había conocido a un robusto marinero noruego que acababa de desembarcar de un carguero. Con su pelo rubio y su sonrisa cálida y, seductora, era un gigantesco dios de los vikingos. Mientras Jacques salía a trabajar, el marinero había pasado un activo cuarto de hora en el dormitorio del diminuto departamento.

La madre de Noelle se había sentido aterrorizada al ver lo rubia y hermosa que era su hijita. Aterrada, esperaba el momento en que su marido la señalara con un dedo acusador, exigiéndole que le dijera quién era el verdadero padre. Pero, por increíble que fuera, algún narcisismo había en él que le hizo pensar que la criatura era suya.

—Debe ser algún retoño de sangre escandinava en mi familia —se jactaba ante sus amigos—, pero es indudable que tiene mis rasgos.

Su mujer lo escuchaba y asentía con el gesto, mientras pensaba en lo estúpidos que son los hombres.

A Noelle le encantaba estar con su padre. Adoraba su carácter torpemente juguetón y los olores raros e interesantes que lo impregnaban todo, y, al mismo tiempo le asustaba la fiereza que había en él. Lo miraba con los ojos muy abiertos cuando él le gritaba a la madre, abofeteándola en plena cara, con el cuello tenso de furia. La madre chillaba de dolor, pero en sus gritos había algo más que dolor, un placer animal y sensual que hacía que Noelle sintiera el aguijón de los celos y, deseara estar en el lugar de su madre.

Pero con ella, su padre era siempre delicado. Le gustaba llevarla a los muelles para exhibirla ante los hombres rudos y ásperos que eran sus compañeros de trabajo. Hasta en el último rincón de los muelles, a Noelle la llamaban la princesa y ella se enorgullecía de su apodo, tanto por ella como por su padre.

Noelle quería serle grata a su padre y, como a él le gustaba comer, empezó a cocinarle, preparándole sus platos favoritos, hasta que terminó por desplazar a su madre de la cocina.

A los diecisiete años, la precoz promesa de hermosura de Noelle se había cumplido con creces. Había madurado, convirtiéndose en una mujer deliciosa, de rasgos finos y delicados, ojos de un color violeta intenso y pelo rubio ceniza. Tenía el cutis fresco y ambarino como si acabaran de sumergirla en miel. Una silueta magnífica, con sus jóvenes pechos firmes y

generosos, la cintura breve, caderas redondeadas y largas piernas bien moldeadas, de tobillos finos. Su voz era inconfundible, suave y dulce. Noelle tenía un aura de intensa sensualidad latente, pero no era en ello donde residía su magia, sino en el hecho de que parecía que, por debajo de la sensualidad, latiera intacto un ámbito de inocencia, y la combinación resultaba irresistible. No podía caminar por la calle sin recibir proposiciones de los paseantes; y no se trataba de las ofertas casuales que las prostitutas de Marsella recibían como moneda corriente: hasta el más obtuso de los hombres percibía algo especial en Noelle, algo que jamás habían visto antes y que probablemente no volverían a ver, y todos estaban dispuestos a pagar todo lo que pudieran para adueñarse, por más brevemente que fuera, de ese algo. El padre de Noelle también se daba buena cuenta de su belleza. En realidad, Jacques Page apenas si pensaba en otra cosa. Tenía conciencia del interés que su hija despertaba en los hombres. Por más que ni él ni su mujer hubieran hablado con Noelle de temas sexuales, estaba seguro de que ella seguía conservando su virginidad, el pequeño capital de una mujer. Con su astuta mentalidad de campesino, meditaba larga y seriamente sobre la mejor forma de capitalizar la ganga que inesperadamente le había concedido la naturaleza. Su misión era ocuparse de que la belleza de su hija les rindiera tanto como fuera posible, a Noelle y a él. Después de todo, él la había engendrado, alimentado, vestido, educado... ella se lo debía todo. Y ya era hora de que él recuperara su inversión. Si podía hacer de Noelle la amante de un hombre rico, estaría bien para ella, y su padre podría vivir con la comodidad a que tenía derecho. A un hombre honesto, cada día se le hacía más difícil ganarse la vida. La sombra de la guerra había empezado a extenderse a través de Europa. Los nazis habían penetrado en Austria mediante un golpe relámpago que había dejado aturdida a Europa. Unos meses después se habían apoderado del área de los Sudetes y después entraron en Eslovaquia. Pese a que Hitler había dado seguridades de que no le interesaban nuevas Conquistas, persistía la sensación de que iba a producirse un conflicto importante. El impacto de los acontecimientos se sintió nítidamente en Francia. A medida que el gobierno empezaba a coordinar el esfuerzo de guerra, se empezó a sentir la escasez en tiendas y mercados. Jacques temía que pronto llegara incluso a interrumpirse la pesca y entonces ¿qué sería de él? Vamos, si la solución de su problema estaba en encontrarle a su hija un hombre adecuado. Todos sus Amigos eran pobretones como él, y Jacques no tenía la menor intención de que a Noelle se le acercara nadie que no estuviera en condiciones de pagar su precio. Sin darse cuenta, fue la propia Noelle quien halló la respuesta al dilema que se le planteaba a su padre. En los últimos meses, la muchacha se había mostrado cada vez más inquieta. Rendía bien en sus clases, pero la escuela había empezado a aburrirla. le dijo a su padre que quería conseguir trabajo. Él la observó en silencio, sopesando astutamente las posibilidades—¿Qué clase de trabajo? —le preguntó.

—No sé, papá, —respondió Noelle—. Tal vez pudiera trabajar como modelo. La cosa era sencilla. Todas las tardes, durante la semana siguiente, Jacques Page volvió a su casa después del trabajo, se bañó cuidadosamente para sacarse de las manos y del pelo el olor a pescado, se puso el traje bueno y se dirigió a la Canebiére, la calle principal que —llevaba desde el viejo Puerto de la ciudad a los distritos más Pudientes. Recorrió minuciosamente la calle, estudiando todas las salas de modas, sin que a ese campesino torpe y pesado le importara, ni siquiera se diera cuenta, el estar

fuera de lugar en ese mundo de sedas Y encajes. No tenía más que un objetivo, y lo encontró al llegar al Bon Marché. Era el mejor salón de modas de Marsella, pero no fue ésa la razón para que Page lo eligiera. Lo eligió porque su propietario era Monsieur Auguste Lanchon, un cincuentón feo y calvo de piernas cortas y rechonchas y boca voraz que se retorcía continuamente. Su esposa, una mujercita con el Perfil de un hacha bien afilada, trabajaba en el salón de pruebas, Supervisando a gritos a las costureras. Jacques Page les echó un vistazo a Auguste Lanchon y a su mujer y se dio cuenta de que había encontrado la solución de su problema. Lanchon lo miró con disgusto cuando ese extraño mal vestido entró en su negocio. —¿Sí? —le preguntó con grosería— ¿En qué puedo servirlo? Jacques Page le hizo un guiño, le apoyó uno de sus gruesos dedos en el pecho y sonrió—Soy yo el que puedo servirlo a usted, Monsieur. Voy a darle permiso a mi hija para que trabaje con usted. Con expresión incrédula, Auguste Lanchon se quedó mirando al patán que tenía frente a él. —Usted le va a dar...

—Mañana a las nueve va a estar aquí.

—Pero no...

Jacques Page ya se había ido. Pocos minutos después, Auguste Lanchon se había olvidado por completo del incidente. A las nueve de la mañana siguiente, levantó la vista y vio que Jacques Page entraba en el negocio. Estaba a punto de decirle a uno de sus empleados que lo echara, cuando detrás de su visitante divisó a Noelle. Ambos se adelantaban hacia él, el padre y la increíble belleza de su hija, mientras el viejo le sonreía—Aquí está, lista para empezar a trabajar.

—Buenos días, Monsieur, —le sonrió Noelle—. Mi padre me dijo que usted tiene trabajo para mí. Auguste Lanchon asintió con la cabeza, incapaz de confiar en su VOZ. —Sí, creo que... podríamos arreglar algo, —consiguió balbucear, mientras estudiaba el rostro y la figura de Noelle sin poder dar crédito a sus ojos, imaginándose ya qué sensación le daría tener, bajo el suyo, ese joven cuerpo desnudo—Bueno, los dejo para que se conozcan, —le decía en ese momento Jacques Page, acompañando sus palabras de un golpe en el hombro y un guiño que tenía una docena de significados diferentes, ninguno de los cuales dejaba en el ánimo de Lanchon la menor duda respecto de sus intenciones. Durante las primeras semanas, Noelle tuvo la sensación de que la habían transportado a otro mundo. Las mujeres que concurrían al negocio vestían con elegancia, tenían modales refinados e iban acompañadas de hombres muy distintos de los rudos pescadores entre quienes la muchacha había crecido. A Noelle le parecía que por primera vez en su vida se veía libre del olor a pescado que, en realidad, nunca había llegado a percibir porque había sido siempre parte de su ser. Pero ahora, repentinamente, todo cambiaba y eso se lo debía a su padre. Noelle estaba orgullosa de la forma en que él se entendía con Monsieur Lanchon. Dos o tres veces por semana, su padre aparecía por el negocio y ambos salían a tomarse un coñac o una cerveza y cuando regresaban, se sentía entre ellos un aire de camaradería. Al principio, a Noelle le había disgustado Monsieur Lanchon, pero el comportamiento de su patrón con ella era siempre circunspecto. Noelle le oyó comentar a una de las muchachas que una vez la mujer de Lanchon lo había encontrado en el depósito con una modelo y había estado a punto de castrarlo con un par de tijeras. Noelle se daba cuenta de que los ojos de Lanchon la seguían por todas partes, pero él

seguía siendo impecablemente cortés. Con satisfacción, la muchacha se dijo que probablemente le tendría miedo a su padre.

En su casa, de pronto, la atmósfera parecía mucho más alegre. El padre de Noelle ya no le pegaba a la madre, y los constantes altercados se habían terminado. En la mesa aparecían bifes y asados al horno, y después de la cena el padre de Noelle sacaba su pipa nueva y la llenaba con un aromático tabaco que sacaba de una bolsita de cuero. Se compró también un traje nuevo para los domingos. La situación internacional empeoraba, y la muchacha oía las discusiones entre el padre y sus amigos. Parecía que a todos les alarmara la inminente amenaza a su subsistencia, pero a Jacques Page se lo veía extrañamente despreocupado.

El 19 de setiembre de 1939 las tropas de Hitler invadieron Polonia y dos días más tarde Gran Bretaña y Francia le declaraban la guerra a Alemania.

Se dio comienzo a la movilización y, de la noche a la mañana las calles se llenaron de uniformes. En todo lo que sucedía se notaba un aire de resignación, una sensación de dejavú, como si la gente estuviera viendo una película vieja que ya habían visto antes; pero no había miedo. Tal vez otros países tuvieran razón para temblar ante el poder de los ejércitos alemanes, pero Francia era invencible. Tenía la Línea Maginot, esa fortaleza impenetrable que durante mil años podría protegerla de cualquier invasión. Se impuso el toque de queda y se inició el racionamiento, pero nada de eso le preocupaba a Jacques Page. Parecía que hubiera cambiado. La única vez que Noelle lo vio enfurecerse fue cuando, la encontró en la cocina a oscuras, besando a un muchacho con quien se veía ocasionalmente. De pronto las luces se encendieron, y ahí en la puerta estaba Jacques Page, hecho una furia—¡Fuera! —le gritó al muchacho, aterrorizado— ¡Y cuidado con volver a tocar a mi hija, cerdo inmundo! El muchacho huyó, asustado. Noelle intentó explicarle a su padre que no estaban haciendo nada malo, pero él estaba demasiado enojado para escucharla—No voy a dejar que te desperdicies, —le gritó—. Es un don nadie, no es para mi princesa. Esa noche, Noelle se quedó despierta, admirándose de lo mucho que la quería su padre y se prometió no hacer nunca nada que pudiera molestarlo. Una noche, en el momento mismo de cerrar, llegó una cliente al negocio y Lanchon le pidió a Noelle que le pasara algunos vestidos. Para cuando Noelle terminó, ya todos se habían ido a no ser Lanchon y su mujer, que estaba en la oficina trabajando con los libros. Noelle se dirigió al desierto cuarto de vestir para cambiarse. Estaba en corpiño y bombachas cuando Lanchon entró en el cuarto. Se la quedó mirando y los labios empezaron a estremecérsele. Noelle tomó rápidamente su vestido, pero antes de que pudiera ponérselo, Lanchon se adelantó hacia ella y le metió la mano entre las piernas. La muchacha se sintió llena de asco; empezó a ponérsele la piel de gallina e intentó apartarse, pero Lanchon la aferraba con fuerza y le hacía doler—Qué hermosa eres, —le susurró—. Qué hermosa. Quiero que lo pases bien. En ese momento su mujer lo llamó y Lanchon, de mala gana, soltó a Noelle y salió rápidamente de la habitación. Mientras volvía a su casa, Noelle pensaba si debía decirle a su padre lo que le había pasado. Lo mataría a Lanchon, probablemente. Noelle lo detestaba y no podía soportar su proximidad, y sin embargo necesitaba el trabajo. Además, probablemente su padre se desilusionaría si lo dejaba. Decidió que por el momento no le diría nada y vería cómo manejar sola la situación. El viernes siguiente Madame Lanchon se enteró por un llamado telefónico de que su madre estaba enferma en Vichy. Lanchon la llevó a la estación y se apresuró a volver al negocio. Llamó a Noelle a su despacho y le dijo que la

invitaba a salir durante el fin de semana. La muchacha se lo quedó mirando, pensando al principio que se trataba de una broma.

—Iremos a Viena, —babeaba Lanchon—. Ahí tienen uno de los restaurantes más grandes del mundo, La Piramide. Es caro, pero eso no importa; yo puedo ser muy generoso con los que son buenos conmigo. ¿Cuándo puedes estar lista?

Noelle lo miraba horrorizada. —Nunca —fue lo único que consiguió decir— Nunca —y, dándose vuelta, huyó hacia el frente del negocio. Monsieur Lanchon la miró un momento, con la cara manchada de furia, y, después tomó bruscamente el teléfono que tenía sobre el escritorio. Una hora más tarde, el padre de Noelle entraba al negocio. Se fue directamente hacia Noelle y el rostro de la muchacha se iluminó de alivio; él había sentido que algo andaba mal, y venía a rescatarla. Lanchon estaba parado en la puerta de su oficina. El padre de Noelle la tomó de un brazo y la empujó al interior de la oficina. Después se dio vuelta para enfrentarla.

—Qué suerte que viniste, papá, —exclamó Noelle—. Te...

—Monsieur Lanchon me dijo que te hizo una espléndida oferta y la rechazaste.

—¿Oferta? —Noelle lo miró, sin entender— Me pidió que saliera con él durante el fin de semana.

—¿Y le dijiste que no? Antes de que Noelle pudiera contestarle, su padre le había dado una bofetada en la mejilla. La muchacha se quedó aturdida; le zumbaban los oídos y como a través de una bruma oyó la voz de su padre.

—¡Estúpida! Ya es hora de que empieces a pensar en alguien más, que en ti misma, perra egoísta —y volvió a pegarle.

Treinta minutos más tarde, mientras su padre los miraba partir desde la esquina, Noelle y Monsieur Lanchon salían para Viena.

El cuarto del hotel consistía en una gran cama de dos plazas, algunos muebles baratos y un lavatorio con su palangana en un rincón. Monsieur Lanchon no era hombre de derrochar su dinero. Le dio una pequeña propina al botones y tan pronto como éste salió, se arrojó sobre Noelle y empezó a arrancarle la ropa, oprimiéndole fuertemente los pechos con sus manos húmedas y caliente—Mi Dios, qué hermosa eres, —jadeaba. Le bajó la falda y la arrojó sobre la cama. Noelle se quedó inmóvil, impasible como si hubiera sufrido algún shock. En todo el viaje no había pronunciado una palabra. Lanchon esperaba que no estuviera enferma, porque no habría podido explicárselo a la policía... ni a su mujer. Dios no lo permitiera. Se desvistió apresuradamente, arrojando su ropa al piso y después se tendió en la cama, junto a Noelle. El cuerpo de la muchacha era aun más espléndido de lo que él se había imagina—Tu padre me dijo que nunca te habían montado, —farfulló—. Bueno, pues te voy a mostrar lo que es un hombre. Y sin vacilar apoyó sobre ella su vientre rechoncho. Noelle no sentía nada; en el recuerdo, seguía oyendo vociferar a su padre: Tendrías que estar agradecida' de que un señor como Monsieur Lanchon quiera tomarte a su cargo. Lo único que tienes que hacer es ser gentil con él, y vas a hacerlo por mí, Y por ti misma. Toda la escena había sido una pesadilla. Noelle estaba segura de que su padre no había entendido bien lo que pasaba, pero cuando intentó explicárselo, él volvió a golpearla y empezó a gritarle. —Vas a hacer lo que te digo. Otras chicas estarían contentas de tener tu oportunidad. Noelle miró a Lanchon, el horrible cuerpo rechoncho, el jadeante rostro animal con sus ojos porcinos. Ese era el príncipe a quien la había vendido su padre, su padre querido que la adoraba y no podía soportar que Noelle se

desperdiciara con alguien indigno de ella. Y la muchacha recordó los bifes que de pronto habían aparecido sobre la mesa, y las nuevas pipas de su padre, y su traje nuevo, y sintió ganas de vomitar. Noelle tenía la sensación de que en las horas que siguieron había muerto y vuelto a nacer. Había muerto en ella la princesa y había nacido un ser amargo y resentido. Lentamente había ido tomando conciencia de lo que la rodeaba y de lo que le sucedía, y sintió que se llenaba de un odio tal como jamás había sabido que pudiera existir. jamás podría perdonar la traición de su padre. Cosa rara, a Lanchon no lo odiaba; más bien lo comprendía. Era un hombre que compartía la común debilidad de todos los hombres. De ahora en adelante, decidió Noelle, esa debilidad iba a ser la fuerza de ella; iba a aprender a usarla. Al fin y al cabo, su padre había tenido razón. Noelle era una princesa, y el mundo le pertenecía, y ahora sabía cómo conseguirlo. Era muy fácil: los hombres eran dueños del mundo porque ellos tenían la fuerza, el dinero y el poder, de manera que había que hacerse dueña de los hombres, o por lo menos de un hombre. Pero para conseguirlo había que estar preparada. Noelle tenía mucho que aprender, y eso no era más que el principio

Prestó atención a lo que hacía Lanchon, inmóvil bajo el cuerpo de él, atenta, experimentando las sensaciones que le provocaba el órgano masculino, lo que podía hacerle a una mujer

Enloquecido al tener esa bellísima criatura bajo su cuerpo gordo e informe, Lanchon ni siquiera se dio cuenta de que Noelle no hacía más que estar ahí tendida, pero tampoco le habría importado. Con recrearse la vista en ella le alcanzaba para elevarse a cumbres de pasión que no había sentido en muchos años. Acostumbrado al cuerpo maduro y arrugado de su mujer y a la fatigada mercadería de las prostitutas marsellesas, tener para él esa muchacha joven y fresca era un verdadero milagro

No sabía que el milagro apenas si empezaba. Después que Lanchon se hubo agotado haciéndole el amor por segunda vez, Noelle recuperó el habla

—Quédate quieto —y empezó a experimentar con él, intentando cosas nuevas, buscando las zonas más tiernas y sensibles de su cuerpo para demorarse en ellas hasta que lo hacía gritar de placer. Era como apretar una serie de botones. Cuando Noelle hacía esto, él gemía, y si le hacía esto otro, se retorcía en éxtasis. Era tan fácil; ésa era su escuela. era su educación. Ese era el comienzo del poder

Pasaron tres días en Viena sin ir una sola vez a La Pyramide, Y en el curso de esos días y esas noches Lanchon le enseñó lo POCO que él sabía del sexo, y Noelle aprendió muchísimo más.

Cuando volvieron a Marsella, Lanchon era el hombre más feliz de Francia. En el pasado había tenido fugaces episodios con muchachas del negocio, llevándolas a un cabinet particulier, restaurante que tenía un comedor privado con un diván; había regateado con prostitutas, mezquinado los regalos a sus amantes y se había mostrado decididamente tacaño con su mujer e hijos. Ahora se encontraba diciendo con magnanimidad:—Te voy a poner un departamento, Noelle. ¿Sabes cocinar?

—Sí.

—Bueno. Yo voy a ir todos los días a almorzar y a hacerte el amor. E iré a cenar dos o tres veces por semana, —le palmeó la rodilla—. ¿Qué te parece?—Espléndido, —respondió Noelle.

—Y te daré una asignación... no muy grande, —agregó rápidamente— pero suficiente para que puedas salir a comprarte, alguna cosita de vez en

cuando. Lo único que te pido es que no veas a nadie más que a mí. Ahora me perteneces a mí. —Como tú digas, Auguste.

Lanchon suspiró satisfecho y habló con voz dulce.

—Nunca sentí esto con nadie. ¿Y sabes por qué?

—No, Auguste.

—Porque tú me haces sentir joven. Tú y yo juntos vamos a llevar una vida maravillosa. Esa noche llegaron a Marsella a última hora, en silencio, cada uno con sus sueños. —Mañana a las nueve te veo en el negocio, —se despidió Lanchon. Luego lo pensó mejor—. Si estás cansada, duerme un poco más. Ven a las nueve y media. —Gracias, Auguste.

El le extendió un puñado de francos.

—Toma, para que mañana busques departamento. Con esto dejas un depósito para que te lo reserven hasta que yo lo vea. Noelle se quedó mirando los billetes que tenía en la mano.

—¿Qué, pasa algo? —preguntó Lanchon.

—Quiero que tengamos un lugar verdaderamente lindo, —respondió Noelle— donde podamos disfrutar de estar juntos. —Pero yo no soy rico, — protestó Lanchon. Ella le sonrió intencionalmente y le apoyó una mano en el' muslo. Durante un largo momento, Lanchon la miró y después hizo un gesto de asentimiento. —Tienes razón, —reconoció. Buscó la billetera y empezó a sacar francos, sin dejar de observar el rostro de Noelle. Cuando le pareció que ella estaba satisfecha se detuvo, sonrojado ante su propia generosidad. Después de todo ¿qué importaba? Lanchon era un comerciante despierto y sabía que así se aseguraba de que Noelle no lo abandonaría.

Noelle se quedó mirándolo mientras él se alejaba alegremente y 'después subió las escaleras, hizo su valija y sacó sus ahorros del lugar donde los tenía escondidos. Esa misma noche, a las diez, estaba en un tren rumbo a París.

Cuando a la mañana siguiente el tren llegó a París, la estación estaba llena de viajeros ansiosos que acababan de llegar y de otros no menos ansiosos que abandonaban la ciudad. En la estación el ruido era ensordecedor; a gritos, la gente se saludaba con alegría y se despedía entre lágrimas, en medio de empujones y corridas, pero a Noelle no le importaba. En el momento mismo de, bajarse del tren, sin haber podido siquiera ver la ciudad, ya se sintió en su casa. Era Marsella la que le parecía una ciudad extraña, y París el lugar para ella. Era una sensación extraña y embriagadora, y Noelle se gozó en ella, bebiéndose los ruidos, las multitudes, la excitación. Levantó la valija y echó a andar hacia la salida.

Al salir a la radiante luz del sol, mientras el tráfico zumbaba locamente en torno de ella, Noelle vaciló, recordando que no tenía dónde ir. Media docena de taxis hacían cola frente a la estación, y ella se metió en el primero.

—¿Dónde?

Noelle dudó.

—¿Puede recomendarme un buen hotel, que no sea caro?

El conductor se dio vuelta para recorrerla con una mirada estimativa.

—¿Recién llegada a la ciudad?

—Sí.

—Me imagino que va a necesitar trabajo.

—Así es.

—Tiene suerte. ¿Trabajó alguna vez de modelo?

—Es lo que he estado haciendo, —el corazón de Noelle dio un salto.

—Mi hermana trabaja para una de las grandes casas de modas, —le dijo el

taxista—, y esta misma mañana le oí decir que una de las chicas se había ido. ¿No quiere ver si el puesto todavía está disponible?—Sería espléndido, —aceptó Noelle.

—Si la llevo hasta allá, le va a costar diez francos.

Noelle frunció el ceño.

—Va a valer la pena, —insistió el taxista.

—De acuerdo, —la muchacha se recostó en el asiento. El hombre puso en marcha el taxi y se unió al tráfico alucinante que se dirigía al centro de la ciudad. No dejó de charlar durante el viaje, pero Noelle no oyó nada de lo que él decía. Seguía bebiéndose el espectáculo de la ciudad. Aunque suponía que a causa del oscurecimiento París era en ese momento una ciudad más apagada que de costumbre, para Noelle era pura magia. Tenía una elegancia, un estilo, incluso un aroma propio. Pasaron por Nótre Dame y atravesaron el Pont Neuf para ir a la Rive Droite, y tomaron por el boulevard del Mariscal Foch. A la distancia Noelle alcanzaba a ver cómo la Tour Eiffel dominaba la ciudad. Por el espejo retrovisor, el taxista estudiaba su expresión. —Es lindo, ¿no?

—Hermoso, —respondió Noelle en voz baja. Todavía no podía creer dónde se encontraba. Era el reino justo para una princesa ... para ella. El taxi se detuvo ante un sombrío edificio de piedra gris, en la rue de Provence. —Es aquí, —dijo el hombre—. Son dos francos que marca el taxímetro y diez para mí. —¿Y cómo sé que el puesto todavía está vacante? —preguntó Noelle. —Le dije que la chica se fue esta misma mañana, —el conductor se encogió de hombros—. Si no quiere entrar, la llevo de vuelta a la estación. —No, —respondió presurosamente Noelle. Abrió la cartera, él hizo un gesto de asentimiento y, se quedó inmóvil mientras sacó doce francos y se los entregó. El taxista miró el dinero y después la miró a ella. Confundida, Noelle volvió a meter la mano en el bolso y le dio un franco más. Sin cordialidad alguna, ella bajaba su valija.

—¿cómo se llama su hermana? —le preguntó Noelle mientras el taxi arrancaba.

_Jeannette.

Noelle se quedó parada, mirando cómo se alejaba el taxi, y después se dio vuelta para ver el edificio. En el frente no tenía ninguna inscripción que lo identificara, pero la muchacha se

imaginó que una gran casa de modas no necesitaba identificación. Todo el mundo debía de saber dónde estaba. Levantó la valija, fue hacia la puerta y apretó el timbre. Momentos después, una mucama con uniforme negro abrió la puerta y miró inexpresivamente a Noelle.

—¿Sí?

—Disculpe, —dijo la muchacha—, pero me dijeron que hay una vacante de modelo.

La otra la miró con asombro y parpadeó.

—¿Quién la manda?

—El hermano de Jeannette.

—Pase.

La mucama le abrió más la puerta y Noelle penetró en un vestíbulo de recepción amueblado en el estilo de principios del siglo XIX. Una gran araña de cristal pendía del cielo raso y por una puerta abierta, Noelle alcanzaba a ver una sala llena de muebles antiguos y una escalera que iba al piso alto.

Sobre una bella mesa incrustada había ejemplares del "Fígaro" y de "L'echo de Paris".

—Espere un momento, que voy a ver si Madame Delys tiene tiempo de verla ahora.

—Gracias, —Noelle dejó su valija y se dirigió a un gran espejo que había en la pared. Tenía la ropa arrugada por el viaje en tren, y de pronto lamentó haber cedido al impulso de ir a buscar el trabajo antes de haberse arreglado un poco. Era importante, para hacer buena impresión. Pero así y todo, mientras se miraba en el espejo, Noelle sabía que era hermosa. No había en ello engreimiento alguno; aceptaba su belleza como una ventaja de la cual había que sacar partido como de cualquier otra ventaja. Se dio vuelta Cuando vio por el espejo que una muchacha bajaba las escaleras. La joven era bonita y tenía buena figura; vestía una falda larga de color castaño y blusa de cuello alto. Evidentemente, aquí las modelos eran de calidad. La muchacha le dedicó una breve sonrisa y se dirigió a la sala. Un momento más tarde, Madame Delys entraba en el salón. Era una cuarentona baja y regordeta, de ojos fríos y calculadores. Vestía una túnica que, según el cálculo de Noelle, debía de costar por lo menos dos mil francos. —Regina me dijo que usted busca trabajo.

—Sí, Madame, —respondió Noelle.

—¿De dónde vienes?

—De Marsella.

—El paraíso de los marineros borrachos, —resopló Madame Delys. Noelle se quedó fría. Madame Delys le palmeó el hombro.

—No importa, querida. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Está bien, —Madame Delys hizo un gesto de asentimiento—. Me imagino que a mis clientes les vas a gustar. ¿Tienes familia en París?—No.

—Excelente. ¿Estás preparada para empezar a trabajar inmediatamente?—Oh, sí, —le aseguró ansiosamente Noelle.

Arriba se oía rumor de risas y un momento más tarde una muchacha pelirroja bajaba las escaleras del brazo de un hombre gordo, de edad mediana. La chica no llevaba más que un tenue negligée. —¿Terminaron ya? —preguntó Madame Delys.

—Dejé a Ángela fuera de combate, —sonrió el hombre—. ¿Quién es esta hermosa chiquita?—Es Yvette, nuestra chica nueva, —declaró Madame Delys, y agregó sin vacilar:— Viene de Antibes

y es hija de un príncipe. —Jamás me monté a una princesa, —exclamó el hombre—. ¿Cuánto?—Cincuenta francos.

—No me hagas chistes. Treinta.

—Cuarenta. Y créeme que los vale.

—Trato hecho. Cuando se dieron vuelta para buscar a Noelle, la muchacha se había evaporado.

Hora tras hora, Noelle siguió recorriendo las calles de París. Anduvo por los Champs—elisées, bajando Por un lado y subiendo por el otro, se paseó por la arcada del Lido, deteniéndose en todas las vidrieras para admirar esa increíble cornucopia de joyas, vestidos, artículos de cuero y perfumes, y preguntándose cómo sería París cuando no había escasez. Los artículos exhibidos en las vidrieras eran deslumbrantes y por más que una parte de ella se sintiera una campesina recién llegada, había otra que sabía que un día esas cosas habrían de pertenecerle. Recorrió el Bois y anduvo por la

Avenue Víctor Hugo y por la rue du Faubourg—St—Honoré hasta que empezó a 'sentirse cansada y con hambre. Su bolso de mano y su valija habían quedado en casa de Madame Delys, pero no tenía intención de volver allí; ya mandaría a buscar las cosas.

Noelle no estaba escandalizada ni alterada por lo que había sucedido. Simplemente sabía la diferencia entre una cortesana 'y una puta. Las putas no cambiaban el curso de la historia—, las cortesanas sí. Mientras tanto, Noelle no tenía un centavo. Tenía que encontrar manera de sobrevivir hasta que pudiera encontrar trabajo al día siguiente. El crepúsculo empezaba a pintar el cielo y los comerciantes, así como los porteros de los hoteles, se afanaban corriendo las cortinas de oscurecimiento en previsión de posibles ataques aéreos. Para resolver su problema inmediato, Noelle necesitaba encontrar a alguien que le pagara una buena cena caliente. Le pidió informes a un gendarme y después se dirigió al Hotel Crillon. Por fuera, unos desagradables postigos de hierro cubrían las ventanas, pero en el interior el vestíbulo era una obra maestra de discreta elegancia, fina y reservada. Noelle entró tranquilamente, como si se alojara allí, y se sentó en una silla mirando hacia el ascensor. Era la primera vez que hacía algo semejante y estaba un poco nerviosa. Pero recordó lo fácil que le había resultado manejar a Auguste Lanchon. La lección que una chica tenía que recordar era una sola: un hombre se ablandaba al endurecerse y se endurecía al ablandarse. De manera que lo único que hacía falta era mantenerlo duro hasta haber conseguido lo que una quería. Ahora, al recorrer con la vista el vestíbulo, Noelle decidió que sería bastante sencillo llamar la atención de algún hombre suelto a quien Probablemente, le esperaba una cena solitaria.

_Pardon, mademoiselle.

Noelle levantó la cabeza y se dio con un hombre corpulento de traje oscuro. En su vida había visto un detective, pero no se le cruzó la más remota duda.

_Mademoiselle ¿está esperando a alguien?—Sí, —contestó Noelle, procurando mantener la voz firme—. A un amigo. De pronto advirtió que tenía el vestido arrugado y que no llevaba cartera. —¿Su amigo para en este hotel?

Noelle sintió que el pánico se apoderaba de ella.

—Eee... no, exactamente...

—¿Me permite ver sus documentos? —preguntó, después de observarla un momento, con voz severa. —No ... no los tengo aquí, —tartamudeó ella—. Los perdí.

—Entonces mademoiselle, tendrá que acompañarnos. —el detective le apoyó una mano en el brazo y Noelle se levantó. En ese momento alguien la tomó del otro brazo. —Lamento haberme demorado, chérie, pero ya sabes lo que son esos malditos cocktail parties. Uno tiene que escaparse como puede. ¿Hace mucho que me esperas? Atónita, Noelle se dio vuelta para ver quién le hablaba. Se encontró con un hombre alto, delgado y de aspecto fuerte, que llevaba un uniforme raro que a Noelle no le resultó familiar. El pelo renegrido le formaba un pico en la frente y los ojos eran del color de un mar oscuro y tormentoso, con pestañas largas y abundantes. Los rasgos parecían tomados de alguna moneda' florentina; era un rostro irregular, en que ambos perfiles no llegaban a coincidir del todo, como si el troquelado hubiera fallado por un instante. Un rostro extraordinariamente vivaz y móvil, que daba la sensación de estar a punto de sonreír, de reír, de fruncir el ceño. Lo único que lo salvaba de ser tan bello que resultara femenino era un

mentón enérgicamente viril, con una profunda hendedura. —¿Este hombre te está molestando? —preguntó, señalando con un gesto al detective. Hablaba con voz de bajo y su francés tenía un ligero acento. —No, —respondió Noelle, perpleja.

—Disculpe, señor, —se excusó el detective del hotel—. Fue un error. Ultimamente, aquí hemos tenido problemas con... —se volvió hacia Noelle—. Le ruego que me disculpe, mademoiselle.

—Bueno, en fin... —el extraño se dirigió a Noelle—. ¿Qué te parece?

Ella tragó saliva e hizo un rápido gesto de asentimiento.

El extraño se volvió hacia el detective.

—Mademoiselle es muy generosa. Tenga cuidado en lo sucesivo, —tomó a Noelle del brazo y ambos se dirigieron a la puerta.

—No sé cómo agradecerle, Monsieur, —balbuceó Noelle cuando estuvieron en la calle.

—Siempre me enfermaron los policías, —sonrió el extraño—. ¿Quiere que le busque un taxi?

Al recordar su situación, Noelle volvió a sentir que la invadía el pánico.

—No, —respondió.

—De acuerdo. Buenas noches, —dirigiéndose a la parada, ya estaba por meterse en un taxi cuando se dio vuelta y vio que Noelle seguía ahí inmóvil, como si tuviera raíces, mirándolo. En el umbral del hotel, el detective seguía vigilando. El extraño vaciló y después volvió donde estaba la muchacha.

—Es mejor que se vaya de aquí, —le aconsejó—. Nuestro amigo tiene interés en usted.

—No tengo dónde ir, —explicó Noelle.

Con un gesto de asentimiento, él metió la mano en el bolsillo.

—No es dinero lo que necesito, —se apresuró a añadir ella.

—¿Qué es lo que quiere, entonces? —él la miró sorprendido.

—Cenar con usted.

—Lo lamento, —sonrió él—, pero tengo un compromiso y ya se me ha hecho tarde.

—Está bien, —asintió Noelle—. Ya me las arreglaré.

El volvió a buscar en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Tomó algunos y se los ofreció.

—No, —respondió Noelle.

Después de mirarla un momento, él volvió a metérselos en el bolsillo.

—Como quieras, —le dijo—. Au voír. —y dándose vuelta, se dirigió otra vez hacia el taxi.

Noelle se quedó mirándolo y preguntándose qué le pasaba a ella. Sabía que se había conducido como una estúpida, pero también se daba cuenta de que no podía haber hecho otra cosa. Desde el primer momento, al mirarlo, había experimentado una reacción que no había sentido jamás, una oleada de emoción tan intensa que era casi palpable. Ni siquiera sabía cómo se llamaba y lo más probable era que jamás volviera a verlo. Echó un vistazo hacia el hotel y vio que el detective se le acercaba resueltamente. La culpa era de ella. Esta vez no iba a poder salir del aprieto charlando. Sintió que una mano se le apoyaba en el hombro y cuando se dio vuelta, se encontró con que el extraño la había tomado del brazo y la llevaba hacia el taxi. Abrió rápidamente la puerta y subió junto con ella, dándole una dirección al conductor. El taxi arrancó, dejando al detective perplejo. mirándolos. —¿Y su compromiso? —preguntó Noelle.

—Es una fiesta, —él se encogió de hombros—. Si no voy o voy acompañado es lo mismo. Yo soy Larry Douglas. ¿Tú cómo te llamas?— Noelle Page.

—¿De dónde vienes, Noelle?

—De Antibes, —respondió ella, dándose vuelta a mirar los brillantes ojos oscuros—. Soy la hija de un príncipe. —Suerte para papá, —comentó él mostrando, al reír, sus dientes blancos y fuertes. —¿Tú eres inglés?

—Norteamericano.

—Pero los Estados Unidos no están en guerra, —objetó Noelle, mirando su uniforme. —Yo estoy en la R. F. A. británica, —explicó Larry—. Se acaba de formar un grupo de pilotos norteamericanos, el Escuadrón de las Águilas. —Pero ¿por qué están peleando por los ingleses?

—Porque los ingleses están peleando por nosotros, aunque todavía no lo sepamos. —No lo creo, —Noelle sacudió la cabeza—. Si Hitler es un payaso. —Tal vez. Pero es un payaso que sabe qué es lo que quieren los alemanes: gobernar el mundo.

Noelle escuchó, fascinada, mientras Larry le explicaba la estrategia militar de Hitler, el súbito retiro de la Liga de las Naciones, el pacto de defensa mutua con Japón e Italia, no porque le interesara lo que él decía sino porque le gustaba mirarlo mientras hablaba. Los oscuros ojos de Larry brillaban de entusiasmo, resplandecientes de una vitalidad irresistible y abrumadora.

Noelle jamás había conocido una persona como él. Pertenecía a esa extraña clase de hombres que son derrochones por naturaleza, no sólo con el dinero sino consigo mismos. Era abierto, cálido y vivaz, se entregaba, gozaba de la vida y se aseguraba de que cuantos lo rodeaban la gozaran también. Era una especie de imán que atraía a su campo magnético a todo el que se le aproximaba.

Llegaron a la fiesta, que tenía lugar en un pequeño departamento de la rue Chemin Vert, lleno de un bullicioso grupo de gente, jóvenes en su mayoría. Larry la presentó a la dueña de casa, una agresiva pelirroja de aspecto seductor, y desapareció tragado por la multitud. Durante la velada Noelle alcanzó a verlo a ratos, rodeado de muchachas ansiosas que hacían lo imposible por llamarle la atención. Y sin embargo no es un egocéntrico, pensaba Noelle. Era como si no se diera cuenta en absoluto de lo atrayente que era. Alguno de los presentes le ofreció a Noelle algo para beber y alguien más se ofreció a alcanzarle un plato desde el buffet, pero ella no tenía hambre. Quería estar con el norteamericano, apartarlo de las muchachas que se amontonaban en torno de él. Los hombres se le acercaban e intentaban trabar conversación, pero Noelle estaba en otra cosa. Desde el momento en que habían entrado a la fiesta, Larry la había ignorado por completo y actuaba como si ella no existiera. ¿Por qué no? pensó Noelle. ¿Por qué iba a estar pendiente de ella si podía elegir cualquier chica de las que estaban en la fiesta? Dos hombres trataban de darle conversación, sin que ella pudiera concentrarse. De pronto, el salón se había puesto insoportablemente caluroso y Noelle miró a su alrededor, buscando cómo escaparse.

—Vamos, —le dijo una voz al oído, y un momento más tarde ella y el norteamericano estaban en la calle, bajo el fresco aire nocturno. La ciudad se mantenía oscura e inmóvil contra los alemanes invisibles en el cielo, y los coches se deslizaban por las calles como peces silenciosos en la negrura del mar. Como no pudieron conseguir taxi, fueron andando a cenar a un

pequeño bistro en la Place des Victoires, donde Noelle descubrió que estaba muerta de hambre. Observó al norteamericano sentado frente a ella, preguntándose qué era lo que le había pasado. Era como si él hubiera tocado algún resorte tan profundamente escondido en ella que la propia Noelle jamás hubiera sabido que existiera. Nunca había experimentado una felicidad semejante. Hablaron de todo, como desde tiempo inmemorial sucede cuando dos enamorados se descubren uno a otro. Ella le habló de su vida y Larry le contó que había nacido en Boston y era de ascendencia irlandesa. —¿Y dónde aprendiste a hablar tan buen francés? —le preguntó Noelle. —Cuando era chico solía pasar los veranos en Cap D'Antibes. Mi padre era un magnate de la bolsa hasta que vino la Depresión, —y Larry se puso a interiorizarla en los vericuetos del mercado de valores. A Noelle no le importaba de qué hablara, con tal de que siguiera hablando. —¿Dónde estás viviendo?

—En ninguna parte. —Noelle le habló del taxista y de Madame Delys y del gordo que la había tomado por una princesa y ofrecía cuarenta francos por ella, mientras Larry se reía. —¿Recuerdas dónde queda la casa?

—Sí.

—Pues vamos, princesa.

Cuando llegaron a la casa de la rue de Provence, la misma mucama uniformada les abrió la puerta. Los ojos se le iluminaron al ver al apuesto norteamericano, pero se oscurecieron cuando vio quién estaba con él. —Queremos ver a Madame Delys, —dijo Larry, y entró con Noelle al vestíbulo de recepción. En la sala había varias muchachas. La mucama los dejó y unos minutos después entró Madame Delys. —Buenas noches, Monsieur, —saludó a Larry. Después se Volvió a Noelle—. Ah, espero que haya cambiado de opinión. —De ninguna manera, —afirmó tranquilamente Larry—. Es que usted tiene algo que pertenece a la princesa.

Madame Delys lo miró con aire interrogante.

—Su valija y su bolso.

Madame Delys vaciló un momento y después salió. Cinco minutos después volvía la mucama, trayendo las cosas de Noelle.

—Merci, —dijo Larry, y se volvió hacia Noelle—. Vamos, princesa.

Esa noche Noelle se fue a vivir con Larry a un pequeño y pulcro hotel de la rue Lafayette. Ni siquiera hablaron; era inevitable para ambos. Cuando hicieron el amor, fue lo más memorable que Noelle hubiera conocido, una explosión salvaje y primitiva que los estremecía a ambos. Durante toda la noche estuvo en brazos de Larry, apretándolo contra ella, más feliz de lo que jamás se habría atrevido a soñar.

A la mañana siguiente se despertaron, se hicieron el amor y salieron juntos a explorar la ciudad. Larry era un guía estupendo, y consiguió que París se convirtiera en un juguete maravilloso para entretenimiento de Noelle. Almorzaron en las Tullerías, pasaron la tarde en Malmaison y estuvieron horas vagabundeando por las inmediaciones de Nótre Dame, en el sector más antiguo de París, construido por Luis XIII. Larry le enseñó lugares que se apartaban de la trillada ruta de los turistas, la Place Maubert con su colorido mercado callejero, y el quai de la Mégisserie con sus jaulas de pájaros de brillantes colores y animales diversos. Entre el bullicio de mil vendedores, recorrieron el Marché de Buci, oyendo ponderar los méritos de cajones de tomates, ostras dispuestas en lechos de algas y quesos pulcramente rotulados. Recorrieron Montparnasse, cenaron en el Bateau Mouche y terminaron tomando sopa de cebollas a las cuatro de la mañana

en Les Halles, rodeados de carniceros y camioneros. Durante todo su recorrido Larry fue haciéndose de amigos, y Noelle se daba cuenta de que era porque tenía el don de la risa. Larry le enseñó a reírse y Noelle advirtió que no sabía que la risa existiera dentro de ella. Era como un presente divino. Le estaba agradecida a Larry y se sentía muy enamorada de él. Amanecía cuando regresaron a su habitación en el hotel. Noelle estaba agotada, pero Larry seguía lleno de energía, como una diname. incansable. Tendida en la cama, Noelle lo observaba mientras él, desde la ventana, miraba el sol que se levantaba sobre los techos de París.

—Me encanta París, —declaró—. Es como un templo erigido a las mejores cosas que ha hecho el hombre. Es una ciudad de belleza, de comida y de amor, —se dio vuelta para sonreírle—, aunque no necesariamente en ese orden. Noelle lo miraba mientras él se sacaba la ropa para tenderse en la cama junto a ella. Lo abrazó, gozosa de sentirlo cerca, de aspirar su olor viril. Pensó en su padre —y en la forma en que la había traicionado. Había sido un error juzgar a todos los hombres basándose en él y en Auguste Lanchon. Ahora sabía que había hombres como Larry, y sabía también que, para ella,, jamás habría ningún otro. —¿Sabes, princesa, quiénes fueron los dos hombres más grandes que jamás hayan vivido? —le preguntó Larry—Tú.

—Wilbur y Orville Wright. Ellos le dieron al hombre su verdadera libertad. ¿Volaste alguna vez? —Noelle sacudió la cabeza—. Hay una estación de invierno en Montauk, en Long Island, y cuando yo era chico solía mirar cómo las gaviotas se dejaban llevar por el aire sobre la playa, aprovechando las corrientes, y habría dado mi alma por estar allí arriba con ellas. Antes de saber caminar ya sabía que quería ser aviador. Cuando tenía nueve años un amigo de la familia me llevó a dar una vuelta en un viejo biplano, y a los catorce tomé la primera lección de vuelo. Es entonces cuando realmente estoy vivo, cuando estoy en el aire. —Va a haber una guerra mundial, —le dijo después—. Alemania quiere adueñarse de todo. —Con Francia no va a poder, Larry. Nadie puede atravesar la Línea Maginot. —Yo la he atravesado cien veces, —resopló Larry, despectivo. Noelle lo miró intrigada—. Por aire, princesa. Esta va a ser la guerra del aire… mi guerra. Y más tarde, con aire casual: —¿Por qué no nos casamos?

Para Noelle, fue el momento más feliz de su vida. El domingo fue un día de tranquilidad y ocio. Desayunaron al aire libre en un pequeño café de Montmartre, volvieron a su habitación y se pasaron casi todo el día en la cama. Noelle no podía creer que semejante éxtasis fuera posible. Cuando Larry le hacía el amor, eso era magia pura, pero para ella era igualmente hermoso estar ahí tendida oyéndolo hablar y mirándolo moverse Por la habitación con una gracia suelta y animal. El solo hecho de estar cerca de él le alcanzaba. Qué raro, pensó, cómo se daban las cosas. Desde su infancia, su padre la había llamado princesa y ahora, aunque fuera en broma, Larry seguía tratándola de princesa. Cuando estaba con Larry, Noelle era algo. El le había devuelto la fe en los hombres; él era su mundo y Noelle se daba cuenta de que jamás iba a necesitar nada más, y le parecía increíble tener tanta suerte, increíble que él sintiera lo mismo por ella.

—No había pensado casarme mientras no terminara la guerra —le dijo Larry—, pero al diablo con eso. Los planes se hacen para modificarlos ¿no te parece, princesa?

Noelle hizo un gesto afirmativo, llena de una felicidad que parecía estallar dentro de ella.

—Casémonos ante algún juez de paz de la campiña, —propuso Larry—. A menos que quieras una boda con todas las de la ley.

—En la campiña me parece espléndido.

—Trato hecho, —asintió Larry—. Esta noche tengo que volver a mi escuadrón. Te encontraré aquí mismo el viernes próximo. ¿Qué te parece?

—No... no sé si voy a soportar que estemos tanto tiempo separados, — balbuceó Noelle. Larry la tomó en sus brazos.

—¿Me amas? —le preguntó.

—Más que a mi vida, —respondió simplemente Noelle.

Dos horas más tarde Larry viajaba de vuelta a Inglaterra, sin dejar que Noelle lo acompañara al aeropuerto.

—No me gustan los adioses, —le dijo—, sino las bienvenidas, —y le dio un gran puñado de billetes—. Cómprate un vestido de novia, princesa. Te veré la semana próxima.

Y se fue. Noelle se pasó la semana siguiente en un estado de euforia, volviendo a recorrer los lugares donde había estado con Larry; las horas se le iban en soñar lo que sería su vida con él. Le parecía que los días no acababan de pasar, que los minutos se arrastraban; creyó que estaba por perder el juicio.

Recorrió una docena de negocios en busca del vestido de novia, hasta que encontró exactamente lo que quería, en la boutique de Madeleine Vionnett. Hermosísimo, de organza blanca, corsage con escote a ras del cuello, mangas largas con una hilera de botoncitos de perlas, y triple enagua de armar. Costaba mucho más de lo que había calculado. pero Noelle no titubeó. Usó todo el dinero que le había dejado Larry y casi todos sus ahorros. Toda ella estaba centrada en Larry. Pensaba mil maneras de agradarle, rebuscaba en su memoria los recuerdos que pudieran divertirlo, las anécdotas que le parecieran entretenidas. Se sentía como una colegiala. En esa agonía de impaciencia esperó Noelle que llegara el viernes, Y cuando por fin llegó, se levantó al amanecer y se pasó dos horas bañándose y vistiéndose, cambiándose de ropa y volviéndose a cambiar, tratando de imaginarse con qué vestido le gustaría más a Larry. Se puso el vestido de novia pero volvió a sacárselo rápidamente, temerosa de que eso le trajera mala suerte. Estaba en un estado de excitación frenética. A las diez Noelle estaba mirándose en el espejo de pared del dormitorio, consciente de que Jamás había estado más hermosa. Y no había egoísmo en SU apreciación; simplemente, se alegraba por Larry, se alegraba de poder ofrecerle ese don. Para mediodía él no había aparecido, y Noelle lamentaba que no le hubiera dicho a qué hora pensaba llegar. Cada diez minutos preguntaba a la recepción si no había ningún mensaje. y constantemente estaba levantando el teléfono para asegurarse de que funcionaba. A las seis de la tarde seguía sin saber una palabra de él. A medianoche él no la había llamado y Noelle se acurrucó en una silla con los ojos clavados en el teléfono, tratando de obligarlo a que sonara. Se quedó dormida y cuando se despertó era de madrugada. El sábado, Noelle seguía en la silla, rígida y, helada. El vestido que había elegido con tanto cuidado estaba lleno de arrugas, y se le había hecho una corrida en la media. Se cambió de ropa y en todo el día no salió de la habitación; se quedó inmóvil frente a la ventana abierta, diciéndose que si no se movía de allí, Larry aparecería; si se iba, algo terrible podría sucederle a él, A medida que el sábado se deslizaba de la mañana a la tarde, empezó a convencerse de que había habido un accidente. El avión de Larry se había estrellado y él estaba tendido en el campo o en algún hospital,

herido o muerto. El espíritu de Noelle se llenó de visiones espantosas. Se quedó levantada toda la noche del sábado, enferma de terror, sin atreverse a salir de la habitación y sin saber cómo dar con Larry. Cuando llegó el mediodía del domingo sin haber tenido noticias de él, Noelle ya no podía soportarlo. Tenía que hablar con él por teléfono, pero ¿cómo? En época de guerra era difícil conseguir una llamada de ultramar, y ella ni siquiera sabía con seguridad dónde estaba Larry. Lo único que sabía era que integraba algún escuadrón norteamericano que volaba con la Real Fuerza Aérea. Tomó el teléfono y habló con la operadora del conmutador. —Es imposible, —fue la respuesta lisa y llana. Noelle le explicó la situación, y Jamás supo si fueron sus palabras o la desesperación frenética que se traslucía en su voz, pero dos horas más tarde estaba hablando con el Ministerio de Guerra en Londres. Allí no pudieron ayudarla, pero pasaron la llamada al Ministerio del Aire en Whitehall, de donde la comunicaron con Operaciones de Combate; esa comunicación se cortó antes de que Noelle hubiera podido conseguir información alguna y pasaron cuatro horas más hasta que fue posible restablecerla; para entonces, Noelle estaba al borde de la histeria. En Operaciones Aéreas no pudieron darle ninguna información y le dijeron que probara con el Ministerio de Guerra. —¡Pero si ya hablé con ellos! —gritó desesperadamente Noelle, mientras rompía en sollozos.

—Por favor, señorita, no se ponga así, —rogó, confundida, la británica voz masculina al otro lado de la línea—. Espere un momento. Noelle mantuvo el receptor en la mano segura de que todo era inútil, de que Larry había muerto y de que ella jamás sabría cómo ni dónde. Cuando estaba por colgar de nuevo el receptor, la misma voz volvió a hablar en su oído, jubilosa.

—Donde tiene que llamar, señorita, es al Escuadrón de las Águilas. Son los yanquis que tienen la base en Yorkshire. Aunque es un poco irregular, la voy a comunicar con Church Fenton, que es el aeródromo de ellos. Ahí los muchachos la van a ayudar. La comunicación se cortó y se hicieron las once de la noche antes de que Noelle pudiera conseguir el nuevo llamado.

—Base Aérea de Church Fenton, —dijo una voz, pero la comunicación era tan mala que Noelle apenas si lo oía; era como si su interlocutor hablara desde el fondo del mar y, evidentemente, él también tenía dificultades para oírla—. Hable alto, por favor, —le dijo. Noelle tenía los nervios tan destrozados que a duras penas podía controlar la voz. —Quiero hablar con... —ni siquiera sabía cuál era su grado. ¿Teniente, capitán, mayor?— Quiero hablar con Larry Douglas. De parte de su novia. —No la oigo, señorita. ¿No puede hablar más alto, por favor?

Al borde del pánico, Noelle volvió a gritar las mismas palabras, segura de que el hombre que ocupaba el otro extremo de la línea procuraba ocultarle el hecho de que Larry había muerto. Durante un instante milagroso la línea se despejó y la voz se oyó con tanta claridad como si estuviera en el cuarto adyacente. —¿Con el teniente Larry Douglas? —suspiró Noelle, dominando su emoción.

—Un momento, por favor.

Noelle esperó durante un tiempo que le pareció una eternidad y después la voz reapareció en la línea, —El teniente Douglas está con licencia por el fin de semana. Si es algo urgente, se lo puede encontrar en la sala de baile del Hotel Savoy, en Londres, en la recepción del general Davis. La comunicación se cortó. Cuando a la mañana siguiente la mucama entró a limpiar la habitación, encontró a Noelle semiinconsciente, tendida en el piso.

Durante un momento la muchacha la miró, tentada de ocuparse de sus cosas y salir como si no pasara nada. ¿Por qué esas cosas tenían que pasar siempre en los cuartos que limpiaba ella? Se acercó a tocarle la frente, que ardía. De mala gana, la mucama atravesó el vestíbulo y le pidió al portero que hiciera subir al gerente. Una hora después una ambulancia se detenía a la puerta del hotel y dos jóvenes internos, que llevaban una camilla, se dirigían a la habitación de Noelle, que seguía inconsciente. Uno de los internos le levantó el párpado, le apoyó un estetoscopio en el pecho y, escuchó su respiración estertorosa. —Neumonía, —le dijo a su compañero—. Vamos a llevarla de aquí.

La colocaron sobre la camilla y cinco minutos después la ambulancia corría hacia el hospital. A Noelle la pusieron en carpa de oxígeno y pasaron cuatro días antes de que recuperara totalmente el conocimiento. De mala gana, se dejó arrancar de las lóbregas profundidades verdes del olvido, sabiendo inconscientemente que algo terrible había pasado y resistiéndose a recordar

lo que era. Mientras esa cosa espantosa se elevaba, cada vez más próxima a la superficie de su mente, ella luchaba por mantenerla alejada, pero de pronto se le apareció con total claridad. Larry Douglas. Noelle empezó a llorar, sacudida por los sollozos hasta que finalmente se hundió en un semisueño. Cuando sintió una mano que tomaba suavemente la suya, supo que Larry, había vuelto, y que todo estaba bien. Al abrir los ojos vio a un extraño de guardapolvo blanco, que le tomaba el pulso.

—¿Volvió? —la saludó él, alegremente—. Bienvenida.

—¿Dónde estoy? —preguntó Noelle.

—En el hospital.

—¿Y qué hago aquí?

—Se está curando. Tuvo neumonía doble. Yo soy Israel Katz

—era un joven de rostro enérgico e inteligente y hundidos ojos castaños.

—¿Usted es mi médico?

—Soy interno, —explicó él—. Yo la traje al hospital. Me alegro de que saliera del paso, —le sonrió—. No estábamos seguros…

—¿Cuánto hace que estoy aquí?

—Cuatro días.

—¿Quiere hacerme un favor? —preguntó débilmente Noelle.

—Si puedo.

—Llame al Hotel Lafayette y pregunte… —vaciló—. pregunte si no hay ningún mensaje para mí.

—Bueno, estoy tan ocupado…

—Por favor, —Noelle le oprimió la mano—. Es importante. Mi novio estará tratando de comunicarse conmigo.

—Lo comprendo, —sonrió Katz—. De acuerdo, lo haré. Ahora duerma un poco.

_Mientras no tenga noticias, no.

Cuando el interno salió, Noelle se quedó esperando. Claro que Larry estaba tratando de comunicarse con ella. Había habido algún malentendido espantoso, pero él se lo explicaría todo, y las cosas volverían a andar bien. Pasaron dos horas antes de que volviera Israel Katz, que se acercó a la cama de Noelle y le entregó una valija. —Le traje su ropa, —explicó—. Fui personalmente al hotel.

Cuando ella lo miró, el interno notó la tensión en su rostro.

—Lo siento, —le dijo confundido—. No había mensajes.

Noelle lo miró largamente y después se dio vuelta hacia la pared, con los ojos secos. Dos días más tarde, a Noelle le dieron de alta en el hospital. Israel Katz fue a despedirla. —¿Tiene dónde ir? —le preguntó—. ¿Tiene trabajo?

Noelle sacudió la cabeza.

—¿De qué trabaja usted?

—Soy modelo.

—Tal vez yo pueda servirle de algo.

—No necesito ayuda, —declaró Noelle, recordando al taxista y a Madame Delys. Israel Katz escribió un nombre en una hoja de papel.

—Si cambia de idea, vaya aquí. Es una pequeña casa de modas. La dueña es mi tía, y le hablaré de usted. ¿Tiene algo de dinero? Noelle no contestó.

—Tome, —sacó del bolsillo un puñado de francos y se los entregó—. Lamento no tener más, pero el sueldo de un interno no es gran cosa. Noelle se sentó a tomar un café en un pequeño bar callejero mientras decidía cómo juntar los restos de su vida. Sabía que tenía que salir adelante, porque ahora tenía una razón para vivir. Rebosaba de un odio profundo y ardiente, que la consumía de tal manera que no dejaba lugar para nada más. Un Fénix vengador se había levantado de las cenizas de las emociones que Larry Douglas había asesinado en ella. No descansaría hasta haberlo destruido; no sabía cómo ni cuándo, pero Noelle estaba segura de que algún día lo iba a lograr. Ahora necesitaba trabajo, y un lugar donde dormir. Abrió su bolso Y—sacó el papel que le había dado el joven interno.

Lo miró durante un momento y se decidió. Esa tarde fue a ver a la tía de Israel Katz y consiguió trabajo de modelo en una pequeña casa de modas de segunda categoría, en la rue Doursault.

La tía de Israel Katz resultó ser una mujer de edad mediana y pelo gris, con cara de arpía y alma de santa. Trataba como a una madre a todas sus muchachas y ellas la adoraban. Se llamaba Madame Rose. Le dio a Noelle un adelanto sobre el sueldo y le encontró un departamentito cerca de su salón. Lo primero que hizo Noelle cuando se instaló fue colgar su vestido de novia. Lo puso en el ropero, de tal manera que fuera lo primero que veía a la mañana y lo último que veía a la noche al desvestirse.

Noelle supo que estaba embarazada antes de que se pudiera advertir ningún signo, antes de haberse hecho ningún test, antes de que se produjera ningún atraso. Percibía la nueva vida que se había formado dentro de ella y a la noche se quedaba tendida, mirando al cielo raso, mientras pensaba en eso, con los ojos resplandecientes de salvaje placer animal.

Aprovechó su primer día libre para llamar por teléfono a Israel Katz y combinar un encuentro con él para almorzar.

—Estoy embarazada, —le dijo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se hizo hacer alguna prueba?

—No necesito pruebas.

—Noelle, —Katz sacudió la cabeza—, muchísimas mujeres piensan que van a tener un hijo, y no es cierto. ¿Cuántas faltas tuvo?

Noelle desechó la pregunta, con impaciencia.

—Quiero que usted me ayude.

—¿A librarse de su hijo? —él la miró asombrado—. ¿Lo habló con el padre?

—Está ausente.

—Usted sabe que los abortos son ilegales. Podría meterse en un lío espantoso.

Noelle lo miró fríamente.

—¿Cuál es el precio?

—¿Le parece que todo tiene precio, Noelle? —preguntó Katz con el rostro tenso de enojo.

—Seguro, —respondió simplemente Noelle—. Todo se vende y se compra. ¿Me ayudará?—Está bien, —respondió él después de una larga vacilación—, Pero antes quiero hacerle algunas pruebas. —Muy bien.

Durante la semana siguiente, Katz la hizo ir a los laboratorios del hospital. Cuando estuvieron los resultados de las pruebas, dos días después, la llamó a su trabajo. —Usted tenía razón, está embarazada. Tengo todo dispuesto para hacerle un raspaje en el hospital. Les dije que su marido se mató en un accidente y que usted no puede tener la criatura. El sábado que viene haremos la operación. —No.

—¿No le viene bien el sábado?

—Es que todavía no estoy pronta, Israel. Sólo quería saber que contaba con usted para que me ayude. Madame Rose notó el cambio producido en Noelle, no sólo un cambio superficial sino algo que llegaba mucho más hondo, una irradiación, un resplandor interno que la llenaba. Noelle caminaba erguida y sonriendo, como si ocultara un secreto maravilloso. —Usted tiene un amante, —bromeó Madame Rose—. Se le ve en los ojos. —Sí, Madame, —asintió Noelle.

—Pues le hace bien. No lo deje.

—Mientras pueda, no lo dejaré, —prometió Noelle.

Tres semanas más tarde recibió un llamado de Israel Katz.

—No tenía noticias de usted, —le dijo—, y pensé si se había olvidado. —No, —respondió Noelle—. Pienso en eso todo el tiempo.

—¿Cómo se siente?

—Estupendo.

—Estuve mirando el almanaque y me parece que sería mejor que nos ocupáramos de eso. —Todavía no, —dijo Noelle.

Pasaron tres semanas antes de que Israel Katz volviera a llamarla. —¿Qué le parece si cenamos juntos? —le preguntó.

—De acuerdo.

Quedaron en encontrarse en un café barato de la Rue du Chat Qui Péche. Noelle estaba pensando en proponer un restaurante mejor cuando recordó lo que había dicho Israel, que los internos no tenían mucho dinero.

Cuando ella llegó, Katz estaba esperándola. Durante toda la cena hablaron de bueyes perdidos; cuando llegó el café, Israel trajo a colación el tema que le preocupaba.

—¿Todavía quiere hacer la operación? —le preguntó.

Noelle lo miró sorprendida.

—Claro, —contestó.

—Entonces no hay que esperar más. Está embarazada de más de dos meses.

—No, todavía no, Israel, —Noelle sacudió la cabeza.

—¿Es su primer embarazo?

—Sí.

—Pues entonces le diré una cosa, Noelle. Generalmente, hasta los tres meses, un aborto no es un problema. El embrión no está totalmente formado y lo único que hace falta es un raspaje, pero después de los tres meses, —

vaciló—, la operación ya es distinta y puede ser peligrosa. Cuanto más espere, más peligrosa será. Quiero que se haga intervenir ahora.

—¿Cómo es el bebé? —Noelle se inclinó hacia adelante.

—¿Ahora? —Katz se encogió de hombros—. No es más que un montón de células. Claro que en él está todo lo necesario para formar un ser humano completo.

—¿Y después de los tres meses?

—El embrión empieza a convertirse en persona.

—¿Y ya puede sentir?

—Reacciona ante los golpes y ante algunos ruidos fuertes.

—¿Y siente el dolor? —Noelle seguía inmóvil, con los ojos fijos en los de él.

—Me imagino que sí. Pero está protegido por la bolsa de las aguas —de pronto, Katz se sintió inquieto— Sería muy difícil que algo lo dañara.

Noelle bajó los ojos y se quedó mirando la mesa, silenciosa Y pensativa. Israel Katz siguió hablando tímidamente, después de observarla un momento.

—Noelle, si usted quiere tener el niño y tiene miedo, porque no va a tener padre... bueno, yo estaría dispuesto a casarme con usted y darle mi nombre. Ella lo miró, sorprendida.

—Ya se lo dije. No quiero tener el niño. Quiero hacerme un aborto. —¡Pues entonces hágaselo, por Dios! —gritó Israel, y bajó la voz al advertir que otros parroquianos lo miraban—. Si sigue esperando, no va a haber médico en Francia que quiera hacérselo. ¿No lo entiende? ¡Si espera demasiado, puede costarle la vida!—Lo entiendo, —declaró Noelle en voz baja—. Si yo fuera atener el niño ¿qué dieta me recomendaría? Perplejo, el interno se pasó los dedos por el pelo.

—Mucha leche, fruta, carne magra.

Esa noche, al volver a su casa, Noelle se detuvo en el mercado, en la esquina de su departamento, a comprar dos litros de leche y una buena cantidad de fruta fresca. Dos días después Noelle fue a hablar con Madame Rose; le dijo que estaba embarazada y le pidió una licencia. —¿Por cuánto tiempo? —preguntó Madame Rose, observándola. —Seis o siete semanas.

Madame Rose suspiró.

—¿Está segura de que lo que va a hacer es lo mejor?

—Estoy segura —respondió Noelle.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—En nada.

—Muy bien. Vuelva a trabajar tan pronto como pueda. Le diré a la cajera que le dé un adelanto sobre su sueldo. —Muchas gracias, Madame. Durante las cuatro semanas siguientes Noelle no salió de su departamento, a no ser para comprar comida. No tenía hambre, y comía muy poco para ella misma, pero bebía enormes cantidades de leche para el bebé y se atiborraba de fruta. No estaba sola en su departamento. El bebé estaba con ella y Noelle le hablaba constantemente. Sabía que era un varón, lo mismo que había sabido que estaba embarazada, y lo llamaba Larry. —Quiero que crezcas y te pongas grande y fuerte, —le decía mientras se bebía la leche—. Quiero que seas sano y fuerte ... cuando mueras.

Día tras día, se lo pasaba echada en la cama, planeando la venganza contra Larry Y el hijo de él. Lo que crecía en su cuerpo no era parte de ella; le pertenecía a él, y Noelle iba a matarlo. Era la única cosa suya que Larry le

había dejado y ella iba a destruirlo de la misma manera que él había intentado destruirla.

¡Qué mal la había entendido Israel Katz' ¡Qué le interesaba a ella un embrión informe que no sabía nada! Lo que Noelle quería era que el fruto de Larry sintiera lo que iba a sucederle, que sufriera como había sufrido ella. Ahora el vestido de novia estaba colgado junto a su cama, visible siempre como un talismán del mal, un recuerdo de la traición de él. PRIMERO EL HIJO DE LARRY, DESPUÉS LARRY.

Muchas veces sonaba el teléfono, pero Noelle seguía en la cama, perdida en sus sueños, hasta que se silenciaba. Estaba segura de que el que trataba de comunicarse con ella era Israel Katz.

Una noche se oyeron golpes en la puerta. Noelle se quedó en la cama, sin hacerles caso, pero finalmente como los golpes seguían, se levantó para abrir la puerta. Se encontró con Israel Katz, el rostro lleno de preocupación.

—Por Dios, Noelle, hace días que la estoy llamando.

Le miró el vientre, que ya se redondeaba.

—Pensé que se lo habría hecho hacer en otra parte.

—No, —Noelle sacudió la cabeza—. Me lo va a hacer usted.

Israel se la quedó mirando.

—Pero ¿es que no entendió nada de lo que le dije? ¡Es demasiado tarde! —Nadie se lo va a hacer! —al mirar a su alrededor vio sobre la mesa la fruta y las botellas de leche vacías. Después volvió a mirarla—. Pero si usted quiere tenerlo, —le dijo—, ¿Por qué no lo admite?

—Dígame, Israel ¿cómo es ahora?

—¿Quién?

—El bebé. ¿Tiene ojos y oídos? ¿Y dedos? ¿Puede sentir dolor?

—Por Dios, Noelle, basta con eso. Está hablando como si... como si...

—¿Qué?

—Nada, —Katz sacudió la cabeza, desesperado—. No la entiendo. —No, —sonrió NOELLE—. Claro que no.

Durante un momento él vaciló, tratando de llegar a una decisión. —Está bien, por usted me voy a meter en un lío espantoso, pero si está realmente decidida a hacerlo, terminemos de una vez con el asunto. Tengo un amigo médico que me debe un favor, y él... —No.

Katz la miró, interrogante.

—Larry todavía no está pronto, —dijo Noelle. Tres semanas más tarde, a las cuatro de la mañana, un conserje furioso que golpeaba a la puerta despertó a Israel Katz. —¡Teléfono, señor ave nocturna!, —vociferaba el portero—. Y dígale a quien llama, que a estas horas de la noche, la gente decente está durmiendo! Semidormido, Israel se bajó torpemente de la cama, se dirigió al vestíbulo donde estaba el teléfono, preguntándose qué habría pasado, y levantó el receptor. —¿Israel ?

El no reconoció la voz que temblaba al otro extremo de la línea. —¿Sí?

—Ahora... —era un susurro, descarnado y anónimo.

—¿Quién habla?

—Ahora. Venga ahora, Israel...

En la voz había algo espeluznante, inhumano, que le hizo correr un escalofrío por la espalda. —¿Noelle...?

—Ahor ...

—Por Dios —estalló Katz—, ahora no. Es demasiado tarde. Se va a morir y yo no quiero ser responsable. Váyase a un hospital. La comunicación se cortó y Katz se quedó con el receptor en la mano. Lo colgó de un golpe y

volvió a su cuarto. Su mente era un torbellino; ni él ni nadie podía hacer nada, a esa altura. El embarazo era de cinco meses y medio. Katz se lo había advertido una y mil veces, sin que ella quisiera oírlo. Bueno, pues la responsabilidad era de Noelle y él no quería compartirla.

Con una temible sensación de miedo, empezó a vestirse lo más rápido posible.

Cuando Israel Katz entró en el departamento, Noelle estaba tendida en el suelo, en un charco de sangre, con el rostro pálido como la muerte, pero sin dar señales, del dolor atroz que debía de estar atormentándola. Tenía puesto algo que parecía un vestido de novia. Israel se arrodilló junto a ella.

—¿Qué pasó? ¿Cómo... —empezó a preguntarle, y se detuvo al ver cerca de ella, retorcida y tinta en sangre, una percha de alambre.

—¡Dios santo! —gimió, furioso y al mismo tiempo, con una tremenda sensación de impotencia. La sangre manaba cada vez más rápido; no había tiempo que perder.

—Voy a buscar una ambulancia, —anunció, levantándose.

Noelle se enderezó, lo tomó del brazo con fuerza sorprendente y lo atrajo hacia ella.

—El bebé de Larry está muerto, —susurró. En su rostro había una sonrisa radiante.

Durante cinco horas, un equipo de seis médicos se esforzó por salvarle la vida. El diagnóstico era de septicemia, perforación del útero, y shock traumático. Los médicos estaban de acuerdo en que tenía pocas probabilidades de sobrevivir, pero para esa tarde a las seis Noelle estaba fuera de peligro y dos días más tarde ya se sentaba en la cama y podía hablar.

—Los médicos dicen que es un milagro que usted esté viva, Noelle, —le dijo Katz, que había ido a verla.

Ella sacudió la cabeza. Simplemente, no le había llegado la hora. Su primera venganza de Larry estaba cumplida, pero ese no era más que el comienzo. Faltaba más, mucho más. Pero primero, Noelle tenía que encontrarlo. Le iba a tomar tiempo, pero lo encontraría.

CATHERINE
Chicago: 1939—1940

3

Cada vez más intensos, los vientos de guerra que azotaban a toda Europa quedaban reducidos a un tibio céfiro cuando llegaban a las costas de los Estados Unidos.

En la Universidad del Noroeste, algunos muchachos se incorporaban al Cuerpo de Oficiales de Reserva, los estudiantes hacían manifestaciones pidiendo que el presidente Roosevelt le declarara la guerra a Alemania y alguno de los más enfervorizados, se alistaban en las Fuerzas Armadas. Sin embargo, en general el mar de complacencia se mantenía inalterable y el movimiento subterráneo que no tardaría en arrasar con el país entero era casi imperceptible. Durante esa tarde de octubre, mientras iba a hacerse cargo de su trabajo de cajera en el bar del club de estudiantes, Catherine Alexander se preguntaba si la guerra, en caso de que llegara, cambiaría en algo su vida. Había un cambio que ella tenía que hacer, lo sabía y estaba decidida a hacerlo lo antes posible. Tenía una desesperada necesidad de

saber cómo era eso de que un hombre la tomara en sus brazos y le hiciera el amor, y sabía que si lo necesitaba era en parte por razones físicas, pero también porque tenía la sensación de que se estaba perdiendo una experiencia importante y maravillosa. Por Dios ¿y si llegaba a atropellarla un auto y en la autopsia descubrían que era virgen? No, ese asunto había que arreglarlo. Ahora mismo. Catherine recorrió cuidadosamente con la vista los alrededores del bar, pero sin ver la cara que buscaba. Cuando, una hora más tarde, Ron Peterson entró acompañado de Jean—Anne, Catherine sintió cosquillas por todo el cuerpo y el corazón empezó a latirle con fuerza. Se dio vuelta, siempre pasaban junto a ella y con el rabillo del ojo vio cómo iban a sentarse los dos en el lugar habitual de Ron.

Catherine respiró hondo y fue hacia el rincón donde Ron Peterson estudiaba la lista, tratando de decidirse.

—No sé qué es lo que quiero, —decía.

—¿Tienes apetito? —le preguntó Jean—Anne.

—Estoy muerto de hambre.

—Entonces pruebe esto.

Los dos levantaron la vista, sorprendidos. Catherine estaba parada junto a ellos. Le entregó un papel doblado a Ron Peterson, se dio vuelta y se volvió a la caja registradora.

Ron abrió la nota, la leyó y soltó la risa. Jean—Anne lo observaba con frialdad.

—¿Me explicas el chiste, por favor?

—Explicado no tiene gracia, —contestó Ron y se guardó la nota en el bolsillo.

Ron y Jean—Anne no tardaron mucho en irse. Ron no dijo nada mientras pagaba la cuenta, pero miró largamente a Catherine con aire apreciativo, sonrió y salió dándole el brazo a Jean—Anne. Catherine los miró partir, sintiéndose muy idiota. Ni siquiera sabía cómo insinuársele a un muchacho.

Cuando terminó su turno, Catherine se puso el abrigo, saludó a la chica que venía a relevarla y salió. Era una tarde de otoño, templada, aunque una brisa fresca soplaba desde el lago. El cielo parecía un terciopelo purpúreo donde brillaban, tenues e inalcanzables, las estrellas. Era un anochecer perfecto para... ¿qué? Mentalmente, Catherine hizo una lista:

Puedo irme a casa a lavarme la cabeza. Puedo ir a la biblioteca a estudiar latín para el examen de mañana. Puedo irme al cine. Puedo esconderme en un lugar oscuro y violar al primer marinero que pase.

Puedo ir a encerrarme en mi casa. Lo último, decidió.

Cuando empezaba a atravesar el campus en dirección a la biblioteca, un muchacho se asomó desde atrás de un poste. —Hola, Cathy. ¿Para dónde vas?

Era Ron Peterson, que le sonreía, y a Catherine el corazón se puso a latirle hasta que empezó a salírsele del pecho, mientras ella lo veía alejarse, latiendo a través del aire. Se dio cuenta de que Ron la miraba— asombrado. No era de extrañar. ¿Cuántas chicas conocería que pudieran hacer eso con el corazón? Catherine necesitaba desesperadamente peinarse y arreglarse el maquillaje y ver si tenía derecha la costura de las medias, pero procuró que no se trasluciera su nerviosidad. Regla número uno: mantener la calma. —Glup —tragó saliva.

—¿Para dónde ibas?

¿Sería cuestión de darle la lista? ¡No, por Dios! Ron iba a pensar que estaba chiflada. Aquí estaba su gran oportunidad y no debía hacer nada que pudiera estropearla. Lo miró, con ojos tan cálidos e invitadores como los de Carole Lombard en Nothing Sacred. —A ningún sitio en especial, —contestó, insinuante. Ron la observaba, todavía no muy seguro de ella; algún primitivo instinto le imponía cautela. —¿Te gustaría hacer algo especial? —le preguntó. Ahí estaba. La Proposición. El punto sin regreso.

—Tú dirás, —respondió— Soy toda tuya. Se estremeció al oírse. Qué cursi sonaba. Nadie decía: —Tú dirás, soy toda tuya", a no ser en los peores novelones. Ron la iba a dejar plantada, disgustado. Pero no. Increíblemente, sonrió y la tomó del brazo.

—Vamos, —dijo. Aturdida, Catherine se dejó llevar. Así que la cosa era tan simple. Iba a conseguir que se acostaran con ella. Interiormente, empezó a temblar. Si Ron se daba cuenta de que era virgen, eso iba a ser el acabóse. ¿Y de qué le iba a hablar cuando estuviera con ella en la cama? ¿Hablaría la gente mientras estaban en eso? Cathy no quería ser grosera, pero no tenía la menor idea de lo que se estilaba. —¿Ya comiste? —le preguntaba Ron.

—¿Si comí? —Catherine lo miró, mientras trataba de pensar.

Ya debería haber comido? Si decía que sí, entonces Ron podría llevársela directamente a la cama y acabarían de una vez—. No, —respondió rápidamente—, todavía no.

Pero ¿por qué diablos dije eso? Ya lo arreglaré todo. Pero ron no parecía molesto.

—Bueno. ¿Te gusta la comida china?

—Me encanta, —en realidad, la detestaba, pero los dioses no le iban a tener en cuenta una mentirita, en la noche más importante de su vida.

—Hay un lindo lugarcito chino que no está muy lejos, el de Lum Fong. ¿Lo conoces?

No, no lo conocía, pero no se lo iba a olvidar mientras viviera. ¿Qué hiciste la noche aquella? Oh, primero fuimos con Ron Peterson a LUm Fong a comer un poco de comida china. ¿Estuvo bueno?

Pero ya —sabes cómo es la comida china. Una hora después, ya me sentía otra vez sexy.

Ya habían llegado al coche de Ron, un convertible color castaño. El le sostuvo la puerta mientras Catherine ocupaba el asiento donde se habían sentado alguna vez todas las otras chicas que ella envidiaba. Ron era encantador, buen mozo y un atleta de primera. Y un maníaco sexual. Qué título para una película. "El maníaco Sexual y la Virgen". Tal vez, pensó Catherine, debía haber insistido en algún restaurante mejor, como el de Henrici, entonces Ron habría pensado: Esta chica sí que es como para presentársela a mamá. —¿En qué piensas?

—en la luna, —comentó Ron.

¡Qué delicado! Y bueno, no era el conversador más brillante del mundo, pero tampoco era eso lo que a ella le interesaba ¿no?

Catherine lo miró dulcemente y se acurrucó contra él.

—Pensaba en ti, nada más.

—De veras que me tenías despistado, Cathy, —le sonrió él.

—¿Sí?

—Siempre pensé que eras un poco... quiero decir, que no te interesaban los hombres.

La Palabra que estás buscando es lesbiana, pensó Catherine.

—Es que soy un poco selectiva, —dijo en voz alta.

—Pues me alegro de que me eligieras.

—Yo también, —Y era cierto. Catherine podía estar segura de que Ron era buen amante. Había sido sometido a pruebas de eficiencia intensivas por todas las muchachas fogosas que había en un radio de doscientos cuarenta kilómetros. Habría sido humillante para Catherine tener su primera experiencia sexual con alguien tan ignorante como ella. Tener a Ron era contar con un maestro. Después de esa noche, pensó, ya no pensaría en sí misma como en Santa Catalina. Lo más probable sería, en cambio, que la conocieran como —Catalina la Grande—, Y esa vez sí que iba a saber lo que quería decir —la Grande—. Seguro que iba a ser fantástica en la cama; la cuestión era no asustarse. Todas esas maravillas de que se hablaba en los libritos verdes que Catherine solía mantener bien ocultos de los ojos de sus padres estaban a punto de sucederle, Su cuerpo iba a ser un órgano vibrante de música exquisita. Sí, ya sabía que la primera vez le iba a—doler; siempre era así, Pero no iba a dejar que Ron se diera cuenta. Además, iba a estar muy activa, porque a los hombres les enferma, que una mujer no haga más que quedarse ahí quieta. Y cuando Ron la desgarrara Catherine se iba a morder los labios para ocultar el dolor, disimulándolo con un grito de placer.
—¿Qué?

—No... no dije nada, —farfulló Catherine, dándose vuelta hacia Ron mientras advertía. espantada, que había gritado en alta voz.

_Diste una especie de gritito. —¿De veras? —preguntó con una risita forzada.

—Estás a un millón de kilómetros de aquí.

Después de un breve análisis, Catherine decidió que no iba por la buena senda. Había que parecerse más a Jean—Anne. Apoyó la mano en el brazo de Ron y se acercó más a él. —Más cerca no puedo estar, —afirmó, procurando hablar con la voz ronca de Jean Arthur en Calamity Jane Ron la miró, confundido, sin poder leer en su rostro otra cosa que cálida ansiedad. Lum Fong era un triste restaurante chino del montón, situado bajo un viaducto. Durante toda la cena oyeron el rugido de los trenes que les pasaban por encima de la cabeza, haciendo tintinear platos y cubiertos. El local se parecía a miles de anónimos restaurantes chinos esparcidos por toda la extensión de los Estados Unidos, pero Catherine atesoró cuidadosamente los detalles del lugar donde se habían sentado, recogiendo en su memoria el dibujo del papel ordinario que cubría las paredes, la tetera de porcelana cachada, las manchas de salsa de soya sobre el mantel.

Un esmirriado camarero chino se acercó a la mesa a preguntarles si iban a beber algo, Catherine había tomado whisky unas pocas veces en su vida y le parecía asqueroso, pero esta noche era Año Nuevo, el Cuatro de julio, el Fin de su Doncellez. Había que festejarlo.

—Un old—fashioned, —pidió sin vacilar.

—Scotch con soda, —dijo Ron.

Con una reverencia, el mozo se alejó de la mesa, mientras Catherine pensaba si sería cierto que las mujeres orientales estaban hechas al sesgo.

—No sé cómo es que nunca nos habíamos hecho amigos, —decía Ron—. Todo el mundo dice que tú eres la chica más inteligente de toda la universidad.

—Sabes cómo es de exagerada la gente.

—Y eres endiabladamente bonita.

—Gracias, —Catherine intentó conseguir que su voz se pareciera a la de Catherine Hepburn en Alice Adams, mientras lo miraba intencionalmente en

los ojos, Había dejado de ser Catherine Alexander; ahora era una máquina sexual, Estaba a punto de unirse a Mae West, Marlene Dietrich, Cleopatra—, iban a ser todas hermanas de prepucio.

El camarero trajo las bebidas y Catherine se bebió su cóctel de un trago, con nerviosidad. Ron la miró, sorprendido.

—Tranquila, —le advirtió—. Mira que es fuerte.

—No me hará nada, —contestó Catherine, confiada.

—Otra vuelta, —le dijo Ron al chino, y acarició la mano de Catherine a través de la mesa—. Qué gracioso. En el colegio todo el mundo te conocía mal.

—No. En el colegio nadie me conocía.

Ron le clavó los ojos. Cuidado, nada de chispas, A los hombres les gusta acostarse con chicas que tengan abundantes glándulas mamarias y glúteos bien desarrollados, pero el cerebro bien chiquito. —Hace tiempo que me... gustabas, —agregó apresuradamente.

—Pues te lo tenías bien guardado, —Ron sacó del bolsillo la nota que ella le había dado y la desplegó—. Pruebe nuestra cajera —leyó en voz alta, riéndose. Le acarició suavemente el brazo y Catherine sintió que el contacto le provocaba cosquilleos en la columna vertebral, como decían los libros que debía ser. Tal vez, pasada esa noche, podría escribir un manual sobre el sexo para ayudar a todas las pobres vírgenes tontas que no sabían nada del sentido de la vida. Después del segundo old—fashioned, Catherine empezaba a tener compasión de ellas.

—Es una pena.

—¿Qué cosa es una pena?

Otra vez había hablado en voz alta. Decidió ser audaz.

—Me apenaba pensar en todas las vírgenes que hay en el mundo, —alardeó. —Eso vale un brindis, —declaró Ron y levantó su vaso. Catherine lo miraba, ahí, sentado frente a ella, disfrutando evidentemente de su compañía. No había por qué preocuparse; todo iba sobre rieles. Ron le preguntó si quería beber algo más, pero Catherine le agradeció. No era cuestión de estar sumida en un estupor alcohólico cuando la desfloraran. ¿Desflorar? ¿Se usarían todavía palabras como desflorar? De todas maneras, Catherine quería recordar todos los momentos, todas las preguntas. ¡Ay, Dios mío! ¡Pero no se había puesto nada,' ¿Lo habría pensado él? Seguramente, un hombre con la experiencia de Ron Peterson tendría algo para ponerse, alguna protección contra el embarazo. ¿Y si a él le pasaba lo mismo? ¿Y si estaba pensando que una muchacha con la experiencia de Catherine Alexander debía tener seguramente alguna protección? ¿No podría preguntárselo? Decidió que antes que preguntarle era preferible quedarse muerta, ahí mismo en la mesa, Entonces retirarían el cuerpo y le harían un entierro ceremonial chino. Ron pidió el menú fijo y Catherine se hizo la que comía, pero lo mismo le habría dado que fuera cartón. Se estaba poniendo tan tensa que apenas si le sentía gusto a nada. De pronto se le había secado la lengua y sentía el paladar como si lo tuviera entumecido. ¿Y si le estuviera dando un ataque? Una experiencia sexual después de un ataque podría matarla, tal vez. ¿No sería mejor advertírselo a Ron? Si encontraban una chica muerta en su cama, eso podría dañar su reputación. Aunque tal vez la mejorara.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Ron—. Se te ve pálida.

—Estoy fantástica, —afirmó Catherine, inquieta—. Es que me tiene emocionada estar contigo.

Ron la miró con aire de aprobación; sus ojos castaños estudiaron detalladamente el rostro de Catherine, bajaron hasta sus pechos y se demoraron allí.

—Lo mismo me pasa a mí, —declaró. El camarero retiró los platos y Ron pagó la cuenta. Después la miró, pero Catherine no podía moverse.

—¿Quieres algo más? —le preguntó Ron.

¿Algo más? ¡Oh, sí! Quiero estar en un barco de vela que se vaya a la China, quiero que los caníbales me estén cocinando en una gran olla, ¡Quiero a mi mamá!

Ron la observaba, expectante. Catherine respiró hondo.

—No... No se me ocurre nada.

—Bueno, —Ron pronunció la palabra estirándola de tal manera que era como si hubiera puesto una cama sobre la mesa, entre los dos—. Vamos, entonces, —se levantó y Catherine lo siguió. El sentimiento de euforia que le habían dado los cócteles se había desvanecido por completo, y las piernas le empezaron a temblar.

Cuando salieron al tibio aire nocturno, se le ocurrió de pronto una idea que la llenó de alivio. No me va a llevar esta misma noche a la cama. Los hombres nunca hacen eso en el primer encuentro, Me va a pedir que salgamos otra vez a cenar, y la Próxima vez iremos a Henrici y nos conoceremos mejor. Nos conoceremos de veras, y hasta es posible que nos enamoremos... locamente, y que Ron me lleve a conocer a sus padres y entonces todo va a ser mejor, y no voy a estar tan estúpidamente asustada.

—¿Tienes alguna preferencia en cuestión de moteles? —le preguntó Ron. Catherine se lo quedó mirando, enmudecida. Adiós los sueños de una agradable velada musical con el padre y la madre de Ron. —El hijo de puta pensaba llevársela esa misma noche a un motel Bueno, pero si eso era lo que ella quería ¿o no? ¿No era por ese motivo que le había escrito esa nota chiflada? Ahora Ron le había apoyado la mano en el hombro, y se la deslizaba por el brazo. Catherine sintió una sensación cálida. Tragó saliva antes de hablar.

—Una vez que viste un motel. ya los viste a todos.

Ron la miró de una manera rara, pero lo único que dijo fue: —De acuerdo. Vamos. Subieron al coche de Ron y él empezó a manejar hacia el Oeste. A Catherine el cuerpo se le había convertido en un bloque de hielo, pero sus pensamientos corrían a una velocidad afiebrada. La última vez que había estado en un motel era cuando tenía ocho años, mientras viajaba con su mamá y su papá. Y ahora se iba a meter en uno para irse a la cama con un perfecto extraño. Porque en realidad ¿qué sabía de él? Que era buen mozo, nada más, y popular, y se daba cuenta cuando era fácil acostarse con alguien. —Tienes las manos frías, —le dijo Ron, tomándoselas. Manos frías, pies calientes. Por Dios, basta, pensó Catherine. Por alguna razón, empezó a darle vueltas en la cabeza la letra de —Oh, dulce misterio de la vida—. Bueno, pues ahora lo iba a resolver. Estaba camino de descubrir a qué se refería todo eso. Los libros, los anuncios, las letras de canciones, apenas disimuladas... —Embriágame con el néctar del

amor—. —Hazlo una vez más—, —Los pájaros también lo hacen". Bueno, pues ahora Catherine lo va a hacer. Ron dobló hacia el Sur por la calle Clark, Frente a ellos, a ambos lados de la calle, se alineaba el parpadeo de enormes ojos de colores, de tubos de neón que cobraban vida en la noche para vociferar su oferta de un refugio barato Y transitorio para amantes jóvenes e impacientes. Motel El Descanso, Nocturno Motel, Fácil Entrada

(Este debe ser freudiano), Descanso del Viajero. La pobreza de imaginación era abrumadora, pero por otra parte los dueños de esos lugares estarían probablemente demasiado ocupados con el interminable desfile de jóvenes parejas por las camas, para estar preocupándose por la calidad literaria.

—Me parece que ése es el mejor, —dijo Ron, señalando con el dedo uno de los letreros.

Albergue El Paraíso — Vacantes. Era un símbolo. En el Paraíso había vacantes para ella, para Catherine Alexander.

Ron llevó el coche al interior de un patio próximo a una pequeña oficina blanqueada, con un cartel donde se leía: Toque el timbre y entre. El patio estaba rodeado por un par de docenas de bungalows de madera, numerados.

—¿Qué te parece? —le preguntó Ron. El Infierno del Dante. El Coliseo romano cuando estaban a punto de arrojar los cristianos a los leones. El templo de Dulfoi cuando estaban Por castigar a una vestal. Catherine volvió a sentir la misma sensación entre las piernas.

—Bárbaro, —contestó—, Espléndido.

Ron sonrió con aire de conocedor.

—En seguida vengo, —apoyó la mano en la rodilla de Catherine, se la deslizó por el muslo y le dio un beso rápido e impersonal antes de bajarse del auto para entrar en la oficina. Ella se quedó sentada, siguiéndolo con la vista mientras intentaba no pensar en nada.

A la distancia se oyó el aullido de una sirena. —A),, Dios mío, pensó desesperada, va a venir la policía! Andan siempre recorriendo estos lugares.

La puerta de la administración se abrió y Ron volvió a aparecer. Traía una llave y al parecer no oía' la sirena, que cada vez se acercaba más. Se acercó al automóvil y abrió la portezuela del lado donde estaba Catherine.

—Todo arreglado, —le dijo.

La sirena era un espíritu maligno que avanzaba aullando sobre ellos. ¿La policía podría arrestarlos por estar en el patio y nada más?

—Vamos, —dijo Ron.

—¿Es que no oyes?

—¿Si no oigo qué?

La sirena pasó y siguió ululando calle abajo, alejándose de ellos, perdiéndose a la distancia.

—Los pájaros, —dijo débilmente Catherine.

En la cara de Ron apareció una expresión de impaciencia.

—Si hay algún inconveniente... —empezó.

—No, no, —lo interrumpió Catherine— Ya voy, —se bajó del coche y los dos se dirigieron hacia uno de los bungalows—. Espero que te hayan dado mi número favorito, —dijo alegremente. —¿Qué dijiste?

Catherine lo miró y de pronto se dio cuenta de que las palabras no le habían salido. Tenía la boca Completamente seca. —Nada, —graznó. Cuando llegaron a la puerta, vio que el número era el trece. Era exactamente lo que ella se merecía. Era el signo con que el cielo le anunciaba que iba a quedar embarazada, que Dios estaba dispuesto a castigar a Santa Catalina. Ron abrió la puerta y se la sostuvo para que ella pasara, Oprimió el interruptor de la luz y Catherine entró. No podía creer lo que veía— La habitación consistía aparentemente en una única cama, enorme. No había más muebles, aparte, que un sillón de aspecto incómodo puesto en un rincón, un pequeño tocador sobre el cual pendía un espejo y, junto a la cama, una radio destartalada con una ranura para hacerla andar con monedas. Nadie podría entrar allí, jamás, y tomar esa habitación por algo distinto de lo que era: un

lugar donde un muchacho se llevaba a una chica para acostarse con ella. No se podía decir: Bueno, estamos en el refugio para esquiadores, ni pensar que todo era en broma o que estaban en el departamento nupcial del Ambassador. No. Eso era un nido de amor barato y nada más. Catherine se dio vuelta para ver qué hacía Ron; estaba echándole el cerrojo a la puerta. Bueno. Si viene a buscarnos el Escuadrón del Vicio, van a tener que empezar por echar la puerta abajo. Se visualizó a sí misma, desnuda, arrastrada por dos policías mientras un fotógrafo le tomaba una instantánea para la primera plana del "Chicago Daily News". Ron se le acercó y la rodeó con sus brazos.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó. Ella lo miró y soltó una risa forzada que habría enorgullecido a Margaret Sullavan. —¿Nerviosa? Ron, no seas tonto.

Él seguía observándola, inseguro.

—¿No será la primera vez que lo haces, verdad, Cathy?

—No querrás que lleve la cuenta.

—Durante toda la tarde te sentí rara.

Ahora. Ahora él se iba a dar cuenta de que no era más que una virgen y le iba a decir que se fuera a bañar. Bueno, pues Catherine no iba a dejar que le pasara eso. Que esperanza.

—¿Rara, por qué? —preguntó.

—No sé, —Ron parecía intrigado—. De pronto estás muy atractiva, sabes, Y tienes algo, y al minuto siguiente estás en otra cosa y te siento fría como el hielo. Es como si fueras dos personas. ¿Cuál es la verdadera Catherine Alexander?

Fría como el hielo, se dijo automáticamente Catherine, pero en voz alta dijo otra cosa.

—Ya vas a ver, —abrazó a Ron y lo besó en los labios, que olían a huevos foo yung.

Ron la besó con más insistencia y la atrajo hacia él. Le recorrió los pechos, acariciándola. Catherine pensó. Ahora va a pasar. ¡Realmente, va a pasar! Y se apretó más contra Ron; sentía una excitación cada vez mayor, casi insoportable.

—Vamos a desvestirnos, —dijo roncamente Ron y, apartándose de ella, empezó a quitarse el saco.

—No, —dijo Catherine—. Déjame a mí, —En su voz se sentía una confianza nueva. Si esa noche era La Noche, Catherine iba a hacer las cosas bien, acordándose de todo lo que había leído u oído en su vida. Ron no iba a andar por el campus comentando desdeñosamente con las demás chicas que le había hecho el amor a una virgencita estúpida. Catherine no tendría el contorno de busto de Jean—Anne, pero tenía diez veces más sesos que ella, y de ellos se iba a valer para hacerlo tan feliz que Ron no tuviera de qué quejarse. Le quitó el saco y lo dejó sobre la cama; después empezó a desatarle la corbata.

—Deja eso, —dijo Ron—, Quiero ver cómo te desvistes. Catherine lo miró, tragó saliva, se bajó lentamente el cierre relámpago y se quitó el vestido.

—sigue.

Después de titubear un momento, se quitó la combinación, pensando: Chicago 2, Kansas 0.

—¡Bárbaro, Sigue, sigue! Catherine se sentó despaciosamente en la cama y se quitó con cuidado los zapatos y las medias, tratando de que todo

resultara lo más sexy posible. De pronto sintió que Ron estaba 'detrás de ella, desprendiéndole el corpiño, que dejó caer sobre la cama. Catherine respiró hondo y cerró los ojos, deseando estar en otra Parte con otro hombre, con un ser humano que la amara y a quien ella amara, capaz de engendrar hermosos niños que llevarían su nombre, capaz de pelear por ella y de matar por ella, y para quien ella fuera una compañera plena de adoración. Una puta en la cama, una gran cocinera en la cocina, una huésped encantadora en la recepción ... un hombre capaz de matar a ese hijo de puta de Ron Peterson que se había atrevido a llevarla a ese cuarto roñoso, y degradante. La bombacha cayó al piso y Catherine abrió los ojos. Ron estaba mirándola, lleno de admiración.

—Por Dios, Cathy, qué hermosa eres. Realmente hermosa —se inclinó y le besó un pecho. Catherine alcanzó a verlo en el espejo del tocador. Todo parecía una farsa francesa, sórdida e inmunda. Dentro de ella, todo le decía que eso era horrible y feo, y que estaba mal, pero ahora ya no había forma de detenerlo. Ron estaba arrancándose la corbata y desprendiéndose la camisa, con la cara arrebatada. Se quitó el cinturón y luego el resto, y se sentó en la cama para quitarse los zapatos y las medias. —Lo digo en serio, Catherine, —repitió, con voz tensa de emoción—. Eres lo más hermoso que he visto en mi vida. Sus palabras no sirvieron más que para aumentar el pánico de ella. Ron se levantó, con una sonrisa de anticipado placer. El órgano masculino se mostró, como un enorme embutido. —¿Y? ¿Te gusta? —le preguntó Ron, con orgullo.

—Sí, —respondió Catherine, sin pensar—. En tajadas, con pan de centeno y mostaza. Y se quedó ahí, mirando cómo se desinflaba irremediablemente. Mientras Catherine cursaba su primer año se produjo un cambio en la atmósfera del campus. Por primera vez se notaba una preocupación creciente por lo que sucedía en Europa y una sensación cada vez más intensa de que los Estados Unidos tendrían que participar. El sueño de Hitler, la instauración para todo un milenio del dominio del Tercer Reich, estaba en vías de convertirse en realidad. Los nazis habían ocupado Dinamarca e invadido Noruega. Durante los últimos seis meses, en las universidades de todo el país las conversaciones habían ido cambiando de tema: de modas, sexo y paseos se pasaba a hablar del Cuerpo de Oficiales de Reserva, el reclutamiento y las leyes de préstamo y arriendo. Cada vez eran más los jóvenes universitarios que vestían uniforme del ejército y de la armada. Un día Susie Roberts, una compañera de una clase más avanzada, detuvo a Catherine en el corredor. —Quería despedirme de ti, Cathy. Me voy.

—¿Dónde te vas?

—A Klondike, en busca de oro.

—¿A Klondike?

—Bueno, a Washington. Para las muchachas es una mina de oro. Dicen que por cada chica hay por lo menos cien hombres. Es una proporción que me gusta, —sonrió—. ¿Para qué diablos te vas a quedar en un lugar como éste? La universidad es un opio; afuera nos espera el mundo entero. —Pero yo no puedo irme ahora, —dijo Catherine, pero no sabía por qué: en Chicago no tenía ningún vínculo importante. Le escribía regularmente a su padre y una o dos veces por mes lo llamaba por teléfono a Omaha; cada vez tenía la impresión de hablar con alguien que estuviera en prisión. Ahora, Catherine estaba librada a sí misma. Cuanto más pensaba en Washington, más fascinante le parecía. Una noche llamó por teléfono a su padre y le dijo que quería dejar la universidad para irse a trabajar a Washington. El le preguntó

si no querría irse a vivir a Omaha, pero Catherine se dio cuenta, por la voz, de que no lo decía convencido. Su padre no quería que ella cayera en la trampa, como había caído él. A la mañana siguiente Catherine fue a ver a la decana del colegio de muchachas y le anunció que dejaba la universidad. Le mandó un telegrama a Susie Roberts y al día siguiente estaba en el tren, rumbo a Washington.

NOELLE
París: 1940

4

El sábado 14 de junio de 1940, el Quinto Ejército alemán y un aturdimiento indescriptible invadían a París. La Línea Maginot había resultado ser el fiasco más grande de la historia de la guerra y Francia se encontraba indefensa ante una de las máquinas militares más poderosas que el mundo hubiera conocido jamás. El día se había iniciado con un extraño palio gris que se extendía sobre La ciudad, una nube terrorífica de origen desconocido. Durante las últimas cuarenta y ocho horas el retumbar intermitente del fuego de artillería había quebrado el silencio antinatural y aterrador de París. Los cañones rugían fuera de la ciudad, pero sus ecos reverberaban en el corazón de París. La radio, los periódicos y los comentarios susurrados se habían hecho eco de una ola de rumores. Estaban invadiendo la costa francesa... Londres estaba destruida... Hitler había llegado a un acuerdo con el gobierno inglés... Los alemanes iban a borrar a París del mapa con una bomba nueva y letal. Al principio cada rumor había sido aceptado como cosa cierta, creando su propio aporte al pánico, pero la repetición de las crisis termina por ejercer un efecto soporífico, como si la mente y el cuerpo, incapaces de seguir absorbiendo terror, se guarecieran tras una caparazón de apatía protectora. Las fábricas de rumores se habían detenido por completo, las rotativas habían dejado de Imprimir Y las radioemisoras habían interrumpido sus trasmisiones. El instinto humano había sucedido a las máquinas, y los parisienses intuían que ése era un día decisivo. La nube gris era un signo fatídico.

Entonces, como una manga de langosta, empezaron a llegar los alemanes.

París se convirtió de pronto en una ciudad llena de uniformes extranjeros y de gente extraña, que hablaba una lengua gutural, recorría las amplias avenidas flanqueadas de árboles a toda la velocidad que les permitían sus Mercedes, haciendo ondear la bandera nazi, o se abrían paso con prepotencia por las aceras que ahora les pertenecían. Eran en verdad los iber Menschen, cuyo destino era conquistar y gobernar el mundo.

En el término de dos semanas se produjo una trasformación pasmosa. Por todas partes aparecieron signos en alemán. Las estatuas de los héroes de Francia habían sido derribadas y en todos los edificios estatales flameaba la svástica. Los esfuerzos de los alemanes por erradicar todo lo que fuera galo alcanzaban proporciones ridículas. En las canillas del agua corriente, donde antes decía chaud y froid se leía ahora heiss y kalt. En Estrasburgo, la place de Broglle se convirtió en la Adolph Hitler Platz. Las estatuas de Lafayette, Ney y Kléber fueron dinamitadas por escuadrones nazis. Las inscripciones en los monumentos a los muertos fueron reemplazadas por Gefallen fur Deutschland.

Las tropas alemanas de ocupación lo pasaban bien. Por más que la comida francesa fuera demasiado condimentada y llevara demasiadas salsas, no dejaba de ser un cambio agradable frente a las raciones de guerra. Los soldados no sabían que París fuera la ciudad de Baudelaire, Dumas y Moliére, ni les importaba. Para ellos, París era una Puta, ostentosa, llamativa y fácil, con las faldas a la altura de las caderas, y cada uno la violaba como podía. Las tropas obligaban, a veces a punta de bayoneta, a las muchachas francesas a acostarse con ellos, al tiempo que sus líderes como Goering y Himmler asolaban el Louvre y las ricas propiedades privadas que confiscaban ávidamente, sustrayéndolas de los recién creados enemigos del Reich.

Si en los momentos de la crisis de Francia afloraron a la superficie la corrupción y el oportunismo de los franceses, también lo hizo el heroísmo, Una de las armas secretas de la resistencia fue el cuerpo de Pompiers, la brigada de fuego, que en Francia se encuentra bajo jurisdicción del ejército. Los alemanes habían confiscado docenas de edificios para uso del ejército, de la—Gestapo y de los ministerios; como es de suponer, la ubicación de tales edificios no era un secreto. En un cuartel general de la resistencia, en St. Rémy, los líderes del movimiento estudiaban minuciosamente los grandes mapas donde detallaban la situación de cada edificio. Después, cada blanco era asignado a un experto y al día siguiente un coche que aceleraba inmediatamente o un ciclista de aspecto inofensivo pasaba junto a alguno de los edificios y arrojaba por la ventana una bomba de fabricación casera. Hasta aquí el daño no era grande; lo ingenioso del plan estaba en lo que venía después. Los alemanes llamaban a los Pompiers para que extinguieran el fuego. En todos los países se entiende instintivamente que cuando hay un incendio, los que se hacen cargo son los bomberos: lo mismo sucedía en París. Los Pompiers se precipitaban al interior del edificio mientras los alemanes se quedaban dócilmente a un lado, viéndolos destruir todo lo que se ponía a su alcance con el chorro a presión de las mangueras, las hachas y —cuando se les presentaba la ocasión— con sus propias bombas incendiarias. De esa manera el movimiento de resistencia consiguió destruir valiosísimos documentos alemanes archivados en las fortalezas de la Wchrmacht y de la Gestapo. El alto mando alemán necesitó casi seis meses para darse cuenta de lo que sucedía, y para entonces los daños producidos eran irreparables. La Gestapo no pudo probarles nada, pero todos los miembros del cuerpo de Pompiers fueron detenidos y enviados a pelear al frente ruso. Todo escaseaba, desde la comida al jabón. No había nafta, ni carne, ni productos lácteos. Los alemanes lo habían confiscado todo. Los negocios que vendían artículos suntuarios se mantenían abiertos, pero sus únicos clientes eran los soldados que pagaban en marcos de ocupación, idénticos a los marcos corrientes salvo que no tenían la franja blanca en el borde y que la promesa de pago no llevaba firma. —¿Y por esto quién responde? —se quejaban los comerciantes franceses. —El Banco de Inglaterra, —se burlaban los alemanes.

Sin embargo, no todos los franceses sufrían. Para los que tenían dinero y relaciones, siempre estaba el mercado negro.

La ocupación cambió muy poco la vida de Noelle Page. Trabajaba como modelo en la casa Chanel, en la rue Cambon, en un edificio de piedra gris, una vez y media centenario, que parecía ordinario desde afuera pero por dentro estaba decorado con gran elegancia. Las proposiciones que recibía Noelle eran más numerosas que nunca, con la única diferencia de que la

mayor parte de ellas eran en alemán. Cuando no trabajaba, la joven se pasaba las horas sentada en la terraza de algún café de Champs—Elisées o de la Rue Gauche, cerca del Pont Neut. Se veían centenares de hombres con uniforme alemán, muchos de ellos acompañados por jóvenes francesas. Los civiles franceses eran demasiado viejos o lisiados, y Noelle se imaginaba que a los jóvenes los habían llamado bajo banderas y estaban cumpliendo con SU obligación militar. A los alemanes se los distinguía a la primera mirada, aunque no estuvieran de uniforme. Tenían en la cara un aire de Alejandro y de Adriano. Noelle no los odiaba, pero no le gustaban tampoco. Simplemente no le importaban.

La llenaba por completo SU vida interior, y estaba planeando cuidadosamente todas sus jugadas. Sabía exactamente cuál era su meta, y sabía también que nada podría detenerla. Tan pronto como pudo pagárselo, contrató a un detective particular que se había ocupado del divorcio de otra modelo que trabajaba con Noelle. El hombre se llamaba Christian Barbet y tenía su base en una oficina pequeña y sórdida en la rue St. Lazare. Sobre la puerta, un letrero anunciaba:

ENQUETES PRIVEES ET COMMERCIALES
RECHERCHES RENSEIGNEMENTS CONFIDENTIELS
FILATURES PREUVES

El letrero era casi más grande que la oficina. Barbet era bajo y calvo, con dientes partidos y amarillentos, ojillos entrecerrados que bizqueaban y dedos manchados de nicotina. —¿En qué puedo servirla? —le preguntó a Noelle.

—Quiero información sobre alguien que está en Inglaterra.

—¿Qué clase de información? —el hombre parpadeó con desconfianza. —De toda clase. Si se ha casado, con quién se ve. Todo. Quiero tener un álbum de recortes sobre él. Cautelosamente, Barbet se rascaba el muslo, mirándola.

—¿Es inglés?

—Norteamericano. Es piloto del Escuadrón de las Águilas que pelea con la RFA. Incómodo, Barbet se frotó la calva.

—No sé —gruñó—. Estamos en guerra. Si me descubren tratando de conseguir información en Inglaterra sobre un piloto... —se interrumpió, encogiéndose expresivamente de hombros—. Los alemanes tiran primero y preguntan después. —No me interesa ninguna información militar, —le aseguró Noelle y, abriendo su bolsa, sacó un fajo de billetes. Barbet los miró con avidez.

—Tengo conexiones en Inglaterra, —dijo, siempre cauteloso—, pero va a resultar caro. Y así empezó la cosa. Pasaron tres meses antes de que el detective volviera a llamarla. Noelleoelle fue a su oficina, y lo primero que preguntó fue si Larry estaba vivo. Ante el gesto de asentimiento de él, su cuerpo se aflojó con un alivio que Barbet interpretó mal, pensando: Qué maravilla debe ser tener alguien que lo quiera tanto a uno. —A su amigo lo trasladaron, —le informó.

—¿Dónde?

Barbet miró el anotador que tenía sobre el escritorio.

—Estaba en el escuadrón 609 de la Real Fuerza Aérea y lo trasladaron al escuadrón 121, en Martlesham East, East Anglia, como piloto de Hurri...

—Eso no me interesa.

—Por eso es por lo que está pagando, así que sáquele el jugo a su dinero, —Barbet volvió a mirar sus notas—. Es piloto de Hurricanes. Antes

volaba en Búfalos, norteamericanos. La parte siguiente del informe es un poco más personal, —advirtió, dando vuelta una página.

—Adelante, —respondió Noelle. Barbet se encogió de hombros.

—Hay una lista de muchachas con quienes se acuesta. Yo no sabía si usted quería...

—Le dije que... todo.

En la voz de Noelle vibraba una nota extraña que desconcertó a Barbet. En todo el asunto había algo que no era normal, que no sonaba a verdad. Por más que fuera un investigador de tercer orden que se manejaba con clientes de tercera categoría, Christian Barbet tenía un salvaje instinto para la verdad, un olfato especial para los hechos. La hermosa muchacha que estaba en su oficina lo inquietaba. Primero había pensado que tal vez intentara complicarlo en algún asunto de espionaje. Después decidió que debía ser una esposa abandonada que buscaba pruebas contra su marido, pero en eso se había equivocado, admitió, y ahora no sabía qué pensar sobre lo que quería su cliente o por qué lo quería. Le entregó a Noelle la lista de las amigas de Larry Douglas y observó su expresión mientras la leía. Lo mismo podría haber estado leyendo la lista del lavadero.

Noelle terminó y levantó los ojos. Sus palabras tomaron totalmente de sorpresa al detective.

—Estoy muy satisfecha. —dijo. Barbet la miró, parpadeando.

—Por favor, vuelva a llamarme cuando tenga más informes. Largo rato después que Noelle se hubo ido, Barbet seguía inmóvil en su oficina, mirando por la ventana, tratando de entender qué era realmente lo que buscaba su cliente.

Los teatros de París empezaban a prosperar de nuevo. Los alemanes acudían a ellos para celebrar la gloria de sus triunfos y para lucir las bellas francesas que llevaban al brazo como trofeos. Los franceses concurrían para olvidar durante algunas horas que eran un pueblo infeliz y derrotado.

Noelle había ido unas pocas veces al teatro, en Marsella, pero había visto intrascendentes obras de aficionados representadas por actores de ínfima categoría ante un público indiferente. En París, el teatro también era otra cosa: algo vivo y chispeante, que rebosaba el ingenio y la gracia de Moliére, Racine y Colette.

El incomparable Sacha Guitry había abierto su propia sala y Noelle fue a verlo actuar. Vio una reposición de La Morte de Danton, de Büchner, y una pieza llamada Asmodée, de un joven escritor que prometía, Francois Mauriac. Fue a la Comédie Francaise a ver Chacun La Verité, de Pirandello y el Cyrano de Bergerac de Rostand. Noelle iba siempre sola, sin advertir las miradas de admiración de quienes la rodeaban, y se perdía por completo en el drama que se desarrollaba sobre el escenario. Algo de la magia que se realizaba detrás de las candilejas provocaba en ella una profunda respuesta. También ella desempeñaba un papel lo mismo que los actores, haciendo como si fuera alguien que no era, ocultándose tras una máscara. Hubo una pieza de Jean Paul Sartre que la afectó profundamente, Huis Clos. La estrella era Philippe Sorel, uno de los ídolos de Europa. Sorel era feo, bajo y musculoso, con la nariz rota y cara de boxeador. Pero desde el momento que hablaba, se operaba un cambio mágico, que lo convertía en un hombre apuesto y delicado. Es como el cuento del Príncipe y la Rana, pensaba Noelle, mientras lo miraba actuar, pero él es las dos cosas. Volvió repetidas veces a verlo, a sentarse en primera fila para observar su actuación, intentando descubrir el secreto de su magnetismo. Una noche durante el

intervalo, el acomodador le entregó una nota, que decía: "Noche tras noche la veo entre el público. Por favor, venga esta noche a mi camarín y permítame que tenga el placer de conocerla. P. S." Noelle la leyó con placer, no porque le interesara un rábano Philippe Sorel sino porque sabía que ése era el comienzo que ella andaba buscando. Terminada la representación, pasó detrás del telón y un anciano la condujo al camarín de Philippe Sorel, que estaba en calzoncillos, sentado ante el espejo, quitándose el maquillaje. Por el espejo, observó a Noelle. —Es increíble, —dijo finalmente—. Vista de cerca, es más hermosa todavía. —Gracias, Monsieur Sorel.

—¿De dónde es usted?

—De Marsella.

Sorel se dio vuelta para mirarla más de cerca. De pies a cabeza, sus ojos la recorrieron lentamente, sin descuidar nada. Inmóvil, Noelle resistía el escrutinio.

—¿Buscas trabajo? —le preguntó.

—No. —Yo jamás pago por eso, —precisó Sorel—. Lo más que se puede conseguir de mí son entradas para la obra. Si quieres dinero, búscate alguien en la Bolsa.

Noelle se mantuvo en silencio, sin sacarle los ojos de encima. Finalmente, Sorel volvió a hablar.

—¿Qué es lo que buscas?

—Digamos que te busco a ti.

Fueron a cenar y después volvieron al departamento de Sorel, en la esquina donde la hermosa rue Maurice Barres se convierte en el Bois de Boulogne. Philippe Sorel era un amante experimentado, sorprendentemente considerado y generoso. No había esperado encontrar en Noelle otra cosa que su belleza y se quedó atónito ante su versatilidad en la cama.

—¡Demonios! —exclamó—. Eres fantástica. ¿Dónde aprendiste todo eso?

Noelle lo pensó un momento. En realidad no era cuestión de aprendizaje, sino de sensibilidad. Para ella el cuerpo de un hombre era un instrumento que había que tocar, explorándolo en profundidad hasta encontrar las cuerdas más sensibles, las que al pulsarlas valiéndose de su propio cuerpo podían crear armonías exquisitas.

—Nací así, —respondió simplemente. Empezó a juguetearle con las yemas de los dedos en torno de los labios, con la levedad de un aleteo de mariposas, y después descendió por el pecho y el vientre.

Sorel gimió. Se pasaron la noche entera haciendo el amor y, a la mañana, Sorel invitó a Noelle a que se fuera a vivir con él.

Durante seis meses Noelle vivió con Philippe Sorel. No era feliz, ni dejaba de serlo. Sabía que el hecho de que ella estuviera con él le daba a Sorel una felicidad extática, pero a Noelle eso no le importaba en lo más mínimo. Se consideraba como una simple estudiante y estaba decidida a aprender todos los días algo nuevo. El era la escuela donde concurría, nada más que una pequeña parte de su vasto plan. Para Noelle, en la relación de ambos no había nada de personal, en la medida en que ella no ponía nada de sí misma. Dos veces había cometido ese error, y jamás volvería a caer en él. En los pensamientos de Noelle no había lugar más que para un hombre, y ese hombre era Larry Douglas. Cuando pasaba por la Place des Victoires o por algún parque o restaurante donde la había llevado Larry, Noelle sentía cómo el odio brotaba desde dentro de ella, con una intensidad que le hacía difícil respirar, y que en el odio venía mezclada alguna otra cosa, algo para lo

cual Noelle no era capaz de encontrar nombre. Cuando hacía dos meses que estaba viviendo con Sorel, Noelle recibió un llamado de Christian Barbet. —Tengo otro informe para usted, —le dijo el detective.

—¿El está bien? —preguntó inmediatamente Noelle.

—Sí, —respondió Barbet, que una vez más volvió a sentirse incómodo. —Pasaré por allí, —respondió, aliviada, la voz de Noelle. El informe se dividía en dos partes. La primera se refería a su vida profesional y Noelle la recorrió rápidamente. Larry había derribado cinco aviones alemanes y era el primer norteamericano a quien se consideraba un as en la guerra; lo habían ascendido a capitán. La segunda parte del informe le interesó más. Larry Douglas se había hecho muy popular en la vida social londinense y estaba comprometido con la hija de un general inglés. Seguía una lista de las muchachas con quienes Larry se acostaba y que iban desde chicas del teatro de revistas a la esposa de un subsecretario del Ministerio. —¿Quiere seguir con todo esto? —preguntó Barbet.

—Claro que sí, —respondió Noelle. Sacó un sobre de su bolso y se lo entregó—. Avíseme cuando tenga algo más. Y se fue. —Folle —Barbet suspiró y levantó los ojos al cielo—. Folle —repitió, pensativo. Si Philippe Sorel se hubiera imaginado remotamente lo que sucedía en el ánimo de Noelle, se habría quedado pasmado. Noelle parecía totalmente consagrada a él. Por él hacía todo: le cocinaba platos exquisitos, le hacía las compras, supervisaba la limpieza del departamento y le hacía el amor cada vez que a él se le ocurría. Y sin pedirle nada. Sorel se felicitaba de haber encontrado la querida perfecta. La llevaba a todas partes y Noelle conocía a todos sus amigos, que estaban encantados con ella y pensaban que Sorel era un hombre de muchísima suerte.

Una noche, mientras cenaban después del teatro, Noelle le dijo:

—Philippe, quiero ser actriz.

—Sabe Dios que belleza no te falta, Noelle —respondió él, sacudiendo la cabeza— pero a lo largo de mi vida he llegado a estar harto de actrices. Tú eres diferente, y quiero que sigas siéndolo. No quiero compartirte con nadie, —le palmeó la mano—. ¿No te doy todo lo que necesitas?

—Sí, Philippe, —respondió Noelle.

Esa noche cuando volvieron al departamento, Sorel quiso hacer el amor. Cuando terminaron, estaba extenuado. Noelle jamás había estado tan excitante, y Sorel se felicitó pensando que lo único que necesitaba su amante era la mano firme de un hombre.

El domingo siguiente era el cumpleaños de Noelle, y en su homenaje Philippe Sorel ofreció una cena en Maxim's. Había contratado el gran comedor del piso alto, decorado en felpa de terciopelo rojo y beisserie oscura. NOELLE lo ayudó a preparar la lista de invitados, y hubo un nombre que incluyó sin decírselo a Philippe. En la reunión habría unas cuarenta personas. Brindaron por el cumpleaños de Noelle y la colmaron de regalos. Al terminar la cena, Sorel se puso de pie. Había bebido bastante coñac y champaña, se tambaleaba ligeramente y se le mezclaban las palabras.

—Amigos míos, —dijo—. hemos bebido todos en homenaje a la muchacha más bella del mundo y le hemos ofrecido los mejores regalos de cumpleaños, pero yo tengo para ella un presente que es una gran sorpresa. —resplandeciente, Sorel se volvió a mirar a Noelle y después anunció a sus amigos: —Noelle y yo nos vamos a casar.

Hubo murmullos y gritos de aprobación y los invitados se apresuraron a palmearle la espalda a Sorel y desearle suerte a la gentil prometida. Noelle

permaneció sentada sonriéndoles a todos y murmurando las gracias. Uno de los invitados no se había movido. Estaba sentado a una mesa ubicada en el otro extremo del salón, fumando un cigarrillo con una larga boquilla, mientras observaba la escena con aire sardónico. Noelle se daba cuenta de que no había dejado de mirarla durante toda la cena. Era un hombre alto y muy delgado, de rostro caviloso. Parecía divertirse con todo lo que sucedía a su alrededor, como si fuera más bien un observador de la fiesta que un invitado. NOELL E encontró su mirada y le sonrió. Armand Gautier era uno de los directores teatrales más cotizados, y sus producciones eran aplaudidas en el mundo entero. Conseguir que Gautier dirigiera una pieza o una película era poco menos que una garantía de éxito. Tenía fama de ser especialmente hábil para dirigir actrices y había creado media docena de estrellas importantes. Sorel estaba junto a Noelle, hablando con ella.

—¿Te sorprende, querida mía? —le preguntó.

—Sí, Philippe.

—Quiero que nos casemos inmediatamente. La boda se hará en mi casa de campo. Por encima del hombro de él Noelle alcanzaba a ver cómo la observaba Armand Gautier, con su sonrisa enigmática. Algunos amigos vinieron a llevarse a Philippe y cuando Noelle se dio vuelta, Gautier estaba de pie a su lado. —Felicitaciones, —le dijo, y una nota burlona vibraba en su voz—. Enganchó un pez grande. —¿Le parece?

_Philippe Sorel es una buena presa.

—Para algunas, tal vez, —asintió Noelle con indiferencia. Gautier la miró, sorprendido. —¿Quiere decir que no le interesa?

—No quiero decir nada.

—Buena suerte, —Gautier se dio vuelta para irse. Noelle lo detuvo. —Monsieur Gautier... ¿Puedo verlo esta noche? Me gustaría hablar con usted a solas. Armand Gautier la miró un momento Y se encogió de hombros. —Si lo desea.

—Pasaré por su casa. ¿Está de acuerdo?

—Sí, claro. La dirección es

—La dirección ya la sé. ¿A las doce?

—A las doce.

Armand Gautier vivía en un antiguo departamento de lujo sobre la rue Marbeuf. El portero acompañó a Noelle hasta el vestíbulo y un botones la llevó en el ascensor hasta el cuarto piso y le indicó cuál era el departamento. Noelle tocó el timbre y Momentos después el propio Gautier le abrió la puerta; vestía una robe de chambre floreada.

—Adelante, —la invitó.

Noelle entró en el departamento. Aunque no tenía el ojo educado, percibía que allí imperaba el buen gusto y que los objets d'art eran valiosos.

—Disculpe que no me haya vestido, —se excusó Gautier—. Estaba hablando por teléfono.

Noelle le sostuvo la mirada.

—No va a ser necesario que estés vestido, —fue hacia el diván y se sentó. Gautier sonrió.

—Ya me había parecido, señorita Page. Pero hay algo que me intriga. ¿Por qué yo? Estás comprometida con un hombre rico y famoso, Estoy seguro de que si andas en busca de alguna actividad extraoficial, puedes encontrar hombres más atrayentes que Yo. y sin duda más ricos y más jóvenes. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Quiero que me enseñes a actuar,

—Noelle, —Armand Gautier la miró un momento y suspiró— Me desilusionas, Esperaba algo mas original.

—Tu oficio es trabajar con actores.

—Con actores, no con aficionados. ¿Actuaste alguna vez?

—No, Pero tú me enseñarás, —Noelle se quitó el sombrero y los guantes—. ¿Dónde está tu dormitorio?

Gautier vaciló, Su vida estaba llena de mujeres hermosas que querían trabajar en el teatro o que les dieran mejor papel, o ser protagonistas o tener mejores camarines. Y todas eran un clavo. Y sería una estupidez complicarse con una más. Pero claro que no había necesidad de complicarse, Había una muchacha hermosa que se le ofrecía. nada más fácil que llevársela a la cama y después mandarla a pasear.

—Allí, —respondió, indicando la puerta.

Estudió a Noelle mientras la muchacha se dirigía al dormitorio, preguntándose qué pensaría Philippe Sorel si supiera que su prometida iba a pasar la noche con él. Las mujeres. Qué putas, todas ellas. Gautier se sirvió un coñac e hizo varios llamados telefónicos. Cuando finalmente entró al dormitorio, Noelle estaba en su cama, desnuda. esperándolo. Gautier tuvo que admitir que, como obra de la naturaleza, era exquisita. La belleza de SU rostro cortaba el aliento y su cuerpo era impecable. Tenía el cutis del color de la piel. Gautier había aprendido por experiencia que las muchachas hermosas eran casi invariablemente narcisistas, tan preocupadas por sus propios caprichos que en la cama eran un fiasco. Tenían la sensación de que, como contribución a la experiencia amorosa, bastaba con su presencia en el lecho de un hombre, de manera que éste terminaba haciéndole el amor a un cascote inconmovible Y todavía suponían que tenía que estar agradecido por la experiencia. Bueno, tal vez le pudiera enseñar algunas cosas a esa niñita. Mientras Noelle lo observaba, Gautier se desvistió, dejando la ropa descuidadamente tirada en el piso, y se acercó a la cama. —No te voy a decir que eres hermosa, —le dijo—, porque ya lo habrás oído demasiadas veces. A menos que se la use para dar placer, —se encogió de hombros—, la belleza es un desperdicio. Gautier la miró sorprendido y después sonrió y se sentó junto a ella. De acuerdo. Vamos a ver qué tal usas la tuya.

Como la mayoría de los franceses, Armand Gautier se preciaba de amante experimentado. Le divertían los cuentos que se contaban de los alemanes y los norteamericanos, cuya idea de la relación amorosa consistía en saltar sobre una muchacha, tener un orgasmo, ponerse el sombrero e irse. Los norteamericanos tenían Incluso un chiste sobre eso: —Ahora, ahora, gracias, señora. Cuando una mujer le interesaba emocionalmente, Armand Gautier usaba muchos recursos para aumentar el placer de hacerle el amor. Había siempre una cena perfecta, con los vinos adecuados. Todo estaba artísticamente dispuesto para que resultara placentero para los sentidos: el ambiente delicadamente profundo, la música elegida, Excitaba Primero a las mujeres con tiernos sentimientos afectuosos y más tarde con el rudo lenguaje de la calle, Y a Gautier le encantaban los juegos preliminares que preparaban el clima.

En el caso de Noelle omitió todo eso. Para un episodio de una noche no le hacían falta perfumes ni música ni palabras tiernas.

Ella estaba ahí para eso y nada más.

Noelle le interrumpió en sus pensamientos.

—Espera, —susurró. Y mientras él la observaba intrigado, comenzó a acariciarlo y besarlo en los labios, con rápidos movimientos de pájaro. Después se apartó y empezó a recorrerlo mientras su cabello le rozaba el cuerpo como un millar de dedos sedosos. Gautier sintió que empezaba a excitarse.

Durante toda la noche se hicieron el amor y cada vez Noelle se lo hizo de manera diferente. Era una experiencia sensual más increíble que hubiera tenido en su vida.

—Si puedo reunir energía suficiente para moverme, —dijo Gautier a la mañana siguiente—, me vestiré e iremos a tomar el desayuno.

—Quédate aquí, —dijo Noelle Y se puso encima una de las robes de él—. Tú descansa, que yo ya vuelvo.

Treinta y cinco minutos mas tarde volvía con el desayuno en una bandeja, sobre la que traía jugo de naranja recién exprimido, una deliciosa omelette de paté y cebollines, dos medias lunas tostadas con manteca y mermelada y una cafetera con negro. El sabor era excelente.

—¿Tú no quieres nada? —preguntó Gautier.

—No, —Noelle sacudió la cabeza, sentada en un sillón observándolo mientras él comía. Hasta parecía más hermosa. envuelta en la bata de él que al abrírsele el escote revelaba la curva deliciosa de sus pechos, y con todo el pelo revuelto y despeinado.

Armand Gautier había revisado radicalmente su primera impresión de Noelle. No era un programita rápido para cualquiera, era un verdadero tesoro. Pero Gautier ya se había encontrado con muchos tesoros en su carrera teatral Y no pensaba desperdiciar su tiempo ni su talento como director en una aficionada de ojos hermosos que quería iniciarse en el teatro, por más hermosa que fuera y por más talentos que tuviera en la cama. Gautier era hombre de tomarse su arte en serio. Siempre se había negado a las componendas, y no iba a empezar ahora. Ya con La noche anterior había pensado que, después de pasarla con Noelle, la despacharía sin más trámites pero ahora, mientras tomaba el desayuno y observaba a la muchacha, estaba tratando de imaginar una forma de que Noelle siguiera siendo su amante hasta que él se aburriera de ella, sin darle alas a sus veleidades de actriz. Sabía que tenía que ofrecerle algún cabo; cautelosamente, tanteó el camino. —¿Piensas casarte con Philippe Sorel? — le preguntó.

—Claro que no, —respondió Noelle—. No es eso lo que quiero. Ahora se venía.

—¿Y qué quieres? —volvió a preguntar.

—Ya te lo dije, —repitió tranquilamente Noelle—. Quiero ser actriz. Gautier mordió otra media luna, haciendo tiempo.

—Ah, claro... Hay muy buenos maestros dramáticos, Noelle, y podría mandarte a alguno de ellos para que...

—No.

Noelle lo miraba con aire cordial y cálido, como si estuviera deseosa de aceptar cualquier sugerencia de él, pero Gautier tenía la sensación de que dentro de ella había un núcleo de acero. Había muchas maneras de decir — no—: con enojo, con reproche, con desilusión, poniendo mala cara, pero Noelle lo había dicho con suavidad. Y de manera absolutamente decisiva. La cosa, iba a ser más difícil de lo que parecía. Durante un momento Armand Gautier estuvo tentado de decirle que se fuera, como se lo decía a montones de muchachas todas las semanas, Pero recordó las sensaciones increíbles

que había experimentado durante la noche y pensó que sería un tonto dejándola ir tan pronto. Sin duda, Noelle valía la pena de hacer una pequeña componenda, muy pequeña. —Está bien, —le dijo—. Te voy, a dar una pieza para estudiar. Cuando la hayas memorizado me la recitarás y veremos cuánto talento tienes. Entonces podemos decidir qué hacer contigo. —Gracias, Armand, —respondió Noelle. En sus palabras no había el menor asomo de triunfo, ni siquiera de placer, que él alcanzara a percibir. Nada más que el simple reconocimiento de lo inevitable. Por primera vez, Gautier sintió un leve aguijonazo de duda. Pero claro que eso era ridículo. El era un maestro para manejar a las mujeres.

Mientras Noelle se vestía, Armand Gautier se dirigió a su estudio y recorrió cuidadosamente los volúmenes, familiares y muy recorridos, que se alineaban en los estantes. Finalmente, con una leve sonrisa, eligió la Andrómaca de Eurípides. Era uno de los clásicos más difíciles de representar. Volvió al dormitorio y se lo entregó a NOELLE.

—Toma, mi querida. Cuando hayas memorizado el papel, lo veremos juntos.

—Gracias, Armand. No te vas a arrepentir.

Cuanto más lo pensaba, más satisfecho estaba Gautier con su treta. A NOELLE le iba a llevar una o dos semanas memorizar el papel o, lo que era más probable, iba a venir a confesarle que no lo podía memorizar. Entonces Gautier le diría que la comprendía, le explicaría lo difícil que era el arte de actuar, y podrían mantener la relación sin que la empañaran sus ambiciones. Gautier combinó con ella que esa noche cenarían juntos, y NOELLE se fue.

Cuando llegó al departamento que compartía con Philippe Sorel, NOELLE se encontró con que él estaba esperándola, muy borracho.

—Desvergonzada, —le gritó—. ¿Dónde has estado toda la noche?

En realidad, no importaba lo que ella dijera., Sorel sabía que iba a escuchar sus disculpas, que la iba a castigar y que después se la iba a llevar a la cama y a perdonarla.

Pero NOELLE no se disculpó.

—Con otro hombre, Philippe, —se limitó a contestar—. Vine a recoger mis cosas.

Y mientras Sorel la miraba, perplejo y aturdido, NOELLE se fue al dormitorio y empezó a hacer las valijas.

—Pero, por Dios, NOELLE, —le rogaba él—. ¡No hagas eso! Si nos amamos. Si nos vamos a casar.

Durante media hora habló con ella, discutiendo, amenazándola, lisonjeándola hasta que NOELLE terminó de guardar sus cosas y se fue, sin que Sorel tuviera la más remota idea de por qué la había perdido, ya que no sabía tampoco que jamás la había poseído. Armand Gautier estaba en mitad de la dirección de una pieza nueva que se estrenaría en dos semanas y se pasaba todo el día ensayando en el teatro. Por lo común, cuando estaba ocupado con una producción, Gautier no pensaba en otra cosa. Parte de su genio era la intensa concentración que era capaz de poner en su trabajo. Para él no existía otra cosa que las cuatro paredes del teatro y los actores con quienes trabajaba. Pero ese día las cosas eran distintas, Gautier se encontraba constantemente pensando en NOELLE y en la noche increíble que habían pasado juntos. Los actores, después de una escena, se detenían en espera de sus comentarios, y de pronto Gautier se daba cuenta de que no había estado prestando atención. Furioso consigo mismo, procuraba

concentrarse en lo que hacía, pero las imágenes del cuerpo desnudo de NOELLE y de las cosas asombrosas que ese cuerpo le había hecho sentir seguían acosándolo. Gautier era hombre de mentalidad analítica, de modo que trató de entender qué era lo que tenía esa muchacha para haberlo impresionado de semejante manera. NOELLE era hermosa, pero él se había acostado con algunas de las mujeres más hermosas del mundo. En cuanto a hacer el amor, tenía una habilidad consumada, pero lo mismo pasaba con otras que él había conocido. Parecía inteligente, pero no brillante, su personalidad era agradable pero sin complejidad, Había algo más, algo que el director no podía localizar del todo, Y después recordó la suavidad de su "No" y tuvo la sensación de que eso era una clave. En ella había alguna fuerza que era irresistible, capaz de conseguir—todo lo que quisiera. Algo que se mantenía intacto, inalcanzable, intocado. Armand Gautier sintió que NOELLE lo había afectado mucho más profundamente de lo que para sí mismo quisiera admitirlo, pero sin embargo él no había llegado a impresionarla para nada, y en ello había un desafío que su masculinidad no podía rechazar. Gautier se pasó el día en un estado de confusión. Esperaba con tremenda ansiedad que llegara la noche, no tanto porque quisiera hacer el amor con NOELLE sino porque quería demostrarse a sí mismo que había estado construyendo sobre arena. Quería que NOELLE lo desilusionara, para poder apartarla de su vida.

Esa noche, mientras se hacían el amor, Armand Gautier atendió deliberadamente a todos los juegos y recursos de NOELLE buscando percibir que todo era mecánico y carente de emoción. pero se equivocaba. NOELLE se le entregaba total y completamente, sin pensar más que en ofrecerle un placer que Gautier jamás había conocido antes, y disfrutando con su goce. Cuando llegó la mañana, NOELLE lo tenía más embrujado que nunca.

Después volvió a prepararle el desayuno: exquisitos panqueques con tocino y mermelada, y café caliente. Delicioso.

—Está bien —se dijo Gautier—. Encontraste una muchacha que es un placer para la vista, capaz de hacer el amor bien y de cocinar bien. ¡Bravo! Pero ¿es que eso alcanza para un hombre inteligente? Pero luego... de algo hay que hablar. ¿Y de qué se puede hablar con ella?

La respuesta fue que en realidad no importaba. No se había vuelto a mencionar la pieza y Gautier abrigaba la esperanza de que NOELLE se hubiera olvidado del asunto, o bien que no hubiera podido memorizar los parlamentos. A la mañana, cuando se fue, NOELLE le prometió que esa noche cenaría con él.

—¿Y cómo te las arreglas con Philippe? —preguntó Gautier.

—Lo dejé, —contestó ella simplemente, y le dio a Gautier su nueva dirección.

Durante un momento, él se la quedó mirando.

—Ya veo.

Pero no veía, en lo más mínimo.

Una vez más pasaron la noche juntos. Cuando no se hacían el amor, hablaban o, más bien, hablaba Gautier. NOELLE parecía tan interesada en él que Gautier se encontró hablando de cosas que no había mencionado en años, de cosas personales que jamás le había revelado a nadie. No se habló de la obra que él le había dado para leer, y Gautier se felicitó de haber resuelto tan limpiamente el problema.

A la noche siguiente cuando habían acabado de cenar y estaban prontos para acostarse, Gautier se dirigió al dormitorio.

—Todavía no, —dijo NOELLE.

El se dio vuelta, sorprendido.

—Dijiste que me escucharías hacer la obra.

—Sí, claro... —tartamudeó Gautier—. cuando estés lista.

—Ya estoy lista.

Él sacudió la cabeza.

—No quiero que la leas, cherie. Lo que quiero es oírte cuando la hayas memorizado, para poder apreciar realmente tus condiciones de actriz. —Ya lo memoricé, —respondió NOELLE.

Gautier se quedó mirándola incrédulo. Era imposible que en tres días solamente se hubiera podido aprender todo el papel. —¿Estás dispuesto a oírme? —insistió NOELLE.

Armand Gautier estaba entre la espada y la pared.

—Sí, claro, —respondió, y con un gesto le indicó el centro de la habitación—. Ese será tu escenario. El público estará aquí, —explicó, sentándose cómodamente. NOELLE empezó a recitar la pieza y Gautier sintió cómo se le ponía la carne de gallina: su propio estigma personal, la reacción que le provocaba el encontrarse ante un auténtico talento. No se trataba de que NOELLE tuviera experiencia, lejos de eso. Cada movimiento y cada gesto traicionaban su impericia. Pero tenía algo que era mucho más que la simple habilidad: una peculiar honestidad, un talento natural que daban significado y color a cada línea. Cuando NOELLE terminó el soliloquio, Gautier la felicitó cálidamente. —Creo que puedes llegar a ser una actriz importante, NOELLE. Lo digo en serio. Te voy a mandar a ver a Georges Faber, que es el mejor maestro de actores en toda Francia. Trabajando con él, vas a... —No.

Gautier la miró sorprendido. Era el' mismo "no— de antes, suave y decisivo. —¿—No" qué? —le preguntó un poco irritado—. Faber no acepta más que grandes actores. Si te toma será únicamente porque yo se lo pido. —Voy a trabajar contigo, —expresó NOELLE, y Gautier sintió cómo la cólera hervía dentro de él. —Yo no enseño a nadie, —la interrumpió bruscamente— . No soy maestro. Dirijo actores profesionales. Cuando tú seas actriz profesional, entonces te dirigiré, —hablaba esforzándose por controlar el enojo que le tensaba la voz—, ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo, Armand, —NOELLE asintió.

—De acuerdo entonces.

Ya apaciguado, Gautier la tomó en brazos y recibió en respuesta un cálido beso. Ahora sabía que se había preocupado innecesariamente. NOELLE era como cualquier otra mujer, necesitaba que la dominaran, Ya no iba a haber más problemas con ella.

Esa noche su relación amorosa superó todo lo que habían compartido antes, posiblemente, pensó Gautier, gracias a la excitación adicional que había significado la pequeña disputa.

—Realmente puedes ser una actriz de maravilla, NOELLE, —le dijo Armand durante la noche—. Voy a estar muy orgulloso de ti.

—Gracias, Armand, —susurró NOELLE.

A la mañana NOELLE preparó el desayuno y Gautier salió para el teatro. Cuando la llamó por teléfono durante el día, NOELLE no contestó, y esa noche al llegar a casa no la encontró esperándolo. Gautier esperó a que regresara y al no verla aparecer, se pasó la noche en vela pensando si podría haber tenido algún accidente. Procuró inútilmente comunicarse por teléfono

con el departamento de ella. Mandó un telegrama que le fue devuelto y cuando pasó por el departamento después de los ensayos, nadie respondía.

Durante la semana que siguió, Gautier se puso frenético. Los ensayos se convirtieron en un desbarajuste. Les gritaba a todos los actores, perturbándolos de tal manera que el director de escena sugirió que suspendieran el trabajo, con lo que Gautier estuvo de acuerdo. Cuando los actores se fueron, él se quedó a solas en el escenario, tratando de entender qué era lo que le pasaba. Se dijo que NOELLE era apenas una mujer más, una rubia ambiciosa y barata, con alma de empleada de tienda pero que quería ser estrella. La denigró en todas las formas que se le ocurrieron, pero finalmente se dio cuenta de que todo era inútil. Ella era una fiebre que se había adueñado de él y tenía que conseguirla. Esa misma noche recorrió las calles de París, emborrachándose en bares donde nadie lo conocía. Trató de pensar en formas de dar con ella pero no se le ocurría ninguna. Ni siquiera había nadie con quien pudiera hablar de ella, a no ser Philippe Sorel que, naturalmente, estaba fuera— de la cuestión. Una semana después de la desaparición de NOELLE, Armand Gautier llegó a su casa a las cuatro de la mañana, borracho, abrió la puerta y se encontró con que todas las luces del livingroom estaban encendidas. NOELLE, envuelta en una de sus batas, estaba enroscada en un sillón, leyendo un libro. Cuando él entró levantó los ojos y le sonrió. —Hola, Armand.

Gautier la miró un momento, sintiendo que se le alivianaba el corazón, que una felicidad y un alivio increíbles lo inundaban todo. —Mañana empezaremos a trabajar, —le dijo.

CATHERINE
Washington: 1940

5

Washington D. C., era la ciudad más emocionante que jamás hubiera visto Catherine Alexander. Chicago siempre le había parecido el centro del país, pero Washington fue una revelación. Ahí estaba el verdadero núcleo de Norteamérica, el centro palpitante del poder. En un primer momento, Catherine se había sentido perpleja ante la diversidad de uniformes que llenaban las calles: del ejército, de la armada, de la fuerza aérea, los marines. Por primera vez empezó a percibir la sombría posibilidad de la guerra como algo real.

En Washington la presencia física de la guerra se notaba por todas partes. Era la ciudad donde la guerra iba a comenzar, si llegaba el caso. Desde allí sería declarada, movilizada y dirigida. Washington era la ciudad en cuyas manos estaba el destino del mundo. Y ella, Catherine Alexander, iba a ser parte de todo eso.

Se había ido a vivir con Susie Roberts, que ocupaba un departamento luminoso y alegre, en un cuarto piso sin ascensor, con un amplio living— room, dos pequeños dormitorios, un baño diminuto y una kitchenette que parecía para enanitos. Susie parecía contenta de estar con ella.

—Pronto, saca todo de la valija y plánchate el mejor vestido que tengas. Esta noche cenamos afuera —fueron sus primeras palabras.

Catherine la miró sin entender.

—Cathy, en Washington, —le explicó Susie—, son las chicas las que llevan la mejor parte. La ciudad está tan llena de hombres solos que da lástima.

Esa primera noche cenaron en el Hotel Willard. El compañero de Susie era un congresal de Indiana y el de Catherine un político de Obregón y los dos estaban en Washington sin sus esposas. Después de la cena fueron a bailar al Washington Country Club. Catherine había tenido la esperanza de que su compañero pudiera conseguirle trabajo, pero en cambio le ofreció un coche y un departamento propio, que ella le agradeció. Susie volvió al departamento con su congresal, y Catherine se fue a acostar. Poco rato después oyó que los dos entraban al dormitorio de Susie y que los resortes del colchón empezaban a crujir. Catherine se puso la almohada sobre la cabeza para no oír los ruidos: imposible. Se la imaginaba a Susie en la cama con su pareja, haciéndose apasionadamente el amor. A la mañana, cuando Catherine se levantó a desayunar, Susie ya estaba en pie, con aspecto radiante y alegre, lista para irse a trabajar. Catherine buscó en su rostro arrugas delatoras y otras señales de disipación, pero no encontró nada. Al contrario, se la veía espléndida, con el cutis impecable. Dios mío, pensó Catherine, es un Dorian Gray femenino. Algún día ella va a seguir con ese aspecto increíble y yo voy a representar ciento diez años. Pocos días después, mientras desayunaban, Susie dijo:

—Oye, supe que está vacante un trabajo que tal vez te interese. En la fiesta en que estuve anoche, una de las chicas me dijo que renuncia porque se vuelve a Texas. Sabe Dios por qué alguien que consiguió salir de Texas quiere volverse. Recuerdo que hace unos años estuve en Amarillo y... —¿Dónde trabaja? —La interrumpió Catherine.

—¿Quién?

—La chica, —explicó pacientemente Catherine.

—Ah. Trabaja para Bill Fraser, que está a cargo de las relaciones públicas para el Departamento de Estado. El mes pasado, "Newsweek" le dedicó a Bill la nota de la tapa. Parece que el trabajo es fácil. Como yo me enteré anoche, si te vas ahora para allá, seguramente les vas a ganar a todas las demás chicas. —Gracias, —le dijo sinceramente Catherine—. Señor Fraser, allá voy. Veinte minutos después estaba en camino al Departamento de Estado. Cuando llegó, el encargado le dijo dónde estaba la oficina de Fraser y Cathy subió en el ascensor, pensando: Relaciones públicas. Parece exactamente el trabajo que ando buscando.

Antes de entrar, se detuvo en el corredor y sacó su espejo de mano para controlar el maquillaje. Estaba bien. Y todavía no eran las nueve y media, así que iba a tener el campo libre. Abrió la puerta y entró.

La recepción estaba atestada de muchachas de pie, sentadas, apoyadas contra las paredes, que al parecer hablaban todas juntas. La recepcionista, frenética tras el escritorio sitiado, intentaba en vano poner un poco de orden, repitiendo que en ese momento el señor Fraser estaba ocupado y que no sabía cuándo podría verlas.

—Pero ¿está haciendo entrevistas con secretarias o no? —preguntó una de las muchachas.

—Sí, pero... —la interrogada les echó una mirada de desesperación—. ¡Por Dios, esto es ridículo!

La puerta volvió a abrirse y tres muchachas más se abrieron paso para entrar, empujando hacia un lado a Catherine.

—¿Ya se ocupó el puesto? —preguntó una.

—Tal vez quiera un harén y podamos quedarnos todas, —sugirió otra.

La puerta de la oficina se abrió y de ella salió un hombre. Mediría un metro ochenta y tenía la silueta casi esbelta de un hombre que no es deportista, pero se mantiene en forma yendo al club a hacer gimnasia tres veces por semana. El pelo rubio ondulado encanecía en las sienes., los ojos eran azules y brillantes y la línea del mentón fuerte y dominante.

—¿Qué demonios pasa aquí, Sally? —preguntó con voz profunda y autoritaria.

—Las chicas se enteraron del puesto libre, señor Fraser.

—¡Por Dios! Si hace una hora no me había enterado yo, —Sus ojos recorrieron la habitación—. ¿Oyeron los tambores en la selva? —cuando sus ojos se posaron sobre Catherine, ella se enderezó y lo obsequió con su mejor sonrisa de secretaria perfecta, pero la mirada no se detuvo en ella; volvió a la recepcionista.

—Necesito un ejemplar de —Life—, —le dijo—. Hace unas tres o cuatro semanas salió un número que tiene en la tapa la fotografía de Stalin. —Lo voy a pedir, señor Fraser, —dijo la muchacha.

—Lo necesito ya, —Fraser empezó a volver a su oficina.

—Llamaré a la oficina de "Time—Life—, a ver si pueden conseguir un ejemplar. —Sally, —Fraser se detuvo en la puerta—, estoy hablando por teléfono con el senador Borah y quiero leerle un párrafo de ese ejemplar. Tienes dos minutos para conseguírmelo, —entró en su oficina y cerró la puerta. Las muchachas que llenaban la recepción se miraron unas a otras, encogiéndose de hombros. Catherine pensó un momento, se dio vuelta y abriéndose paso entre ellas, salió de la oficina. —Bueno. Una menos, — exclamó una de las chicas. La recepcionista levantó el teléfono y discó informaciones.

—El número de la oficina de "Time—Life", —pidió. En la habitación se hizo el silencio mientras las postulantes la observaban—. Gracias, —colgó el receptor, lo levantó y volvió a discar—. Hola. Hablo de la oficina del señor William—t Fraser, en el Departamento de Estado. El señor Fraser 'necesita inmediatamente un número atrasado de Life. Es el que tiene a Stalin en la tapa ... ¿Allí no tienen números atrasados? ¿Con quién podría hablar?... Claro. Gracias —y colgó. —Mala suerte, vieja, —murmuró una de las chicas. Se oyeron risitas. El intercomunicador zumbó y la recepcionista apretó el botón. —Pasaron los dos minutos, —dijo la voz de Fraser—. ¿Dónde está la revista? La recepcionista respiró hondo.

—Acabo de hablar con la oficina de "Time—Life", señor Fraser, y me dicen que es imposible conse... La puerta se abrió y entró apresuradamente Catherine. En la mano traía un ejemplar de "Life" con el retrato de Stalin en la tapa. Se abrió paso hacia el escritorio y se lo entregó a la recepcionista, que la miraba sin salir de su asombro. —Eeeh... aquí tengo un ejemplar, señor Fraser. En seguida se lo alcanzo, —se levantó, dedicándole a Catherine una sonrisa de agradecimiento y entró apresuradamente en la oficina. Las otras chicas se volvieron a mirar a Catherine con ojos repentinamente hostiles. Cinco minutos después se abrió la puerta de la oficina de Fraser Y éste apareció junto con la recepcionista.

—La muchacha, —señaló a Catherine. —Es esta chica. —William Fraser la estudió con aire especulativo.

—¿Quiere pasar, por favor?

—Sí, señor, —Catherine siguió a Fraser a su oficina, sintiendo que los ojos de las demás chicas se le clavaban como puñales en la espalda. Fraser

cerró la puerta. La oficina era la típica oficina burocrática de Washington, pero él la había decorado con muebles de estilo, imponiéndole el sello de su gusto personal en los muebles y objetos de arte. —Siéntese, señorita...

—Alexander. Catherine Alexander.

—Sally me dice que usted le trajo la revista "Life".

—Sí, señor.

—Me imagino que no fue — por casualidad que usted tenía en su bolso un ejemplar de tres semanas atrás. —No, señor.

—¿Cómo lo encontró tan pronto?

—Bajé hasta la peluquería. En las peluquerías y en la sala de espera de los dentistas siempre hay ejemplares viejos. —Ya veo, —Fraser sonrió y su rostro pareció menos imponente—. No creo que a mí se me hubiera ocurrido —reflexionó—. ¿Para todo es tan despierta? Señor, —respondió Catherine, pensando en Ron Peterson. —¿Busca trabajo como secretaria?

—En realidad no, —Catherine vio la mirada de sorpresa de él—, pero lo tomaría, —añadió apresuradamente—. Lo que realmente me gustaría es ser su adjunta. —¿Y qué le parece si empezamos hoy como secretaria? —preguntó secamente Fraser—. Mañana tendrá tiempo de ser mi adjunta. —¿Quiere decir que tengo el trabajo? —Cathy lo miró, incrédula. —A prueba, —Fraser bajó la llave del intercomunicador y se inclinó para hablar—. Sally, por favor dales las gracias a las señoritas. Diles que el puesto está cubierto. —Está bien, señor Fraser.

Fraser volvió a subir la llave y se dirigió a Catherine.

—¿Le parece bien treinta dólares semanales?

—Oh, sí, señor. Gracias, señor Fraser.

—Puede empezar mañana a las nueve. Dígale a Sally que le dé un formulario de personal para llenar. Cuando Catherine salió de la oficina se fue caminando hasta el "Washington Post". EL policía que ocupaba un escritorio en el vestíbulo la detuvo. —Soy la secretaria personal del señor Fraser, del Departamento de Estado, —explicó orgullosamente Catherine—. Necesito información del archivo de ustedes. —¿Qué clase de información?

—Sobre William Fraser.

El hombre la observó un momento sin hablar.

—Es el pedido más raro que me han hecho en toda la semana. ¿Su jefe la anduvo molestando, o qué?—No, —respondió inocentemente Catherine—. Es sólo para completar un vitae. Cinco minutos después un empleado la hacía entrar en el archivo. Sacó las fichas dedicadas a William Fraser y Catherine empezó a leer. Una hora mas tarde, se había convertido en una de las mayores autoridades mundiales en William Fraser. Tenía cuarenta y cinco años, se había recibido con honores en Princeton, había iniciado una agencia de publicidad, Fraser Associates, que era una de las de mayor éxito en su ramo, y un año atrás había dejado temporariamente la empresa, a pedido del Presidente, para trabajar para el gobierno. Después de casarse con Lydia Campion, una mujer de dinero, se había divorciado cuatro años atráS sin que la pareja hubiera tenido hijos. Fraser era millonario, vivía en Georgetown y tenía casa de veraneo en Bar Harbor, Maine. Sus hobbies eran el tenis, la navegación a vela y el polo. Varios recortes de periódicos se referían a él COMO "uno de los solteros más apetecibles de Norteamérica". Cuando Catherine llegó a casa y le contó la novedad a Susie, su compañera insistió en que salieran a festejarlo. Los compañeros de esa noche eran dos apuestos cadetes de Armápolis. El compañero de Catherine resultó ser un muchacho bastante agradable, pero ella se pasó la velada comparándolo

mentalmente con William Fraser y, comparado con él, el chico parecía inexperto Y ABURRIDO.

Catherine pensaba si estaría por enamorarse de su nuevo jefe. No había sentido ningún tierno cosquilleo mientras estaba con él, pero sí había otra cosa, Una sensación de respeto y de que él le gustaba coMo persona. Decidió que lo más probable era que el tierno cosquilleo no existiera mas que en las novelas francesas. Los cadetes las llevaron a un pequeño restaurante italiano en las afueras de Washington, donde les sirvieron una cena excelente, después fueron a ver Arsénico y Encaje Antiguo, y Catherine se divirtió muchísimo. Al terminar la noche los muchachos las llevaron de vuelta a casa y Susie los invitó a pasar. Cuando a Catherine le pareció que se estaban empezando a instalar para toda la noche, pidió disculpas y, dijo que tenía que irse a dormir. —Pero si no hemos empezado todavía, —protestó su acompañante—. Míralos a ellos, —y le señaló a Susie y su pareja, trabados sobre el sofá en un abrazo apasionado. —Pronto podemos estar en guerra, —dijo seriamente el compañero de Catherine, tomándola del brazo Y, antes de que ella pudiera evitarlo, se apoderó de su mano y la llevó sobre él—. no vas a mandar a un hombre a la guerra en estas condiciones, ¿verdad? Catherine retiró la mano, tratando de no enojarse.

—Ya lo he pensado mucho, —respondió con calma—, Y decidí acostarme únicamente con los heridos leves. Lo dejó Y se fue a su dormitorio, echándole llave a la puerta. Se le hizo difícil dormir. Tendida en la cama, pensaba en William Fraser, en su trabajo y en la Masculina dureza del muchacho de Annápolis. Una hora después de haberse Acostado, oyó que los resortes del colchón de Susie Crujían desesperadamente. A partir de ENtoncES fue imposible dormir. A la mañana siguiente, Catherine llegó a SU nueva oficina a las ocho y media. La puerta estaba Sin Llave y LA luz DE LA oficina de recepción encendida. Desde la oficina principal se oía una voz de hombre y Catherine entró. William Fraser estaba en su escritorio, grabando en un dictáfono. Cuando entró Catherine, levantó los ojos y apagó el aparato. —Vino temprano, —le dijo.

—Quería echar un vistazo y poner orden en mis cosas antes de empezar a trabajar. —Siéntese, —en el tono había algo que la dejó intrigada. Fraser parecía enojado. Catherine se sentó—. No me gusta la gente que anda husmeando, señorita Alexander, —Catherine sintió que se ruborizaba. —No... no entiendo, —balbuceó.

—Washington es una ciudad pequeña. Ni siquiera es una ciudad, es un pueblo del demonio. Aquí no pasa nada sin que todo el mundo se entere en cinco minutos. —Todavía no...

—El editor del "Post" me telefoneó dos minutos después de que usted llegara allí, para preguntarme por qué mi secretaria andaba haciendo investigaciones sobre mí. Catherine, aturdida, no sabía qué decir.

—¿Encontró todos los chismes que le interesaba saber?

—Pues no anduve husmeando, —Catherine sintió que su confusión se convertía rápidamente en furia, y se levantó—. La única razón para que quisiera informarme sobre usted era que así sabría para qué clase de hombre trabajaba, —la voz le temblaba de indignación—. Pienso que una buena secretaria tiene que adaptarse a su jefe y yo quería saber a qué tengo que adaptarme. La expresión de Fraser seguía siendo hostil. Catherine lo miraba, furiosa, al borde de las lágrimas. —No es necesario que se siga preocupando por eso, señor Fraser. Renuncio, —se dio vuelta para dirigirse a la puerta. —Siéntese, —le dijo Fraser, y su voz era un latigazo. Catherine

se dio vuelta, sorprendida—. No aguanto las prima donnas. Ella lo miró echando chispas.

—Yo no soy una...

—Está bien. Disculpe. Ahora, ¿quiere sentarse, por favor? tomó una pipa del escritorio y la encendió

Catherine siguió ahí parada, sin saber qué hacer, llena de humillación.

—No creo que vaya a resultar, —empezó—. Creo...

Fraser chupó la pipa y apagó el fósforo.

—Claro que va a resultar, Catherine, —dijo razonablemente—. No puede renunciar ahora. Mire todos los problemas que me trae tomar a una muchacha nueva.

Catherine lo miró y vio un brillo divertido en los inteligentes ojos azules. El sonrió Y, de mala gana, los labios de Catherine se curvaron en una sonrisita. Finalmente, la muchacha se dejó caer en una silla.

—Así me gusta. ¿Nadie te dijo nunca que eres demasiado sensible?

—No. Lo siento.

Fraser se reclinó en su asiento.

—O tal vez sea yo el supersensible. Me cae como una patada en el culo que me llamen —uno de los solteros más apetecibles de Norteamérica—.

Catherine habría preferido que él no usara esas palabras. Pero ¿cuál le molestaba más? se preguntó. ¿Soltero o culo? Tal vez Fraser tuviera razón. Tal Vez SU interés en él no fuera tan impersonal como ella pensaba. Tal vez inconscientemente.

—el blanco de todas las idiotas que andan solteras por el mundo, — estaba diciendo Fraser—. Te parecería increíble si te contara lo agresivas que pueden ser las mujeres.

—¿Le parecería? Pruebe nuestra cajera.

Catherine enrojeció al recordarlo.

capaces de hacer que un hombre— se vuelva maricón, —suspiró Fraser—. Y ya que según parece estamos en la Semana de Indagación Nacional, cuéntame algo de tí. ¿Tienes novio?

—No, —respondió Catherine—. Nada especial, agregó rápidamente.

—¿Dónde vive? —preguntó Fraser, mirándola con aire zumbón.

—Comparto el departamento con una chica que fue compañera mía en la universidad.

—La del Noroeste.

Ella lo miró sorprendida y después se dio cuenta de que Fraser debía de haber visto la ficha personal que había llenado Catherine. —Sí, señor.

—Te voy a decir algo sobre mí, que no habrás encontrado en el archivo del diario. Para los que trabajan conmigo soy muy exigente, muy hijo de puta. Te vas a dar cuenta de que soy, justo, pero perfeccionista. Con gente así es difícil vivir. ¿Te parece que te vas a arreglar?—Lo intentaré, —prometió Catherine.

—Bueno. Sally te va a poner al tanto de todo lo rutinario. Lo más importante que tienes que recordar es que yo me paso el día bebiendo café, y que me gusta fuerte y caliente. —Me acordaré.

—Y otra cosa, Catherine.

—¿Sí, señor Fraser? —Catherine, que ya salía, se detuvo.

—Esta noche cuando llegues a casa, practica un rato diciendo malas palabras frente al espejo. Si vas a seguir pestañeando cada vez que yo salgo con una puteada, me voy a sentir muy acorralado. Otra vez le hacía lo mismo, haciéndola sentir como una criatura. —Sí, señor Fraser, —respondió

con frialdad, y salió indignada de la oficina, casi dando un portazo. La reunión no había resultado como lo esperaba Catherine. Ya no le gustaba William Fraser. Pensaba que era un patán pagado de sí mismo, dominador y arrogante. No era raro que su mujer se hubiera divorciado. Bueno, ya que estaba ahí tendría que empezar, pero la muchacha prometió que empezaría a buscar otro trabajo, algo donde tuviera que colaborar con un ser humano, no con un déspota. Cuando Catherine se retiró, Fraser se recostó en su asiento con una leve sonrisa en los labios. ¿Entonces todavía había chicas tan conmovedoramente jóvenes, tan serias y dedicadas? Cuando la furia le hacía echar chispas por los ojos y le estremecía los labios, Catherine le había parecido tan indefensa que Fraser hubiera querido tomarla en brazos para protegerla. Muy a pesar suyo, lo admitió apesadumbrado. Catherine tenía una especie de resplandor pasado de moda, algo que Fraser casi había olvidado que existiera en las muchachas. Era un amor de chica, e inteligente, Y con ideas propias. Le iba a resultar la mejor secretaria que hubiera tenido en su vida. Y muy, en lo profundo, Fraser tenía la sensación de que Catherine iba a resultar algo más. Cuánto más, no estaba seguro todavía. Se había quemado con tanta frecuencia que un sistema de alarma automático empezaba a funcionar en el momento en que una mujer lo sacudía emocionalmente, y esos momentos se habían hecho muy raros.

La pipa se le había apagado; la volvió a llenar, sin que la sonrisa se le borrara de los labios. Un poco más tarde, cuando Fraser la volvió a llamar para que le tomara un dictado, Catherine se mostró atenta pero

fría.

Esperaba que Fraser le dijera algo personal para demostrarle hasta qué punto a ella le resbalaba, pero la actitud de él fue comercial y distante. Evidentemente, pensó Catherine, ya había borrado de sus pensamientos el incidente de la mañana. ¿Hasta dónde pueden ser insensibles los hombres?

Muy a su pesar, a Catherine le parecía fascinante su nuevo trabajo. El teléfono sonaba continuamente, y los nombres de los que llamaban eran increíbles. Durante la primera semana llamó dos veces el Vicepresidente de los Estados Unidos, y también media docena de senadores, el Secretario de Estado y una actriz famosa que estaba en la ciudad promoviendo su última película. La semana culminó con un llamado del presidente Roosevelt y Catherine se puso tan nerviosa que se le cayó el teléfono e interrumpió la comunicación con la secretaria.

Aparte de los llamados telefónicos, Fraser tenía una interminable serie de reuniones en la oficina, en el club o en alguno de los mejores restaurantes. Después de las primeras semanas, Fraser dejó que Catherine se hiciera cargo de combinar sus citas y hacer las reservas necesarias. Ella empezó a darse cuenta de cuáles eran las personas que su jefe quería ver y a quiénes quería evitar. El trabajo era tan absorbente que para fin de mes se había olvidado por completo de que quería buscarse otra cosa.

La relación de Catherine con Fraser seguía manteniéndose en un nivel muy impersonal, pero ella Ya lo conocía lo suficiente para comprender que su retraimiento no era de ninguna manera hostilidad. Era una dignidad, un muro de reserva que le servía de escudo contra el mundo. Catherine tenía la sensación de que Fraser era en lo profundo un gran solitario. Su trabajo le exigía una actitud gregaria. pero ella intuía que por naturaleza era hombre de soledad. Intuía también que William Fraser no era hombre para ella. Para el caso, decidió, lo mismo pasa con la mayoría de los norteamericanos. Ocasionalmente aceptaba salir con Susie a cenar en parejas, pero como la

mayoría de las veces se encontraba con que su compañero era algún hombre casado que se tomaba el sexo como deporte, prefería irse sola al teatro o a ver alguna película. Vio a Gertrude Lawrence y a un actor cómico nuevo, Danny Kaye, en Lady in the Dark y, en Life with Father; vio también

Alice in Arms, con un joven actor llamado Kirk Douglas. Le fascinó Kitty Foyle, con Ginger Rogers, porque se identificaba con la heroína. Una noche que había ido al teatro a ver Hamlet, advirtió que en un palco estaba sentado Fraser con una joven exquisita, ataviada con un carísimo vestido blanco de noche que Catherine había visto en "Vogue". No tenía idea de quién fuera la muchacha; cuando se trataba de su vida privada, Fraser hacía personalmente las citas y Catherine jamás sabía dónde iba ni con quién. Al recorrer con la vista el teatro, él la vio. A la mañana siguiente no hizo la menor referencia al asunto hasta haber terminado de dictarle. —¿Qué te pareció Hamlet? —le preguntó.

—La obra va a caminar, pero los actores no me parecieron gran cosa. —A mí me gustaron, —declaró él—. Me parece que la chica que hacía Ofelia era especialmente buena. Catherine hizo un gesto de asentimiento y se levantó para irse.

—¿No te gustó Ofelia? —Insistió Fraser.

—Si te interesa mi honesta opinión, —dijo meditadamente Catherine—, creo que no llegó a mantenerse a

flote. Esa noche cuando Catherine llegó al departamento, Susie estaba esperándola. —Tuviste visitas, —le dijo.

—¿Quién?

—Un hombre del FBI. Te andan investigando.

Mi Dios, pensó Catherine. Habrán descubierto que soy virgen, Probablemente hay alguna ley contra eso en Washington.

—¿Y por qué me va a investigar el FBI? —preguntó en cambio.

—Porque ahora trabajas para el gobierno.

—Ah.

—¿Cómo está tu señor Fraser?

—Mi señor Fraser está muy bien.

—¿Y te parece que yo le gustaré?

Catherine estudió la silueta alta y espigada de su compañera.

—Tal vez para el desayuno, —contestó.

A medida que pasaban las semanas, Catherine se fue relacionando con las secretarias que trabajaban en las oficinas inmediatas. Varias muchachas tenían algún affaire con su jefe, sin que pareciera importarles que los hombres fueran casados o solteros. La envidiaban a Catherine por trabajar con William Fraser.

—¿Qué tal es realmente el Superpibe? —le preguntó una de ellas a Catherine un día, durante el almuerzo— ¿Todavía no se tiró ningún lance?

—Eso ya pasó, —dijo muy seria Catherine—. Yo llego a las nueve de la mañana y nos revolcamos en el diván hasta la una; entonces interrumpimos para almorzar.

—En serio ¿qué te parece?

—Resistible, —mintió Catherine.

Desde su primera disputa, sus sentimientos hacia William Fraser se habían dulcificado bastante. El le había dicho la verdad al advertirle que era un perfeccionista. Cada vez que Catherine cometía un error, la reprendía, pero la muchacha se daba cuenta de que su jefe era justo y comprensivo. Había visto cómo robaba tiempo a sus propios problemas para ayudar a

otras personas, a gente que no estaba en situación de hacer nada por él, y él hacía las cosas de manera de no sacar jamás ventaja. Sí, claro que William Fraser le gustaba mucho, pero eso era asunto de ella y de nadie más.

Una vez que tuvieron mucho trabajo para poner al día, Fraser le había pedido a Catherine que cenara con él en su casa para poder trabajar hasta tarde. Talmadge, el chofer negro de Fraser, esperaba con el automóvil frente al edificio. Varias secretarias que salían a la misma hora los observaron con mirada experta mientras Fraser hacía pasar a Catherine al asiento trasero para

después ubicarse junto a ella. El coche se deslizó suavemente entre el tráfico de última hora de la tarde. —Voy a arruinar su reputación, —le advirtió Catherine. Fraser soltó la carcajada. —Te voy a dar un consejo. Si algún día quieres tener un affaire con un hombre público, hazlo al aire libre. —Pero uno se resfría.

—Quiero decir que lleves a tu bienamado, si todavía se estila llamarlo así, a los lugares públicos, a los restaurantes más conocidos, al teatro. — ¿Cuando den Shakespeare? —preguntó inocentemente Catherine, pero Fraser lo pasó por alto. —La gente anda siempre buscando cosas raras. Lo que van a pensar es: —Vaya, si en público anda saliendo con Fulana, vaya a saber con quién se ve en secreto. — La gente nunca cree lo que es obvio. — La teoría es interesante. —Arthur Conan Doyle escribió un cuento con la idea central de despistar a la gente con lo evidente, —dijo Fraser—. No recuerdo cómo se llama. —Fue Edgar Allan Poe. "La carta robada", —en el momento mismo de decirlo, Catherine deseó haberse callado la boca. A los hombres no les gustaban las chicas inteligentes. Pero claro, ¿qué importaba? Ella no era la chica de Fraser, sino su secretaria. El resto del trayecto lo hicieron en silencio. La casa de Fraser en Georgetown parecía tomada de un libro de imágenes. Era un edificio de cuatro pisos, de estilo georgiano, que debía de tener más de trescientos años. Un mayordomo con chaquetilla blanca les abrió la puerta. —Frank, ésta es la señorita Alexander, —anunció Fraser.

—Cómo está, Frank. Nos conocemos por teléfono, —lo saludó Catherine. —Sí, señorita. Encantado de conocerla, señorita Alexander.

Catherine miraba el vestíbulo de recepción. Tenía una bellísima escalera antigua que subía hasta el segundo piso: la vieja madera de roble estaba bruñida hasta parecer una pátina. El piso era de mármol y sobre sus cabezas pendía una araña deslumbrante. Fraser observaba su expresión.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—¿Si me gusta? ¡Pero claro!

Le sonrió y Catherine pensó si se había mostrado demasiado entusiasta, como una muchacha a quien le atraían las riquezas, como una de esas mujeres agresivas que andaban siempre persiguiéndolo.

—Es... muy grato, —añadió torpemente.

Fraser la miraba con aire zumbón y Catherine tenía la espantosa sensación de que le estaba leyendo el pensamiento.

—Ven al estudio.

Y la guió hacia un gran salón donde la boisserie oscura daba acogida a interminables hileras de libros. Tenía un aura de otra época, la gracia de un modo de vida más cordial y más fácil.

—¿Y bien? —preguntó gravemente Fraser, que la observaba.

Pero ella no se iba a dejar atrapar de nuevo.

—La biblioteca del Congreso es más grande, —declaró, a la defensiva.

—Tienes razón, —Fraser soltó la risa.

Frank entró en el estudio trayendo una bandeja con un balde de plata para el hielo y la dejó sobre el bar instalado en un rincón.

—¿A qué hora quiere la cena, señor Fraser? —preguntó.

—A las siete y media.

—Se lo diré a la cocinera, —Frank salió de la habitación.

—¿Te preparo algo para beber?

—No, gracias.

—¿Nunca bebes, Catherine? —Fraser la miró extrañado.

—Cuando trabajo, no. Se me mezclan las letras en la máquina de escribir. Y no es para eso para lo que usted me paga todas las semanas el rescate de un rey.

—¿Cuánto es lo que te pago? —preguntó Fraser.

—Treinta dólares y una cena en la casa más hermosa de Washington.

—¿Estás segura de que no vas a cambiar de idea en cuanto a beber algo?

—No, gracias, —reiteró Catherine

Fraser se preparó un martini mientras Catherine recorría la habitación mirando los libros. Estaban todos los títulos clásicos, tradicionales y además en la biblioteca había todo un sector de libros en italiano y otro sector en árabe.

Fraser fue a reunirse con ella.

—Pero ¿usted habla realmente italiano y árabe?

—Sí. Viví algunos años en Medio Oriente y aprendí el árabe.

—¿Y el italiano?

—Durante algún tiempo estuve con una actriz italiana.

—Oh, perdón, —Catherine se ruborizó—. No quise ser indiscreta.

Fraser la miró, divertido, y Catherine se sintió como una colegiala. No estaba segura de si lo que sentía por William Fraser era odio o amor. Sólo de una cosa estaba segura: era el hombre más agradable que hubiera conocido. La cena fue excelente. todos platos franceses, con unas salsas exquisitas. El postre eran cerezas jubilee. Con razón Fraser iba tres veces por semana al club a hacer gimnasia. —¿Qué tal está? —le preguntó Fraser.

—No se parece a lo que comemos en el bar del Departamento, —respondió Catherine, sonriendo.

El soltó la risa. —Algún día tengo que comer en el bar.

—En su lugar, yo no lo haría.

Fraser la miró atentamente.

—¿Tan mala es la comida?

—No es por la comida, es por las chicas. Se le tirarían encima.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso?—Se pasan todo el tiempo hablando de usted.

—¿Quieres decir haciéndote preguntas sobre mí?

—Aproximadamente, —sonrió Catherine.

—Me imagino que en definitiva se han de quedar frustradas por la falta de información. —Qué esperanza, —Catherine sacudió la cabeza—. Yo les invento cualquier cantidad de historias. Fraser se recostó en su silla, disfrutando del coñac.

_¿Qué clase de historias?

—¿Está seguro de que quiere oírlas?

—Segurísimo. Les digo que usted es un ogro y que me chilla todo el día. — Todo el día no, —sonrió Fraser.

—Les cuento que es loco por la caza y que mientras me dicta se pasea por el despacho con un rifle cargado y que me muero de miedo de que se le escape un tiro y me mate. —Eso les debe interesar mucho.

—Les cuesta mucho figurarse cómo es usted realmente.

—¿Y tú te has figurado cómo soy yo realmente? —el tono de Fraser se había teñido de seriedad. Durante un momento Catherine lo miró en los ojos, después bajó la vista. —Creo que sí, —contestó.

—¿Quién soy yo?

Catherine sintió que de pronto se ponía tensa. La broma se había terminado, y en la conversación se había deslizado una nota nueva, una nota excitante y perturbadora. Fraser la miró un momento y después sonrió.

—Yo no soy un tema muy entretenido. ¿Quieres más postre?

—No, gracias. No pienso comer durante una semana.

—Entonces vamos a trabajar. Trabajaron hasta la medianoche. Fraser acompañó a Catherine hasta la puerta, donde Talmadge la esperaba para llevarla de vuelta a su departamento. Todo el viaje de regreso, Catherine lo hizo pensando en Fraser. Su fuerza, su humor, su simpatía. Alguien había dicho una vez que un hombre tenía que ser muy fuerte para poder permitirse ser tierno. William Fraser era muy fuerte. Esa noche había sido una de las veladas más gratas que Catherine hubiera pasado en su vida, y eso la preocupaba. Tenía miedo de convertirse en una de esas secretarias celosas que se pasan el día abominando de cada muchacha que llama por teléfono a su jefe. Bueno, pues a ella no le iba a suceder eso. Todas las mujeres disponibles de Washington andaban detrás de William Fraser, y ella no se iba a sumar a la multitud. Cuando Catherine volvió al departamento, Susie la estaba esperando. Al verla entrar, se abalanzó sobre ella. —¡Cuenta! —la urgió—. ¿Qué pasó?

—No pasó nada, —respondió Catherine—. Cenamos.

Susie la miró, incrédula.

—¿Ni siquiera te hizo una proposición?—No, Claro que no.

—Debí habérmelo imaginado, —suspiró Susie—, No se animó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir, tesoro, es que tú te escabulles como la Virgen María. Probablemente tuvo miedo de que si te ponía un dedo encima, empezaras a gritar "me violan", y te desmayaras. Catherine sintió que le enrojecían las mejillas.

—No tengo ese tipo de interés en él, —contestó rígidamente—, Y no me escabullo como la Virgen María. Me escabullo como la Virgen Catalina. La vieja Santa Catalina. Lo único que había hecho era mudar su santa sede a Washington. Era lo único que había cambiado. Todavía seguía perteneciendo a la misma antigua iglesia. Durante los seis meses siguientes Fraser pasó mucho tiempo afuera. Viajaba a Chicago y San Francisco y a Europa. El trabajo era siempre bastante para que Catherine se mantuviera ocupada, pero cuando Fraser no estaba la oficina le parecía vacía y solitaria. La influencia de visitantes interesantes era continua; la mayor parte de ellos eran hombres y Catherine se encontraba acosada por las invitaciones. Podía elegir entre almuerzos, cenas, viajes a Europa y escapadas a la cama, pero no aceptaba ninguna de las invitaciones, en parte porque ninguno de esos hombres le interesaba, pero sobre todo porque tenía la sensación de que Fraser no iba a aprobar que mezclara los negocios con el placer. Si Fraser se daba cuenta de las constantes oportunidades que Catherine rechazaba, no

dijo nada. Al día siguiente a la cena que los dos habían compartido en casa de

él, le había aumentado el salario en diez dólares semanales. A Catherine le parecía que se había producido un cambio en el ritmo de la ciudad. La gente se movía con más rapidez, se la veía más tensa. Los titulares voceaban una serie constante de crisis e invasiones en Europa: La caída de Francia había afectado a los norteamericanos más profundamente que cualquier otro de los acontecimientos que se sacudían velozmente en Europa, porque la sentían como una violación personal, una pérdida de libertad en un país que era una de las cunas de la Libertad. Noruega había caído, los ingleses se jugaban su vida y la de su país en la batalla de Inglaterra, y se había firmado un pacto entre Alemania, Italia y Japón. Cada vez era más intensa la sensación de que Norteamérica iba a tener que entrar en la guerra, Catherine se lo planteó un día a Fraser.

—Creo que tener que meternos no va a ser más que cuestión de tiempo, —le contestó él, pensativamente—. Si Inglaterra no puede frenar a Hitler, vamos a tener que hacerlo nosotros.

—Pero el senador Borah dice...

—Esa gente tendría que elegir como símbolo el avestruz, —comentó Fraser, con enojo. —¿Qué haría usted si hubiera guerra?

—Ser un héroe, —contestó Fraser.

Catherine se lo imaginó, apuesto en su uniforme de oficial, partiendo para la guerra, y la asustó la idea. Le parecía una estupidez que en una época en que reinaba la Inteligencia, la gente siguiera pensando que podían resolver sus diferencias asesinándose entre ellos. —No te preocupes, Catherine, —le dijo Fraser—. Durante un tiempo no va a pasar nada. Y cuando suceda algo, ya vamos a estar listos.¿Y qué pasa con Inglaterra? —preguntó ella—. Si Hitler decide invadirlos ¿serán capaces de resistir? El tiene tantos tanques y aviones, y ellos no tienen nada. —Ya van a tener, —le aseguró Fraser—, y muy pronto. Cambió de tema, y siguieron trabajando. Una semana, después los titulares anunciaban la noticia de la nueva concepción de Roosevelt de la ley, de préstamo y arriendo. Entonces, Fraser ya había estado al tanto, y había procurado tranquilizarla sin revelar su información. Las semanas pasaban rápidamente. De vez en cuando, Catherine aceptaba alguna invitación a salir, pero siempre se encontraba, comparando a su acompañante con William Fraser y terminaba preguntándose por qué se molestaba en salir con nadie. Se daba cuenta de que ella misma se había puesto, emocionalmente, en un callejón sin salida, pero no le encontraba remedio. Se decía que se había entusiasmado con Fraser y nada más, y que terminaría por salir de eso, pero mientras tanto sus sentimientos la privaban de disfrutar de, la compañía de ningún otro hombre, porque ninguno se parecía a él. Una noche a última hora, mientras Catherine estaba trabajando, Fraser volvió inesperadamente a la oficina después de haber ido al teatro. Sorprendida, ella levantó la vista al oírlo entrar.

—¿Qué demonios es lo que tenemos aquí? —gruñó él—. ¿barco negrero?—Quería terminar este informe para que usted pudiera llevárselo mañana a San Francisco, —respondió Catherine. —Podrías habérmelo mandado por correo, —rezongó él y, sentándose en una silla frente a la muchacha, la observó—. ¿No tienes nada mejor que hacer a la noche— que aburrirte con un informe?—Casualmente, esta noche estaba libre.

Fraser se recostó en la silla, entrecruzó los dedos y apoyó en ellos el mentón, sin dejar de mirarla. —¿Te acuerdas de lo que me dijiste el primer día que entraste en esta oficina?—Dije un montón de estupideces.

—Dijiste que no querías ser secretaria. Querías ser mi adjunta.

—No sabía lo que decía.

—Pero ahora sí.

Catherine lo miró,.

—No entiendo.

—Es muy sencillo, Catherine, —dijo tranquilamente Fraser—. Durante los últimos tres meses, en realidad has sido mi adjunta. Ahora lo quiero oficializar. Incrédula, Catherine se quedó mirándolo:

—¿Está seguro de que...?

—No te di antes el título ni el aumento de sueldo porque no quería que te asustaras. Pero ahora ya sabes que eres capaz de hacerlo. —No sé qué decir, —tartamudeó Catherine—. No... no se va a arrepentir, señor Fraser.

—Ya me estoy arrepintiendo. Mis adjuntas siempre me tutean y me llaman Bill. —Como quieras, Bill.

Esa misma noche, tendida en su cama, Catherine recordaba la forma en que él la había mirado y cómo se había sentido ella, y pasó largo rato sin que pudiera quedarse dormida. En varias ocasiones, Catherine le había escrito a su padre preguntándole cuándo se llegaría a Washington a visitarla. Estaba ansiosa de mostrarle la ciudad y de presentárselo a sus amigos y a Bill Fraser. Sus dos últimas cartas no habían tenido respuesta. preocupada, telefoneó a la casa de su tío en Omaha y. éste atendió el teléfono.

—¡Cathy! Ee... estaba a punto de llamarte.

El corazón de Catherine dio un salto.

—¿Cómo está papá? Hubo una breve pausa.

—Tuvo un ataque. Yo quería llamarte antes, pero tu padre me pidió que esperara a que él estuviera mejor.

Catherine se aferró al receptor. —¿Y está mejor?

—Me temo que no, Catherine, —dijo la voz de su tío—. Está paralizado.

—Mañana estaré allí.

A las nueve de la mañana siguiente, Catherine fue a hablar con Bill Fraser y le dijo lo que sucedía.

—Lo siento, —se dolió Fraser—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No sé. Quisiera ir a verlo en seguida, Bill.

—Pero claro, —y Fraser empezó a hacer llamadas telefónicas. La hizo llevar a su departamento en el coche de él, y cuando ella hubo metido apresuradamente algunas cosas en una valija, la condujeron al aeropuerto, mientras Fraser le reservaba el pasaje en avión.

Cuando el aparato aterrizó en el aeropuerto de Omaha, los tíos de Catherine estaban esperándola y con sólo mirarlos la muchacha se dio cuenta de que era demasiado tarde. Se dirigieron en silencio a la casa velatoria y cuando entró al edificio, Catherine sintió una intensa sensación de soledad y pérdida. Una parte de ella había muerto y sería por siempre irrecuperable. La hicieron pasar a la pequeña capilla. Vestido con su mejor traje, el cuerpo de su padre yacía en un 'sencillo ataúd. El tiempo lo había encogido, como si el constante desgaste de vivir lo hubiera consumido y empequeñecido. Su tía le había dado los efectos personales de su padre, los tesoros acumulados durante una vida, que consistían en cincuenta dólares en efectivo, algunas instantáneas viejas,, unas pocas cuentas, un reloj

pulsera, un cortaplumas enmohecido y una colección de las cartas de ella, pulcramente atadas con un piolín y gastadas de tanto leerlas. Para cualquier hombre, dejar eso era un legado lamentable, y Catherine sintió que el corazón se le rompía de pena por él. Sus sueños eran tan grandes, y sus éxitos tan' pequeños. Recordaba lo vital que había sido cuando ella era una niñita, y su emoción cuando él llegaba a casa con los bolsillos llenos de dinero y los brazos llenos de regalos. Recordaba los inventos maravillosos que jamás daban resultados. No era mucho para recordar, pero era todo lo que quedaba de él. De pronto, había tantas cosas que Catherine quería decirle, tanto que quería hacer por él; y era demasiado tarde, para siempre. Lo enterraron en el pequeño cementerio próximo a la iglesia. Catherine había proyectado pasar la noche con sus tíos y volverse en el tren del día siguiente, pero de pronto ya no pudo aguantar un momento más y llamó al aeropuerto para reservar pasaje en el primer avión. Bill Fraser fue al aeropuerto a esperarla, y a Catherine le pareció lo más natural del mundo que él estuviera allí, esperándola y cuidando de ella cuando ella lo necesitaba. Fraser la llevó a cenar a una pequeña posada en Virginia y la escuchó mientras Catherine hablaba de su padre. En medio de uno de los relatos más divertidos que se referían a él, la muchacha rompió a llorar pero, cosa extraña, no se sintió incómoda en presencia de Bill Fraser. El le sugirió que se tomara unas vacaciones, pero Catherine quería seguir trabajando, quería tener la mente ocupada con cualquier cosa que no fuera lo que había sucedido. Los dos adoptaron la costumbre de cenar juntos una o dos veces por semana, y Catherine se sentía más que nunca próxima a Fraser. Todo sucedió sin planearlo ni preverlo. Se habían quedado trabajando hasta tarde en la oficina. Catherine estaba ordenando unos papeles y sintió que Bill Fraser estaba parado detrás de ella. Los dedos de él le recorrieron la nuca, suave y lentamente. —Catherine...

La muchacha se dio vuelta a mirarlo y un instante después estaba en sus brazos. Era como si ya se hubieran besado un millar de veces, como si eso fuera a la vez su pasado y su futuro, al lugar donde siempre había pertenecido Catherine. Así que es tan simple, pensaba Catherine. Y fue siempre tan simple, pero Yo no lo sabía.

—Ve a buscar tu abrigo, querida, —dijo Fraser—, Vamos a casa.

Mientras el automóvil los llevaba a Georgetown se sentaron muy juntos, el brazo de Fraser, tierno y protector, en torno de Catherine. Ella jamás había conocido felicidad semejante. Estaba segura de que se había enamorado de él, y no le importaba que él no estuviera enamorado de ella. Le tenía afecto, y a Catherine le bastaba. Cuando pensó con qué había tratado de conformarse antes... con Ron Peterson, sintió un escalofrío.

—¿Pasa algo? —preguntó Fraser.

Catherine pensó en la habitación del motel, con su espejo rajado y sucio. Miró el rostro fuerte e inteligente del hombre que la rodeaba con el brazo.

—No, ahora no, —respondió—, íntimamente agradecida—. Pero tengo que decirte algo, —tragó con esfuerzo— Soy virgen.

Fraser sacudió la cabeza, atónito.

—Es increíble, —comentó—. ¿Y cómo vine yo a dar con la única virgen que hay en todo Washington?

—Traté de remediarlo, —admitió honestamente Catherine—, pero no funcionó.

—Me alegro, —dijo Fraser.

—¿Quieres decir que no te importa?

Él volvió a sonreírle, con una sonrisa burlona que le iluminaba el rostro.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le preguntó.

—¡Ojalá!

—Te has preocupado demasiado por eso. La cuestión es relajarse.

Catherine sacudió suavemente la cabeza.

—No, querido. La cuestión es enamorarse.

Media hora más tarde, el coche se detenía frente a la casa de Bill. Fraser llevó a Catherine a la biblioteca.

—¿Quieres tomar algo?

Catherine lo miró.

—Vamos arriba, —respondió.

Bill la tomó en brazos y la besó, mientras Catherine lo abrazaba con fuerza, atrayéndolo hacia ella. Si esta noche algo no anda, me mataré, pensó. De veras me mataré.

—Vamos, —asintió él, tomándola de la mano.

El dormitorio de Bill Fraser era una amplia habitación de aspecto masculino, con una cómoda española contra una pared. Al fondo del cuarto, frente a la chimenea, había una mesita para desayunar y contra una de las paredes una amplia cama de dos plazas. Hacia la derecha se veía el cuarto de vestir y más allá el cuarto de baño. —¿Estás segura de que no quieres tomar algo? —volvió a preguntar Fraser. —No lo necesito.

Bill volvió a tomarla en sus brazos y a besarla.

—Ya vuelvo, —dijo Fraser, y Catherine lo vio desaparecer en el cuarto de vestir.

Era el hombre más delicado y maravilloso que hubiera conocido jamás. Se quedó pensando en él y de pronto se dio cuenta de por qué Bill había salido de la habitación quería darle la ocasión de que se desvistiera sola, sin sentirse incómoda. Rápidamente, Catherine empezó a quitarse la ropa. Un momento después, desnuda, recorrió su cuerpo con la mirada y pensó: Adiós, santa Catalina. Fue hacia la cama, la abrió y se deslizó entre las sábanas. Fraser volvió envuelto en una robe de chambre de seda oscuro. Se acercó a la cama y la miró. Extendido sobre la blancura de la almohada, el cabello negro de Catherine enmarcaba su hermoso rostro. Y todo era mucho más tocante porque él sabía que era completamente imprevisto. Se despojó de la robe y se deslizó en la cama junto —a ella. De pronto, Catherine se sobresaltó. —Pero yo no tengo nada, —susurró—. ¿Crees que quedaré embarazada?—Esperemos que sí.

Catherine lo miró intrigada y abrió la boca para preguntarle qué era lo que quería decir, pero los labios de Bill se apoyaron sobre los suyos y sus manos empezaron a recorrer su cuerpo, explorándolo suavemente, y la muchacha se olvidó de todo lo que no fuera lo que le sucedía; toda su conciencia se concentró en su cuerpo, en sentir cómo él la penetraba, un instante de dolor agudo e inesperádo y después un deslizarse, hundiéndose profundamente en ella. —¿Estás lista? —preguntó Bill.

Catherine no sabía con seguridad para qué tenía que estar lista.

—Sí, —respondió de todos modos, y de pronto él llamándola por su nombre, y después de un último estremecimiento quedó inmóvil sobre el cuerpo de ella.

Y todo había terminado, y Bill le preguntaba:

—¿Fue agradable para ti?

—Sí, —respondió ella—, maravilloso.

—Mejora con la práctica, —dijo Bill, y Catherine se sintió llena de alegría por poder brindarle esa felicidad, e intentó no preocuparse por la desilusión que había sido para ella. Tal vez fuera como con las aceitunas; había que tomarle el gusto. Se quedó en los brazos de Fraser, dejándose arrullar por el sonido de su voz y pensando: Esto es lo importante, estar juntos como dos seres humanos capaces de amarse y compartirse. Había leído demasiadas novelas fantásticas, había escuchado demasiadas canciones amorosas; por eso había esperado demasiado. O tal vez... y si las cosas eran así, había que afrontar la verdad... tal vez ella fuese frígida. Como si le leyera los pensamientos, Fraser la acercó más a él.

—No te preocupes si estás decepcionada, querida. La primera vez es siempre traumática.

Como Catherine no le contestaba, Fraser se levantó para mirarla, apoyándose en el codo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, preocupado.

—Espléndida, —respondió ella rápidamente, con una sonrisa.

Lo besó y lo apretó contra ella, sintiéndose abrigada y protegida hasta que por fin el nudo que sentía dentro empezó a deshacerse, y se sintió completamente relajada y contenta.

—¿Quieres un poco de coñac?

—No, gracias.

—Pues yo me voy a servir uno. No todas las noches uno se acuesta con una virgen.

—¿Y no te importó? —le preguntó Catherine.

Bill la miró con su mirada extraña y penetrante, empezó a decir algo y cambió de idea.

—No, —respondió. En su voz había una nota que ella no pudo entender.

—¿Estuve...? —tragó saliva—. Quiero decir... ¿me porté bien?

—Estuviste encantadora.

—¿De veras? —¿Sabes por qué estuve a punto de no acostarme contigo? —preguntó Catherine. —¿Por qué?

—Tenía miedo de que después no quisieras volver a verme.

Bill soltó la risa.

—Esas son historias de viejas, que les gusta contar a las mamás nerviosas que quieren que sus hijas se conserven puras. El sexo no aparta a las personas, Catherine. Las aproxima. Y era verdad. Catherine jamás se había sentido tan próxima a nadie. Por fuera tal vez tuviera el mismo aspecto, pero ella sabía que había cambiado. La muchacha que esa misma noche había entrado en esa casa se había desvanecido para siempre, y en su lugar había una mujer. Finalmente Catherine había encontrado la solución al misterio en cuya busca andaba. La investigación había terminado. Ahora, hasta el F. B. I. podía estar satisfecho.

NOELLE
París: 1941

6

Para algunos, el París de 1941 fue una cornucopia inagotable de riquezas y de fama; para otros, un infierno. Gestapo había llegado a ser una palabra que se pronunciaba con terror y el relato de las actividades de sus

miembros se convirtió, aunque por lo bajo, en importante tema de conversación. La agresión contra los judíos franceses, iniciada casi como un juego, rompiendo alguna que otra vidriera, se había convertido por obra de la eficiente organización de la Gestapo en un sistema de confiscación, segregación y exterminio.

El 29 de mayo se publicó una nueva ordenanza. "una estrella de seis puntos de las dimensiones de la palma de una mano y con borde negro. Se la confeccionará de tela amarilla, llevando con letras negras la inscripción JUDEN. A partir de la edad de seis años se la ha de usar de manera visible sobre el lado izquierdo del pecho, firmemente cosida sobre la ropa".

No todos los franceses estaban dispuestos a dejarse aplastar por la bota alemana. Los Maquis, el movimiento francés de resistencia clandestina, eran astutos y despiadados en la lucha, pero cuando los atrapaban, la muerte era un castigo ingeniosamente elaborado.

Una joven condesa cuya familia poseía un castillo en las afueras de Chartres se vio forzada a dar alojamiento durante seis meses, en el piso bajo, a los oficiales del Comando Alemán local; durante ese mismo tiempo, mantuvo escondidos en los pisos superiores del castillo a cinco miembros del movimiento Maqui.

Los dos grupos jamás se encontraron, pero en tres meses el cabello de la condesa se había puesto completamente blanco. Los alemanes vivían como correspondía a su condición de conquistadores, pero para los franceses todo faltaba, a no ser el frío y la miseria. El gas para cocinar estaba racionado, y calefacción no había. Los parisienses sobrevivieron a los inviernos comprando aserrín por toneladas, almacenándolo en la mitad de sus departamentos y manteniendo caldeada la otra mitad por medio de estufas especiales, capaces de funcionar con aserrín. Todo era escaso, desde los cigarrillos y el café hasta el cuero. Los franceses decían en broma que no importaba lo que uno comiera; todo tenía el mismo gusto. Las francesas, tradicionalmente las más elegantemente vestidas de todo el mundo, usaban, en vez de lana, desastrosos abrigos de cuero de oveja. Los zapatos tenían plataformas de madera, de modo que al recorrer las calles de París, las mujeres hacían el mismo ruido que los cascos de los caballos. Hasta los bautismos se modificaron, porque había escasez de almendras confitadas, la golosina tradicional de las ceremonias bautismales, y las confiterías invitaban a ponerse en la lista para conseguir almendras confitadas. Por las calles se veían algunos pocos Renault haciendo de taxis. El teatro florecía, como sucede siempre con las crisis prolongadas. En los escenarios y en las salas cinematográficas el público escapaba de las abrumadoras realidades de la vida cotidiana. Noelle Page se había convertido en estrella de la noche a la mañana. En los medios teatrales, los envidiosos decían que eso se debía únicamente al poder y al talento de Armand Gautier, y si bien era cierto que Gautier la había lanzado en su carrera, entre quienes trabajan en el teatro es axiomático que nadie puede hacer una estrella a no ser el público, ese árbitro anónimo, caprichoso y variable del destino de un actor. Y el público adoraba a NOELLE. En cuanto a Armand Gautier, lamentaba amargamente el papel que había desempeñado en la iniciación de la carrera de NOELLE. La necesidad que la muchacha tenía de él había desaparecido y ahora todo lo que los mantenía unidos era el capricho de ella, de modo que Gautier vivía en el temor constante de que ella lo dejara. Gautier había trabajado la mayor parte de su vida en el teatro, pero jamás había conocido a nadie como NOELLE. Era una esponja insaciable, que aprendía todo lo que él podía

enseñarle y pedía más. Había sido fantástico presenciar la metamorfosis que se había operado en ella desde que empezó a adentrarse, vacilante, en el papel asignado hasta lograr con íntima seguridad el total dominio del personaje. Desde el comienzo mismo, Gautier había sabido que NOELLE iba a ser una estrella —eso era incuestionable— pero lo que lo dejaba perplejo a medida que iba conociéndola mejor era que su meta no fuera el estrellato. La verdad era que a NOELLE ni siquiera le interesaba actuar.

Al principio, Gautier simplemente no podía creerlo. Ser estrella era el último peldaño de la escala, el non plus ultra. Pero para NOELLE, actuar no era más que una etapa y Gautier no tenía la más remota idea de cuál era verdaderamente su meta. La muchacha era un misterio, un enigma, y cuanto más se intentaba desentrañarlo, más intrincado se hacía, como esas cajas chinas que al abrirlas resultan tener en su interior más cajas. Gautier se jactaba de entender a la gente y en especial a las mujeres, y el hecho de no saber absolutamente nada de la mujer con quien vivía y a quien amaba lo ponía frenético. Le pidió a NOELLE que se casara con él, y cuando ella le contestó: "Sí, Armand—, tuvo que admitir que para ella eso no significaba nada, que no tenía para ella más sentido que su compromiso con Philippe Sorel o que su relación con sabe Dios cuántos hombres habría en su pasado. En su fuero íntimo, él se daba cuenta de que ese matrimonio jamás se realizaría. Cuando hubiera llegado su momento, NOELLE pasaría a otra cosa.

Gautier estaba seguro de que ningún hombre que la conociera iba a dejar de intentar convencerla de que se acostara con él. También sabía, por las envidiosas confidencias de sus amigos, que ninguno de ellos lo había conseguido.

—Qué suerte tienes, hijo de puta —le había dicho uno de ellos— Debes ser realmente un toro. Le ofrecí un yate, su castillo propio con personal de servicio en Cap D'Antibes, y se me rió en la cara.

—Por fin encontré algo que no se puede comprar con dinero —le dijo otro amigo, un banquero.

—¿NOELLE?

El otro asintió.

—Exactamente. Le pedí que dijera ella su precio, y no le interesó. ¿Qué es lo que le has dado?—Ojalá lo supiera—, —pensaba Armand Gautier. Gautier recordaba el momento en que había encontrado la primera pieza para NOELLE. Le bastó con leer una docena de páginas para darse cuenta de que eso era exactamente lo que buscaba. Era un tour de force, un drama sobre una mujer cuyo marido se ha ido a la guerra. Un día, en su casa aparece un soldado, diciéndole que ha sido camarada de su marido, con quien sirvió en el frente ruso. A medida que se desarrollaba el drama, la mujer se enamoraba del soldado, sin darse cuenta de que era un asesino sicópata y de que su vida estaba en peligro. El papel de la esposa se prestaba para una gran actuación, y Gautier accedió inmediatamente a dirigir la obra, poniendo como condición que se le diera a NOELLE Page el papel principal. Los productores dudaban en lanzar como estrella a una desconocida, pero estuvieron de acuerdo en verla actuar en una prueba. Gautier se fue apresuradamente a su casa —a llevarle la noticia a NOELLE; ella lo había buscado porque quería ser estrella y ahora él le daba ocasión de cumplir su deseo. Gautier se decía para sus adentros que eso los acercaría más, que ahora NOELLE lo amaría de veras. Se casarían y ella sería de él, para siempre. Pero al oír la noticia, NOELLE se había limitado a mirarlo.

—Qué maravilla, Armand, gracias, —le dijo, exactamente en el mismo tono con que podría haberle agradecido que le dijera la hora o le encendiera el cigarrillo. Gautier la miró largamente; sabía que de alguna manera que él no entendía, NOELLE estaba enferma, que en ella se había muerto alguna emoción, o que tal vez no había— existido jamás, y que nadie jamás podría poseerla. Y por más que lo supiera, no podía creerlo realmente, porque lo que veía era una muchacha bella y afectuosa que atendía dócilmente todos sus caprichos, sin pedirle nada a cambio. Como la amaba, Gautier hizo a un lado sus dudas y ambos empezaron a trabajar en la obra. NOELLE estuvo brillante en la prueba y consiguió el papel sin dificultades, tal como lo había esperado Gautier. Cuando la obra se estrenó dos meses más tarde en París, de la noche a la mañana NOELLE se convirtió en la estrella más importante de Francia. Los críticos se habían preparado para atacar a la obra y a NOELLE, porque sabían que Gautier había puesto en el papel protagónico a su amante, una actriz sin experiencia, y era una situación demasiado sabrosa para pasarla por alto. Pero NOELLE los cautivó de manera tan completa que lo que buscaron fueron nuevos superlativos para describir su actuación y su belleza. La pieza fue un éxito rotundo. Todas las noches, terminada su actuación, el camarín de NOELLE se llenaba de visitas, y ella los recibía a todos: obreros, soldados, millonarios, empleadas de tienda, y los trataba a todos con la misma cortesía paciente. Gautier la observaba atónito, pensando: Es casi como si fuera una princesa que recibe el homenaje de sus súbditos. Durante un año más o menos, NOELLE recibió tres cartas de Marsella. Las rompió, sin abrirlas, y finalmente dejaron de llegar. En la primavera, NOELLE hizo el papel estelar en una película dirigida por Armand Gautier; cuando la estrenaron, la muchacha se convirtió en una sensación internacional. Gautier se maravillaba de su paciencia para conceder entrevistas, dejarse fotografiar, —realizar giras. Eran actividades que la mayoría de las estrellas detestaban y si se avenían a ellas era para aumentar su valor de taquilla o por afán de lucimiento. En el caso de NOELLE, ambas motivaciones le eran indiferentes. Cuando Gautier le preguntaba por qué desperdiciaba oportunidades de descansar en el Sur de Francia para quedarse en el frío y lluvioso París, fatigándose de posar para distintas publicaciones, se limitaba a cambiar de tema. Y en realidad daba lo mismo, pues Gautier se habría quedado aturdido de haber sabido cuál era la verdadera razón. La motivación era muy simple. Todo lo que hacía era por Larry Douglas. Cuando posaba para una fotografía, se imaginaba que su antiguo amante vería la revista y la reconocería. Cuando hacía una escena para una película, pensaba que alguna noche, en algún país lejano, Larry Douglas se sentaría a verla en la penumbra de un cine. Su trabajo era un recordatorio para él, un mensaje del pasado, una señal que algún día conseguiría que él volviera a ella, y eso era todo lo que NOELLE quería: que él volviera a ella, para poder destruirlo. Gracias a Christian Barbet, el álbum de recortes sobre Larry Douglas seguía creciendo. El pequeño detective había cambiado su sórdida oficina por un amplio y lujoso piso en la rue Richer, cerca del Folies—Bergére. La primera vez que NOELLE fue a verlo en su nuevo despacho, Barbet se había reído de su expresión de sorpresa. —La conseguí barata, —le explicó—. Esta oficina estaba ocupada por un judío. — Usted me dijo que tenía noticias para mí.

La sonrisa estúpida se borró de la cara de Barbet.

—Ah, sí, —claro que tenía noticias.

Era difícil conseguir información de Inglaterra en las narices mismas de los nazis, pero Barbet había encontrado maneras. Sobornando marineros de barcos neutrales, conseguía que le trajeran cartas de un agente londinense. Pero ésa era nada más que una de sus fuentes. Apeló a la humanidad de la Cruz Roja Internacional, al patriotismo de la resistencia francesa, a la avidez de los traficantes del mercado negro y sus conexiones internacionales. A cada uno le contaba una historia diferente, pero sus informaciones no se interrumpían. Tomó el informe que tenía sobre el escritorio y anunció sin más preámbulo:

—A su amigo lo derribaron sobre el Canal—, con el rabillo del ojo, observaba la expresión de NOELLE, esperando que la fachada impasible se viniera abajo, gozándose en el dolor que provocaba. Pero la expresión de ella se mantuvo inalterable. —Lo rescataron, —afirmó tranquilamente, mirándolo en los ojos.

Barbet se quedó mirándola. —Bueno, sí, —prosiguió de mala gana—. Lo recogió una embarcación inglesa de rescate, —para sus adentros, pensaba cómo diablos podía ella haberlo sabido. Todo lo que se refería a esa mujer lo descolocaba, y aunque como cliente le resultaba odiosa y se sentía tentado de dejarla, Barbet se daba cuenta de que eso habría sido una estupidez. En una ocasión había intentado insinuársele, pero NOELLE lo había rechazado de tal manera que lo hizo sentir como un patán, y eso Barbet jamás podría perdonárselo. Algún día, se prometía el detective para sus adentros, algún día esa perra fruncida me las iba a pagar.

Ahora, mientras NOELLE seguía en su oficina con una expresión de disgusto en su bello rostro, Barbet siguió presurosamente leyéndole el informe, para librarse de una vez de ella.

—Trasladaron su escuadrón a Kirton, en Lincolnshire. Están volando en Hurricanes y...

A NOELLE le interesaba otra cosa.

—El compromiso con la hija del general ¿está roto, no? —preguntó.

Barbet la miró sorprendido.

—Sí, —farfulló—. Ella lo encontró en alguna parte con otra mujer.

Era casi como si NOELLE ya hubiera visto el informe. Claro que no era así, pero no importaba. El vínculo de odio que 'unía a NOELLE con Larry Douglas era de una intensidad tal que parecía que nada importante pudiera sucederle a él sin que ella lo supiera. NOELLE tomó el informe y se fue. Al volver a casa lo leyó lentamente y después lo archivó con cuidado junto con los demás informes y lo guardó bajo llave donde nadie pudiera encontrarlos.

Un viernes por la noche después de la función, NOELLE estaba en su camarín del teatro quitándose el maquillaje cuando golpearon a la puerta y entró Marius, el anciano portero del escenario.

—Perdón, señorita Page, un caballero me pidió que le entregara esto.

NOELLE vio por el espejo que el hombre llevaba un enorme ramo de rosas rojas en un florero exquisito.

—Póngalo allí arriba, Marius, —dijo NOELLE, y observó cómo el hombre depositaba cuidadosamente el vaso con las flores en una mesa.

A fines de noviembre, hacía más de tres meses que nadie veía rosas en París. Allí debía de haber tres docenas, de color rojo rubí, de tallo largo, húmedas de rocío. Movida su curiosidad, NOELLE se acercó a leer la tarjeta, que decía: "A la en cantadora Fráulein Page. ¿Quisiera cenar conmigo? General Hans Scheider".

El vaso donde venían las rosas era de loza azul, con un dibujo delicado, y muy caro. El general Scheider se había tomado muchas molestias.

—Espera respuesta, —le recordó el portero.

—Dígale que yo nunca ceno, y las flores lléveselas usted a casa para su mujer.

El hombre se quedó mirándola, sorprendido.

—Pero el general...

—Eso es todo.

Marius asintió con la cabeza. tomó el florero y salió presuroso. NOELLE sabía con qué rapidez iba a difundir la historia de cómo ella había desafiado a un general alemán. Ya le había pasado antes con otros oficiales alemanes, y los franceses la consideraban como una especie de heroína. Era ridículo. La verdad era que NOELLE no tenía nada en contra de los nazis; simplemente le eran indiferentes. No eran parte de su vida ni de sus planes y se limitaba a tolerarlos, en espera del día en que terminaran por irse. Sabía que si se complicaba con los alemanes eso le haría daño. Tal vez no ahora, pero lo que le preocupaba a NOELLE no era el presente sino el futuro. Pensaba que la idea de que el Tercer Reich gobernara durante mil años no era más que merde. Cualquiera que leyera algo de historia sabía que todos los conquistadores terminan conquistados. Mientras tanto no quería hacer nada para que sus conciudadanos se le fueran encima el día que finalmente consiguieran echar a los alemanes. La ocupación alemana no la afectaba para nada y cuando se planteaba el tema, como sucedía constantemente, NOELLE evitaba discutirlo.

Fascinado por su actitud, Armand Gautier solía sondearla sobre el tema.

—¿No te importa que los nazis hayan conquistado a Francia? —le preguntaba.

—¿Cambiarían las cosas si me importara?

—No es ésa la cuestión. Si todo el mundo sintiera como tú, estamos arreglados.

—De todas maneras estamos arreglados ¿o no?

—No, si creemos en el libre albedrío. ¿Tú piensas que nuestra vida está dispuesta desde el momento mismo en que nacemos?

—Hasta cierto punto. Nos es dado el cuerpo, un lugar de nacimiento y nuestra situación en la vida, pero eso no significa que no podamos cambiar. Podemos llegar a ser lo que nos propongamos.

—Exactamente lo que yo digo. Por eso tenemos que luchar contra 'los nazis.

NOELLE lo miró.

—¿Porque Dios está de nuestra parte?

—Sí.

—Si es que hay —un Dios, —contestó razonablemente NOELLE—. y Él los creó, entonces debe estar también de parte de ellos, Armand.

En octubre, al cumplirse el primer aniversario de la pieza que protagonizaba NOELLE, los productores ofrecieron una reunión para el reparto, en la Tour D'Argent. En la fiesta había actores, financistas e importantes hombres de negocios. En su mayoría, los invitados eran franceses, pero había también una docena de alemanes, algunos de uniforme; salvo uno de ellos, todos estaban con muchachas francesas. La excepción era un oficial alemán de unos cuarenta años, de rostro magro e inteligente, ojos de un color verde profundo y cuerpo armonioso y atlético.

Una delgada cicatriz le recorría la cara desde el pómulo al mentón. NOELLE se dio cuenta de que la había observado durante toda la noche, aunque sin acercarse a ella.

—¿Quién es ese hombre? —le preguntó con indiferencia a uno de los huéspedes.

El interpelado miró al oficial, que estaba solo, sentado a la mesa, bebiendo champaña y después se volvió a NOELLE, sorprendido.

—Qué raro que usted lo pregunte. Pensé que era amigo de usted. Es el general Hans Scheider, del Estado Mayor.

NOELLE recordó las rosas y la tarjeta.

—¿Por qué creyó usted que era amigo mío? —preguntó.

Su interlocutor se mostró confundido.

—Naturalmente, lo di por supuesto ... quiero decir que todas las obras de teatro y las películas que se producen en Francia deben ser aprobadas por los alemanes. Cuando—el censor trató de impedir la filmación de su última película, el general intervino personalmente y dio su aprobación.

En ese momento Armand Gautier se acercó con alguien que quería conocer a NOELLE y cambiaron de tema. NOELLE no le prestó más atención al general Scheider.

A la tarde siguiente, cuando llegó a su camarín, se encontró con una rosa en un vaso pequeño, con una tarjetita que decía: "Tal vez debamos empezar con más modestia. ¿Me permite que la vea? Hans Scheider."

NOELLE rompió la tarjeta y tiró la flor al cesto de los papeles.

Después de esa noche NOELLE tomó conciencia de que en casi todas las fiestas donde ella concurría con Armand Gautier, el general Scheider también estaba presente. Se mantenía siempre apartado, observándola. La situación se repetía con demasiada frecuencia para ser casual. NOELLE se daba cuenta de que él debía estar complicándose bastante la vida para mantenerse al tanto de sus movimientos y hacerse invitar a los lugares donde ella iba a estar.

Se preguntó por qué estaría tan interesado el alemán, pero no era más que una especulación ociosa y en realidad el asunto no le preocupaba. En ocasiones, NOELLE se divertía aceptando alguna invitación y. no dejándose ver, después de lo cual se ocupaba de verificar si el general Scheider había estado presente. La respuesta era siempre "Sí".

Pese al castigo inexorable y despiadado que imponían los nazis a cualquiera que se les opusiera, el sabotaje seguía floreciendo en París. Aparte de los maquis, había docenas de pequeños grupos de franceses amantes de la libertad que arriesgaban la vida para luchar contra el enemigo con cualquier arma que tuvieran a mano. Asesinaban a los soldados alemanes toda vez que podían encontrarlos descuidados, volaban los camiones de aprovisionamiento, minaban puentes y trenes. La prensa diaria, sometida al control de la censura, denunciaba esos hechos como actos de infamia, pero para los franceses leales, esas infamias eran hazañas gloriosas. Había un hombre cuyo apodo no dejaba de aparecer en los periódicos; lo llamaban Le Cafard, la cucaracha, porque parecía que se escurriera por todas partes, y la Gestapo no podía echarle el guante. Nadie sabía quién era. Algunos creían que era inglés y que vivía en París; otra teoría afirmaba que era agente del general De Gaulle, el líder de las Fuerzas Francesas Libres; y hasta había quien decía que era un alemán disidente. Fuera quien fuese, por todo París empezaban a aparecer cucarachas dibujadas en las

paredes, en las aceras,' hasta dentro de los cuarteles del ejército alemán. La Gestapo concentraba sus esfuerzos en darle caza. Había un hecho indudable: Le Cafard se había convertido instantáneamente en un héroe popular.

Durante una lluviosa tarde de diciembre, NOELLE se hizo presente en la inauguración de la exposición de los trabajos de un joven artista a quien ella y Armand conocían. La exposición se realizaba en una galería del Faubourg St. Honoré, y la sala estaba atestada de gente. Las celebridades presentes eran muchas y había fotógrafos por todas partes. Mientras NOELLE se movía lentamente de uno a otro de los cuadros, sintió que alguien le tocaba el brazo. Se dio vuelta y se encontró con el rostro de Madame Rose. NOELLE tardó un momento en reconocerla. El rostro familiar y feo era el mismo, pero parecía que hubiera envejecido veinte años, como si mediante alguna alquimia en el tiempo Madame Rose se hubiera convertido en su propia madre. Llevaba una amplia capa negra, y por el fondo de la conciencia de NOELLE pasó fugazmente la idea de que no llevaba la estrella amarilla con la inscripción JUDEN que prescribían las ordenanzas.

NOELLE empezó a hablar, pero la anciana la detuvo apretándole el brazo.

—¿Podemos vernos? —le preguntó con voz apenas audible—. Les Deux Magots.

Y antes de que NOELLE pudiera responder, Madame Rose se disolvió en la multitud y NOELLE se vio rodeada de fotógrafos. Mientras posaba para ellos, sonriente, la muchacha recordaba a Madame Rose y a su sobrino, Israel Katz. Los dos habían sido bondadosos con ella en momentos de necesidad. Israel le había salvado la vida. NOELLE se preguntó qué querría Madame Rose.

Dinero, probablemente.

Veinte minutos después se escurría para tomar un taxi a St. Germain des Pres. Durante todo el día había estado lloviendo con intermitencias, y ahora la lluvia había empezado a convertirse en una nevisca helada. Cuando el taxi se detuvo frente a Les Deux Magots y NOELLE descendió al frío despiadado, un hombre con impermeable y sombrero de ala ancha se materializó junto a ella, de la nada. NOELLE tardó un momento en reconocerlo. Como su tía, parecía más viejo, pero en él el cambio era más profundo. Había una autoridad, una fuerza que no habían existido antes en Israel Katz. Estaba más delgado que la última vez que ella lo había visto y tenía los ojos hundidos como si hiciera días que no dormía. NOELLE observó que no llevaba la estrella amarilla de seis puntas impuesta a los judíos. —Entremos, que llueve, —dijo Israel Katz y tomándola del brazo, la llevó adentro.

En el café había una media docena de parroquianos, todos franceses. Israel la llevó a una mesa ubicada en un rincón. —¿Quieres beber algo? —le preguntó.

—No, gracias.

Cuando él se quitó el sombrero empapado por la lluvia, NOELLE le estudió la cara. Instantáneamente se dio cuenta de que no la había hecho llamar para pedirle dinero. Katz estaba observándola. —Todavía eres hermosa, NOELLE, —le dijo en voz baja—. He visto todas tus películas y tus piezas de teatro. Eres una gran actriz. —¿Por qué no viniste nunca a mi camarín?

Israel vaciló; después, en su rostro apareció una sonrisa tímida.

—Digamos que no quería ponerte en dificultades.

NOELLE lo miró un momento, antes de entender a qué se refería él. Para ella, —Juden— no era más que una palabra que aparecía de vez en cuando en los periódicos, pero que no tenía ningún significado en su vida; pero lo que debía ser vivir esa palabra, ser judío en un país que ha jurado borrarlo a uno del mapa, exterminarlo... y más aún si ese país es la propia patria. —Soy yo quien elige a mis amigos, —respondió—. Nadie me dice a quién tengo que ver. Israel sonrió, con una sonrisa amarga.

—No desperdicies coraje, —le aconsejó—. Úsalo donde sirva de algo. —Háblame de tí, —le pidió NOELLE.

—Llevo una vida muy aburrida, —Katz se encogió de hombros—. Me especialicé en cirugía y estudié con el doctor Angibouste. ¿Lo oíste nombrar?—No.

—Es un gran cirujano. Yo contaba— con su apoyo, pero los nazis me quitaron la matrícula de médico, —levantó ambas manos, bellamente modeladas, y se las examinó como si no fueran suyas—. Entonces me hice carpintero.

NOELLE lo miró largamente.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Israel la observó, sorprendido.

—Claro. ¿Por qué?

NOELLE apartó la idea que le había pasado por la cabeza.

—Por nada. ¿Por qué querías verme?

Katz se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Necesito un favor. Hay un amigo...

En ese momento se abrió la puerta y cuatro soldados alemanes con sus uniformes verde grisáceo entraron en el bistro, al mando de un cabo.

—¡Achtung! —gritó el cabo—. ¡A ver los papeles de identidad!

Israel Katz se puso rígido y su rostro cambió como si se hubiera puesto una máscara. NOELLE vio cómo su mano derecha se deslizaba en el bolsillo del sobretodo. Sus ojos se dirigieron rápidamente hacia el estrecho pasillo que daba a una salida de emergencia, pero uno de los soldados ya iba a apostarse allí.

—No te quedes conmigo. Vete por la puerta del frente, —le dijo a NOELLE, en voz baja y urgente—. Rápido.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Los alemanes estaban examinando los documentos de identidad de algunos clientes que ocupaban una mesa a la entrada.

—No hagas preguntas y vete, —le ordenó él.

NOELLE titubeó un momento y después se puso de pie y empezó a andar hacia la puerta. Los soldados ya iban hacia la otra mesa. Israel echó atrás su silla para tener más libertad de movimiento. El ruido atrajo la atención de dos de los soldados, que avanzaron hacia él.

—Documentos de identidad.

De alguna manera, NOELLE sabía que era a Israel a quien buscaban los soldados, y sabía que él iba a tratar de escaparse y que lo matarían. No tenía oportunidad alguna. Se dio vuelta y llamó en voz alta.

—¡Francois! Vamos a llegar tarde al teatro. Paga esa cuenta, vamos.

Los soldados la miraron sorprendidos. NOELLE volvió a ir hacia la mesa. El cabo Schultz, un muchacho rubio de mejillas de manzana, de poco más de veinte años, se dirigió a ella. —¿Está usted con este hombre, Fráulein? —le preguntó.

—¡Claro que sí! ¿No tienen nada mejor que hacer que molestar a los honestos ciudadanos franceses? —preguntó NOELLE, colérica. —Disculpe, mi buena Fráulein, pero…

—¡Yo no soy su buena Fráulein! —lo interrumpió NOELLE—. Soy NOELLE Page. Soy la estrella de la pieza del Teatro de Variedades, y este hombre es mi coprotagonista. Esta noche, cuando cene con mi amigo el general Hans Scheider, le informaré del comportamiento de ustedes y se pondrá furioso. NOELLE advirtió la mirada de reconocimiento en los ojos del cabo, pero no estaba segura de si el muchacho había reconocido su nombre o el del general Scheider.

—Di… Disculpe, Fráulein, —tartamudeó el cabo—. Claro que la reconozco, —se volvió hacia Israel Katz, que seguía sentado en silencio, con la mano en el bolsillo—. A quien no reconozco es a este caballero. —Si no fueran ustedes unos bárbaros que nunca van al teatro, lo reconocería, —contestó NOELLE con punzante desprecio—. ¿Estamos detenidos o podemos irnos? El joven cabo tenía conciencia de que todos los ojos estaban fijos en él. La decisión no podía esperar, y la tomó. —Claro que ni usted ni su acompañante están detenidos, —respondió—. Le pido disculpas si los hemos molestado y… Israel Katz levantó la vista hacia él y habló tranquilamente.

—Está lloviendo. ¿Uno de sus hombres podría buscarnos un taxi?— Cómo no. En seguida.

Israel subió al taxi con NOELLE y el alemán se quedó parado bajo la lluvia, viéndolos alejarse. Cuando un semáforo detuvo al taxi a tres cuadras de distancia, Katz abrió la puerta, estrechó sin decir palabra la mano de NOELLE y se perdió en la oscuridad. Esa tarde a las siete, cuando NOELLE entró en su camarín del teatro, dos hombres la esperaban. Uno era el joven cabo alemán con quien había tenido el incidente en el bistro. El otro vestía de civil. Era un albino, sin nada de pelo, con los ojos rosados y por algún motivo le hizo pensar a NOELLE en un bebé sin formar. De cara redonda, andaba por la treintena. Su voz era aguda y casi cómicamente femenina, pero en todo él había un algo inexpresable, letal, que helaba la sangre en las venas. —¿La señorita Page?

—Sí.

—Soy el coronel Kurt Mueller, de la Gestapo. Creo que ya conoce al cabo Schultz. NOELLE se dio vuelta hacia el cabo, con indiferencia.

—No, creo que no.

—Esta tarde, en la cafetería, —la ayudó el cabo.

NOELLE se volvió hacia Mueller. —Es que veo a tanta gente.

—Claro, —asintió el coronel—. Debe ser difícil recordar a todo el mundo cuando se tienen tantos amigos, Fráulein. —Exactamente.

—Por ejemplo, el amigo con quien estaba usted esta tarde, —hizo una pausa, vigilando los ojos de NOELLE—. ¿usted le dijo al cabo Schultz que era coprotagonista de la obra, con usted? Noelle lo miró sorprendida.

—El cabo debe de haberme entendido mal.

—Nein. Fráulein, —intervino el cabo, indignado— Usted dijo… El coronel se dio vuelta para fulminarlo con los ojos, y la boca del muchacho se cerró en mitad de su protesta. —Claro, —sugirió amablemente Kurt Mueller—. Estas cosas suceden con tanta facilidad cuando uno intenta comunicarse en una lengua extranjera. —Verdad, —asintió rápida—mente NOELLE.

Con el rabillo del ojo vio cómo el rostro del cabo enrojecía de furia, sin que el muchacho abriera la boca. —Lamento haberla molestado por nada, —

se disculpó Kurt Mueller. NOELLE sintió cómo se le aflojaban los hombros y de pronto se dio cuenta de lo tensa que había estado. —No tiene ninguna importancia, —le aseguró—. Tal vez pueda darles entradas para ver la obra. —Yo ya la vi, —dijo el oficial de la Gestapo—, y el cabo Schultz acaba de sacar entrada. Pero se lo agradezco, —echó a andar hacia la puerta y se detuvo.

—Cuando usted lo trató de bárbaro, —agregó—, el cabo Schultz decidió sacar entrada para verla actuar. Al ver las fotografías de los actores en el vestíbulo, no vio la del amigo que estaba con usted en la cafetería. Fue entonces cuando decidió llamarme. El corazón de NOELLE empezó a latir más rápido. Constancia nada más, Mademoiselle. Si no era su coprotagonista ¿quién era?—Un... amigo.

—¿Su nombre? —la voz chillona seguía siendo suave, pero ahora tenía una nota peligrosa. —¿Y eso qué importa? —preguntó NOELLE.

—Su amigo responde a la descripción de un criminal que andamos buscando. Nos informaron que esta tarde lo habían visto en las inmediaciones de la Place de St. Germain des Pres. NOELLE siguió observándolo, mientras su mente trabajaba a toda velocidad. —¿Cuál es el nombre de su amigo? —la voz del coronel Mueller era insistente. —No... No lo sé.

—Ah, ¡entonces era un extraño!

—sí.

El alemán la miró, clavando en los de NOELLE sus fríos ojos rosados. —Usted estaba con éL. Usted impidió que los soldados revisaran sus documentos. ¿Por qué?—Porque me dio pena, —dijo NOELLE—. El hombre se me acercó. NOELLE pensó rápidamente. Alguien podía haberlos visto entrar juntos al bistro. —Antes de entrar al café Me contó que los soldados lo buscaban porque había robado algunos comestibles para la mujer y los hijos. Parecía un delito tan insignificante que yO... —levantó los ojos hacia Mueller, pidiendo comprensión—. Lo ayudé durante

un momento, —el alemán la observó e hizo un gesto de admiración—. Ya que es usted una gran estrella, —la sonrisa se extinguió en su rostro y cuando volvió a hablar, su voz era más suave—. Permítame que le dé un consejo, Mademoiselle Page. Queremos estar en buenos términos con ustedes, los franceses. Queremos que sean nuestros amigos al mismo tiempo que nuestros aliados. Pero quien ayude a nuestro enemigo se convierte también en enemigo nuestro. Vamos a atrapar a su amigo, Mademoiselle, esté segura, y cuando lo tengamos lo interrogaremos, y le prometo que va a hablar.

—No tengo nada que temer, —afirmó NOELLE.

—Se equivoca. —NOELLE apenas si llegaba a oírlo—. Tiene que temerme a mí, —el coronel Mueller le hizo un gesto al cabo y volvió a dirigirse a la puerta, pero otra vez se detuvo—. Si vuelve usted a tener noticias de su amigo, hágamelo saber inmediatamente. Si no lo hace... —Mueller le sonrió, y los dos hombres desaparecieron.

NOELLE se dejó caer en una silla, agotada. Se daba cuenta de que no había estado convincente, pero la habían tomado totalmente desprevenida. Se había sentido tan segura de que el incidente quedaría olvidado. Ahora recordó algunas de las historias que había oído contar de la Gestapo y sintió un pequeño escalofrío. Supongamos que le echaran el guante a Israel Katz y lo hicieran hablar. Podría decirles que eran viejos amigos, que NOELLE había mentido al decir que no lo conocía. Pero eso no podía tener ningUna

Importancia. A menos que... el nombre que se le había ocurrido en el restaurante volvió a surgir en su mente, Le Cafard.

Media hora después, al subir a escena, NOELLE se las arregló para sacarse de la cabeza todo lo que no fuera el personaje que representaba. El público de esa noche era receptivo y a la caída del telón le tributó una verdadera ovación. Todavía seguía oyendo los aplausos cuando volvió a su camarín y abrió la puerta. Sentado en una silla estaba el general Hans Scheider, que se puso de pie al verla entrar.

—Me informaron de que tenemos un compromiso para cenar juntos esta noche, —dijo suavemente.

Cenaron en el Frult Perdu, sobre el Sena, a unos treinta kilómetros de París. El chofer del general los llevó en un reluciente automóvil negro. Había dejado de llover y la noche estaba fresca Y agradable. El general no hizo referencia alguna al incidente de la tarde mientras no terminaron de cenar. El primer impulso de NOELLE había sido no ir con él, pero decidió que era necesario ponerse al tanto de qué era lo que sabían los alemanes y en qué problemas podía verse envuelta. —Esta tarde recibí un llamado del cuartel general de la Gestapo, —le dijo el general Scheider—. Me informaron que usted le había dicho a un tal cabo Schultz que esta noche iba a cenar conmigo. —como NOELLE lo observaba sin decir nada, prosiguió:

—Decidí que para usted sería muy desagradable que yo me negara, y para mí sería muy grato decir que sí. Por eso estamos aquí, —sonrió. —Todo esto es una ridiculez, —protestó NOELLE—. Por ayudar a un pobre hombre que robó algunos comest... —¡No! —el general la interrumpió con voz tajante.

NOELLE lo miró sorprendida—. No cometa el error de creer que todos los alemanes son tontos, ni subestime a la Gestapo. —No tienen nada que ver conmigo, general, —afirmó NOELLE. El alemán jugueteó con el tallo de su copa. —El coronel Mueller sospecha que usted prestó ayuda a un hombre a quien él busca con mucho empeño. Si eso es cierto, se ha metido usted en un grave problema. El coronel Mueller no olvida ni perdona. —miró a NOELLE y prosiguió cautelosamente:

—Por otra parte, si usted no vuelve a ver a su amigo, todo el asunto podría pasar, simplemente. ¿Se serviría un coñac?—Por favor, —aceptó NOELLE.

Scheider pidió dos coñacs Napoleón.

—¿Cuánto tiempo hace que vive con Armand Gautier?

—Estoy segura de que usted ya lo sabe, —respondió NOELLE, y el general sonrió. —Efectivamente. Lo que realmente quería preguntarle es por qué se negó antes a cenar conmigo. ¿Era a causa de Gautier?—No, —respondió NOELLE.

—Ya veo, —dijo él secamente; en su voz había una nota que sorprendió a NOELLE. —París está lleno de mujeres, —observó—, y no me cabe duda de que usted está en condiciones de elegir. —Usted no me conoce, —afirmó el general en voz baja—; si no, no habría dicho eso. —parecía avergonzado—. Tengo mujer y un hijo en Berlín, y los amo mucho a ambos, pero hace más de un año que no los veo, ni tengo idea de cuándo volveré a verlos.

—¿Quién lo obligó a venir a París? —preguntó despiadadamente NOELLE.

—No lo dije para despertar su compasión, sino simplemente para explicárselo. No soy hombre promiscuo, y la primera vez que la vi en el escenario me pasó algo raro. Sentí que tenía mucha necesidad de conocerla. Me gustaría que fuéramos muy buenos amigos.

En su manera de hablar había una tranquila dignidad.

—No puedo prometerle nada, —declaró NOELLE.

—Lo entiendo.

Naturalmente, no entendía nada. Porque lo que NOELLE se proponía era no volver a verlo jamás. El general Scheider cambió delicadamente de conversación y, mientras hablaban de temas teatrales y de actuación, NOELLE lo encontró sorprendentemente bien informado. Era un hombre de espíritu ecléctico y muy inteligente. Sin dificultad alguna pasaba de un tema a otro, señalando los intereses comunes que ambos compartían. Se manejaba con una habilidad que a NOELLE la divertía; Scheider se había tomado el trabajo de informarse muy bien sobre ella. Con su uniforme verde oliva, tenía de pies a cabeza el aspecto autoritario del general alemán, pero también una suavidad que dejaba entrever en él a un hombre completamente distinto, con un algo de intelectual que era más bien de erudito que de soldado. Y sin embargo, estaba la cicatriz que tenía en la cara.

—¿Cómo se hizo esa cicatriz? —preguntó NOELLE.

Él se pasó un dedo por la larga marca. Se encogió de hombros.

—Estuve en un duelo, hace muchos años. En alemán, a esto le llamamos wildfleisch... —piel orgullosa".

Discutieron también la ideología nazi.

—No somos monstruos, —declaró el general Scheider—. ni tenemos deseos de gobernar el mundo. Pero tampoco nos proponemos quedarnos quietos y dejar que nos sigan castigando por una guerra que perdimos hace más de veinte años. El Tratado de Versalles es una esclavitud de la que finalmente se ha liberado el pueblo alemán.

Hablaron de la ocupación de París.

—No fue culpa de los soldados franceses que la cosa nos resultara tan fácil, —señaló el general Scheider— Buena parte de la responsabilidad hay que cargársela a Napoleón. —Usted bromea, —exclamó NOELLE.

—Lo digo muy en serio, —respondió él—. Durante la época —de Napoleón, las multitudes usaban continuamente las calles entrecruzadas y retorcidas de París para construir barricadas y preparar emboscadas contra sus soldados. Para impedirlo, Napoleón le encargó al barón Eugene Georges Haussman que enderezara las calles y llenara la ciudad de hermosos bulevares, —sonrió, irónico—. Los mismos por donde marcharon nuestras tropas. Me temo que la historia no va a ser bondadosa con el planeamiento de Haussman. —¿Está enamorada de Armand Gautier? —le preguntó más tarde, mientras regresaban a París. El tono era casual, pero NOELLE tuvo la sensación de que la respuesta era importante para él. —No, —respondió lentamente.

Scheider asintió con un gesto, satisfecho. —Es lo que yo me imaginaba. Creo que yo podría hacerla muy feliz. —¿Tan feliz como hace a su mujer? Durante un instante, el general Scheider se puso rígido, como si hubiera recibido un golpe. después se volvió hacia NOELLE. —Puedo ser muy buen amigo, —dijo en voz baja—, Esperemos que usted y yo nunca seamos enemigos, —agregó después. Cuando NOELLE volvió al departamento eran casi las tres de la mañana y Armand Gautier estaba esperándola con enorme agitación. —¿Dónde demonios estuviste? —le preguntó al verla entrar.

—Tuve un compromiso. —los ojos de NOELLE apenas se detuvieron en él.

La habitación tenía el aspecto de haber sido asolada por un ciclón, Los cajones del escritorio estaban abiertos y su contenido desparramado por todas partes. Los armarios estaban desordenados. una lámpara volcada y una mesita se veía caída, con una pata rota. —¿Que pasó? —preguntó NOELLE.

—¡Estuvo la Gestapo! Por Dios, NOELLE ¿en qué te has metido?—En nada.

—Entonces ¿por qué iban a hacer esto?

NOELLE empezó a recorrer el cuarto, enderezando los muebles, mientras pensaba intensamente. Gautier la tomó de los hombros y la obligó a enfrentarlo.

—Quiero saber qué es lo que pasa.

—Está bien, —NOELLE respiró hondo.

Le habló del encuentro con Israel Katz, sin mencionarlo por su nombre ni hablarle de la posterior conversación con el coronel Mueller.

—No sé si mi amigo es Le Cafard, pero es posible.

Aturdido, Gautier se desplomó en una silla.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡No me importa quién sea! No quiero que vuelvas a tener nada que ver con él. Este asunto podría destruirnos a ambos. Yo odio a los alemanes tanto como tú... —se interrumpió, inseguro de si NOELLE odiaba o no a los alemanes—. Chérie, mientras los alemanes manden, —continuó—, debemos someternos a ellos. Ninguno de nosotros puede darse el lujo de tener líos con la Gestapo. Ese judío... ¿cómo dijiste que se llamaba?

—No lo dije.

Durante un momento, Gautier la miró.

—¿Fue tu amante? —preguntó por fin.

—No, Armand.

—¿Significa algo para tí?

—No.

—Bueno, entonces, —Gautier pareció aliviado—, me parece que no tenemos de qué preocuparnos. Si tienes un encuentro accidental con él no puedes culparte de nada. Si no vuelves a verlo, se van a olvidar del asunto.

—Seguramente, —asintió NOELLE.

A la tarde siguiente, cuando se dirigía al teatro, la siguieron dos hombres de la Gestapo.

A partir de ese día, a NOELLE la siguieron a todas partes. Primero fue como una sensación, una premonición de que la miraban. NOELLE se daba vuelta y entre la multitud veía a algún muchacho de aspecto teutónico, vestido de civil, que no parecía prestarle atención ninguna. Más tarde volvía a tener la misma sensación y se encontraba con otro joven de aspecto teutónico. Siempre era alguien diferente y por más que todos vistieran de paisano, tenían un uniforme que los distinguía inequivocadamente: una actitud de desprecio, superioridad y crueldad, cuyas emanaciones eran inconfundibles. NOELLE no le dijo a Gautier lo que sucedía porque no creyó que tuviera sentido alarmarlo más. El incidente con la Gestapo en su departamento lo había dejado muy nervioso. No hablaba de otra cosa que de lo que podrían hacer los alemanes con su carrera y la de NOELLE, si se lo propusieran, y NOELLE no dejaba de advertir que tenía razón. No había más que leer los periódicos para saber que los nazis no tenían misericordia con sus enemigos. Había habido varios mensajes telefónicos del general Scheider, pero NOELLE los había ignorado. Aunque no quería tener a los

nazis como enemigos, tampoco quería tenerlo como amigo a él. Decidió mantenerse neutral, como los suizos. Los Israel Katz de este mundo tendrían que cuidarse solos. NOELLE tenía cierta curiosidad respecto de lo que él habría querido pedirle, pero no tenía intención de complicarse en nada. Dos semanas después de la entrevista de NOELLE con Israel Katz, los diarios traían en primera plana la información de que la Gestapo había detenido a una banda de saboteadores encabezados por Le Cafard. NOELLE leyó atentamente todos los relatos, pero en ninguna parte se decía que Le Cafard hubiera sido capturado. Recordó el rostro de Israel Katz cuando los alemanes habían empezado a acercarse a él y supo con seguridad que Israel jamás se dejaría aprehender vivo. Claro que todo eso pueden ser fantasías mías, se dijo. Lo más probable es que sea un inofensivo carpintero, como él dijo. Pero si era inofensivo ¿por qué la Gestapo tenía tanto interés en él? ¿Sería Le Cafard? ¿Y lo habrían capturado o se habría escapado? NOELLE fue hacia la ventana de su departamento que daba entre la Avenue Martigny. Bajo un farol, esperando, se veían dos figuras envueltas en impermeables negros. ¿Esperando qué? NOELLE empezó a experimentar la sensación de alarma que sentía Gautier, pero que en ella se daba unida con una reacción de furia. Recordó las palabras del coronel Mueller: Tiene que temerme a mí. Era un desafío. NOELLE intuía que iba a volver a tener noticias de Israel Katz. El mensaje le llegó a la mañana siguiente, por una de las vías más inesperadas: su portero, un hombrecillo setentón, de ojos llorosos, rostro marchito y de piel coriácea, a quien la falta de los dientes inferiores hacía casi imposible de entender cuando hablaba. Cuando NOELLE llamó el ascensor, él subió a buscarla y mientras descendían, masculló:

—La torta de cumpleaños que usted encargó está lista en la panadería de la rue de Passy.

NOELLE lo miró un momento, sin saber si lo había oído bien.

—Yo no encargué ninguna torta, —dijo después.

—Rue de Passy, —repitió el hombre.

Súbitamente, NOELLE comprendió. Así y todo, no habría hecho nada si no hubiera visto a los dos agentes de la Gestapo que la esperaban al otro lado de la calle. ¡Que la anduvieran siguiendo como a un criminal! Los dos hombres estaban conversando y todavía no la habían visto. Enojada, NOELLE se volvió hacia el portero.

—¿Cuál es la entrada de servicio? —le preguntó.

—Por aquí, Mademoiselle.

NOELLE lo siguió por un corredor del fondo, y bajando un tramo de escaleras salió a un sótano y de allí a un callejón. Veinte minutos más tarde, en un taxi, se dirigía al encuentro de Israel Katz.

La panadería era un negocio de aspecto común, en un modesto barrio de clase media. Sobre la vidriera, un cartel anunciaba B O U L A N G E R I F, y las letras estaban despintadas y sucias. NOELLE abrió la puerta y entró. Una mujercita que parecía un budín y vestía un delantal blanco impecable la saludó.

—¿Sí, Mademoiselle?

NOELLE vaciló. Todavía estaba a tiempo de irse, de darse vuelta y no complicarse en algo peligroso, que al fin y al cabo no le concernía.

La mujer esperaba.

—Usted... tiene una torta de cumpleaños para mí. —le dijo NOELLE, sintiéndose estúpida por entrar en el juego, como si de alguna manera la

gravedad de lo que sucedía quedara desvirtuada por los artificios infantiles que estaba usando. La mujer hizo un gesto de asentimiento.

—Está lista, señorita Page —colgó en la puerta un cartel que decía CERRADO, le echó llave y le dijo:

—Por aquí. Lo encontró tendido en un catre en la pequeña trastienda de la panadería; el rostro era una máscara de sufrimiento, bañado en sudor. La sábana en que estaba envuelto estaba empapada de sangre, y tenía un torniquete en la rodilla izquierda. —Israel.

Él se dio vuelta para mirar hacia la puerta y la sábana resbaló, dejando ver en el lugar de la rodilla una masa sangrienta de huesos y carne.

—¿Qué pasó?

Katz intentó sonreír pero no pudo. Habló con voz tensa y enroquecida por el dolor. —Echaron el guante a Le Cafard, pero somos duros de pelar. NOELLE no se había equivocado.

—Sí, lo leí, —asintió—. ¿Vas a quedar bien?

Israel inspiró penosamente. Sus palabras salían como gemidos.

—La Gestapo está poniendo a París patas arriba para encontrarme. Mi única posibilidad es salir de aquí … Si puedo llegar a Le Havre, allí tengo amigos que me ayudarán a salir del país. —¿No puedes conseguir que un amigo te saque de París en auto? —preguntó NOELLE—. Te podrías esconder en la caja de un camión… —Caminos bloqueados, —Israel sacudió débilmente la cabeza—. Ni una laucha puede salir de París. Ni siquiera un Cafard, pensó NOELLE.

—¿Puedes viajar con esa pierna? —preguntó, tratando de ganar tiempo hasta tomar una decisión. Los labios de Israel se tensaron en una sonrisa amarga.

—No voy a viajar con esta pierna, —respondió.

NOELLE lo miró sin entender, pero en ese momento se abrió la puerta y entró un hombrón barbudo y de hombros fuertes. Traía un hacha en la mano. Se adelantó hacia la cama y retiró la sábana, y NOELLE sintió cómo toda la cara se le vaciaba de sangre. Pensó en el general Scheider y en el coronel albino de la Gestapo, y en lo que le harían si le echaban el guante. —Te ayudaré, —prometió.

CATHERINE
Washington—Hollywood: 1941

7

A Catherine Alexander le parecía que su vida había entrado en una fase nueva, como si de alguna manera hubiera alcanzado un nivel emocional más alto, un pico embriagador que la mareaba. Cuando Bill Fraser estaba en la ciudad, cenaban juntos todas las noches e iban a algún concierto, al teatro o a la ópera. el le encontró un departamentito encantador, en las inmediaciones de Arlington y, aunque quería pagarle el alquiler, Catherine insistió en pagárselo ella. Bill le compraba ropa y alhajas. Al principio ella se había resistido a aceptarlo, trabada por su arraigada ética protestante, pero el placer que Fraser encontraba en hacerlo era tan evidente que en definitiva, Catherine había dejado de oponerse.

Te guste o no te guste, se decía, eres una concubina. La palabra había tenido siempre para ella una fuerte carga emocional, llena de connotaciones de mujeres, baratas y furtivas, Ocultas en departamentos, sórdidos y que

vivían una vida de frustración afectiva. Pero ahora que le sucedía a ella, Catherine se daba cuenta de que las cosas en realidad no eran así. Todo eso significaba, simplemente, que se acostaba con el hombre que amaba, y en ello no había nada de sucio ni de sórdido: era perfectamente natural. Qué interesante, pensaba, que las cosas que hacen los demás puedan parecer tan horribles, y sin embargo cuando es una quien las hace parezcan Perfectamente bien. Cuando se leen las experiencias sexuales de otra persona, suenan a confusión, pero las de una misma son lo normal y cotidiano.

Fraser era un compañero atento y comprensivo, y Catherine tenía la sensación de que hubieran estado siempre juntos. Podía prever las reacciones de él casi en cualquier situación, y conocía todos sus estados de ánimo. Contrariamente a lo que él le había dicho, la vida sexual con Fraser no se había convertido en algo excitante, pero Catherine se decía que en una relación, el sexo no es más que una parte. Ella no era una colegiala que necesitara vivir en una euforia constante, sino una mujer madura. Dar o tomar un poco, se decía. En su ausencia, la agencia de publicidad de Fraser estaba a cargo de un ejecutivo de gran experiencia, Wallace Turner. William Fraser trataba de desentenderse en todo lo posible del negocio para dedicarse por entero a su trabajo en Washington, pero cuando en la agencia se planteaba algún problema importante que requería su consejo, Fraser se había acostumbrado a comentarlo con Catherine, usándola como caja de resonancia. Encontraba que la muchacha tenía un instinto natural para los negocios, ya que a menudo se le ocurrían ideas que resultaban muy eficaces en alguna campaña. —Si no fuera tan egoísta, Catherine, —le dijo Fraser una noche mientras cenaban—, te daría un puesto en la agencia y te dejaría la responsabilidad de algunas cuentas. Pero te extrañaría demasiado, —agregó, apoyando la mano sobre la de ella—, y quiero que estés aquí conmigo. —Pero si yo quiero estar aquí, Bill. Estoy muy contenta con las cosas tal como son. Y era verdad. Catherine había pensado que si alguna vez se encontraba en una situación semejante, iba a estar desesperada por casarse, pero por algún motivo eso no la urgía. En todo lo que era importante, ya estaban casados. Una tarde, mientras Catherine terminaba un trabajo, Fraser entró en la oficina de ella. —¿Qué te parecería si esta noche salimos de Washington? —le preguntó. —Me encantaría. ¿Dónde vamos?

—A Virginia. Vamos a cenar con mis padres.

Catherine lo miró, sorprendida.

—¿Están al tanto de lo nuestro? —le preguntó.

—No del todo, —Bill sonrió con picardía—. Lo único que saben es que tengo una adjunta fantástica y que esta noche la llevo a cenar. si Catherine se sintió desilusionada, su expresión no lo demostró.

—Perfecto, —respondió—. Voy a pasar por el departamento para cambiarme.

—A las siete te iré a buscar.

—De acuerdo.

La casa de los Fraser, construida en las hermosas colinas de Virginia, era una amplia granja de estilo colonial, rodeada de una extensión de césped verde y de cultivos. La casa misma había sido edificada hacia mil seiscientos.

—Nunca vi nada semejante, —exclamó Catherine, maravillada.

—Es una de las mejores haras de Norteamérica, —le informó Fraser.

El coche pasó junto a un corral lleno de espléndidos caballos, y después por los prados, impecablemente mantenidos, y por la casa del cuidador.

—Parece otro mundo, —se admiraba Catherine—. Te envidio por haber crecido aquí.

—¿Crees que te gustaría vivir en una granja?

—Es que esto no es una granja. Más bien es como tener un país propio.

Estaban ya frente a la casa, y Fraser se volvió hacia ella.

—Mi madre y mi padre son un poco formales, —le advirtió—, pero no tienes motivo para preocuparte. Limítate a ser natural. ¿Estás nerviosa?

—Nerviosa no, aterrada. —respondió Catherine y, mientras lo decía, se dio cuenta con asombro de que mentía.

Según la tradición clásica de las muchachas que estaban a punto de ser presentadas a los padres del hombre amado, debería haberse sentido petrificada, pero lo único que sentía era curiosidad. En ese momento no tenía tiempo para pensarlo mejor; ya salían del automóvil y un mayordomo de librea estaba abriéndoles la puerta mientras los saludaba con una amplia sonrisa.

El coronel Fraser y su mujer podrían haber salido de las páginas de algún libro de cuentos anterior a la guerra. Lo primero que le impresionó a Catherine fue su apariencia de vejez y de fragilidad. El coronel Fraser era una copia desvaída de lo que alguna vez había sido un hombre apuesto y vital. A Catherine le hacía recordar mucho a alguien, y con sorpresa, se dio cuenta de quién era: el anciano era una versión gastada y envejecida de su hijo. Tenía el pelo blanco, muy ralo, y caminaba penosamente inclinado. Los ojos eran de un color azul pálido y las manos, antes enérgicas, estaban deformadas por la artritis. Su mujer tenía aire aristocrático y conservaba aún rastros de su belleza juvenil. Con Catherine se mostró grata y cálida. Pese a lo que le había dicho Fraser, Catherine tenía la sensación de estar allí para que ellos la inspeccionaran. El coronel y su mujer se pasaron la velada haciéndole preguntas. Fueron muy discretos, pero minuciosos. Catherine les habló de sus padres y de su niñez, y cuando les contó su interminable pasar de una escuela a otra, lo presentó como una aventura más bien divertida y no como la tremenda experiencia que había sido. Mientras hablaba, advirtió que Bill Fraser la contemplaba con radiante orgullo. La cena estuvo soberbia. Comieron a la luz de las velas, en un enorme comedor antiguo con chimenea de mármol auténtico y sirvientes de librea. Plata vieja, dinero rancio y vino añejo, pensó Catherine. Al mirar a Bill Fraser, sintió que dentro de ella subía una oleada de cálido agradecimiento. Tenía la sensación de que si se lo proponía, ella podía llevar una vida así. Sabía que Fraser la amaba, y ella lo amaba también. Y sin embargo, algo faltaba: algo de excitación, de aventura. Posiblemente esté pidiendo demasiado, pensó. ¡Lo más probable es que esté obsesionada con Gary Grant, Humphrey Bogart y Spencer Tracy! El amor no es un caballero medieval con armadura resplandeciente, Es un señor, dueño de una granja y con un traje de tweed gris. ¡Al diablo con tanta película y tanto libro! Al mirar al coronel, le parecía ver a Fraser como sería en veinte años, exactamente igual a su padre. Durante el resto de la velada se mantuvo muy silenciosa. —¿Pasaste una noche agradable? —le preguntó Fraser mientras regresaban.

—Muy grata. Me gustaron tus padres.

—Tú también les gustaste.

—Me alegro. —y era cierto, a no ser por esa sensación a medias reprimida y vagamente inquietante de que, en alguna forma, debería haberse sentido más nerviosa al conocerlos.

A la noche siguiente, mientras cenaban en el jockey Club, Fraser le dijo a Catherine que iba a tener que irse durante una semana a Londres.

—Mientras yo no esté, —le ofreció—, hay un trabajo interesante que tú puedes hacer. Nos han pedido que supervisemos una película sobre reclutamiento, que están filmando en los estudios de la MGM, en Hollywood, para la Fuerza Aérea del ejército. Me gustaría que tú te ocupes de eso mientras yo estoy de viaje.

—¿Yo? —Catherine se lo quedó mirando, incrédula—. Si no soy capaz de cargar una Brownie. ¿Qué sé yo de hacer una película?

—Más o menos lo mismo que cualquiera, —sonrió Fraser—. Ya sé que es un asunto nuevo, pero no tienes que preocuparte. Tienen productor y todo. El ejército se propone usar actores en la película.

—¿Por qué?

—Me imagino que pensarán que los soldados no van a resultar convincentes haciendo de soldados.

—Eso es tan del ejército.

—Esta tarde tuve una larga conversación con el general Mathews. Debe de haber usado la palabra "encanto" unas cien veces. Eso es lo que' quieren. encantar a los muchachos. Van a lanzar una gran campaña dé reclutamiento voluntario dirigida a la crema de los jóvenes norteamericanos, y ésta es una de las primeras movidas.

—¿Qué tengo que hacer yo? —preguntó Catherine.

—Ver que todo ande bien, nada más. El conforme final lo das tú. Te reservé pasaje para Los Angeles mañana, en un avión que sale a las nueve.

—De acuerdo, —asintió Catherine.

—¿Me vas a extrañar?

—Bien sabes que sí.

—Te traeré un regalo.

—No quiero regalos. Con que vuelvas bien, me alcanza, La situación está empeorando ¿verdad, Bill? —preguntó después de vacilar un momento. —Sí, —asintió él— Creo que muy pronto vamos a estar en guerra. —Qué horror.

—Peor va a ser si no entramos, —dijo Bill en voz baja—. Los ingleses salieron de Dunquerque por milagro. Si en este momento Hitler decide atravesar el Canal, no creo que los ingleses puedan detenerlo. Tomaron el café en silencio y Fraser pagó la cuenta.

—¿Quieres venir esta noche a casa, a quedarte? —le preguntó. —Esta noche no, —respondió Catherine—. Tú tienes que madrugar, y yo también. —De acuerdo.

Después que él la dejó en su departamento, y mientras se preparaba para acostarse, Catherine se preguntó por qué no se había quedado con Bill en vísperas de su partida. No encontró respuesta. Aunque jamás hubiera estado allí, Catherine había crecido en Hollywood. Se había pasado cientos de horas en la oscuridad de las salas, perdida en la magia de los sueños fabricados por la capital cinematográfica del mundo, y por siempre recordaría con gratitud la alegría vivida durante esas horas. Cuando su avión aterrizó en el aeropuerto de Burbank, Catherine se sentía emocionadísima. Un automóvil la esperaba para llevarla a su hotel. Pasaron junto a un enorme edificio que parecía una fábrica. Sobre la entrada, un

gran cartel anunciaba Warner Bros, y debajo se leía: —Hacemos buenas películas y somos buenos ciudadanos." Mientras pasaban frente a la entrada, Catherine pensó en James Cagney y en Bette Davis y sonrió, feliz, sintiéndose cada vez de mejor ánimo. Era como encontrarse con viejos amigos. El chofer dobló por Sunset Boulevard y se dirigió al Hotel Beverly Hills.

—Le va a gustar el hotel, señorita. Es uno de los mejores del mundo. Era, realmente, uno de los más hermosos que hubiera visto Catherine. Estaba al norte de Sunset, en medio de un semicírculo de palmeras y 'rodeado por vastos jardines. Con una graciosa curva, el camino de entrada llegaba hasta la puerta del hotel, pintada de un delicado color rosado. Un joven ayudante de la gerencia acompañó a Catherine a su habitación, que resultó ser un lujoso bungalow ubicado en el parque, fuera del edificio principal del hotel. Sobre la mesa se veía un ramo de flores con los saludos de la gerencia y otro más grande y más hermoso, con una tarjeta que decía: —Ojalá yo estuviera allí contigo. Con amor, Bill. — El ayudante de gerencia tenía tres mensajes telefónicos para Catherine, todos de Allan Benjamin, de quien ella ya sabía que era el productor del film sobre entrenamiento. Mientras Catherine leía la tarjeta de Bill, sonó el teléfono.

—¿Bill? —preguntó ella, ansiosamente, levantando el receptor, pero resultó ser otra vez Allan Benjamin.

—Bienvenida a California, señorita Alexander, —tronó su voz

a través de la línea— Soy el cabo Allan Benjamin, productor de nuestra pequeña obra maestra.

Un cabo. A Catherine se le había ocurrido que a cargo de eso iban a poner a un capitán o a un coronel.

—Mañana empezamos el rodaje. ¿Le dijeron que estamos usando actores en vez de soldados?

—Me dijeron.

—Empezaremos a las nueve de la mañana. Si usted puede estar por ahí alrededor de las ocho, me gustaría que les eche un vistazo. Usted sabe qué es lo que quiere la Fuerza Aérea del ejército.

—Muy bien, —asintió alegremente Catherine. No tenía la menor idea de lo que podía querer la Fuerza Aérea del ejército, pero se imaginaba que si uno se manejaba con sentido común y elegía tipos que pudieran tener aire de pilotos sería suficiente.

—Le voy a mandar un auto a las siete y media de la mañana, —seguía resonando la voz—. No va a tardar—más de media hora en llegar a la Metro, que queda en Culver City. Yo la espero en el escenario trece.

Eran casi las cuatro de la mañana cuando Catherine se quedó dormida, y le pareció que en el momento en que se le cerraban los ojos, ya sonaba el teléfono para avisarle que un automóvil estaba esperándola. Media hora después Catherine iba camino de la Metro—Goldwyn—Mayer. Era el estudio cinematográfico más grande del mundo. Había un edificio principal consistente en treinta y dos escenarios, el enorme edificio de la Administración Thalberg, que albergaba a Louis B. Mayer, veinticinco ejecutivos, y a algunos de los directores, productores Y argumentistas más famosos del negocio del espectáculo. En el edificio dos se guardaban los grandes sets para exteriores que se usaban continuamente para diferentes películas. Sin demorar más de tres minutos, uno podía pasar de los Alpes suizos a una ciudad del Lejano Oeste y a una casa de departamentos en Manhattan, para terminar en alguna playa de Hawai. El edificio tres, del otro

lado del Washington Boulevard, contenía trastos de utilería por valor de millones de dólares y se lo utilizaba también para filmar. Todo eso lo supo Catherine por boca de la joven guía que le asignaron para que la llevara al escenario 13. Por las calles se veían docenas de extras; indios y vaqueros conversaban amistosamente mientras se dirigían hacia los escenarios. Un hombre dio inesperadamente la vuelta a una esquina y cuando Catherine se hizo a un lado para no chocar con él, se dio cuenta de que era un caballero con armadura. Tras él iba un grupo de muchachos en malla de baño. Catherine decidió que su breve incursión por el mundo del espectáculo le iba a resultar grata. Ojalá su padre pudiera haber visto eso; se habría divertido tanto. —Hemos llegado, —anunció su guía frente a un enorme edificio gris en cuyo frente se leía "ESCENARIO 13". —La voy a dejar aquí. ¿Puede arreglarse? —le preguntó la chica. —Perfectamente, gracias.

La muchacha la saludó con la cabeza y se fue. Catherine se volvió hacia el escenario. Sobre la puerta, un cartel advertía: —NO ENTRE SI ESTÁ ENCENDIDA LA LUZ ROJA." Como la luz estaba apagada, Catherine tomó el picaporte y abrió la puerta o mejor dicho, intentó abrirla. La puerta era inesperadamente pesada y necesitó de toda su fuerza para moverla.

Cuando consiguió entrar, Catherine se encontró ante una segunda puerta casi tan maciza y pesada como la primera. Era como entrar en una cámara de descompresión.

En el interior del cavernoso escenario, docenas de personas corrían de un lado a otro, ocupadas en alguna actividad misteriosa. Un grupo de hombres vestía uniformes de la Fuerza Aérea, y Catherine comprendió que eran los actores que debían intervenir en el filme. En un rincón del escenario, el decorado figuraba una oficina completa con su escritorio, sillas y un gran mapa militar pendiente de la pared. Los técnicos estaban iluminando el set.

—Disculpe, —le dijo Catherine a un hombre que pasaba—. El señor Allan Benjamin ¿está aquí?

—¿El cabito? —preguntó el interpelado—. Es aquél.

Catherine se dio vuelta y vio a un hombre delgado y de aspecto frágil a quien el uniforme le quedaba grande y que llevaba galones de sargento. Estaba gritándole a un hombre que lucía estrellas de general.

—Me importa un cuerno lo que dijo el director de reparto, —vociferó—. Estoy hasta aquí de generales. Lo que necesito son suboficiales, —levantó ambas manos, desesperado—. Todo el mundo quiere ser jefe, nadie quiere ser un simple indio.

—Disculpe, —lo interrumpió Catherine—. Soy Catherine Alexander.

—¡A Dios gracias! —se alegró el hombrecito—. Se acabaron los chistes, montón de vivos, —dijo con voz áspera, dirigiéndose a los otros—. Aquí está la delegada de Washington.

Catherine parpadeó. Antes de que pudiera decir nada, el cabo siguió hablando.

—No sé qué diablos estoy, haciendo aquí. En Dearborn me pagaban tres mil quinientos dólares por año como director de una revista de decoración y, cuando me reclutan, me mandan al cuerpo de señaleros y me ponen a hacer guiones para películas de entrenamiento. ¿Qué sé yo de producción ni de dirección? Esto es el despelote más desorganizado que haya visto en mi vida. —eructó y se tocó el estómago—. Hasta me está saliendo una úlcera, y eso que no tengo nada que ver con el negocio del espectáculo. —Se quejó—. Espéreme un momento.

Se dio vuelta y salió apresuradamente, dejándola perpleja.

Catherine miró a su alrededor sin saber qué hacer. Parecía que todos esperaran que ella hiciera algo. Un hombre delgado y de pelo gris, que vestía una chaqueta deportiva, se le acercó con aire divertido. —¿Necesita ayuda? —le preguntó en voz baja.

—Necesito un milagro, —contestó francamente Catherine—. Estoy a cargo de todo esto y no tengo la menor idea de lo que tengo que hacer. Él le sonrió.

—Bienvenida a Hollywood. Yo soy Tom O'Brien, el ayudante de dirección, Se suponía que su amigo el cabo tenía que dirigir, pero tengo la sospecha de que no volverá. El hombre se expresaba con una calma que a Catherine le gustó. —¿Cuánto hace que trabaja usted en la Metro? —le preguntó.

—Veinticinco años.

—¿Le parece que puede dirigir esto? —preguntó Catherine y vio alzarse el ángulo de la boca de él. —Podría intentarlo, —respondió con seriedad O'Brien y los ojos se le pusieron graves—. Hice seis películas con Willie Wyler. La situación no es tan mala como parece, —continuó—. Lo único que hace falta es un poco de organización. El guión está escrito y el escenario preparado. —Algo es algo, —asintió Catherine y echó un vistazo por el escenario, mirando los uniformes. A la mayoría de los hombres les quedaban mal, y se veía que se sentían incómodos. —Parecen anuncios de reclutamiento para la armada, —comentó Catherine y O'Brien se rió, festejando el chiste. —¿De dónde sacaron los uniformes?

—De Western Costume. Nuestro departamento de guardarropía se quedó sin ellos; estamos haciendo tres películas de guerra. Catherine estudiaba a los hombres con ojo crítico.

—Los que están realmente mal no son más de una media docena, —decidió—. Que vayan de vuelta a ver si pueden conseguir algo mejor. —De acuerdo, —asintió O'Brien y los dos se dirigieron hacia el grupo de extras.

El ruido de las conversaciones en el enorme escenario era ensordecedor. —Tranquilos, muchachos, —vociferó O'Brien—. Les presento a la señorita Alexander, que va a estar a cargo de todo esto.

Se oyeron algunos silbidos de aprobación.

—Gracias, —sonrió Catherine—. A la mayor parte de ustedes Se los ve muy bien, pero algunos van a tener que volver a Western Costume para que les cambien el uniforme., Pónganse en fila para que podamos verlos bien.

—A mí me gustaría verla bien a usted. ¿Qué tiene que hacer esta noche? —preguntó' uno de los hombres.

—Cenar con mi marido, cuando él termine con sus roundi, —contestó Catherine.

Por indicación de O'Brien, los hombres formaron una fila irregular. Catherine oyó voces y risas a sus espaldas y se dio vuelta, fastidiada. Uno de los extras estaba parado frente a un trasto de utilería, hablando con tres chicas que estaban pendientes de sus palabras y festejaban con risitas histéricas todo lo que él decía. Catherine los observó un momento y después fue hacia él.

—¿Tendría inconveniente en reunirse con los demás? —le preguntó. El hombre se dio vuelta lentamente.

—¿Me hablaba a mí? —preguntó con calma.

—Sí, —respondió Catherine—. Queremos empezar a trabajar, —y se alejó.

Él les dijo a las muchachas algo que provocó nuevas risas y echó a andar lentamente detrás de Catherine. Era un hombre alto, delgado y de aspecto recio y muy buen mozo, con el pelo de un negro azulado y tormentosos ojos oscuros. Cuando habló, su voz era grave y el tono insolentemente divertido.

—¿En qué puedo servirle? —le preguntó a Catherine. —¿Quiere trabajar? —replicó ella.

—Quiero, claro que sí.

Una vez Catherine había leído un artículo sobre los extras. Eran gente rara, que se pasaba una vida anónima en los escenarios, dando el clima necesario a las escenas multitudinarias donde aparecían las estrellas. Gente sin rostro y sin voz, constitucionalmente demasiado ambiciosos para buscarse otro empleo con algún significado. El hombre que tenía frente a ella era el ejemplo perfecto. Como era escandalosamente buen mozo, en su pueblo alguien le habría dicho que podría ser una estrella y se había venido a Hollywood, donde al enterarse de que además de buena presencia había que tener talento, se había conformado con trabajar de extra. El recurso fácil. —Vamos a tener que cambiar algunos uniformes, —dijo Catherine. —¿El mío no estará mal? —preguntó él.

Catherine lo miró con más atención. Tuvo que admitir que el uniforme le quedaba perfectamente, destacando sin exageración el corte de los hombros y estrechándose en la cintura. Le miró la chaquetilla. En los hombros tenía insignias de capitán, y en el pecho se había puesto una serie de cintas de brillantes colores. —¿Queda bastante impresionante, jefe? —insistió el extra, con aire inocente. —¿Quién le dijo que iba a hacer de capitán?

Él la miró con seriedad.

—Se me ocurrió a mi. ¿No le parece que puedo quedar bien?

—No, de ningún modo, —Catherine sacudió la cabeza.

—¿Y qué diría de teniente primero? —él puso, gesto pensativo. —No.

—¿Y teniente?

—En realidad, no creo que tenga pasta de oficial.

Los ojos del hombre la estudiaban con aire zumbón.

—¡Ajá! ¿Algo más que esté mal?

—Sí, las medallas. Usted sí que debe ser un valiente.

—Pensé que así la película resultaría más colorida, —sonrió él.

—Es que se olvidó de algo, —dijo Catherine, cortante—. Todavía no estamos en guerra, así que habría que ganarlas en algún carnaval. —Tiene razón, —admitió el hombre con una sonrisa de sumisión—. Eso no se me ocurrió. Me sacaré algunas. —Sáqueselas todas.

Él volvió a dedicarle la misma sonrisa insolente.

—Está bien, jefe.

"Basta de llamarme jefe", estuvo a punto de decirle Catherine, pero se dio vuelta para hablar con O'Brien, mientras pensaba: Al demonio con él. Catherine mandó a ocho de los hombres para que les cambiaran los uniformes, y se pasó una hora estudiando la escena con O'Brien. El pequeño cabo había vuelto por un rato pero desapareció de nuevo. Lo mismo daba, pensó Catherine. Lo único que hacía era quejarse y poner nervioso a todo el mundo. O'Brien terminó de filmar la primera escena antes de almorzar y Catherine tenía la sensación de que las cosas andaban bien. Únicamente un incidente le había estropeado la mañana. Para avergonzarlo, le había hecho leer unas líneas al extra que la Irritaba, pensando ponerlo en evidencia

delante de todos, para desquitarse de su impertinencia. El hombre había leído perfectamente sus líneas, manejándose con todo aplomo en la escena y, al terminar, se había vuelto hacia ella:

—¿Lo hice bien, jefe?

Cuando la compañía hizo una pausa para almorzar, Catherine se dirigió al enorme comedor del estudio y se sentó en una mesa pequeña, en un rincón. junto a ella, en una mesa grande, comía un grupo de soldados con uniforme. Catherine estaba mirando hacia la puerta cuando vio que entraba el extra, siempre rodeado por las tres muchachas que pugnaban por estar cerca de él. Catherine sintió que la sangre le subía a la cara y decidió que debía tratarse de alguna reacción química. Había personas que uno odiaba a primera vista, así como había otras que a primera vista le gustaban. Y en la arrogancia de ese hombre había algo que a ella le caía mal. Habría hecho un gigoló perfecto, y era muy probable que eso fuera, exactamente.

Él ubicó a las chicas en una mesa y al levantar la vista vio a Catherine. Entonces se inclinó a decirles algo que las hizo estallar de risa. ¡Al demonio! Catherine levantó los ojos y descubrió que él venía hacia su mesa, mirándola con esa calma sonrisa de superioridad.

—¿Me permite sentarme un momento? —preguntó.

Antes de que ella pudiera decir nada, ya se había sentado y la observaba con ojos indagadores y divertidos.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó tensamente Catherine.

—¿De veras quiere saberlo? —la sonrisa de él se amplió.

—Escuche... —empezó Catherine, los labios temblorosos de enojo.

—Quería preguntarle qué tal estuve esta mañana, —el extra se inclinó hacia ella, con seriedad—. ¿Le pareció convincente?

—Puede que a ellas les resulte convincente, —respondió Catherine, señalando con un gesto a las muchachas—, pero si quiere mi opinión, para mí ... usted es pura apariencia. —¿Es que hice algo que la moleste?

—Todo lo que hace usted me molesta, —declaró Catherine—. El tipo de usted no me gusta. —¿Cuál es el tipo?

—Es un impostor. Le gusta usar ese uniforme y pavonearse con las chicas, pero ¿alguna vez se le ocurrió alistarse?—¿Para que me maten? —él la miró, incrédulo—. Eso que lo hagan los tontos, —le sonrió con aire cómplice—. Así es mucho más divertido.

—¿Es que no es apto para el reclutamiento? —Catherine temblaba de furia. —Me imagino que técnicamente soy apto, pero un amigo mío conoce a un tipo en Washington y, —bajó la voz—, no creo que lleguen a pescarme. — Me parece que usted es despreciable, —estalló Catherine.

—¿Por qué?

—Si usted mismo no lo sabe, yo jamás podré explicárselo.

—¿Por qué no lo intenta? Esta noche mientras cenamos. En su casa. ¿Sabe cocinar? Catherine se puso de pie con las mejillas enrojecidas de cólera.

—No se moleste en volver al set, —le dijo—. Le diré al señor O'Brien que le mande su cheque por el trabajo de la mañana, —se dio vuelta para irse y después se volvió a preguntarle:

—¿Cómo se llama?—Douglas, —contestó él—. Larry Douglas. A la noche siguiente Fraser la llamó por teléfono desde Londres para saber cómo andaban las cosas. Catherine le contó los sucesos del día pero no le mencionó el incidente con Larry Douglas. Cuando Fraser volviera a Washington se lo contaría y los dos se reirían juntos del episodio. A primera

hora de la mañana siguiente, mientras Catherine se vestía para ir al estudio, sonó el timbre de la puerta. Cuando fue a abrirla se encontró con un cadete que llevaba un gran ramo de rosas. —¿Catherine Alexander? —le preguntó el chico.

—Sí.

—Firme aquí, por favor.

Catherine firmó el formulario que le presentaban.

—Que hermosura, —comentó, mientras tomaba las flores.

—Son quince dólares.

—¿Cómo dijiste?

—Quince dólares. Son contra reembolso.

—No ent... —empezó Catherine y se puso tensa. Buscó la tarjeta que venía con las flores y la sacó del sobre. "Las habría pagado yo, pero estoy, sin trabajo. Con amor, Larry", leyó.

Incrédula, se quedó mirando la tarjeta.

—Bueno ¿las quiere o no? —preguntó el chico.

—No, —gritó Catherine, volviendo a arrojarle las flores en los brazos.

El cadete la miró sin entender.

—Él dijo que usted se iba a reír. Que era un chiste y usted lo entendería.

—Pues no me estoy riendo, —contestó Catherine, furiosa, y cerró de un portazo.

El incidente la acosó durante todo el día. Catherine había conocido hombres ególatras, pero ninguno con el engreimiento espantoso del señor Larry Douglas. Estaba segura de que contaba en su haber con una interminable sucesión de victorias sobre rubias de poco seso y morenas de mucho busto, impacientes todas por arrojarse en su cama. Pero que él la pusiera en la misma categoría hacía que Catherine se sintiera rebajada y humillada. Con sólo pensar en él se le ponía la carne de gallina. Decidió que tenía que sacárselo de la cabeza.

A las siete de la tarde, cuando Catherine se preparaba para dejar el estudio, se le acercó un asistente con un sobre en la mano.

—¿Usted pidió esta cuenta, señorita Alexander? Era una cuenta de gastos que venía de la sección reparto y decía:

Un uniforme de la Fuerza Aérea Norteamericana (capitán) Seis cintas de condecoración (para el mismo) Seis medallas (para el mismo) Nombre del actor: Lawrence Douglas... (A pagar por Catherine Alexander —MGM).

Catherine levantó los ojos, ruborizada.

—No, —contestó.

—¿Qué les digo? —preguntó el muchacho.

—Dígales que si fueran condecoración póstuma, estaría encantada de pagar las medallas. Tres días después terminaron de filmar la película. Al día siguiente Catherine vio las copias de prueba y dio el conforme. El filme no iba a ganar ningún premio, pero era sencillo y eficaz. Jack O'Brien había trabajado bien. El sábado a la mañana Catherine tomó el avión a "Washington. —Jamás se había sentido tan contenta de dejar una ciudad. El lunes a la mañana volvió a la oficina y trató de poner al día el trabajo que se había acumulado durante la semana. Poco antes de almorzar, su secretaria, Annie, la llamó por el intercomunicador. —Hay una llamada a cobrar desde Hollywood, California. Es un señor Larry Douglas. ¿La comunico?

—No, —dijo Catherine—. Dígale que... no importa, se lo diré yo misma. Respiró hondo y apretó el botón del teléfono.

—¿Señor Douglas?

—Buenos días, —la voz dulzona, embustera—. Me costó un triunfo seguirle la pista. ¿No le gustan las rosas?—Señor Douglas, —empezó Catherine, pero la voz se le quebró de furia —volvió a tomar aire y empezó de nuevo—. Señor Douglas, me encantan las rosas. El que no me gusta es usted. ¿Está claro?—Pero usted no sabe nada de mí.

—Sé más de lo necesario. Sé que es cobarde y despreciable. No quiero que me vuelva a llamar —temblorosa, colgó violentamente el receptor, con los ojos llenos de lágrimas de enojo. ¡Cómo se atrevía! Qué contenta voy a estar cuando vuelva Bill, pensó. Tres días después Catherine recibió por correo una fotografía de Lawrence Douglas, de dieciocho por veinticuatro. "Al jefe, con el amor de Larry", había escrito abajo. Annie la miró, petrificada.

—Santo Dios, —exclamó—. ¿Es de veras?

—Es falso, —declaró Catherine—. Lo único que es de veras es el papel de la copia. —e hizo mil pedazos la

foto.

—Qué lástima, —comentó Annie, decepcionada—. jamás vi nada así en carne y hueso.

—En Hollywood, —le explicó Catherine—, tienen escenarios que son puro frente, sin nada adentro. Acabas de ver uno de esos.

Durante las dos semanas que siguieron, Larry Douglas telefoneó por lo menos una docena de veces. Catherine le indicó a Annie que le dijera que no siguiera llamando, y que no la molestara a ella informándola de los llamados. Un día, mientras estaba tomando un dictado, Annie se interrumpió para decir con aire de disculpa:

—Ya sé que usted me dijo que no la molestara hablándole del señor Douglas, pero volvió a llamar y parecía tan desesperado y... bueno, como perdido.

—Es que está perdido, —respondió fríamente Catherine—, y si eres lo bastante viva, no vas a tratar de encontrarlo.

—Pero parece un encanto.

—Inventó la mermelada.

—Me hizo muchas preguntas sobre usted. —Annie vio la expresión de Catherine—, Pero yo no le dije nada, claro, —añadió presurosa.

—Estuviste muy bien, Annie.

Catherine empezó a dictarle de nuevo, pero tenía la cabeza en otra cosa. Le parecía que el mundo estaba lleno de tipos como Larry Douglas, y por eso apreciaba tanto más a William Fraser.

Bill volvió el domingo siguiente a la mañana, y Catherine fue a buscarlo al aeropuerto. Estuvo mirándolo mientras él pasaba por la aduana y se acercaba a la salida, donde ella lo esperaba. El rostro de Fraser se iluminó al verla.

—¡Cathy, qué agradable sorpresa! —exclamó—. No esperaba que vinieras a buscarme.

—No podía esperar más —sonrió Catherine y lo abrazó con un calor que hizo que él la mirara con aire burlón.

—Me extrañaste, —le dijo.

—Más de lo que te imaginas. —¿Qué tal te fue en Hollywood? ¿Bien? Catherine vaciló.

—Muy bien. Están muy conformes con el filme.

—Eso me dijeron.

—Bill, la próxima vez que te vayas, llévame contigo.

Fraser la miró, conmovido y halagado.

—Trato hecho, —contestó—. Yo también te extraño y pensé muchísimo en tí. —¿De veras?

—¿Me amas?

—Muchísimo, señor Fraser.

—Yo también te amo. ¿Por qué no salimos esta noche a festejarlo?—Espléndido, —sonrió Catherine.

—Vamos a cenar en el Jefferson Club.

Catherine dejó a Fraser en su casa.

—Tengo que hacer mil llamados telefónicos, —le comentó él—. ¿Te parece que nos encontremos en el club, a las ocho?—De acuerdo. Catherine volvió a su departamento y estuvo lavando y planchando. Cada vez que pasaba junto al teléfono esperaba a medias oírlo sonar, pero se mantuvo en silencio. Al pensar en Larry Douglas tratando de sonsacarle a Annie información referente a ella, Catherine se encontró rechinando los dientes. Tal vez tendría que hablar con Fraser para que pasara el nombre de Douglas a la junta de reclutamiento. No, pensó, no me voy a preocupar. Lo más probable es que lo rechacen. Lo encontrarán indisciplinado. Se lavó la cabeza, se dio un largo baño de inmersión — y estaba secándose cuando sonó el teléfono. Poniéndose tensa, corrió a levantar el receptor. —¿Sí? — preguntó con frialdad.

Era Fraser.

—Hola, —la saludó—. ¿Pasa algo?

—Claro que no, Bill, —dijo apresuradamente Catherine—. Es que... me estaba bañando. —Lo siento, —su voz tomó un tono juguetón—. Quiero decir, siento no estar allí contigo. —Yo también. —Te llamé para decirte que te extraño. Date prisa.

—De acuerdo, —sonrió Catherine. Y colgó, lentamente, pensando en Bill.

Por primera vez Catherine sentía que él tenía intención de declararse, de pedirle que se convirtiera en la señora Fraser. Catherine lo pronunció en voz alta: "La señora de William Fraser". Sonaba agradablemente digno. Por Dios, pensó, Qué exquisita me estoy poniendo. Hace seis meses no habría cabido en mí de alegría, y ahora lo único que se me ocurre decir es que suena agradablemente digno. ¿Habría cambiado tanto, en verdad? La idea no era tranquilizadora. Catherine miró el reloj y empezó a vestirse apresuradamente. El Jefferson Club era un discreto edificio de ladrillo un poco apartado de la calle y rodeado por una verja de hierro forjado. Era uno de los clubes más exclusivos. La forma más fácil de asociarse era ser hijo de un socio. Si uno no había tomado esa precaución, era necesario ser presentado por tres socios. Las solicitudes de ingreso se consideraban una vez por año, y un solo voto en contra bastaba para que una persona quedara excluida del Jefferson Club por el resto de sus días, ya que la norma era que ningún candidato podía presentarse dos veces. El padre de William Fraser había sido uno de los socios fundadores, y Fraser cenaba con Catherine en el club por lo menos una vez por semana. El chef había trabajado durante veinte años con la rama francesa de los Rothschild, la cocina era soberbia y la bodega se contaba entre las tres mejores de Norteamérica. El club había sido decorado por uno de los profesionales más importantes del mundo, prestando especial atención a los colores y la iluminación, para conseguir un

especial resplandor que destacaba la belleza de las mujeres. Cada vez que uno cenaba allí, se codeaba con el Vicepresidente, miembros del Gabinete o de la Corte Suprema, senadores y poderosos industriales que ejercían el control de verdaderos imperios mundiales. Cuando Catherine llegó, Fraser la esperaba en el vestíbulo de entrada. —¿Me demoré? —preguntó la muchacha.

—¿Qué importancia tiene? —respondió él, mirándola con inequívoca admiración—. ¿Sabes que estás fantásticamente hermosa?—Claro, —bromeó Catherine—. Todo el mundo sabe que soy la fantásticamente hermosa Catherine Alexander. —No estoy bromeando, Cathy, —la voz de Fraser era tan seria que la hizo sentir confundida. —Gracias, Bill, —respondió con torpeza—. Y por favor, no sigas mirándome así. —No lo puedo evitar, —dijo Fraser, tomándola del brazo.

Louis, el maitre, los llevó a una mesa colocada en un rincón.

—Espero que esté cómoda, señorita Alexander, y usted, señor Fraser. A Catherine le gustaba que el maitre dhotel del Jefferson Club la conociera por su nombre. Sabía que era infantil de su parte, pero al mismo tiempo le daba una sensación de pertenencia, de ser alguien. Relajada y contenta, se recostó en su silla y recorrió el salón con la mirada. —¿Quieres beber algo? —le preguntó Fraser.

—No, gracias.

—Tengo que enseñarte algunas malas costumbres, —Fraser sacudió la cabeza. —Ya lo has hecho, —murmuró Catherine.

Con una sonrisa, él pidió un whisky con soda. Catherine lo observaba, pensando qué hombre tierno y encantador era. Se sentía segura de poder hacerlo muy feliz. Y ella también sería feliz, casada con él. Muy feliz, se dijo, como en un desafío. Pregúntaselo a cualquiera. Pregúntaselo a la revista "Time". Catherine se odió por pensar las cosas que pensaba. ¿Qué estaba pasándole, por Dios?—Bill... —empezó a decir, y se quedó helada.

Larry Douglas se adelantaba hacia ellos, sonriente al reconocer a Catherine. Seguía usando el uniforme de la Fuerza Aérea del ejército que le habían entregado en la MGM. Catherine lo miró, incrédula, mientras él se acercaba a la mesa, sonriendo alegremente. —Hola, —saludó, pero no se dirigía a Catherine sino a Bill, que se levantó para estrecharle la mano. —Encantado de verte, Larry.

—Qué alegría encontrarte, Bill.

Catherine los miraba atónita a los dos. Su cerebro, paralizado, se negaba a funcionar. —Cathy, —estaba diciéndole Fraser—, te presento al capitán Lawrence Douglas. Larry, la señorita

Alexander... Catherine. Larry Douglas la miró con sus oscuros ojos burlones.

—No se imagina usted lo encantado que estoy, señorita Alexander, —dijo solemnemente. Catherine abrió la boca pero de pronto se dio cuenta de que no podía decir nada. Fraser la observaba, esperando sus palabras, pero ella apenas si pudo saludar con un gesto. No podía confiar en SU VOZ.

—¿Te quedas con nosotros, Larry? —lo invitó Fraser.

Larry miró a Catherine.

—Si estás seguro de que no molesto, —dijo modestamente.

—Qué esperanza. Siéntate.

Larry eligió un asiento junto a Catherine.

—¿Qué vas a beber? —le preguntó Fraser.

—Scotch con soda.

—Yo también, —exclamó Catherine—. Doble.

—No lo puedo creer, —Fraser la miró, sorprendido.

—Dijiste que querías enseñarme algunas malas costumbres, —le recordó Catherine—. Podría empezar ahora.

Después de pedir las bebidas, Fraser se volvió hacia Larry. —El general Terry me estuvo contando algunas de tus hazañas... tanto en el aire como en tierra.

Catherine seguía mirando a Larry. La cabeza le daba vueltas, en el esfuerzo por adaptarse.

—Esas medallas... —balbuceó

—¿Sí? —Larry la miraba inocentemente.

—Eee... —Catherine tragó saliva—. ¿Cómo las consiguió?

—Me las gané en un carnaval, —fue la respuesta.

—¡Y qué carnaval! —exclamó Fraser—. Larry ha estado volando con la Real Fuerza Aérea. Era el que comandaba el escuadrón norteamericano. Ahora le encargaron que establezca una base de caza! en Washington para empezar a entrenar a nuestros muchachos para el combate.

Catherine se volvió para mirar a Larry, que le sonreía con aire benévolo, con ojos alegres. Como si volviera a ver una vieja película, Catherine recordó, palabra por palabra, su primer encuentro. Ella le había ordenado que se sacara las insignias de capitán y las medallas, y Larry había obedecido alegremente. ¡Era un vencedor, y ella lo había tratado de cobarde! Catherine habría querido esconderse bajo la mesa.

—Ojalá me hubieras avisado que venías, —le decía Fraser—. Te habría preparado una recepción. Habríamos hecho una fiesta para celebrar tu regreso.

—Me gusta más así, —declaró Larry, mirando a Catherine, que desvió la vista, incapaz de enfrentarlo—. En realidad, —prosiguió Larry, con aire de inocencia—. te busqué cuando estuve en Hollywood, Bill. Me dijeron que ustedes estaban produciendo un filme de entrenamiento para la fuerza aérea. Se detuvo a encender un cigarrillo y apagó cuidadosamente el fósforo. —Anduve por el estudio, pero no te encontré.

—Tuve que ir a Londres, —explicó Fraser—, pero Catherine estuvo allá. Me sorprende que no se encontraran. Catherine miró a Larry, que la observaba con ojos divertidos. Ahora era el momento de mencionar lo sucedido. Se lo diría a Fraser y todos se reirían, como de un episodio divertido. Pero de alguna manera, las palabras se le quedaron en la garganta. Larry esperó un momento a que ella hablara.

—Había mucha gente en el estudio —dijo después—. Seguramente nos desencontramos. Catherine lo odió por ayudarla a salir del paso, al mismo tiempo que los convertía a ambos en miembros de una conspiración contra Fraser. Cuando llegaron las bebidas, Catherine se tomó rápidamente su whisky y pidió otro. Esa iba a ser la noche más espantosa de su vida. No podía esperar a que todo hubiera acabado, a estar lejos de Larry Douglas. Fraser le preguntó por sus experiencias en la guerra y Larry hizo un relato superficial y entretenido. Era obvio que no se tomaba nada en serio. Un despreocupado. Y sin embargo, honestamente y bien contra su voluntad, Catherine admitía que un despreocupado no se enrolaba voluntariamente en la Real Fuerza Aérea ni se convertía en un héroe luchando contra la Luftwaffe. De manera completamente irracional, lo odiaba más al saber que era un héroe. A ella misma su actitud le parecía disparatada, y trató de entenderse mejor, cavilando sobre su tercer whisky doble. ¿Qué diferencia

había en que fuera un héroe o un vago? De pronto se dio cuenta de que si Larry era un vago y un impostor, cabía exactamente en una categoría que ella podía ubicar. Entre la bruma del alcohol, se puso a escuchar la conversación de los dos hombres. Cuando Larry hablaba, había en él un entusiasmo, una vitalidad tan palpables que la alcanzaban físicamente. Le parecía que era el hombre más vital que hubiera conocido. Catherine tenía la sensación de que él no se negaba a nada en la vida, de que se entregaba sin reservas a todo y se burlaba de los que tenían miedo de darse. De los que tenían miedo y Punto, Como ella.

Catherine apenas si probó bocado; tampoco tenía la menor idea de lo que había comido. Al encontrar los ojos de Larry Se sentía como si fuera ya su amante, como si ya hubieran estado juntos y se hubieran pertenecido, y se daba cuenta de que era una locura. Él era una especie de ciclón, una fuerza de la naturaleza, y cualquier mujer que quedara atrapada en ese remolino terminaría siendo destruida.

Larry la miraba y le sonreía.

—Me temo que hemos dejado excluida de la conversación a la señorita Alexander, —dijo cortésmente—. Estoy seguro de que ella es más interesante que nosotros dos juntos.

—Se equivoca, —dijo torpemente Catherine—. Llevo una vida muy opaca. Trabajo con Bill, —en el momento de decirlo se dio cuenta de cómo sonaba y se ruborizó—. No quise decir eso, —balbuceó—. Quería decir que…

—Ya sé lo que quiso decir, —dijo comprensivamente Larry, y ella lo odió.

Larry se volvió hacia Bill—. ¿Dónde la encontraste?

—Tuve suerte, —declaró calurosamente Fraser—. Mucha suerte. ¿Tú aún estás soltero?

—¿Y a mí quién me va a querer? —Larry se encogió de hombros.

"Hijo de puta— —pensó Catherine, y recorrió con la vista el salón. Media docena de mujeres estaban con los ojos fijos en Larry, algunas con disimulo, otras abiertamente. Era una especie de imán sexual.

—¿Qué tal las muchachas inglesas? —le preguntó descuidadamente.

En los labios de Larry se dibujó una sonrisa divertida.

—Muy bien. Claro que no tenía mucho tiempo para esas cosas. Anduve ocupado volando.

Vaya si lo tuviste, pensó Catherine. Apuesto a que no quedó una virgen en pie en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

—Lo siento por lo que se perdieron, pobres chicas, —dijo en

alta voz, con tono más mordaz de lo que hubiera querido.

Fraser la miró, sorprendido por su rudeza.

—Cathy, —le llamó la atención.

—Pidamos otro trago, —intervino rápidamente Larry.

—Creo que Catherine ya bebió bastante, —contestó Fraser.

—Qué esperanza, —empezó Catherine y se dio cuenta con horror de que estaba farfullando las palabras—. Por favor, quisiera volver a casa, —pidió. —De acuerdo, —Fraser se volvió a Larry—. Generalmente, Catherine no bebe, —se disculpó. —Me imagino que está emocionada al volverte a ver, — asintió Larry. Catherine tuvo ganas de tomar un vaso de agua y arrojárselo a la cara. Lo había odiado menos cuando lo creía un impostor. Ahora lo odiaba más, y no sabía por qué. A la mañana siguiente, después de su borrachera, Catherine se despertó con una descompostura que iba a pasar a la historia de la medicina, estaba segura. Sentía por lo menos tres cabezas sobre los

hombros, y cada una le dolía al ritmo de un tambor diferente. Quedarse inmóvil en la cama era un tormento, pero intentar moverse era peor. Mientras estaba ahí tendida luchando con las náuseas, la inundó el recuerdo de la noche pasada y el dolor se intensificó. Irrazonablemente, le echaba a Larry Douglas la culpa de su descompostura, ya que si no hubiera sido por él, Catherine no habría necesitado beber nada. Dolorosamente, giró la cabeza para mirar el reloj que estaba junto a la cama. Se había quedado dormida. No sabía si quedarse en casa o pedir un pulmotor. Cuidadosamente, se arrancó de su lecho de muerte y se arrastró hasta el cuarto de baño. Entró tambaleándose a la ducha, abrió el agua fría y dejó que los chorros helados le azotaran el cuerpo. El contacto con el agua la hizo gritar, pero al salir de la ducha se sentía mejor. No bien, pensó meticulosamente. Mejor, nada más. Cuarenta y cinco minutos después estaba en su escritorio. Annie, su secretaria, entró excitadísima. —Adivine lo que pasa, —exclamó.

—Esta mañana no, —susurró Catherine—. Sé buena y háblame en Voz baja. —Mire, —Annie le arrojó el periódico de la mañana—. Es él'

En la primera página, un retrato de Larry Douglas en uniforme le sonreía insolentemente. "HÉROE NORTEAMERICANO En lA RFA VUELVE A WASHINGTON A ORGANIZAR NUEVA UNIDAD DE CAZAS. Bajo el titular, había una nota a dos columnas.

—¿No es emocionante? —gritó Annie.

—Tremendamente, —respondió Catherine y arrojó el diario al cesto de los

papeles—. ¿Qué tal si seguimos con el trabajo?

Annie la miró sorprendida.

—Lo siento, —se disculpó—. Pensé que como era amigo de usted, le iba a interesar.

—No es amigo, —la corrigió Catherine—; más bien enemigo. ¿No podemos olvidarnos del señor Douglas? —preguntó, al ver la expresión de Annie.

—Seguro, —dijo la muchacha, con tono de duda—. Yo le dije que pensaba que a usted le iba a gustar.

Catherine la miró sin entender.

—¿Cuándo?

—Cuando llamó esta mañana. Llamó tres veces.

Catherine se esforzó porque su voz sonara indiferente.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Usted me dijo que no le avisara cuando él llamara, —la chica miraba confundida a Catherine.

—¿Dejó algún número?

—No.

—Está bien, —Catherine evocó el rostro, los grandes ojos oscuros y burlones—. Está bien, —repitió con más seguridad.

Terminó de dictar algunas cartas y cuando Annie hubo salido de la oficina, Catherine fue al cesto de los papeles y sacó el diario. Palabra por palabra, leyó la nota sobre Larry. Era un as que contaba en su haber con ocho aviones alemanes. En dos ocasiones lo habían derribado sobre el Canal. Catherine llamó a Annie por el intercomunicador.

—Si vuelve a llamar el señor Douglas, dame con él.

Hubo una brevísima pausa.

—Sí, señorita Alexander.

Después de todo, no tenía sentido ser grosera con él. Catherine se limitaría a disculparse por su comportamiento en el estudio Y le pediría que dejara de llamarla. Ella iba a casarse con William Fraser.

Durante toda la tarde esperó un nuevo llamado de él. A las seis todavía no había llamado. ¿Por qué iba a hacerlo? se preguntó Catherine. Se estará encamando con otras seis muchachas. Suerte que tienen. Meterse con él será como ir a la carnicería. Una hace cola y espera su turno. —Si mañana llama el señor Douglas, dile que no estoy, —le dijo a Annie, al salir.

—Sí, señorita Alexander. Buenas noches, —la chica ni pestañeó. — Buenas noches.

Perdida en sus pensamientos, Catherine bajó en el ascensor. Estaba segura de que Bill Fraser quería casarse con ella. Lo mejor que podía hacer sería decirle que quería que se casaran sin demora. Esa misma noche se lo iba a decir. Se irían de luna de miel y para cuando regresaran, Larry Douglas ya no estaría en la ciudad. O algo así. Al llegar al vestíbulo, la puerta del ascensor se abrió y ahí estaba Larry Douglas, recostado en la pared. Sonriendo, avanzó hacia ella. Catherine lo miró, con el corazón palpitante.

—No me hagas esto, —pidió débilmente Catherine, mientras él seguía mirándola—. Quiero que me dejes en paz. Soy la novia de Bill.

—¿Dónde tienes el anillo? Catherine pasó rápidamente junto a él, dirigiéndose a la puerta de calle. Cuando llegó, él se le había adelantado y se la sostuvo abierta para que pasara. Al subir la tomó del brazo y Catherine sintió que una descarga la recorría toda entera. De él emanaba una electricidad que le hacía daño. —Cathy... —empezó Larry.

—Por el amor de Dios, —suplicó Catherine, desesperada—. ¿Qué es lo que quieres de mí?—Todo, —respondió Larry en voz baja—. Te quiero a ti.

—Bueno, pues no puedes tenerme, —gimió ella—. Vete a torturar a alguien más, —se dio vuelta para alejarse, pero él la retuvo. —¿Qué quieres decir con eso?

—No sé, —confesó Catherine, con los ojos llenos de lágrimas—. No sé lo que digo. Desde... desde anoche estoy descompuesta. Quisiera morirme.. Larry sonrió, comprensivo.

—yo tengo una cura estupenda para esas descomposturas.

—¿Dónde vamos? —preguntó Catherine, aterrada, cuando él la llevó hacia el garage del edificio. —A buscar mi coche.

Catherine lo miró, buscando en su expresión algún signo de triunfo, pero lo único que leyó en la increíble belleza de ese rostro fue ternura y compasión. El encargado les trajo un convertible rojo y Larry la ayudó a subir y se sentó al volante. Catherine permaneció inmóvil, mirando hacia adelante, sabiendo que estaba jugándose la vida entera, incapaz de detenerse. Era como si todo le estuviera sucediendo a otra persona. Habría querido decirle a esa estúpida muchacha desvalida que se escapara. —¿Tu casa o la mía? —preguntó suavemente Larry.

Ella sacudió la cabeza. —Lo mismo da, —respondió con fatalismo.

—Vamos a casa, entonces.

Así que no era del todo insensible. 0 tal vez tuviera miedo de competir con la sombra de William Fraser. Catherine lo observó mientras él maniobraba diestramente con el auto en medio del tráfico vespertino. No, no le tenía miedo a nada. Eso era parte de su infernal atractivo. Intentó decirse que estaba en libertad de negarse a seguir con Larry, en libertad de irse. ¿Cómo podía ser que amara a William Fraser y se sintiera así frente a

Larry?—Si te sirve de algo, —le dijo Larry por lo bajo—, yo estoy tan nervioso como tú. —Gracias, —respondió Catherine, mirándolo.

Le estaba mintiendo, claro. Lo más probable era que se lo dijera a todas sus víctimas mientras se las llevaba a la cama para seducirlas. Pero por lo menos no se deleitaba en eso. Lo que más le preocupaba a Catherine era que estaba traicionando a Bill Fraser. Era un hombre demasiado bueno para hacerle daño, y eso iba a hacerle muchísimo daño. Catherine lo sabía, y sabía que lo que estaba haciendo era un disparate, pero era como si ya no tuviera voluntad propia.

Llegaron a una agradable zona residencial, a una calle flanqueada por árboles altos y frondosos. Larry detuvo el automóvil frente a una casa de departamentos.

—Esta es mi casa, —anunció en voz baja.

Catherine se dio cuenta de que era su última oportunidad de decir que no, de decirle a Larry que la dejara en paz. Sin decir palabra, vio cómo él daba la vuelta al coche para abrirle la puerta. Descendió y entró con él en el edificio.

El departamento de Larry estaba decorado para un hombre. Los colores eran lisos y calmos, los muebles de aspecto masculino.

Cuando entraron, Larry le quitó el abrigo y Catherine se estremeció.

—¿Tienes frío? —le preguntó él.

—No.

—¿Quieres beber algo?

—No.

Larry la tomó suavemente en sus 'brazos y se besaron. Catherine sintió como si todo su cuerpo se incendiara. sin una palabra, Larry la llevó al dormitorio. Mientras ambos se desvestían en silencio, el clima era de creciente urgencia. Desnuda, Catherine se tendió en la cama y Larry se deslizó junto a ella.

—Larry... —pero ya los labios de él oprimían los suyos, y sus manos habían empezado a recorrer el cuerpo de Catherine, descubriéndolo tiernamente, hasta que ella se olvidó de todo lo que no fuera el placer que experimentaba y también sus manos empezaron a buscar el cuerpo de él. Todo en un éxtasis delirante, un viaje increíble y desgarrador, una llegada y partida, a la vez final y comienzo. Catherine se quedó agotada y adormecida abrazándose estrechamente a Larry, sin querer soltarlo, sin querer que esa sensación se acabara jamás. Nada que hubiera oído ni leído nunca la había preparado para lo que acababa de vivir. Era increíble que el cuerpo de otra persona pudiera producir tal alborozo. Catherine se sentía en paz: una mujer. Y sabía que aunque jamás volviera a verlo, le estaría agradecida a Larry por el resto de su vida.

—¿Cathy?

Lenta Y perezosamente, se dio vuelta hacia él.

—¿Sí? —hasta su propia voz le pareció más profunda, más madura.

—¿Eres feliz?

—¿Feliz? —los labios le temblaban y, horrorizada, se echó a llorar. Los sollozos la sacudían entera.

Larry la tomó en brazos, acariciándola suavemente, dejando que se apaciguara la tormenta.

—Perdóname, —susurró Catherine—. No sé qué es lo que me pasó.

—¿Desilusionada?

Catherine lo miró, dispuesta a protestar, pero vio que él se estaba burlando. Lo único que quería oír era el sonido de su voz, sin que le importara lo que dijera. Sabía que para ella nunca existiría nadie más que ese hombre. Y sabía que ese hombre no podría pertenecer jamás a una sola mujer y que probablemente ella jamás volvería a verlo, que para él Catherine Alexander era apenas una conquista más. Se dio cuenta de que la voz había enmudecido y de que Larry la miraba.

—No oíste una palabra de lo que te dije.

—Disculpa. Estaba fantaseando.

—Tendría que ofenderme, —dijo Larry con tono de represión—. Lo único que te interesa de mí es mi cuerpo.

Las manos de Catherine le recorrieron el vientre y el pecho, tostado y esbelto.

—No soy muy experta, pero estás bastante bien, me parece, —sonrió—. Estuviste muy bien.

—Eres muy bella, Cathy.

Catherine se estremeció al oírlo, y le dolió al mismo tiempo. Cualquier cosa que le dijera, se la había dicho mil veces a otras mujeres. Catherine pensó cómo iría a despedirse Larry. ¿Llámame alguna vez? o ¿Alguna vez te llamaré? Hasta era posible que quisiera verla una o dos veces más, antes de pasar a alguna otra. Bueno, pues no podía culpar a nadie más que a sí misma. Ella, había sabido en qué se metía. Me metí en esto con los ojos y las piernas bien abiertos. Suceda lo que suceda, la culpa no es de él.

Larry volvió a abrazarla.

—¿Sabes que eres una muchacha muy especial, Cathy?

¿Sabes que eres una muchacha muy especial... Alice, Susan, Margaret, Peggy, Lana?... ad infinitum.

—Lo sentí desde la primera vez que te vi. jamás sentí algo así con nadie, Janet, Evelyn, Ruth, Georgia. Catherine ocultó la cabeza en el pecho de él, incapaz de hablar, y lo abrazó, en una silenciosa despedida. —Tengo hambre, —declaró

Larry—. ¿Sabes cómo me siento?

—Sí, seguro que sí, —sonrió Catherine.

—¿Sabes una cosa? —le hizo una mueca burlona—. Eres una maníaca sexual.

—Gracias a ti.

Larry la llevó al cuarto de baño y abrió la ducha. Tomó de una percha una gorra de baño y se la puso a Catherine, protegiéndole bien el pelo. —Ven, —le dijo y la llevó bajo el azote del agua. Tomó, el jabón y empezó a lavarle el cuerpo, partiendo del cuello para bajar por los brazos y recorrerla lentamente. Larry volvió a hacerle el amor. Después se vistieron y en el coche de Larry fueron hasta Maryland, donde encontraron un pequeño restaurante que todavía estaba abierto y cenaron langosta con champaña. A las cinco de la mañana Catherine discó el número de William Fraser y se quedó escuchando cómo el teléfono llamaba, muy lejos, hasta que finalmente oyó la voz soñolienta de Fraser. —Hola...

—Hola, Bill. Habla Catherine.

—¿Catherine? Te llamé toda la tarde sin encontrarte. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?—Muy bien. Estoy en Maryland con Larry Douglas. Acabamos de casarnos.

NOELLE

París: 1941

8

Christian Barbet se sentía muy desdichado. El calvo detective estaba ante su escritorio, con un cigarrillo entre los dientes manchados y rotos, contemplando sombríamente la carpeta que tenía ante sí. La información que contenía iba a costarle el aliento. Había estado cobrándole a NOELLE Page unos honorarios escandalosos por sus servicios, que estaban en su mayor parte a cargo de un corresponsal londinense que a él no le costaba casi nada, pero lo que lo entristecía no era únicamente la pérdida de su ingreso: también iba a extrañar a la propia NOELLE. Por más que la odiara, NOELLE era la mujer más excitante que Barbet hubiera conocido. En torno de ella el detective construía espeluznantes fantasías en las que siempre NOELLE terminaba sometida a él. Ahora el trabajo se le iba a terminar y, en cuanto a NOELLE, jamás volvería a verla. Barbet la tenía esperando en la oficina de recepción mientras procuraba idear alguna manera de manejar las cosas de modo tal que pudiera exprimirle algo más de dinero para prolongar el caso. A regañadientes llegó a la conclusión de que no había cómo. Barbet suspiró, apagó el cigarrillo y fue a abrir la puerta. NOELLE estaba sentada en el diván de imitación de cuero negro, y mientras la observaba, el corazón se le subió durante un momento a la garganta. No era justo que una mujer fuera tan hermosa.

—Buenas tardes, Mademoiselle, —la saludó—. Pase.

NOELLE entró en la oficina moviéndose con la gracia de una Modelo. A Barbet le convenía contar entre sus clientes con un nombre como el de NOELLE Page, y no se privaba de decirlo con frecuencia, como al descuido. Servía para atraer otros clientes, y Christian Barbet no era hombre a quien la ética le quitara el sueño. —Siéntese, por favor, —la invitó, señalándole una silla—. ¿Le sirvo un coñac, un aperitivo? Parte de su fantasía era conseguir que NOELLE se emborrachara y le rogara a él que la sedujera. —No, —contestó ella—. Vine por el informe.

¡La muy maldita podría haberse despedido de él con un trago!—Sí, —dijo Barbet—. En realidad, tengo varias novedades. —fue hacia el escritorio e hizo como que repasaba el informe, que ya se sabía de memoria. —Primero, —le informó—, a su amigo lo ascendieron a capitán y lo trasladaron al escuadrón ciento treinta y tres, con el cargo de comandante. Tienen asiento en Coltisall, Durtford, en Cambridgeshire. Volaban, —explicó lenta y cuidadosamente, sabiendo que a NOELLE no le interesaban esos detalles—, Hurricanes y Spitfires y después pasaron a los Marks V. Después empezaron... —Eso no importa, —le interrumpió NOELLE, impaciente—. ¿Dónde está ahora? Era la pregunta que Barbet estaba esperando.

—En los Estados Unidos, —la vio reaccionar antes de que NOELLE pudiera controlarse, y eso le produjo una salvaje satisfacción—. En Washington, —continuó.¿Con licencia?

—No, —Barbet sacudió la cabeza—. Le dieron la baja en la Real Fuerza Aérea y es capitán de la Fuerza Aérea del Ejército en los Estados Unidos. Observó cómo NOELLE digería la información, sin que su expresión revelara nada de lo que sentía. Pero Barbet todavía no había terminado con las noticias. Con sus dedos manchados de grasa, tomó un recorte de periódico y se lo entregó. —Creo que esto le va a interesar.

Vio cómo NOELLE se ponía rígida, casi como si supiera qué era lo que iba a ver. El recorte era de un periódico neoyorquino, y el título anunciaba: "Boda de un as de la aviación". Había una fotografía de Larry Douglas y su novia, y NOELLE la miró largamente y después tendió la mano, pidiéndole los papeles restantes. Barbet la miró, atónito, y después metió todos los papeles en un sobre y se lo entregó. Cuando abría la boca para hacer el discurso de despedida, NOELLE lo interrumpió.

—Si no tiene corresponsal en Washington, búsqueme uno. Quiero informes semanales.

y desapareció, dejando a Barbet en la más absoluta confusión. Cuando volvió a su departamento, NOELLE se fue al dormitorio, cerró la puerta con llave y sacó del sobre los recortes periodísticos. Los extendió sobre la cama y se puso a examinarlos. La fotografía de Larry lo mostraba tal como ella lo recordaba. En todo caso, la imagen que ella tenía era más clara que la que le presentaba el recorte, porque Larry estaba más vivo en su recuerdo que en la realidad.

No pasaba día sin que NOELLE reviviera el pasado compartido con él. Era como si mucho tiempo atrás ambos hubieran interpretado juntos esa pieza cuyas escenas NOELLE podía evocar a voluntad, interpretando algunas en ciertas ocasiones y reservando otras para otros días, de manera que. cada recuerdo estuviera siempre vivo y fresco.

NOELLE observó después a la novia de Larry, y vio un rostro bonito, joven, inteligente, con una sonrisa en los labios.

El rostro del enemigo. Un rostro que habría que destruir como había que destruir a Larry.

Durante toda la tarde, NOELLE se quedó encerrada con la fotografía.

Horas más tarde, cuando Armand Gautier llamó a la puerta del dormitorio, NOELLE le dijo que se fuera. El se quedó esperando en el salón, preocupado por cuál podría ser su estado de ánimo, pero cuando por fin apareció, NOELLE parecía excepcionalmente alegre y radiante, como si hubiera recibido alguna buena noticia. No le dio a Gautier ninguna explicación, y él la conocía demasiado para pedírsela.

Esa noche después del teatro, NOELLE le hizo el amor con una pasión desenfrenada que le trajo a Gautier el recuerdo de los Primeros días que habían pasado juntos. Más tarde, él se quedó despierto tratando de entender a la hermosa muchacha que descansaba a su lado, sin encontrar ninguna clave.

Esa noche, NOELLE Page soñó con el coronel Mueller.. El albino y calvo oficial de la Gestapo la torturaba con un hierro de marcar, grabándole ardientes svásticas en la carne. La interrogaba sin cesar, pero en voz tan baja que Noelle no alcanzaba a oírlo. mientras él seguía quemándole con el hierro candente, de pronto, fue Larry el que estaba tendido sobre la mesa, aullando de dolor. NOELLE se despertó bañada en sudor frío, con el corazón palpitante. Encendió la luz que había al lado de la cama, prendió un cigarrillo con manos temblorosas y procuró aquietar sus nervios. Pensó en Israel Katz, en la pierna que le habían amputado con un hacha. Aunque no había vuelto a verlo desde aquella tarde en la panadería, NOELLE sabía por el portero que Israel vivía. Cada vez se hacía más difícil esconderlo y él no podía valerse solo. La búsqueda del fugitivo se había intensificado y si había que sacarlo de París, era necesario hacerlo pronto. En realidad, NOELLE no había hecho nada por lo cual la Gestapo pudiera arrestarla... todavía. ¿El sueño sería una premonición, una advertencia para que no ayudara a Israel

Katz? Inmóvil en la cama, NOELLE recordaba que él la había ayudado en aquel peligroso episodio del aborto. Le había dado dinero y le había conseguido trabajo. Aunque docenas de hombres hubieran hecho por ella cosas más importantes de lo que había hecho Israel, NOELLE no se sentía en deuda con el. Todos, incluso su padre, habían querido algo de ella y NOELLE había pagado con creces todo lo que había recibido. Israel Katz jamás le había pedido nada. NOELLE tenía que ayudarlo. De ninguna manera subestimaba el problema. El coronel Mueller ya sospechaba de ella. NOELLE recordó el sueño y se estremeció. Debía tener cuidado de que Mueller jamás pudiera probar nada contra ella. A Israel Katz había que sacarlo de París de contrabando ¿pero cómo? NOELLE estaba segura de que todas las salidas estaban cuidadosamente vigiladas. Por los caminos y por el río. Los nazis eran unos cochons, pero eran cochons eficientes. Era un desafío, y podía ser mortal, pero NOELLE estaba resuelta a aceptarlo. El problema era que no había nadie a quien pudiera pedirle ayuda. Los nazis habían reducido a Armand Gautier a una temblorosa gelatina. No, en esto tendría que manejarse sola. Pensó en el coronel Mueller y en el general Scheider, preguntándose cuál de los dos saldría victorioso si alguna vez entre ambos llegaba a producirse un choque.

A la noche siguiente al sueño de NOELLE, ella y Armand Gautier concurrieron a una cena que ofrecía Leslie Rocas, un adinerado protector de las bellas artes. Los invitados formaban un grupo ecléctico: banqueros, artistas, políticos, un surtido de hermosas mujeres que, en el sentir de NOELLE, estaban allí principalmente para beneficio de los alemanes presentes. Gautier la había notado preocupada, pero cuando le preguntó qué le pasaba, NOELLE le respondió que todo andaba perfectamente.

Quince minutos antes de que anunciaran la cena, al ver llegar a un nuevo invitado, NOELLE se dio cuenta de que su problema iba a encontrar solución. Fue en busca de la dueña de casa.

—Querida, tú que eres un ángel, siéntame al lado de Albert Heller.

Albert Heller era el primer comediógrafo de Francia. Era una especie de enorme oso tambaleante, próximo a los sesenta años, con una mata de pelo blanco y hombros anchos y caídos, Era excepcionalmente alto para un 'francés, pero aunque no lo hubiera sido, la fealdad de su rostro y la vivacidad de los ojos verdes a los que no se les escapaba nada lo habrían destacado en medio de una multitud. Heller tenía una imaginación notablemente inventiva y llevaba escritos más de veinte libretos para películas y piezas de teatro. Quería que NOELLE fuera la estrella de una nueva obra suya y le había hecho llegar un ejemplar del manuscrito.

—Acabo de leer tu nueva pieza, Albert, —le dijo NOELLE durante la cena—. y me pareció una maravilla.

El rostro de Heller se iluminó.

—¿La vas a hacer?

—Ojalá pudiera, —NOELLE le apoyó una mano en el brazo—. Armand ya me comprometió para otra comedia.

Heller frunció el ceño; después suspiró, resignado.

—¡Merde! En fin, algún día trabajaremos juntos.

—Eso me encantaría. Me gusta cómo escribes. Me fascina la forma en que ustedes los escritores inventan una trama, No me explico cómo lo hacen.

—De la misma manera que tú actúas, —Heller se encogió de hombros—. Es nuestro oficio, nuestro modo de ganarnos la vida.

—No, —se opuso NOELLE—. Para mí, la capacidad de usar la imaginación de esa manera es un milagro, —dejó escapar una risita de confusión—. Lo sé porque estuve tratando de escribir. —¿De veras? —preguntó él cortésmente.

—Sí, pero estoy atascada, —NOELLE respiró hondo y recorrió con la vista la mesa. Todos los invitados conversaban animadamente. Se inclinó hacia Albert Heller y bajó la voz—. Tengo una situación en la que la heroína tiene que sacar a su amante de París, de contrabando, porque los nazis lo están buscando. —Ah, —el hombrón se quedó inmóvil,, tamborileando con el tenedor contra un plato—. Es fácil. Que se consiga un uniforme alemán y se mezcle con ellos para escapar. NOELLE suspiró.

—Es que es más complicado. Él está herido y no puede caminar. Le falta una pierna. El tamborileo se interrumpió de pronto y se hizo una larga pausa. —¿Y por el Sena, en una barcaza? —preguntó después Heller. —Todo vigilado.

—¿Y revisan los trasportes que salen de París?

—Claro.

—Entonces tienes que conseguir que el trabajo te lo hagan los mismos nazis. —¿Cómo?

—Tu heroína, —empezó Heller sin mirar a NOELLE—. ¿es muy atractiva?

—Sí.

—Suponte que ella fuera amiga de un oficial alemán De alta graduación. ¿Sería posible? Noelle se dio vuelta para mirarlo, pero Heller evitó sus ojos.

—Sí.

—Pues entonces, Que ella tenga una cita con el oficial, Que se vayan a pasar un fin de semana fuera de París. Tendrán amigos que puedan arreglar las cosas de modo que tu héroe vaya escondido en el baúl del coche. Pero el oficial tiene que ser importante, para que no le registren el automóvil.

—Pero si el baúl está cerrado, —objetó NOELLE—, ¿el fugitivo no se va a ahogar?

Perdido en sus pensamientos, Albert Heller bebió silenciosamente un sorbo de vino.

—No necesariamente, —contestó por fin, y durante cinco minutos habló con NOELLE en voz muy baja—. Buena suerte, —le dijo al terminar, sin haber vuelto a mirarla.

A primera hora de la mañana siguiente, NOELLE llamó por teléfono al general Scheider. La telefonista del conmutador la comunicó con el edecán y finalmente NOELLE habló con el secretario del general.

—¿Quién llama al general Scheider, por favor?

—NOELLE Page, —repitió NOELLE, por tercera vez.

—Lo lamento pero el general está en una reunión y no se lo puede molestar.

NOELLE titubeó.

—¿Puedo llamarlo más tarde?

—Va a pasar todo el día en reuniones. Le sugiero que escriba una carta explicándole al general de qué se trata.

Durante un momento, NOELLE consideró la idea y una sonrisa irónica le curvó los labios.

—No tiene importancia, —dijo—. Simplemente, avísele que llamé.

Una hora después sonaba el teléfono: era el general Scheider.

—Lo lamento, —se disculpó—. Hasta este mismo momento, ese idiota no me dio su mensaje. Si se me hubiera ocurrido que usted podía telefonear, le habría dado orden de que la comunicara conmigo.

—Soy yo quien debe disculparse, sabiendo lo ocupado que está usted.

—Por favor. ¿En qué puedo servirla?

—¿Recuerda lo que me dijo mientras cenábamos? —preguntó NOELLE, después de tomarse un momento para elegir sus palabras. Se produjo una breve pausa.

—Sí, —respondió Scheider.

—Estuve pensando mucho en ti, Hans. Y me gustaría verte. —¿Quieres cenar conmigo esta noche? —en la voz se notó una súbita ansiedad.

—Pero no en París, —replicó NOELLE—. Para estar juntos, me gustaría que fuera en alguna otra parte. —¿Dónde? —preguntó el general Scheider.

—Quiero un lugar muy especial. ¿Conoces Etratat?

—No.

—Es un pueblo pequeño, encantador, a unos ciento cincuenta kilómetros de París, cerca de El Havre. Allí hay una vieja posada muy acogedora. —Me parece maravilloso, NOELLE. Pero salir ahora mismo no me resulta fácil, —agregó Scheider en tono de disculpa—. Estoy en medio de... —Comprendo, —lo interrumpió fríamente NOELLE—. Entonces alguna otra vez será. —¡Espera! —hubo una larga pausa—. ¿Cuándo puedes salir tú?— El sábado a la noche, después de la función.

—Lo dispondré todo para entonces. Podemos volar a las...

—¿Por qué no vamos en automóvil, que es tan agradable?

—Como tú quieras. Te pasaré a buscar por el teatro.

NOELLE pensó rápidamente.

—Es que voy a tener que pasar por casa para cambiarme. ¿No puedes venir por mi departamento?—Como quieras, mein liebscheti. Hasta el sábado.

Quince minutos después, NOELLE estaba hablando con el portero. El viejo la escuchó, expresando su protesta con enérgicos movimientos de cabeza. —¡No, no, no! Se lo diré a nuestro amigo, Mademoiselle, pero no va a querer. ¡Sería una estupidez! Daría lo mismo decirle que fuera a pedir trabajo al cuartel general de la Gestapo.

—No puede fallar, —le aseguró NOELLE—. Es un plan pensado por el mejor cerebro de Francia. Esa tarde, al salir del vestíbulo de la casa de departamentos, NOELLE vio a un hombre recostado contra la pared, aparentemente absorto en la lectura de un diario. Cuando ella salió al frío aire invernal, el hombre se enderezó y empezó a seguirla a discreta distancia. NOELLE recorrió tranquilamente la calle, sin ninguna prisa, deteniéndose a mirar todas las vidrieras. Cinco minutos después que ella hubo salido, el portero se asomó, echó un vistazo para asegurarse de que no lo vigilaban y, llamando un taxi, le dio la dirección de un negocio de venta de artículos para deportes, en Montmartre. Dos horas más tarde estaba de vuelta, con un mensaje para NOELLE.

—Lo pondrán en manos de usted, el sábado a la noche.

El sábado a la noche, cuando NOELLE terminó la función, el coronel Kurt Mueller, de la Gestapo, estaba esperándola. Se sintió recorrida por un escalofrío de temor. El plan de fuga estaba calculado al segundo y cualquier demora podía ser fatal.

—La vi actuar desde la primera fila, Fráulein Page, —declaró Mueller—, y está cada' vez mejor.

El sonido de la voz, suave y aguda, le trajo nítidamente el recuerdo del sueño.

—Gracias, coronel. Ahora discúlpeme, tengo que cambiarme.

NOELLE se dirigió a su camarín, pero el alemán la siguió.

—La acompaño, —dijo.

Pisándole los talones, entró con ella al camarín y se instaló cómodamente en un sillón. NOELLE vaciló un momento y después empezó a desvestirse mientras él la miraba con indiferencia. Sabía que Mueller era homosexual, y eso la privaba de un arma importante: la sexualidad.

—Me contó un pajarito, —empezó el coronel Mueller—, que esta noche va a tratar de escaparse.

NOELLE sintió que el corazón le daba un vuelco, pero su expresión se mantuvo impasible. Empezó a quitarse el maquillaje, tratando de ganar tiempo.

—¿Quién va a tratar de' escaparse esta noche? —preguntó.

—Su amigo Israel Katz.

Ella se dio vuelta bruscamente y el movimiento hizo que de Pronto se diera cuenta de que se había quitado el corpiño. —No conozco a ningún... — al advertir un resplandor de triunfo en los ojos rosados, NOELLE evitó la trampa, justo a tiempo—. Espere, —hizo como si recordara—. ¿Se refiere a un joven interno?

—Ah ¿con que lo recuerda, entonces?

—Apenas. Me atendió por una neumonía, hace mucho tiempo.

—Y por un aborto, —agregó la voz aguda y suave del coronel Mueller.

NOELLE volvió a sentirse invadida por el miedo. La Gestapo no se habría tomado tantas molestias si no estuvieran seguros de que ella estaba comprometida. Había sido una tontería complicarse en eso; pero en el momento mismo en que lo pensaba, NOELLE sabía que era demasiado tarde para echarse atrás.

El mecanismo ya se había puesto en marcha, y en unas horas más Israel Katz estaría en libertad... o muerto. ¿Y NOELLE?

—Usted dijo que la última vez que vio a Katz fue en el café, hace unas semanas, —estaba diciéndole el coronel Mueller. — Yo no dije tal cosa, coronel, —la muchacha sacudió la cabeza.

El alemán la miró fijamente en los ojos, después clavó la vista con insistencia en sus pechos desnudos y la recorrió despaciosamente. Finalmente sus ojos volvieron a buscar los de NOELLE, y Mueller suspiró. — Me gustan las cosas bellas, —dijo suavemente—. Sería Una lástima ver destruida una belleza como la de usted. Y todo por un hombre que para usted no significa nada. ¿Cuál es el plan de fuga de su amigo, Fráulein? En la voz de Mueller había una calma que a NOELLE le hizo correr frío por la espalda. Volvió a convertirse en Annette, el personaje de la obra, inocente y desvalido. —Realmente no sé de qué me está hablando, coronel. Me gustaría ayudarlo, pero no sé cómo. El coronel Mueller siguió mirándola un rato y. después se puso rígidamente de pie. —Yo se lo voy a enseñar, Fráulein, — prometió—, y con mucho gusto. Al llegar a la puerta se detuvo para lanzar el venablo de despedida. —De paso, le aconsejé al general Scheider que no saliera con usted este fin de semana. NOELLE sintió que el alma se le iba a los pies. Era demasiado tarde para avisarle a Israel Katz. —¿Los coroneles interfieren siempre en la vida privada de los generales? —preguntó, furiosa. —En este caso no, —se lamentó el coronel Mueller—. El general Scheider decidió mantener su compromiso —se dio vuelta y se fue. Con el corazón

palpitante, NOELLE lo siguió con los ojos. Después miró el reloj de oro que tenía sobre el tocador y empezó a vestirse apresuradamente.

A las once y cuarenta y cinco, el portero llamó por teléfono a NOELLE para avisarle, con voz temblorosa, que el general Scheider subía al departamento de ella.

—¿El chofer quedó en el automóvil? —preguntó NOELLE.

—No, Mademoiselle, —respondió cautelosamente el hombre—. Subió con el general.

NOELLE colgó el receptor y corrió al dormitorio a revisar una vez más su equipaje. No debía cometer

errores. Oyó sonar la campanilla del timbre y fue al room a abrir la puerta.

El general Scheider esperaba en el corredor; detrás de él estaba su chofer, un joven capitán. El general no llevaba uniforme; se lo veía muy distinguido con su traje gris oscuro de corte impecable, camisa azul claro y corbata negra.

—Buenas tardes, —saludó formalmente al entrar, Después le hizo un gesto a su chofer.

—Las valijas están en el dormitorio, —dijo NOELLE, señalándole la puerta.

Fráulein, —el capitán entró en el dormitorio. El general Scheider se acercó a NOELLE y le tomó ambas manos.

¿Sabes cómo esperé todo el día este momento? —le preguntó—. Pensaba que tal vez no estuvieras, que podías haber cambiado de opinión. Cada vez que sonaba el teléfono, me daba miedo.

—Nada podría haberme hecho cambiar, —respondió NOELLE.

El capitán salió del dormitorio llevando su valija y el estuche de maquillaje.

—¿Hay algo más? —preguntó.

—No, eso es todo, —respondió NOELLE.

El capitán sacó las valijas del departamento.

—¿Lista? —preguntó el general Scheider.

—No, —respondió prontamente NOELLE—. Un pequeño brindis antes de salir. —y se dirigió hacia el bar, donde una botella de champaña esperaba dentro del balde de hielo.

—Permíteme, —el general se le acercó, le acarició suavemente los brazos y después fue hacia el balde de hielo y abrió el champaña.

—¿Por qué vamos a brindar? —preguntó.

—Por Etratat.

Él la estudió durante un momento.

—Por Etratat, —repitió después.

Hicieron chocar las copas y bebieron. Mientras dejaba su copa, NOELLE miró furtivamente su reloj pulsera. El general Scheider estaba diciéndole algo, pero NOELLE no oía sus palabras más que a medias; mentalmente, estaba visualizando lo que sucedía abajo. Tenía que tener muchísimo cuidado. Demasiada rapidez o demasiada lentitud, sería fatal. Para todos. —¿En qué estás pensando? —le preguntó el general Scheider.

NOELLE se dio vuelta rápidamente.

—En nada.

—Pero no me escuchabas.

—Disculpa. Pensaba en nosotros. —volviéndose hacia él, le sonrió cálidamente. —Eres un enigma, —murmuró el general.

—¿No lo son todas las mujeres?

—No tanto como tú. jamás habría pensado que fueras caprichosa y sin embargo, —hizo un gesto—, primero no querías saber nada conmigo y ahora, de pronto, nos vamos a pasar un fin de semana al campo. —¿Lo lamentas, Hans?

—Claro que no. Pero todavía me estoy preguntando... ¿por qué en el campo?

—Ya te lo dije.

—Sí, claro, —asintió el general Scheider—, Un impulso romántico. Es otra cosa que me intriga. Creo que eres más realista que romántica. —¿Qué es lo que quieres decir?

—No tiene importancia, —respondió con calma el general—. Estoy pensando en voz alta, nada más. Me gusta resolver problemas, NOELLE. Y en su momento, te resolveré a ti. NOELLE se encogió de hombros.

—Tal vez cuando tengas la solución, el problema ya no te interese. —Ya veremos. —Scheider dejó la copa—. ¿Salimos?

NOELLE recogió las copas de champaña vacías.

—Voy a dejar esto en la cocina, —anunció.

El general Scheider la observó mientras se alejaba. NOELLE era una de las mujeres más hermosas y más deseables que hubiera visto jamás, y él estaba ansioso de hacerla suya. Pero eso no significaba que fuera ciego ni estúpido. NOELLE quería algo de él, y Scheider se proponía descubrir qué era. El coronel Mueller le había advertido que muy probablemente NOELLE estuviera ayudando a un peligroso enemigo del Reich, y el coronel Mueller no se equivocaba muchas veces. Si él estaba en lo cierto, lo más probable era que NOELLE contara con que el general Scheider la protegería de algún modo. En ese caso, la muchacha no sabía absolutamente nada de la mentalidad militar alemana, y menos aún sobre el general Scheider, que la entregaría a la Gestapo sin el menor remordimiento, pero primero quería tener su placer. Esperaba ese fin de semana con enorme expectativa.

NOELLE volvió de la cocina con expresión preocupada.

—¿Cuántas valijas bajó tu chofer? —preguntó.

—Dos. Una valija y un estuche de maquillaje.

NOELLE frunció el ceño.

—Ay, Hans, cuánto lo siento. Se olvidó del bolso de mano. ¿Me permites?

Scheider la observó mientras ella iba al teléfono y levantaba el receptor.

—¿Me haría el favor de decirle al chofer del general que vuelva a subir? Hay que bajar otra valija. Ya sé que no es más que un fin de semana, —explicó, mientras colgaba el receptor—, pero es que quiero agradarte.

—Si es por agradarme, —respondió el general Scheider—, no vas a necesitar tanta ropa. ¿Herr Gautier sabe que vas a salir conmigo? —preguntó al ver sobre el piano una fotografía de Armand Gautier.

—Sí, —mintió NOELLE.

Gautier tenía una reunión con un productor en Niza, y NOELLE no' había visto razón para alarmarlo poniéndolo al tanto de sus planes. Se oyó sonar el timbre y NOELLE fue abrir la puerta. Era el capitán.

—¿Me dijeron que hay otra valija? —preguntó.

—Sí, —se disculpó NOELLE— En el dormitorio.

Con un gesto de asentimiento, el oficial fue al dormitorio.

—¿Cuándo tienes que regresar a París' —le preguntó el general.

NOELLE se dio vuelta hacia él.

—Quisiera que nos quedáramos todo lo posible. Si volvemos el lunes a última hora de la tarde, tendremos dos días.

—Lo siento, Fráulein, —el capitán se asomó desde el dormitorio—. ¿Qué aspecto tiene la valija?—Azul, redonda, más bien grande, —explicó NOELLE y se volvió a Scheider—. Es donde guardé un vestido nuevo, sin estrenar, Lo reservé para tí.

NOELLE se daba cuenta de que estaba hablando demasiado, procurando disimular su nerviosidad, y pensó que el general lo advertiría, pero él no pareció notar nada raro. El capitán volvió a salir del dormitorio.

—Perdón, pero no la encuentro.

—Permítame, —NOELLE se dirigió al dormitorio y empezó a revisar los armarios—. Esa idiota de la mucama la debe de haber puesto en alguna otra parte. Entre los tres, revisaron todos los armarios del departamento hasta que finalmente el general encontró la valija en el guardarropa del vestíbulo.

—Parece vacía, —observó al levantarla.

NOELLE la abrió rápidamente; en efecto, estaba vacía.

—Ay, qué estúpida, —gimió—. Me debe de haber metido el vestido nuevo en la otra valija, todo arrugado con la otra ropa.

Ojalá no me lo haya arruinado, —suspiró con exasperación—. ¿En Alemania tienen tantos problemas con las mucamas?

—Creo que es lo mismo en todas Partes, —asintió el general Scheider, que observaba atentamente a

NOELLE. La muchacha actuaba de manera extraña; hablaba demasiado. NOELLE advirtió su mirada.

—Me haces sentir como una colegiala, —le sonrió—. No recuerdo cuánto hace que no estaba tan nerviosa.

El general Scheider sonrió. Así que era eso. ¿O NOELLE estaría de algún modo jugando con él? En ese caso, no tardaría en descubrirla. Scheider miró su reloj.

—Si no vamos saliendo, llegaremos allá muy tarde.

—Estoy lista, —declaró NOELLE, rogando al cielo que los demás lo estuvieran.

Cuando llegaron al hall de entrada, NOELLE vio que el portero estaba mortalmente pálido, y se preguntó si algo habría andado mal. Lo miró, esperando algún gesto, alguna señal, pero antes de que el hombre pudiera contestarle, el general la había tomado del brazo y la guiaba hacia afuera.

El automóvil del general Scheider estaba directamente frente a la puerta. El baúl del coche estaba cerrado, y la calle desierta. El chofer se apresuró a abrirles la puerta de atrás y cuando NOELLE se dio vuelta una vez más con intención de ver al portero, el <general se le puso delante Y se lo impidió. ¿Deliberadamente? NOELLE miró el baúl cerrado, que no le dijo nada. Pasarían horas antes de que supiera si su plan había tenido éxito, y el suspenso se le iba a hacer insoportable.

El general Scheider la tomó del brazo, y le dijo, sonriendo.

—Desde este momento no piensas en nadie más que en mí—, la hizo subir al coche y un momento después habían partido.

Cinco minutos después que el automóvil del general Scheider se alejó del edificio de departamentos, un Mercedes negro se detuvo con gran chirrido de frenos frente a la casa, y de él bajaron el coronel Mueller y otros dos hombres de la Gestapo. Mueller recorrió presurosamente la calle con la mirada.

—Se fueron, —confirmó, y los tres hombres corrieron al vestíbulo de entrada del edificio y tocaron el timbre en el departamento del portero. Al abrirse' la puerta, apareció el encargado, con expresión sorprendida.

—¿Qué... —empezó, pero el coronel Mueller lo empujó al Interior de su pequeño departamento.

—Fráulein Page, —lo apremió—. ¿Dónde está?

El viejo lo miró aterrado.

—se fue, —respondió.

—ya lo sé, estúpido! ¡Lo que pregunto es dónde se fue!

El portero sacudió la cabeza con impotencia.

—No tengo la menor idea, Monsieur. Lo único que sé es que iba con un oficial del ejército.

—¿No le dijo dónde se la puede localizar?

—No, Monsieur. Mademoiselle Page no me confía sus asuntos.

El coronel Mueller lo miró un momento con burla, y después giró sobre sus talones.

—No pueden haber ido muy lejos, —les dijo a sus hombres—. ¡Lo más rápido que puedan, 'establezcan contacto con todos los puestos camineros y díganles que cuando llegue el coche del general Scheider quiero que lo detengan y me lo notifiquen en seguida! Dada la hora, el tráfico militar no era muy intenso, lo cual significaba que virtualmente no había tráfico alguno. El automóvil del general Scheider tomó por la carretera que sale de París pasando por Versalles. Atravesaron Vernon y Gaillon, y en veinticinco minutos se aproximaban al importante cruce que se abre hasta Vichy. El Havre y la Costa Azul.

A NOELLE le parecía que se había producido un milagro. Iban a salir de París sin que los detuvieran. Tendría que habérsele ocurrido que ni siquiera los alemanes, con toda su eficiencia, iban a poder controlar todas las rutas que salían de la ciudad. En el momento mismo en que lo pensaba, en la oscuridad que se abría ante ellos apareció de pronto un puesto de control. Un parpadeo de luces rojas los detuvo en medio del camino, y detrás de las luces había atravesado un camión militar alemán que cerraba el paso. Al costado del camino se veía a media docena de soldados alemanes y dos automóviles de la policía francesa. Un teniente del ejército alemán les hizo ademán de detenerse y cuando el auto quedó inmóvil, se acercó al conductor.

—Baje y muéstreme sus documentos. —El general Scheider bajó la ventanilla de atrás, sacó la cabeza y exclamó con voz irritada:

—Soy el general Scheider. ¿Qué demonios pasa?

El teniente se cuadró.

—Perdón, general. No sabía que era su automóvil.

Los ojos del general se fijaron en el puesto de control.

—¿A qué se debe todo esto?

—Tenemos orden de inspeccionar todos los vehículos que salgan de París, Herr general. Están bloqueadas todas las salidas de la ciudad.

—La maldita Gestapo, —el general se volvió hacia NOELLE—. Lo siento, fiebrhen.

NOELLE sintió cómo la sangre abandonaba su rostro y agradeció que el automóvil estuviera a oscuras. Cuando habló, lo hizo con voz firme.

—No tiene importancia.

Pensó en el contenido del baúl. Si el plan había tenido éxito, Israel Katz estaba ahí dentro, y en un momento lo atraparían, Y a ella también.

El teniente alemán se volvió al chofer.

—Abra el compartimiento del equipaje' por favor.

—Pero si lo único que hay allí son valijas, —protestó el capitán—. Yo mismo las guardé.

—Lo siento, capitán. órdenes son órdenes. Tengo que inspeccionar todo vehículo que salga de París. Ábralo.

Sin dejar de murmurar por lo bajo, el conductor abrió la puerta y se dispuso a bajar. La mente de NOELLE trabajaba a toda velocidad. Tenía que encontrar manera de evitar el procedimiento, sin despertar sospechas. El chofer ya se había bajado del auto. Ya no quedaba tiempo. Furtivamente, NOELLE miró al general Scheider y vio que tenía los ojos entrecerrados y los labios tensos de furia. Se volvió hacia él.

—¿Tenemos que bajarnos, Hans? —le preguntó cándidamente—. ¿Nos van a registrar también a nosotros?

Percibió que el cuerpo de él se ponía rígido de cólera.

—¡Basta! —la voz del general fue como el restallar de un látigo—. Vuelva al automóvil, —le ordenó a su chofer y, volviéndose hacia el teniente, habló con voz llena de furia—. A quienquiera que le haya dado esas órdenes, dígale que no son válidas para generales del ejército alemán. Yo no acepto órdenes de un teniente. Sáqueme ese camión del camino.

El pobre teniente miró el enfurecido rostro del general, se cuadró haciendo chocar los talones y respondió:

—Sí, general Scheider, —le hizo una señal al conductor del camión que bloqueaba el camino y el vehículo se apartó hacia un costado.

—Adelante, —ordenó el general Scheider, y el automóvil aceleró en la noche.

NOELLE dejó que su cuerpo se relajara lentamente en el asiento, sintiendo cómo iba abandonándola la tensión. La crisis había pasado. Ojalá supiera si Israel Katz estaba en el baúl del coche. Y si estaba vivo.

El general Scheider se volvió hacia ella, y NOELLE percibió el enojo que todavía no se había apaciguado en él.

—Te ruego que me disculpes, —dijo Scheider, con cansancio—.

Qué guerra más extraña ésta. A veces hay que recordarle a la Gestapo que las guerras las hacen los ejércitos.

NOELLE le sonrió y pasó el brazo por el brazo de él.

—Y que a los ejércitos los mandan los generales.

—Exactamente, —asintió él—. A los ejércitos los mandan los generales. Le voy a tener que dar una lección al coronel Mueller.

Diez minutos después de la partida del automóvil del general Scheider, un llamado telefónico del cuartel general de la Gestapo alertó al puesto de cuartel para que estuvieran a la espera de ese coche.

—Acaba de pasar, —informó el teniente, recorrido de pies a cabeza por una sensación ominosa. Un momento después lo habían comunicado con el coronel Mueller.

—¿Cuánto hace que pasó?

—Diez minutos.

—¿Le registraron el automóvil?

El teniente sintió que se le licuaban las tripas.

—No, señor. El general no lo permitió...

—¡Scheiss! ¿Hacia qué lado tomaron?

El teniente tragó saliva. Cuando volvió a hablar, su voz tenía el tono desesperado de un hombre que sabe que no tiene futuro.

—No estoy seguro, —contestó—. Estamos en un cruce de caminos. Es posible que haya ido hacia el interior, a Ruán, o hacia el mar en dirección a El Havre.

—Preséntese mañana a las nueve en el cuartel general de la Gestapo. En mi oficina.

—Sí, señor, —contestó el teniente.

Rabiosamente, el coronel Mueller cortó la comunicación. Se volvió a los dos hombres que lo acompañaban, gritando:

—El Havre, Mi automóvil. —Vamos a cazar cucarachas!

La ruta que va a El Havre sigue el curso del Sena, atravesando el hermoso Valle del Sena con sus pródigas colinas y sus granjas feraces. La noche era clara y estrellada, y a lo lejos los caseríos eran manchones de luz, como oasis en la oscuridad.

En la comodidad del asiento posterior del automóvil, NOELLE y el general Scheider conversaban. Él le habló de su mujer y de sus hijos, y le contó lo difícil que era el matrimonio para un oficial del ejército. NOELLE lo escuchaba con simpatía, y le explicó a su vez lo difícil que era para una actriz llevar una vida romántica. Los dos tenían clara conciencia de que la conversación era un juego, y ambos la mantenían en un nivel superficial que les permitiera no dejar ver sus cartas. NOELLE no subestimaba ni por un momento la inteligencia del hombre que iba sentado junto a ella, y se daba cuenta cabal de lo peligrosa que era la aventura en que estaba comprometida. Sabía que el general Scheider era demasiado astuto para creer que de pronto ella lo hubiera encontrado irresistible, y que debía de sospechar que ella andaba en pos de algo. Con lo que contaba era con poder ser ella la más hábil en el juego que los dos jugaban.

En horas de la madrugada llegaron a El Havre, en ruta hacia el pueblo de Etratat.

—¿Podríamos detenernos a comer algo? —preguntó NOELLE—. Estoy muerta de hambre.

—Cómo no, si quieres, —asintió el general Scheider—. Busque un restaurante nocturno, —le ordenó al chofer.

—Seguramente debe de haber alguno en el muelle, —sugirió NOELLE y el capitán dirigió obedientemente el automóvil hacia la ribera, deteniéndolo al borde del agua, donde varios barcos de carga estaban amarrados al muelle. Una cuadra más allá, un letrero anunciaba: "Bistro".

El capitán les abrió la puerta y NOELLE descendió, seguida por el general Scheider.

—Probablemente esté abierto toda la noche para los estibadores, —comentó NOELLE, y se dio vuelta al oír el ruido de un motor. Un pequeño camión—grúa había ido a detenerse cerca del automóvil y de él bajaron dos hombres que vestían mamelucos y usaban gorras con visera que no dejaban ver sus rostros. Uno de los hombres miró insistentemente a NOELLE y después sacó una caja de herramientas y se puso a ajustar la grúa. NOELLE sintió que se le ponían tensos los músculos de la boca del estómago. Tomó del brazo al general Scheider y se dirigieron hacia el restaurante. NOELLE se volvió a mirar al chofer, que seguía sentado al' volante.

—¿No querrá tomar un café? —le preguntó a Scheider.

—Es mejor que se quede en el coche.

NOELLE lo miró. El chofer no debía quedarse en el coche porque todo el plan se arruinaría, pero no se atrevió a insistir. Siguieron andando hacia el café por la calle pavimentada de adoquines ásperos y desparejos. De pronto,

al dar un paso, se le dobló el tobillo y NOELLE cayó al suelo, dejando escapar un grito de dolor. El general Scheider intentó en vano sostenerla antes de que su cuerpo diera contra el adoquinado.

—¿Te hiciste daño? —le preguntó.

Al ver lo que había sucedido, el capitán abandonó su puesto al volante y se acercó apresuradamente a ellos.

—Lo siento, —gimió NOELLE—, pero me torcí el tobillo. No sé si no lo tengo roto.

Hábilmente, el general Scheider le pasó la mano por el tobillo.

—No hay hinchazón. Lo más probable es que no sea más que un esguince. ¿Puedes apoyarte en él?

—No… no sé, —se quejó NOELLE.

El chofer ya estaba a su lado y los dos hombres la ayudaron a ponerse de pie. Cuando NOELLE intentó dar un paso, el tobillo volvió a ceder.

—Me duele, —se quejó—. Si pudiera sentarme un momento.

—Ayúdeme a entrarla, —dijo el general Scheider, señalando hacia el café.

Mientras los dos hombres sostenían a NOELLE, uno de cada lado. Los tres se dirigieron al restaurante. Al atravesar la puerta, la muchacha se arriesgó a mirar rápidamente hacia el automóvil. Los dos estibadores estaban junto al baúl del coche.

—¿Estás segura de que no prefieres que sigamos directamente a Etratat? —le preguntó el general.

—No, créeme que me siento bien.

El dueño del restaurante los condujo a una mesa apartada y los dos hombres acomodaron a NOELLE en una silla.

—¿Te duele mucho?

—Un poco, —NOELLE apoyó la mano sobre la de Scheider—. Pero no te preocupes. No dejaré que esto nos arruine el fin de semana, Hans.

En el momento en que NOELLE y el general Hans Scheider tomaban asiento en el café, el coronel Mueller y sus hombres atravesaban a toda marcha los límites de la ciudad de El Havre. Ya habían despertado al jefe de policía local, que esperaba a los hombres de la Gestapo frente al destacamento policial.

—Un gendarme ya localizó el auto del general, —les anunció—. Está detenido en la ribera.

El rostro de Mueller se iluminó de satisfacción.

—Vamos para allá, —ordenó.

Cinco minutos más tarde el automóvil de la Gestapo, con el coronel Mueller, sus dos colaboradores y el jefe de policía se detenía sobre el muelle, junto al coche del general Scheider. En ese mismo momento el general, NOELLE y el chofer salían del bistro. El chofer fue el primero en advertir la presencia de los hombres junto al automóvil y empezó a andar rápidamente hacia ellos.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó NOELLE.

Mientras hablaba, reconoció a la distancia la silueta del coronel Mueller y sintió un escalofrío.

—No sé, —el general Scheider echó a andar a largos pasos hacia su automóvil, seguido por NOELLE, que cojeaba.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó a Mueller.

—Lamento interrumpir su descanso, —expresó secamente Mueller—. Quisiera registrar el baúl de su automóvil, general.

—Lo único que hay allí es el equipaje.

NOELLE se unió al grupo. Se fijó en que el camión—grúa se había ido. El general y el hombre de la Gestapo se enfrentaban, echando chispas.

—Es mi deber insistir, general. Tengo razones para creer que un enemigo jurado del Tercer Reich se encuentra allí oculto y que la invitada de usted es su cómplice.

El general Scheider lo estudió largamente y después se dio vuelta hacia NOELLE.

—No entiendo a qué se refiere —declaró la muchacha, con aplomo.

Los ojos del general la recorrieron. Al fijarse en el tobillo, Scheider tomó una decisión y se volvió al chofer.

—Abra el baúl.

Todos los ojos se clavaron en el baúl mientras el chofer hacía girar la manija para abrirlo. NOELLE creyó que se desmayaba. La tapa se levantó lentamente.

El baúl estaba vacío.

—¡Alguien nos robó el equipaje! —exclamó el chofer. La cara del coronel Mueller estaba manchada de furia.

—¡Se escapó!

—¿Quién se escapó? —Preguntó el general.

—Le Cafard, —rugió el coronel Mueller—. Un judío que se llama Israel Katz. Lo sacaron de París en el baúl de este automóvil.

—Eso es imposible, —replicó el general Scheider—. Ese baúl estaba herméticamente cerrado. Se habría asfixiado.

El coronel Mueller observó un momento el baúl y se volvió a uno de sus hombres.

—Métase adentro.

—Sí, mi coronel.

Obedientemente, el hombre se deslizó dentro del baúl. El coronel Mueller cerró de un golpe la tapa y miró su reloj. Durante Cuatro minutos todos permanecieron en silencio, sumido cada uno en sus pensamientos. Finalmente, después de un tiempo que a NOELLE le pareció una eternidad, Mueller levantó la tapa del baúl. El hombre estaba inconsciente. El general Scheider se volvió hacia el coronel Mueller, con expresión de desprecio.

—Ya ve que si alguien iba en ese baúl, lo que sacaron fue su cadáver. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted, coronel?

El oficial de la Gestapo sacudió la cabeza, hirviendo de frustración y rabia. El general Scheider se dio vuelta hacia el chofer.

—Vamos, —ayudó a NOELLE a subir al auto y se dirigieron a Etratat, dejando que el grupo de hombres se desvaneciera a la distancia.

El coronel Kurt Mueller ordenó un registro de inmediato de la zona de los muelles sin lograr hallar nada. Un pequeño tubo de oxígeno con su máscara yacía oculto bajo unas tablas en uno de los tantos depósitos. La noche anterior un carguero africano se había hecho a la vela en El Havre, con destino a Ciudad del Cabo, pero para entonces ya estaba en alta mar. El equipaje robado apareció pocos días después en el departamento de objetos perdidos de la Gare du Nord, en París.

En cuanto a NOELLE y el general Scheider, pasaron el fin de semana en Etratat y a última hora de la tarde del lunes regresaron a París, a tiempo para que NOELLE alcanzara la función de la noche.

CATHERINE

Washington 1941—1944

9

Catherine dejó de trabajar con William Fraser al día siguiente de haberse casado con Larry. El día que regresó a Washington, Fraser le pidió que almorzara con él. Se lo veía agotado, ojeroso y súbitamente envejecido. Catherine había sentido un impulso de compasión hacia él, pero eso fue todo. Se sentía ante un extraño, alto y apuesto, a quien le tenía afecto, pero ahora se le hacía imposible entender que alguna vez hubiera pensado en casarse con él. Fraser le sonrió débilmente.

—Así que eres una señora casada, —comentó.

—La señora más casada del mundo.

—Debe de haber sido algo muy inesperado ... ojalá yo hubiera tenido ocasión de competir.

—Tampoco yo tuve ocasión, —reconoció honestamente Catherine—. Sucedió... y nada más.

—Larry es un gran tipo.

—Sí.

—Catherine, —Fraser vaciló—, en realidad, tú no sabes mucho de Larry ¿no es cierto?

Catherine sintió que la espalda se le ponía tensa.

—Sé que lo amo, Bill, —respondió con calma—, y sé que él me ama. Es bastante buen comienzo ¿no?

Silencioso, con el ceño fruncido, Fraser enfrentaba algún conflicto interno.

—Catherine...

—¿Sí?

—Ten cuidado.

—¿Con qué? —preguntó Catherine. Fraser volvió a hablar con lentitud, tanteando cuidadosamente su camino, en medio del campo minado de las palabras.

—Larry es... diferente.

—¿En qué sentido? —preguntó Catherine, negándose a ayudarlo.

—Quiero decir que no es como la mayoría de los hombres, —Fraser vio la expresión de Catherine y se interrumpió—. Al diablo, no me hagas caso, —sonrió débilmente—. Tal vez hayas leído mi biografía, por Esopo. Lo del zorro y las uvas. Catherine le tomó afectuosamente la mano.

—jamás te olvidaré, Bill. Y espero que podamos seguir siendo amigos. —Yo también lo espero, —asintió Fraser—. ¿Estás segura de que no quieres seguir en la oficina?

—Es que Larry no quiere. Es chapado a la antigua y cree que el marido debe mantener a su mujer.

—Si alguna vez cambias de opinión, avísame.

Durante el resto del almuerzo hablaron de cuestiones de trabajo y analizaron quién ocuparía el puesto de Catherine. La muchacha sabía que iba a extrañar mucho, a Bill Fraser. Siempre había pensado que el primer hombre que seducía a una muchacha seguía ocupando un lugar muy especial en la vida de ella, pero para Catherine, Bill había significado algo más que eso. Era un hombre encantador y un amigo excelente. Catherine se quedó preocupada por su actitud hacia Larry. Era como si Bill hubiera empezado a prevenirla de algo y después se hubiera refrenado por temor de

echar a perder su felicidad. ¿O sería lo que él mismo había dicho, un caso más del zorro y las uvas? Bill Fraser no era hombre mezquino ni celoso, e indudablemente iba a querer que Catherine fuera feliz. Y sin embargo la muchacha estaba segura de que él había intentado decirle algo. Muy en el fondo de su espíritu aleteaba un vago presentimiento. Pero una hora más tarde cuando volvió a encontrarse con Larry y él le sonrió, de su ánimo se borró todo lo que no fuera la alegría de estar casada con ese ser humano gozoso e increíble.

Larry era el compañero más fascinante que Catherine hubiera conocido en su vida. Cada día con él era una aventura, una fiesta. Todos los fines de semana salían al campo, paraban en alguna pequeña posada y recorrían las ferias de las aldeas. Fueron a Lake Placid y bajaron por el enorme tobogán, y en Montauk salieron a navegar y a pescar. Catherine le tenía terror al agua porque no sabía nadar, pero Larry le dijo que no se preocupara, y con él se sintió segura.

Larry era amoroso y atento, y al parecer tenía muy poca conciencia de la atracción que ejercía sobre las mujeres. Parecía que Catherine fuera todo lo que necesitaba. Durante la luna de miel Larry había encontrado un pajarito de plata en la tienda de un anticuario, y a Catherine le había gustado tanto que él le buscó también un pájaro de cristal, y así habían dado comienzo a una colección. Un sábado por la noche regresaron a Maryland para celebrar sus tres meses de matrimonio, y cenaron en el mismo pequeño restaurante.

Al día siguiente, el 7 de diciembre, los japoneses atacaron Pearl Harbor.

La declaración de guerra contra Japón se produjo al otro día a las 13:32, casi veinticuatro horas después del ataque japonés. El lunes, mientras Larry estaba en la base aérea de Andrews, incapaz de estar a solas en el departamento, Catherine se tomó un taxi y fue hasta el Capitolio a ver lo que sucedía. La gente se agrupaba en torno de una docena de aparatos de radio portátiles, diseminados entre la multitud que llenaba las aceras de la plaza del Capitolio. Catherine distinguió la comitiva presidencial, que se acercó rápidamente hasta detenerse frente a la entrada Sur del Capitolio, y como estaba bastante cerca, alcanzó a ver al presidente Roosevelt que bajó sostenido por dos ayudantes. En todas partes había policías dispuestos a evitar desórdenes. El ánimo de la multitud era, le pareció a Catherine, esa indignación que puede empujar a las turbas a un linchamiento.

Cinco minutos después de haberlo visto entrar al Capitolio, le llegó por radio la voz del presidente Roosevelt, que se dirigía a ambas Cámaras del Congreso. La voz era firme y enérgica, llena de colérica determinación.

—"Norteamérica no olvidará este ataque. El poder y la rectitud han de triunfar... Arribaremos al triunfo inevitable; ayúdanos, pues, oh Dios."

Quince minutos después de la entrada de Roosevelt al Capitolio, el Congreso aprobaba la Resolución 254 por la que se declaraba la guerra al Japón. El discurso del presidente Roosevelt había durado exactamente diez minutos; era el mensaje más breve que un Congreso norteamericano hubiera recibido con ocasión de una declaración de guerra.

Afuera, la multitud proclamaba con grandes hurras su aprobación, su cólera y su deseo de venganza. Finalmente, Norteamérica se ponía en marcha.

Catherine observaba a los hombres y a las mujeres que había a su alrededor. En las caras de los hombres se veía la misma expresión de euforia que ella había visto el día antes en el rostro de Larry, como si pertenecieran

todos a una misma sociedad secreta para cuyos miembros la guerra fuera un deporte emocionante. Hasta las mujeres parecían atrapadas por el entusiasmo que recorría a la multitud, pero Catherine se preguntaba cómo iban a sentirse cuando los hombres se hubieran ido y ellas estuvieran solas, esperando noticias de sus maridos e hijos. Lentamente, Catherine se dio vuelta y echó a andar hacia su departamento. En la esquina había soldados con la bayoneta calada.

Pronto el país entero va a estar en uniforme, pensó. Las cosas fueron más rápido de lo que ella se había imaginado. Casi de la noche a la mañana, Washington se convirtió en un mundo ocupado por un ejército uniformado en color caqui.

En el aire se sentía una excitación eléctrica, contagiosa. Era como si la paz fuera un letargo, una miasma que inundaba a la humanidad con una sensación de tedio, y como si únicamente la guerra pudiera estimular en los hombres la cabal euforia de estar vivos.

Larry estaba de dieciséis a dieciocho horas diarias en la base aérea y no era raro que pasara la—noche allí. Le dijo a Catherine que la situación en Pearl Harbor y en Hickarn Field era mucho peor de lo que se le había hecho saber al pueblo. El insidioso ataque había tenido un éxito devastador. A todos los fines prácticos, la armada de los Estados Unidos y buena parte de su fuerza aérea habían sido destruidas.

—¿Quieres decir que podríamos perder la guerra? —le preguntó Catherine, aterrada.

Larry la miró con aire pensativo.

—Depende de la rapidez con que podamos prepararnos, —respondió—. Todo el mundo piensa que los japoneses son unos hombrecitos cómicos de ojos oblicuos. ¡Mierda! Son tipos duros y que no le tienen miedo a la muerte. Los blandos somos nosotros.

En los meses que siguieron, pareció que fuera imposible detener a los japoneses. Los títulos de los periódicos voceaban todos sus éxitos: atacaban a Wake... se preparaban para invadir las Filipinas... desembarcaban en Guam ... en Borneo ... en Hong Kong. El general MacArthur declaró a Manila ciudad abierta y las tropas norteamericanas sitiadas en las Filipinas se rindieron.

Un día de abril, Larry telefoneó desde la base, invitando a Catherine a que se encontrara con él en el centro, en el Willard Hotel, para una cena de celebración.

—¿Celebración de qué? —preguntó ella.

—Te lo diré esta noche, —respondió Larry, y Catherine percibió en su voz una nota de gran excitación.

Al colgar el receptor, Catherine se sintió invadida por una premonición terrible. Trató de pensar en todas las demás razones que podía tener Larry para celebrar, pero volvía siempre a lo primero que se le había ocurrido, y sentía que ella no iba a tener fuerzas para hacer frente a eso.

Esa tarde, a las cinco, ya vestida, Catherine se sentó en la cama, con los ojos clavados en el espejo del dormitorio.

Es que no puede ser, se dijo. Tal vez lo hayan ascendido y sea eso lo que quiere festejar. O habrá recibido alguna buena noticia referente a la guerra. Pero por más que se lo repetía no conseguía creerlo, Se estudió a sí misma en el espejo, procurando ser objetiva. Claro que ella no le iba a quitar el sueño a Ingrid Bergman pero, decidió desapasionadamente, era una mujer atractiva. Tenía buena figura, rica en curvas provocativas. Eres inteligente,

alegre, grata, buena chica y bastante sexy, se dijo. ¿Qué motivo puede tener un hombre normal para querer abandonarte e irse a la guerra para que lo maten?

A las siete, Catherine entró en el comedor del Willard Hotel. Larry todavía no había llegado y el maitre la acompañó hasta una mesa. Después de haberle dicho que no iba a servirse nada, Catherine cambió nerviosamente de idea y pidió un martini.

Cuando se lo trajeron, al levantar el vaso Catherine descubrió que le temblaba el pulso. Entonces vio que Larry venía hacia ella, abriéndose paso entre las mesas, saludando a todo el mundo mientras se acercaba. De él emanaba esa vitalidad increíble, ese hálito que hacía que todas las miradas se volvieran hacia él. Catherine lo miraba, recordando el día que Larry se había acercado a su mesa, en el comedor de la MGM, en Hollywood. Se daba cuenta de lo mal que lo conocía entonces y se preguntó hasta qué punto lo conocía ahora. Larry llegó a la mesa y la besó rápidamente en la mejilla.

—Disculpa la demora, —la saludó—. Durante todo el día de hoy, la base fue un circo de tres pistas.

Se sentó, saludó por su nombre al maitre y pidió un martini. Si advirtió que Catherine estaba bebiendo, no hizo ningún comentario.

Dime cuál es tu sorpresa. Dime qué es lo que festejamos, gritaba interiormente Catherine, pero se guardó de decir nada. "Hay que ser estúpido para pedir una mala noticia", decía un viejo proverbio húngaro. Tomó otro sorbo de su bebida. Bueno, tal vez no fuera un viejo proverbio húngaro. Tal vez fuera un nuevo proverbio de Catherine Douglas, destinado a servir de protección a las pieles sensibles. Tal vez el martini— estuviera emborrachándola un poquito. Si su premonición era correcta, ya se iba a emborrachar del todo antes de terminar la noche. Pero ahora, al mirar el rostro lleno de amor de Larry, Catherine sintió que estaba equivocada; tenía que estarlo. Para Larry sería tan insoportable dejarla como para ella separarse de él. Se había estado fabricando un fantasma con una sábana. Por la expresión de felicidad del rostro de Larry, supo que la noticia que tenía que darle era realmente buena.

Larry se inclinó hacia ella, con su sonrisa de muchacho, tomándola de la mano.

—Jamás te habrás imaginado lo que pasa, Cathy. Me mandan a ultramar.

Fue como si se hubiera bajado un telón semitrasparente que le daba a todo un aspecto irreal y nebuloso. Larry seguía sentado junto a ella y sus labios se movían, pero a Catherine su imagen se le salía de foco y no podía oír nada de lo que él decía. Miró por encima del hombro de él y vio que las paredes del restaurante se iban hacia atrás, como si escaparan. Siguió mirándolas, fascinada.

—¡Catherine! —Larry estaba sacudiéndole el brazo y lentamente los ojos de ella volvieron a enfocarse en él y todo volvió a la normalidad—. ¿Te sientes bien?

Catherine hizo un gesto de asentimiento, tragó saliva y habló con voz temblorosa.

—Perfectamente. Es que las buenas noticias siempre me sacuden.

—¿Entiendes que tengo que hacerlo, verdad?

—Sí, lo entiendo. La verdad, mi amor, es que aunque viviera un millón de años no la entendería. Pero tú me odiarías si te lo dijera ¿no es cierto?

¿Qué falta te hace una esposa rezongona? La mujer de un héroe despide a su marido con una sonrisa.

—Estás llorando, —Larry la miraba, preocupado.

—No es cierto, —protestó Catherine, indignada, y descubrió espantada que era verdad—. Es que ... tengo que acostumbrarme a la idea.

—Voy a tener mi propio escuadrón, —dijo Larry.

—¿De veras?

—Catherine intentó darle una inyección de orgullo a su voz. Su propio escuadrón. Cuando era chiquito, probablemente habría tenido su propio trencito para jugar. Y ahora que era un muchacho crecido, le daban su propio escuadrón, para jugar. Y eran juguetes de verdad, con garantía de que los derribaban, y sangraban, y se morían.

—Tomaría otro martini, —suspiró.

—Cómo no.

—¿Cuándo... cuándo vas a tener que salir?

—No antes del mes próximo, —lo dijo de tal manera que parecía que estuviera ansioso de irse, Era espantoso, sentir cómo se desgarraba todo lo que constituía su matrimonio. En la plataforma de la orquesta, la cantante entonaba: "Volar a la luna con alas de telaraña..." Telaraña, pensó Catherine. De eso está hecho mi matrimonio, de telaraña. Ese Cole Porter se las sabía todas.

—Vamos a tener mucho tiempo antes de que yo me vaya, —le decía Larry.

¿Mucho tiempo para qué? se preguntó amargamente Catherine. ¿Mucho tiempo para formar una familia, para ir con nuestros hijos a esquiar en Vermont, para envejecer juntos?

—¿Qué te gustaría hacer esta noche? —preguntó Larry.

Me gustaría ir al hospital para que te amputen un dedo del pie, o para que te perforen el tímpano.

—Vamos a casa, a hacernos el amor, —pidió con una urgencia desesperada.

Las cuatro semanas siguientes pasaron en un soplo. Los relojes corrían en una pesadilla kafkiana que convertía los días en horas y las horas en minutos hasta que increíblemente llegó el último día. Catherine llevó a Larry al aeropuerto. Él estaba alegre, locuaz y divertido; ella sombría, triste y silenciosa. Los últimos minutos se convirtieron en un caleidoscopio de encargos... un rápido beso de despedida... Larry que subía al avión que estaba a punto de alejarle de ella... y un último gesto de despedida. Catherine se quedó mirando cómo el aparato se convertía en un punto en el cielo y después desaparecía. Durante una hora siguió allí, hasta que oscureció. Entonces fue a buscar el automóvil y volvió a su departamento vacío.

Durante el primer año que siguió al ataque a Pearl Harbor, se libraron diez grandes batallas aéreas y marítimas contra los japoneses. Los aliados ganaron solamente tres, pero dos de ellas fueron decisivas: Midway y la batalla de Guadalcanal.

Catherine leía minuciosamente los relatos periodísticos de las batallas y después le pedía a William Fraser que le consiguiera más detalles. Aunque ella le escribía todos los días, pasaron ocho semanas hasta que recibió la primera carta de Larry, optimista y llena de excitación. La carta había sido tan censurada que Catherine no pudo darse idea de dónde estaba ni de lo que estaba haciendo. De todas maneras, la sensación que trasmitía era que

aparentemente él disfrutaba de la situación, y en las largas horas de soledad nocturna Catherine se quedaba despierta pensando en eso, tratando de entender qué era lo que había en Larry que lo movilizaba ante el desafío de la guerra y de la muerte. No se trataba de que tuviera algún deseo de muerte: Catherine jamás había conocido a nadie más vital. Tal vez fuera simplemente el reverso de la medalla: lo mismo que hacía tan agudo el sentido de la vida estaba constantemente afilándolo contra la muerte.

Un día almorzó con William Fraser. Catherine sabía que él había tratado de alistarse, y que en la Casa Blanca le habían dicho que sería más útil si se quedaba en su puesto. Fraser se había sentido cruelmente desilusionado, pero jamás había hablado de eso con Catherine. Ahora, sentado frente a ella mientras almorzaban, Fraser le preguntó si tenía noticias de Larry.

—Recibí una carta la semana pasada.

—¿Qué te decía?

—Bueno, por lo que cuenta Larry, la guerra es una especie de partido de fútbol. Perdimos el primer tiempo, pero ahora que hemos introducido algunos cambios en el equipo estamos recuperando terreno.

—Es muy de Larry, —asintió Fraser.

—Pero la guerra no es así, —dijo Catherine en voz baja—. No es un partido de fútbol, Bill. Antes de que esto acabe habrán muerto millones de personas.

—Cuando uno está metido en eso, Catherine, tal vez sea más fácil pensar que es como un partido de

fútbol.

Catherine había decidido volver a trabajar. El ejército había creado un cuerpo de auxiliares femeninas y Catherine pensó en alistarse, pero después se le había ocurrido que podía ser más útil si hacía algo más que conducir vehículos o contestar el teléfono. Ahora, mientras almorzaba con William Fraser, Catherine le dijo que quería trabajar, ser útil en algo. Fraser la observó un momento.

—Es posible que haya algo justo para ti, Catherine. El gobierno está pensando en la venta de Bonos de Guerra. Creo que tú podrías ayudar a coordinarla.

Dos semanas más tarde, Catherine volvía a trabajar, organizando la venta de bonos, tarea de la que se encargarían celebridades artísticas. Teóricamente la cosa parecía una ridiculez, pero llevarla a la práctica era diferente. Astros y estrellas parecían criaturas, ansiosos de colaborar en el esfuerzo de guerra, pero difíciles de comprometer para una fecha determinada. Había que modificar constantemente los horarios, y no siempre por culpa de ellos: la filmación de una película se demoraba y se alteraban los planes previstos. Catherine se encontró viajando de Washington a Hollywood y a Nueva York, continuamente. Se acostumbró a vivir a horario, a poner en la valija lo indispensable para cada viaje. Conoció a docenas de celebridades.

—¿Es cierto que le presentaron a Cary Grant? —le preguntó su secretaria una vez que regresaba de Hollywood.

—Sí, almorzamos juntos.

—¿Es tan encantador como dicen?

—Si lo pudiera envasar, —declaró Catherine—, sería el hombre más delicioso del mundo.

Sucedió tan gradualmente que Catherine casi no se dio cuenta. Había empezado seis meses atrás, cuando Bill Fraser le habló de un problema que tenía Wallace Turner con una de las cuentas de publicidad que solía manejar Catherine. Catherine había planeado una campaña usando un enfoque humorístico' y el cliente había quedado encantado. Algunas semanas después Bill le había pedido que los ayudara con otra cuenta, y cuando se quiso acordar, Catherine advirtió que estaba dedicándole más de la mitad de su tiempo a la agencia de publicidad. Estaba a cargo de una docena de cuentas, todas importantes. Fraser le había asignado un buen sueldo y un tanto por ciento. La víspera de Navidad, a mediodía, 'Fraser entró en la oficina de Catherine. Ya todos se habían ido a sus casas y ella estaba terminando un trabajo de último momento.

—¿Lo pasas bien? —preguntó Fraser.

—Me gano la vida, —sonrió Catherine—, y con holgura. Gracias, Bill, —agregó cálidamente.

—No me lo agradezcas. Te has ganado hasta el último centavo ... y algo más. Y sobre el "algo más" quería hablarte.

—¿Me vas a aumentar el sueldo?

—No. Te propongo que nos asociemos.

—¿Que nos asociemos? —Catherine lo miró sorprendida.

—La mitad de las cuentas nuevas que conseguimos en los últimos seis meses te la debemos a tí, —Fraser se quedó mirándola pensativamente, sin decir nada más, pero Catherine comprendió cuánto significaba para él.

—Trato hecho; somos socios.

El rostro de él se iluminó.

—No te imaginas cuánto me alegro, —torpemente, le tendió la mano.

Catherine sacudió la cabeza, y dejándolo con la mano extendida, lo abrazó y lo besó en la mejilla.

—Ahora que somos socios te puedo besar, —bromeó.

De pronto sintió que Bill la abrazaba con más fuerza.

—Cathy...

Catherine le puso un dedo en los labios.

—No digas nada, Bill. Dejemos las cosas como están.

—Tú sabes que estoy enamorado de ti.

—Y yo te quiero, —le dijo ella, tiernamente.

La semántica, pensó. La diferencia entre "querer" y "estar enamorado" era un abismo infranqueable.

—Te prometo que no te molestaré, —sonrió Fraser—. Respeto tus sentimientos hacia Larry.

—Gracias, Bill, —dudó un momento—. No sé si te sirve de algo, pero si alguna vez hubiera alguien más, serías tú.

—Claro que me sirve. Me va a mantener el ánimo durante toda la noche.

NOELLE
París: 1944

10

Durante el último año, Armand Gautier había dejado de traer a colación el tema del matrimonio. En un primer momento él se había sentido en una posición superior a la de NOELLE, como alguien que le ofrecía algo

importante a una muchacha a la que virtualmente había sacado de la calle. Ahora, sin embargo, la situación se había invertido o poco menos. Cuando los periodistas los entrevistaban, las preguntas se dirigían a NOELLE, y donde fueran juntos NOELLE era la atracción y él su acompañante. NOELLE era la amante perfecta. Seguía atendiendo a Gautier, conduciéndose como dueña de casa y, convirtiéndolo en uno de los hombres más envidiados de Francia; pero en realidad él jamás tenía un momento de paz, pues se daba cuenta de que no había conquistado a NOELLE ni jamás la conquistaría, y, de que algún día ella desaparecería de su vida tan caprichosamente como había venido y, al recordar lo que le había sucedido la única vez que NOELLE lo abandonara, Gautier se sentía descompuesto. Contrariando todos sus instintos, su experiencia y su conocimiento de las mujeres, se había enamorado locamente, desesperadamente de NOELLE. La muchacha era lo más importante que había en su vida. Se pasaba las noches en vela ideando rebuscadas sorpresas que la hicieran feliz y, cuando tenía éxito, obtenía el premio de un beso o una sonrisa o una inesperada noche de amor. Cada vez que NOELLE miraba a otro hombre, Gautier sufría lo indecible, pero se guardaba muy bien de decírselo. Una vez, al salir de una fiesta en que NOELLE se había pasado la velada conversando con un médico famoso, Gautier se había enfurecido con ella. NOELLE había escuchado tranquilamente sus protestas, y se había limitado a contestarle sin levantar la voz:

—Si te molesta que yo hable con otros hombres, Armand, me llevaré mis cosas esta misma noche.

Gautier jamás había vuelto a tocar el tema.

A comienzos de febrero, NOELLE inauguró su salón. Había empezado como un sencillo refrigerio para reunir, los domingos, a algunos de sus amigos del teatro, pero a medida que el rumor se difundía, el grupo se amplió rápidamente y empezaron a integrarlo políticos, hombres de ciencia, escritores y todos aquellos a quienes el grupo considerara interesantes o entretenidos. NOELLE reinaba sobre el salón y era una de sus atracciones principales. Todos estaban ansiosos de hablar con ella, porque NOELLE hacía preguntas inteligentes y recordaba las respuestas. Les preguntaba sobre política a los políticos y sobre finanzas a los banqueros. No tardó mucho en conocer a todos los grandes artistas franceses que vivían en Francia. NOELLE tenía los mejores maestros del mundo quienes, a su vez, encontraban en ella a una alumna bella y fascinante. Su espíritu era rápido e inquisitivo, y sabía escuchar con inteligencia.

Armand Gautier tenía la sensación de estar viendo a una princesa en compañía de sus ministros, pero no se daba cuenta de que eso era lo más que podría acercarse a conocer el carácter de NOELLE.

A medida que pasaban los meses, Armand Gautier empezó a sentirse un poco más seguro. Le parecía que NOELLE ya había conocido a todos los hombres que podían importarle, sin que hubiera demostrado interés en ninguno de ellos.

Pero todavía no había conocido a Constantin Demiris.

Constantin Demiris era dueño de un imperio más vasto y más poderoso que la mayoría de los países. No tenía título ni posición oficial, pero compraba y vendía regularmente primeros ministros, cardenales, embajadores y reyes. Demiris se contaba entre los dos o tres hombres más ricos del mundo, y su poder era legendario. Era dueño de la mayor flota de cargueros existentes. de una línea aérea, poseía periódicos, bancos, altos

hornos, minas de oro... sus tentáculos se extendían por todas partes, entretejidos de manera inextricable en la trama y en la urdimbre de la estructura económica de docenas de países.

Poseía una de las colecciones de arte más importantes del mundo, una escuadrilla de aviones particulares y una docena de departamentos y casas de campo repartidas por todo el globo.

Constantin Demiris era de estatura más que mediana, tórax fornido y hombros anchos. Moreno de color, con nariz de corte griego, los ojos eran dos aceitunas negras, brillantes de inteligencia. No le interesaba la ropa y sin embargo estaba siempre en la lista de los hombres mejor vestidos y se decía que tenía más de quinientos trajes. Se hacía hacer la ropa en el lugar donde se encontraba. Los trajes se los hacían Hawes y Curtis en Londres, las camisas Brioni en Roma, los zapatos Daliet Grande en París; las corbatas venían de una docena de países.

Demiris tenía una personalidad casi palpable, y allí donde entrara, aunque no lo conocieran, la gente se daba vuelta a mirarlo. En todo el mundo, los periódicos y las revistas publicaban un interminable torrente de comentarios sobre Constantin Demiris y sus actividades, tanto de orden social como comercial.

A la prensa le ofrecía citas en abundancia. A un reportero que le preguntaba si los amigos lo habían ayudado a alcanzar el éxito, le contestó:

—Para tener éxito se necesitan amigos. Para tener mucho éxito, se necesitan enemigos.

Cuando le preguntaron cuántos empleados tenía, había contestado:

—Ninguno. Tengo acólitos. Cuando es tanto el poder y el dinero que están en juego, el comercio se convierte en una religión y las oficinas en templos.

Educado en la tradición de la Iglesia Ortodoxa griega, Demiris afirmaba sin embargo de la religión organizada:

—Se han cometido mil veces más crímenes en nombre del amor que en nombre del odio."

Todo el mundo sabía que estaba casado con la hija de una antigua familia de banqueros griegos, que su mujer era una dama tan atrayente como graciosa y que rara vez estaba con él en las recepciones que Demiris ofrecía en su yate o en su isla privada. Quien lo acompañaba era en cambio alguna hermosa actriz o bailarina o quien fuera que en ese momento llenaba su fantasía. Sus episodios románticos eran tan legendarios y coloridos como sus aventuras financieras. Se había llevado a la cama a docenas de estrellas de cine, a una novelista de quince—años y a viudas flamantes.

Aunque habían aparecido media docena de libros sobre Demiris, ninguno de ellos había llegado a tocar lo esencial del hombre ni a revelar la oculta fuente de su éxito. Pese a ser una de las figuras más públicas del mundo, en su vida privada Constantin Demiris era una persona muy reservada, que manejaba su imagen pública al modo de una fachada que le permitía ocultar su verdadera personalidad. En cada una de sus actividades tenía docenas de amigos íntimos, pero en realidad nadie lo conocía. Los hechos eran del dominio público. Su vida había empezado en el puerto de El Pireo, como hijo de un estibador, en una familia de catorce hermanos donde la comida Jamás alcanzaba y, si alguien quería algo extra, tenía que pelear para conseguirlo. En Demiris había algo que constantemente quería algo más, y luchaba para conseguirlo.

Desde su niñez, en la mente de Demiris todo se convertía automáticamente en matemáticas. Sabía el número de los escalones del Partenón, los minutos que le llevaba ir a pie a la escuela, la cantidad de barcos que había en el puerto un día determinado. El tiempo era una cantidad dividida en sectores, y Demiris había aprendido 'a no desperdiciarlo. El resultado era que, sin verdadero esfuerzo, era capaz de logros tremendos. Su sentido de la organización era innato, un instinto que operaba automáticamente hasta en las cosas más insignificantes que hacía. Todo se le convertía en el juego de poner a prueba su ingenio contra el de los demás.

Por más que Demiris se diera cuenta de que era más inteligente que la mayoría de los hombres, su vanidad no era excesiva. Cuando una mujer hermosa quería acostarse con él, ni por un instante se engañaba pensando que ello se debiera a su apariencia o a su personalidad, pero tampoco dejaba que eso lo preocupara. El mundo era un mercado, y la gente que había en él eran vendedores o compradores. Demiris sabía que a algunas mujeres las atraía su dinero, a otras su poder y a algunas, —muy pocas—, su espíritu o imaginación.

Casi no conocía persona que no quisiera algo de él: una donación para obras de caridad, que les. financiara algún proyecto o, simplemente, el poder que podía emanar de la amistad de él. Demiris se divertía tratando de descubrir exactamente qué era lo que buscaba la gente, ya que muy raras veces era lo que parecía en un primer momento. Su mentalidad analítica desconfiaba de las verdades superficiales

y, como consecuencia, no creía nada de lo que oía ni tenía fe en nadie.

A los periodistas que llevaban la crónica de su vida les dejaba ver únicamente su cordialidad y' su

encanto, característicos del hombre de mundo, cortés y refinado, sin que jamás llegaran a sospechar que por debajo de la superficie, Demiris era un asesino, un luchador despiadado que por instinto se tiraba siempre a la yugular.

Para los antiguos griegos la palabra thekaeossini, justicia, era muchas veces sinónima de ekthekissis, venganza, y ambas cosas obsesionaban a Demiris. Recordaba cada afrenta que hubiera sufrido alguna vez y los que tenían la desgracia de incurrir en su enemistad, recibían el pago centuplicado. jamás llegaban siquiera a darse cuenta, porque con su mentalidad matemática, Demiris convertía el castigo implacable en un juego, ideaba pacientemente las trampas más complicadas, tejía elaboradas telarañas que terminaban por atrapar y destruir a sus víctimas.

Cuando Demiris tenía dieciséis años, había iniciado su primera empresa comercial con un hombre mayor que se llamaba Spiros Nicholas. A Demiris se le había ocurrido la idea de abrir un pequeño puesto en los muelles para servirles algo caliente a los estibadores del turno de la noche. Había reunido penosamente la mitad del dinero necesario, pero cuando la empresa empezó a funcionar Nicholas lo había echado del negocio y se lo había quedado para él sólo. Demiris había aceptado su destino sin Protestas y había seguido adelante con otras actividades.

En los veinte años que siguieron, Spiros Nicholas se había dedicado con éxito al negocio de las carnes envasadas y se había enriquecido. Se había casado, tenía tres hijos y era uno de los hombres más prósperos de Grecia. Durante esos años, Demiris esperó pacientemente a que Nicholas

construyera su pequeño imperio. Cuando decidió que Nicholas ya había alcanzado su límite de éxito y de felicidad, Demiris descargó el golpe.

Como su negocio prosperaba, Nicholas contemplaba la idea de comprar granjas que le permitieran operar con carne propia y abrir una cadena de almacenes minoristas. Para ello necesitaba una enorme suma de dinero. El dueño del banco con que operaba Nicholas era Constantin Demiris, y el banco alentó a Nicholas a pedir préstamos para expansión cobrándole tasas de interés que Nicholas no podía resistir. Nicholas se metió en el negocio y en medio de la expansión el banco le reclamó de pronto los pagarés. Cuando el comerciante, perplejo, protestó diciendo que no podía efectuar los pagos, el banco le entabló inmediatamente un juicio hipotecario. Los periódicos propiedad de Demiris destacaron el episodio en' primera plana, y otros acreedores empezaron a apremiar a Nicholas. Éste recurrió a otros bancos e instituciones de crédito pero, por razones que se le escapaban, también ellos se negaron a acudir en su ayuda. Obligado a declararse en quiebra, Nicholas se suicidó al día siguiente.

El sentido de thekaeossini de Demiris era un arma de doble filo. Así como jamás perdonaba una ofensa, tampoco se olvidaba de un favor. Una casera que, cuando Constantin era joven y demasiado pobre para pagarle, le ofreció ropa y comida, se encontró de pronto y sin tener la menor idea de quién podía ser su benefactor, convertida en dueña de una casa de departamentos. Una muchacha que había llevado al joven Demiris a vivir con ella cuando no tenía un centavo había recibido de manera anónima una casa de campo y una pensión vitalicia. La gente que cuarenta años atrás había tenido algo que ver con el ambicioso joven griego no tenía la menor idea de la forma en que esa relación tan casual podía afectar su vida. El ambicioso joven Demiris había necesitado ayuda de banqueros y abogados, marinos y gremialistas, políticos y financistas. Algunos lo habían ayudado y estimulado, en tanto que otros se burlaban de él. En su cabeza y en su corazón, el orgulloso griego había conservado un registro indeleble de todas esas transacciones. En una ocasión, su esposa Melina le había acusado de jugar a ser Dios.

—Todo el mundo juega a ser Dios, —le contestó Demiris—. Algunos somos más adecuados que otros para el papel.

—Pero es pecado destruir vidas humanas.

—No es pecado; es justicia.

—Venganza.

—A veces es lo mismo. La mayor parte de los hombres se salen con la suya pese al mal que hacen. Yo estoy en situación de hacer que paguen su culpa. Eso es justicia.

Para Demiris eran un placer las horas que se pasaba ideando trampas para sus adversarios. Estudiaba cuidadosamente a sus víctimas, analizando su personalidad, delimitando sus puntos fuertes y débiles.

En la época en que Demiris tenía tres pequeños barcos cargueros y necesitaba un préstamo para ampliar su flota, había recurrido a un banquero suizo de Basilea. El banquero no sólo había rechazado su pedido sino que había telefoneado a otros banqueros amigos para aconsejarles que no le dieran ningún dinero al joven griego. Finalmente, Demiris había conseguido el préstamo en Turquía.

Demiris había esperado el momento oportuno, y había decidido que el talón de Aquiles del banquero era su codicia. Demiris estaba en tratativas con Ibn Saud de Arabia para contratar el arriendo de un yacimiento de

petróleo recién descubierto. El arriendo significaría para la compañía de Demiris varios centenares de millones de dólares.

El griego dio instrucciones a uno de sus agentes para que dejara filtrar la información sobre las negociaciones de modo que llegara a oídos del banquero suizo. Al banquero le ofrecieron una participación del 25 por ciento en la nueva compañía si ponía cinco millones de dólares en efectivo para comprar acciones. Una vez cerrado el trato, los cinco millones de dólares se habrían convertido en más de cincuenta millones. El banquero verificó rápidamente la información y comprobó su autenticidad.. Como no disponía personalmente de esa suma, la sacó clandestinamente del banco sin notificar a nadie, porque no quería que ninguno compartiera la ganga. La transacción quedaría cerrada a la semana siguiente y entonces podría reponer el dinero que había sacado.

Cuando Demiris tuvo en su poder el cheque del banquero, anunció a los periódicos que se había cancelado el acuerdo con Arabia. Las acciones se vinieron abajo. El banquero no encontró forma de cubrir las pérdidas y el desfalco quedó en descubierto. Demiris compró esas acciones por unos pocos centavos de dólar y después siguió adelante con las negociaciones. Las acciones volvieron a subir. El banquero fue condenado por desfalco y tuvo que cumplir veinte años de prisión.

Demiris tenía entabladas partidas con varios jugadores con quienes todavía no había igualado el puntaje, pero no tenía ningún apuro. Se divertía por anticipado con el planeamiento y la ejecución. Era como una partida de ajedrez y Demiris era un maestro en el ajedrez. Ya no seguía haciéndose de enemigos, porque no había quién pudiera darse el lujo de ser enemigo de él, de modo que la cacería, se limitaba a aquellos que en el pasado se le habían atravesado en el camino.

Tal era, pues, el hombre que una tarde hizo su aparición en el salón dominical de NOELLE Page. Estaba en París por unas horas, de paso para El Cairo, cuando una joven escultora que estaba con él le sugirió que fueran un rato por el salón. Desde el momento en que vio a NOELLE, Demiris decidió que la quería para él.

Aparte la realeza misma, que estaba fuera del alcance de la hija de un pescador de Marsella, Constantin Demiris era probablemente lo que más se aproximaba a un rey. Tres días después de haberlo conocido, NOELLE plantó la obra sin aviso previo, hizo sus valijas y se fue a Grecia a encontrarse con Constantin Demiris.

Dada la importancia de sus respectivas situaciones, era inevitable que la relación entre NOELLE Page y Constantin Demiris se convirtiera en una cause céubre de nivel internacional. Fotógrafos y reporteros procuraban continuamente entrevistar a la esposa de Demiris que, —si su compostura se había alterado, jamás lo dejó traslucir. El único comentario que hizo Melina Demiris a la prensa fue que su marido tenía muchos y excelentes amigos en el mundo entero y que ella no veía nada de malo en que los tuviera. Particularmente, les dijo a sus dolidos padres que no era el primer affaire que tenía Costa, y que no tardaría en pasar, lo mismo que los otros. Su marido emprendía prolongados viajes de negocios, y Melina lo veía aparecer fotografiado en los periódicos, recorriendo en compañía de NOELLE

Constantinopla, Tokio o Roma. Melina Demiris era una mujer orgullosa, pero estaba decidida a soportar la humillación porque amaba verdaderamente a su marido. Aceptaba como un hecho, aunque no pudiera entender las razones, que había hombres que necesitaban más de una

mujer, y que incluso un hombre enamorado de su esposa era capaz de acostarse con otra. Melina habría preferido morirse a permitir que otro hombre la tocara. jamás le hacía reproches a su marido, porque sabía que lo único que conseguiría sería alejarlo de ella. El saldo de su matrimonio era bueno. Melina se daba cuenta de que no era mujer apasionada, pero en la cama era accesible toda vez que su marido la deseaba y. procuraba ofrecerle todo el placer que podía. Si hubiera sabido las formas en que NOELLE le hacía el amor a Demiris se habría escandalizado, y de haber sabido hasta qué punto él lo disfrutaba, se habría desesperado.

La principal atracción que NOELLE ejercía sobre Demiris, para quien las mujeres no ocultaban ya sorpresa alguna, consistía en ser una constante sorpresa. Para ese apasionado de los enigmas, NOELLE era un acertijo que desafiaba toda solución. Demiris jamás había conocido a nadie como ella. Aceptaba las cosas bellas que él le daba, pero se mostraba igualmente feliz cuando no le daba nada. Demiris le compró una hermosísima casa en Portofino, sobre la exquisita curva azul de la bahía, pero sabía que para ella habría sido lo mismo un minúsculo departamento en el sector viejo de Atenas.

Demiris había conocido en su vida a muchas mujeres que habían querido usar el sexo para obtener de él alguna cosa u otra. NOELLE jamás le pedía nada. Algunas mujeres se le habían acercado para bañarse en el reflejo de su gloria, pero en el caso de NOELLE la que atraía a los periodistas y los camarógrafos era ella. NOELLE era estrella por derecho propio. Durante un tiempo Demiris jugueteó con la idea de que tal vez la muchacha se hubiera enamorado sencillamente de él, pero era demasiado honesto para no desecharla.

En un primer momento había enfrentado como un reto el intento de llegar a lo más profundo que había en NOELLE, de sojuzgarlo y adueñárselo. Al principio Demiris había procurado conseguirlo por la vía del sexo, pero por primera vez en su vida se encontraba con una mujer que lo superaba en ese terreno. Las apetencias sensuales de NOELLE excedían a las suyas. Cualquier cosa que él pudiera hacer, NOELLE podía hacerla mejor, con más frecuencia y mayor habilidad, hasta que por último, cuando estaban en la cama, Demiris aprendió a relajarse y gozar de ella como jamás había gozado de una mujer en su vida. NOELLE era un fenómeno que revelaba incesantemente nuevas facetas placenteras. Sabía cocinar tan bien como cualquiera de los chefs a quienes Demiris les pagaba una fortuna, y entendía de arte tanto como los expertos que le cobraban anualmente fabulosos honorarios para buscarle cuadros y esculturas. A Demiris le divertía oírlos hablar de arte con NOELLE y advertir su perplejidad ante la profundidad de conocimientos de la muchacha.

Recientemente, Demiris había comprado un Rembrandt, y cuando el cuadro llegó, NOELLE estaba con él en su isla de verano. También estaba el joven marchand que había encontrado el cuadro para Demiris.

—Es uno de los más grandes del maestro, —había anunciado orgullosamente al descubrir la tela.

El cuadro era un exquisito retrato de una madre con su hija. NOELLE, sentada en un sillón, lo observaba en silencio.

—Es una belleza, —asintió Demiris y se volvió hacia NOELLE—. ¿Qué te parece?

—Hermosísimo. ¿Dónde lo encontró? —preguntó, volviéndose al experto.

—Descubrí que lo tenía un marchand de Bruselas, —respondió él, orgulloso—, y lo convencí de que me lo vendiera.

—¿Y cuánto le pagó? —siguió preguntando NOELLE.

—Doscientas cincuenta mil libras.

—Es una ganga, —declaró Demiris.

NOELLE tomó un cigarrillo y el joven se precipitó a encendérselo. Ella se lo agradeció, y miró a Demiris.

—Más ganga habría sido, Costa, si se lo hubiera comprado al verdadero propietario.

—No entiendo, —dijo Demiris.

El marchand la miraba con aire extrañado.

—Si el cuadro es auténtico, —explicó NOELLE—, entonces vino de la heredad. del duque de Toledo, en España. ¿No es así?

Él se había puesto pálido.

—No... tengo idea, —tartamudeó—. El marchand no me lo dijo.

—¡Vamos! —lo increpó NOELLE—. ¿Me va a decir que compró un cuadro por semejante suma sin establecer su procedencia? Eso es increíble. En la heredad, el cuadro estaba tasado en ciento setenta y cinco mil libras. A alguien lo estafaron en setenta y cinco mil libras.

Y todo había resultado cierto. El experto y su cómplice el marchand, acusados de connivencia, terminaron en prisión. Demiris devolvió el cuadro y, al pensar después en el asunto, más que los conocimientos de NOELLE le impresionó su honestidad. Si hubiera querido, podría haberse limitado a llamar aparte al joven experto y, amenazándolo con chantajearlo, obligarlo a repartirse el dinero. En cambio, lo había desafiado abiertamente en presencia de Demiris, sin ningún motivo ulterior. Para agradecérselo, Demiris le había comprado un carísimo collar de esmeraldas, que NOELLE aceptó con el mismo aire casual con que habría recibido un encendedor. Demiris insistía en llevar consigo a NOELLE a todas partes. En cuestión de negocios no confiaba en nadie y por ende se veía obligado a tomar personalmente todas las decisiones. Además, le resultaba útil hablar con NOELLE de cuestiones comerciales. Ella estaba sorprendentemente al tanto de esos temas, y el solo hecho de poder hablar con alguien le facilitaba a veces a Demiris la toma de decisiones. Llegó el momento en que NOELLE era la persona mejor enterada de los tratos comerciales de Demiris, con la posible excepción de sus abogados y contadores. En otros tiempos, Demiris solía tener varias amantes al mismo tiempo, pero como en NOELLE encontraba todo lo que necesitaba, fue dejándolas poco a poco. Como Demiris era hombre generoso, todas aceptaron la despedida sin rencor.

El yate de Demiris era un Corvette convertido, de cuarenta y dos metros de eslora, con cuatro motores diésel G. M. Llevaba a bordo un hidroavión, veinticuatro hombres de tripulación, dos lanchas automóviles y tenía piscina de agua dulce. A bordo había doce suites para huéspedes, impecablemente decoradas, aparte el departamento del propio Demiris, lleno de cuadros y antigüedades.

Cuando Demiris recibía invitados en el yate, a NOELLE le correspondía el rol de dueña de casa. Cuando el griego iba en avión o en barco a su isla privada, era a NOELLE a quien llevaba consigo, mientras Melina se quedaba en casa. Demiris cuidaba que su amante y su mujer no se encontraran, por más que, naturalmente, Melina estaba al tanto de todo.

Dondequiera que fueran, NOELLE recibía el trato de un miembro de la realeza y, por lo demás, con derecho. La niñita que desde la sucia ventana

de su departamento en Marsella miraba su flotilla de barcos, había llegado a tener la flota más grande del mundo. A NOELLE no la impresionaban la riqueza de Demiris ni su reputación; lo que la impresionaba era su inteligencia y su fuerza. Demiris tenía la mentalidad y la voluntad de un gigante y a su lado, otros hombres parecían pusilánimes por comparación. A NOELLE no se le escapaba la crueldad implacable que había dentro de él, pero así todo se le hacía, de algún modo, mucho más excitante, porque esa crueldad estaba también dentro de ella.

Constantemente, NOELLE recibía ofertas de papeles estelares en películas y piezas de teatro, pero las tomaba con indiferencia. Tenía el papel principal en la historia de su propia vida, que era mucho más fascinante de lo que pudiera imaginar cualquier comediógrafo. Cenaba con reyes, primeros ministros y embajadores, y todos la halagaban porque sabían que gozaba de la confianza de Demiris. Le dejaban entrever sutilmente qué era lo que necesitaban, y le prometían el mundo si ella podía ayudarlos.

Pero NOELLE ya tenía el mundo. Al tenderse en la cama junto a Demiris, le contaba lo que había pedido cada uno de esos hombres, y la información que ella le trasmitía le permitía al griego evaluar necesidades, fuerzas y debilidades. Así podía ejercer las presiones adecuadas y conseguir que siguiera afluyendo más dinero a sus arcas ya rebosantes.

La isla privada de Demiris era uno de sus grandes placeres. Cuando la compró, la isla era tierra virgen, pero él la había convertido en un paraíso. Sobre una colina había una casa espectacular donde vivía Demiris, una docena de deliciosos chalets para huéspedes, un coto de caza, un lago artificial de agua dulce, un zoológico, un puerto donde podía anclar su yate y una pista de aterrizaje para sus aviones. La isla estaba atendida por ochenta empleados, y había guardias armados para ahuyentarr a los intrusos. A NOELLE le gustaba la soledad de la isla, y cuando más disfrutaba era cuando no había otros invitados. Constantin Demiris se sentía halagado, suponiendo que eso se debía a que NOELLE prefería estar a solas con él. Se habría quedado atónito de haber sabido lo preocupada que estaba NOELLE por un hombre de cuya existencia Demiris ni siquiera estaba enterado.

Larry Douglas estaba separado de NOELLE por la mitad del mundo, librando secretas batallas en islas secretas, y sin embargo ella sabía de él más que su mujer, con quien Larry mantenía una correspondencia bastante regular. Por lo menos una vez por mes, NOELLE viajaba a París para ver a Christian Barbet, y el pequeño detective calvo y miope siempre la esperaba con un informe al día.

La primera vez que NOELLE regresó a Francia para ver a Barbet, cuando intentó salir había tenido problemas con la visa de salida. Había tenido que esperar durante cinco horas en una oficina de la aduana, hasta que por 'fin le permitieron llamar a Constantin Demiris. Diez minutos después de haber hablado con él, un oficial alemán se había precipitado a ofrecerle las excusas de su gobierno. Después le habían dado una visa especial, y NOELLE jamás había vuelto a tener problemas.

El pequeño detective esperaba con ansiedad las visitas de NOELLE. Estaba cobrándole una fortuna, pero su nariz bien adiestrada olfateaba todavía más dinero. Barbet estaba muy satisfecho con la nueva fiaison de NOELLE con Constantin Demiris. Tenía la sensación de que, de una manera u otra, eso iba a representar para él un gran beneficio financiero. Primero tenía que asegurarse de que Demiris no sabía nada del interés de su amante por Larry Douglas; después tendría que descubrir cuánto valdría la

información para Demiris. O cuánto le daría NOELLE Page por quedarse callado. Barbet podía dar un golpe excelente, pero tenía que jugar sus cartas con cuidado. La información que podía reunir sobre Larry era' sorprendentemente sólida, ya que Barbet podía darse el lujo de pagar bien sus fuentes.

Mientras la mujer de Larry leía una carta marcada con un anónimo matasellos de correos, Christian Barbet le informaba a NOELLE:—Está volando con el décimocuarto grupo de cazas, del escuadrón cuarenta y ocho...

"lo único que puedo decirte, querida, es que estoy en algún lugar del Pacífico", anunciaba la carta de Catherine.

—Están en Tarawa, y el próximo destino es Guam, —le informaba Christian Barbet a NOELLE.

—...Te echo mucho de menos, Cathy. Aquí las cosas van mejor. No puedo darte detalles, pero por fin tenemos aviones mejores que los Zeros japoneses..."

—Su amigo está volando en P—38s, P—405 Y P—51s.

"me alegro de que estés trabajando en Washington, chiquita. No dejes de serme fiel. Aquí todo anda bien. Cuando te vea voy a tener mucho que contarte..."

—A su amigo lo condecoraron y lo ascendieron a teniente coronel.

Mientras Catherine pensaba en su marido y rogaba para verlo volver sano y salvo, NOELLE seguía minuciosamente los movimientos de Larry y rogaba también para que volviera sano y salvo. La guerra no tardaría en terminar y Larry Douglas estaría de vuelta. Para ambas.

CATHERINE
Washington. 1945—1946

11

La mañana del 7 de mayo de 1945, en Relins, Francia, Alemania se rindió incondicionalmente a los aliados. El milenio del reinado del Tercer Reich había llegado a su término. Los que estaban al tanto de la verdadera devastación de Pearl Harbor, los que sabían que Dunquerque había estado a un pelo de pasar a la historia como el Waterloo de Inglaterra, los que habían comandado las Reales Fuerzas Aéreas, sabían lo desvalidas que se habrían encontrado las defensas de Londres contra un ataque total de la Luftwaffe, todas esas personas se daban cuenta de la serie de milagros que les habían dado la victoria a los aliados, y sabían por qué estrecho margen las cosas no habían salido al revés. Los poderes del mal habían estado a punto de' alcanzar la victoria, y la idea era tan descabellada, tan contraria a la ética cristiana según la cual el Bien triunfa y el Mal sucumbe, que todos se apartaban de ella horrorizados, dándole las gracias a Dios y ocultando sus errores a los ojos de la posteridad en montañas de archivos que llevaban el sello de MUY CONFIDENCIAL.

La atención del mundo libre se volvió entonces al Lejano Oriente, Los japoneses, esos cómicos hombrecitos cortos de vista, defendían encarnizadamente cada palmo de tierra conquistada, y parecía que la guerra iba a ser larga y costosa.

Entonces, el 6 de agosto, los norteamericanos dejaron caer una bomba atómica en Hiroshima, La destrucción fue increíble. En contadísimos

minutos, la mayor parte de la población de una ciudad importante había muerto, víctima de una pestilencia mayor que todas las guerras y plagas de la Edad Media, combinadas.

Tres días después, el 9 de agosto, cayó una segunda bomba atómica, esta vez en Nagasaki. Los resultados fueron más devastadores aún. La civilización había alcanzado por fin su momento culminante; era capaz de perpetrar un genocidio susceptible de ser calculado en una proporción de x millones de personas por segundo. Fue demasiado para los japoneses, y el 2 de setiembre de 1945, a bordo del Missouri, el general Douglas MacArthur aceptó la rendición incondicional del gobierno japonés. La Segunda Guerra Mundial había terminado.

Durante un largo momento, cuando se supo la noticia, el mundo contuvo el aliento y después dejó escapar un grande y sincero grito de júbilo. En todo el globo, ciudades y puertos se llenaron de histéricos desfiles de personas que celebraban el fin de la guerra para poner término a todas las guerras, para poner término a todas las guerras, para poner término a todas las guerras ...

Al día siguiente, merced a alguna magia que jamás quiso explicarle a Catherine, Bill Fraser le consiguió una comunicación telefónica con Larry Douglas, en alguna isla del Sur del Pacífico. Todo fue una sorpresa para Catherine. Fraser le dijo que lo esperara en la oficina de ella, para que fueran a almorzar juntos. A las 2.30 de la tarde, Catherine hizo sonar la chicharra del intercomunicador.

—¿Cuándo vamos? —le preguntó— Pronto va a ser la hora de comer.

—Espera, que en un minuto estoy contigo, —le dijo Fraser.

Cinco minutos después volvió a llamarla.

—Tienes una llamada en la línea uno.

Catherine tomó el teléfono.

—¿Hola? —se oían crujidos y ruidos como las olas de un mar distante— Hola, —repitió Catherine.

—¿La señora Douglas? —preguntó una voz masculina.

—Sí, —respondió Catherine, intrigada—. ¿Quién es?

—Espere un momento, por favor.

Por el receptor se oía una especie de chillido. Después otro crujido y finalmente una Voz.

Inmóvil, con el corazón palpitante, Catherine no podía hablar.

—¿Larry? ¿Larry?

—Sí, chiquita.

—¡Oh, Larry! —Catherine, empezó a llorar;

de pronto, descubrió que le temblaba todo el cuerpo.

—¿Cómo estás, querida?

Catherine se clavó las uñas en el brazo, tratando de hacerse doler lo bastante para poder detener el arranque de histeria que se había adueñado repentinamente de ella.

—Mu... muy bien, —contestó—. ¿Dón... dónde estás?

—Si te lo digo nos van a cortar. Estoy en algún lugar del Pacífico.

—Bastante cerca, entonces, —Catherine empezaba a controlar sus nervios—. ¿Estás bien, mi amor? —Perfectamente.

—¿Cuándo vas a volver?

—En cualquier momento.

Los ojos de Catherine volvieron a llenarse de lágrimas.

—Bueno, vamos a sin... sincronizar nuestros relojes.

—¿Estás llorando?

—¡Claro que estoy llorando, idiota! Y me alegro de que no veas cómo se me corrió el maquillaje. Hola, Larry... Larry...

—Te extrañé, chiquita.

Catherine pensó en las largas noches solitarias que se habían convertido en semanas y meses y años sin él, sin que los brazos de Larry la rodearan, sin tener junto a ella la maravilla de su cuerpo fuerte, sin su consuelo ni su protección ni su amor.

—Yo también te extraño, —respondió.

—Lo lamento, coronel, —en la línea apareció una voz masculina—, pero tenemos que interrumpir la comunicación, ¡Coronel!

—No me dijiste que te habían ascendido.

—Tuve miedo de que se te fuera a la cabeza.

—Oh, querido, yo...

El ruido del océano se intensificó y de pronto se hizo el silencio y la línea quedó muda. Catherine permaneció inmóvil, mirando el teléfono. Después apoyó la cabeza en los brazos y empezó a llorar.

Diez minutos después le llegó por el intercomunicador la voz de Fraser.

—Cuando estés lista vamos a almorzar, Cathy.

—Ahora estoy lista para cualquier cosa, —respondió ella alegremente—. Dame cinco minutos.

Catherine sonreía con ternura al pensar en lo que había hecho Fraser y en lo difícil que debía de haberle resultado. Era el hombre más encantador del mundo. Después de Larry, claro.

Catherine se había imaginado tantas veces la llegada de Larry que la llegada misma fue casi una desilusión. Bill Fraser le había explicado que probablemente Larry volvería en un avión del comando de trasporte aéreo y que esos aparatos no volaban con horarios fijos como los de las líneas comerciales. Uno aceptaba una plaza en el primer vuelo que conseguía, sin que importara mucho el destino del avión, en tanto que se ajustara a la dirección general.

Catherine se quedó todo el día en casa esperando a Larry. Intentó leer, pero estaba demasiado nerviosa. Se puso a escuchar los noticieros, pero pensaba en Larry que ahora volvía a ella, esta vez para siempre. Para medianoche él todavía no había llegado, y Catherine decidió que probablemente no estaría en casa hasta el otro día. A las dos de la mañana, cuando ya no podía mantener los ojos abiertos, se fue a acostar.

La despertó una mano apoyada en su hombro y al abrir los ojos, ahí estaba él de pie a su lado, su Larry inclinándose sobre ella, mirándola, con una sonrisa en el rostro magro y tostado, y en un abrir y cerrar de ojos Catherine estuvo en sus brazos y toda la inquietud, la soledad y el dolor de esos cuatro años quedaron barridos por una ola purificadora de júbilo que parecía inundarla hasta la última fibra de su ser. Se apretó contra él hasta que le dio miedo de estar rompiéndole los huesos; quería quedarse así para siempre, sin dejarlo ir jamás.

—Vamos, tesoro, —dijo finalmente Larry, apartándose de ella con una sonrisa—. Va a quedar muy raro en los periódicos. "Aviador que regresa ileso de la guerra muere ahogado por su mujer."

Catherine encendió las luces, todas las luces para que la habitación se inundara de claridad, para poder verlo, observarlo, devorárselo. El rostro de Larry tenía una madurez nueva. En torno de la boca y de los ojos se veían

líneas que antes no estaban. En definitiva, a Larry se lo veía más buen mozo que nunca.

—Yo quería ir a esperarte, —balbuceó Catherine—, pero no sabía dónde. Llamé a la Fuerza Aérea y no me pudieron dar ninguna información, así que me quedé aquí esperando y...

Larry se adelantó hacia ella y la hizo callar con un beso, ávido y exigente. Catherine había esperado que ella sentiría la misma urgencia física y se sorprendió al descubrir que no era así. Lo amaba muchísimo, pero se habría sentido contenta simplemente con sentarse a hablar con él, en vez de hacer el amor como él requería con tanta urgencia. Catherine había sublimado su sensualidad durante tanto tiempo que estaba hondamente sepultada y no iba a ser fácil ni rápido volverla a despertar y traerla de nuevo a la superficie.

Pero Larry no le daba tiempo; mientras hablaba, iba arrancándose la ropa.

—Por Dios, Cathy, no sabes cuánto he soñado con este momento. Me estaba volviendo loco allá afuera. Y tú... tú estás más hermosa de como yo te recordaba.

Terminó de desvestirse y quedó junto a ella, y de alguna manera era un extraño el que la empujaba a la cama y Catherine deseaba que Larry le diera tiempo para acostumbrarse a la presencia de él en casa, a la desnudez de él junto a ella. Pero Larry proseguía, sin preliminar alguno, forzándola sin que Catherine estuviera preparada para recibirlo. Y le hacía daño, y Catherine se mordió la mano para no gritar mientras él, le hacía el amor como un animal salvaje.

Su marido había vuelto a casa.

Durante el mes siguiente, con la bendición de Fraser, Catherine no fue a la oficina, y ella y Larry pasaron casi todos sus momentos juntos. Ella le preparó todos sus platos favoritos, y escucharon discos y hablaron y hablaron, intentando llenar los huecos de los años perdidos que quedaban tras ellos. A la noche iban a alguna fiesta o al teatro, y cuando regresaban a casa se hacían el amor. Ahora el cuerpo de Catherine ya estaba dispuesto para él, y Larry era el amante encantador de siempre. Casi.

Aunque ni siquiera para sus adentros quisiera admitirlo, Catherine encontraba que en Larry algo había cambiado, indefiniblemente. Era más exigente, menos generoso. Seguía habiendo juegos preliminares cuando hacían el amor, pero el juego era mecánico, como si para Larry se hubiera convertido en un requisito que había que cumplir antes de pasar al ataque sexual. Y era realmente un ataque, una toma feroz y salvaje, como si su cuerpo estuviera procurando vengarse de algo, repartiendo un castigo. Cada vez que terminaban de hacer el amor, Catherine se sentía magullada y molida, como si le hubieran dado una paliza.

A medida que pasaban los días, Larry seguía haciéndole el amor de la misma manera y eso fue lo que en definitiva hizo que Catherine empezara a buscar otros cambios en él. Trató de observarlo con imparcialidad, de olvidar que ese hombre era el marido que ella adoraba. Veía a un hombre alto, bien plantado., de pelo negro y profundos ojos oscuros, con un rostro de una hermosura devastadora. Aunque tal vez "hermosura" ya no fuera la palabra. Las líneas que rodeaban la boca habían endurecido los rasgos regulares y armoniosos. Al mirar a ese extraño, Catherine habría pensado: Es un hombre capaz de ser egoísta, frío y despiadado. Y sin embargo se decía que eso era una ridiculez. Ése era su Larry, tierno, bondadoso y adorable.

Catherine lo presentó orgullosamente a todos sus amigos y a la gente que trabajaba con ella, pero parecía que a Larry le aburrían. En las fiestas se refugiaba en un rincón y se pasaba la velada bebiendo. A Catherine le parecía que él no hacía nada por ser sociable y una tarde trató de tocar el tema.

—¿Y por qué voy a hacerlo? —la había interrumpido Larry—. ¿Dónde mierda estaban todos esos capones cuando yo estaba allá arriba rompiéndome el culo?

Algunas veces Catherine planteó el tema de lo que iba a hacer Larry en el futuro. Ella había pensado que tal vez querría quedarse en la Fuerza Aérea, pero casi lo primero que hizo Larry al regresar fue presentar su renuncia.

—El servicio es para los imbéciles. No hay posibilidad de adelantar allí, —dijo.

Era casi una parodia de la primera Conversación que Catherine había tenido con él en Hollywood, sólo que entonces, Larry había estado bromeando.

Catherine tenía que hablar con alguien de su problema y finalmente decidió hablarlo con Bill Fraser y le dijo lo que la estaba preocupando, dejando de lado las cosas más personales.

—Si te sirve de consuelo, —le dijo cordialmente Fraser—, te diré que en este momento hay en el mundo millones de mujeres a quienes les pasa lo mismo que a ti. En realidad es muy simple, Catherine. Estás casada con un extraño.

Catherine lo miró sin decir nada. Fraser hizo Una pausa para llenar y encender la pipa.

—Realmente, no podías esperar que iban a empezar de nuevo

en el mismo punto en que estaban hace cuatro años cuando Larry— se fue ¿verdad? Ese momento del tiempo ya no existe. Tú lo has dejado atrás, y Larry también. En parte, el matrimonio funciona porque marido y mujer tienen experiencias comunes

Los dos crecen juntos, y su matrimonio crece. Van a tener que volver a encontrar un terreno común.

—Hasta hablar de eso lo siento Como Una traición, Bill.

—Yo te conocí antes, —sonrió Fraser—. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo.

—Estoy seguro de que Larry también se siente andando a tientas, —continuó Fraser—. Durante cuatro años estuvo viviendo con un millar de hombres y ahora se tiene que acostumbrar a vivir con una muchacha.

—Tienes razón en todo lo que dices, —sonrió—. Me imagino que tenía que oírselo a alguien.

—Cualquiera te puede dar un montón de consejos útiles para manejar a los heridos, —señaló Fraser—, pero hay heridas que no se ven, y que a veces son profundas. No me refiero a nada grave, —rió rápidamente al ver la expresión de Catherine—. De lo que estoy hablando es de los horrores que tiene qUe ver cualquier soldado en combate y eso, a menos que un hombre sea totalmente estúpido, tiene que tener inevitablemente, un efecto enorme sobre su manera de ser. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Sí, —asintió Catherine.

¿Qué efecto había tenido? Ésa era la cuestión.

Cuando finalmente Catherine volvió a trabajar, sus compañeros de la agencia estaban contentísimos. Durante los tres primeros días Cathy no hizo

otra cosa que repasar campañas y bocetos para cuentas nuevas y poner al día las cuentas viejas. Trabajaba desde las primeras horas de la mañana hasta el atardecer, tratando de recuperar tiempo perdido, fatigando a las dactilógrafas y a los dibujantes y tranquilizando a los clientes inquietos. A Catherine le gustaba su trabajo Y se desempeñaba muy bien en él.

A la noche, cuando volvía al departamento, Larry estaba esperándola. Al principio le preguntaba qué había hecho durante su ausencia, pero las respuestas eran siempre tan vagas que finalmente Catherine dejó de preguntar. Larry había erigido una muralla que ella no sabía cómo derribar. Le molestaba casi todo lo que decía Catherine y continuamente estaban peleando por nada. En las ocasiones en que cenaba con Fraser, Catherine se esforzaba para que la velada resultara alegre y grata, de modo que Fraser no pensara que algo andaba mal.

Pero para sí misma, Catherine tenía que admitir que algo andaba muy mal. Tenía la sensación de que en parte el fracaso era de ella, aunque seguía amando a Larry. Amaba su presencia, su contacto, su recuerdo, pero se daba cuenta de que, si seguía así, Larry terminaría destruyéndolos a ambos.

Catherine estaba almorzando con William Fraser.

—¿Cómo está Larry? —preguntó Fraser.

Un "bien" automático acudió a los labios de Catherine pero ella lo detuvo.

—Necesita trabajo, —contestó lisa y llanamente.

Fraser la miró, con un gesto de asentimiento.

Catherine vaciló; no quería mentir.

—¿Se está inquietando por no tener trabajo?

—Es que no quiere hacer cualquier cosa, —respondió cuidadosamente—, sino algo que esté bien para él.

Fraser la observó, procurando captar el significado oculto tras las palabras.

—¿No le gustaría ser piloto?

—No creo que quiera volver al servicio.

—Estaba pensando en alguna de las líneas aéreas. Tengo un amigo que es director de la Pan Am. Para ellos sería una suerte conseguir alguien con la experiencia de Larry.

Catherine se quedó pensando en la propuesta, intentando ponerse en el lugar de Larry. Lo que más le gustaba a él en el mundo era volar. Iba a ser un buen trabajo, si podía hacer lo que le gustaba.

—Parece estupendo, —respondió, cautelosa—. Realmente ¿crees que podrías conseguirle ese trabajo, Bill?

—Lo intentaré. ¿Por qué no lo sondeas primero a Larry— para ver qué impresión le causa?

—Lo haré, Bill, —Catherine le tomó la mano, agradecida—. Te lo agradezco tanto.

—¿Qué cosa? —preguntó bromeando Fraser.

—Que estés siempre cuando te necesito.

Fraser le acarició la mano.

—Soy parte del paisaje.

Cuando Catherine le habló a Larry de la sugerencia de Bill Fraser, a él le pareció una buena idea y dos días después estaba citado para una entrevista con Carl Eastman—en las oficinas de la Pan Am en Manhattan. Catherine le planchó el traje, le eligió la camisa Y la' corbata y le lustró los zapatos hasta verse reflejada en ellos.

—Te voy a llamar lo más pronto que pueda para contarte cómo anduvo, —prometió Larry.

La besó, sonrió con su rápida sonrisa de muchachito y se fue.

Cómo se parecía Larry a un muchachito, pensó Catherine. Podía ser impaciente, irritable e insolente, pero también era tierno y generoso.

—Vaya con mi suerte —suspiró— Tener que ser la única persona perfecta en el universo entero.

La esperaba un día muy ocupado, pero Catherine no podía pensar en otra cosa que en Larry y su entrevista. No se trataba solamente de un trabajo, tenía la sensación de que todo su matrimonio dependía de lo que sucediera.

Iba a ser el día más largo de su vida.

Las oficinas de la Pan American estaban en un moderno edificio en la intersección de la Quinta Avenida y la calle Cincuenta y Tres. La oficina de Carl Eastman era amplia, estaba cómodamente amueblada, y era evidente que Eastman ocupaba un cargo importante.

—Pase y tome asiento, —lo invitó cuando Larry entró en su oficina.

Eastman era un hombre de unos treinta y cinco años, delgado y de rostro enjuto, con penetrantes ojos castaños a los que no se les escapaba nada. Le indicó a Larry que se pusiera cómodo en un diván y se sentó frente a él en una silla.

—¿Café? —le ofreció.

—No, gracias.

—Entiendo que le gustaría trabajar con nosotros.

—Si es que hay una vacante.

—La hay, —contestó Eastman—, pero se han presentado un millar de postulantes. —sacudió pesarosamente la cabeza—. Es increíble. La Fuerza Aérea entrena a miles de jóvenes inteligentes para pilotear las máquinas más complicadas que se hayan inventado. Y cuando están capacitados para hacer el trabajo, y para hacerlo endemoniadamente bien, la fuerza aérea les dice que se vayan a pasear, que no tienen nada para ellos, —suspiró—. Es increíble la gente que viene aquí durante todo el día. Pilotos de primera agua, ases como usted mismo. No tenemos más que una vacante para mil postulantes... y todas las demás líneas aéreas están exactamente en la misma situación.

Larry se sintió invadido por la desilusión.

—¿Por qué accedió a verme? —preguntó, tenso.

—Por dos razones. Una, porque me lo dijo nuestro amigo.

Larry sintió que dentro de él bullía el enojo.

—Pues yo no necesito...

Eastman se inclinó hacia adelante.

—La segunda, porque su foja de servicios en el aire es inmejorable.

—Gracias, —respondió secamente Larry.

Eastman lo observaba.

—Sabrá que aquí tiene que cumplir con un programa de entrenamiento. Sería como volver a la escuela.

Larry vaciló, sin saber dónde quería llegar el otro.

—No me parece mal, —dijo cautelosamente.

—Tendrá que hacer el curso en Nueva York, fuera de La Guardia.

Larry asintió con un gesto expectante.

—Son cuatro semanas de preparación en tierra y después un mes de entrenamiento de vuelo.

—¿Vuelan con D—C4? —preguntó Larry.

Eso mismo. Cuando termine con el entrenamiento lo pondremos como navegante. La paga durante el entrenamiento será de tres cincuenta por mes.

¡El trabajo era suyo! El muy hijo de puta lo había estado pinchando con los miles de pilotos que andaban detrás del puesto. ¡Y se lo daba a él! ¿Por qué se había preocupado? En toda la maldita Fuerza Aérea nadie tenía una foja de vuelo mejor que la suya.

—No tengo inconveniente en empezar como navegante, Eastman, —sonrió Larry—, pero yo soy piloto. ¿Cuándo se llega a eso?

—Las líneas aéreas están agremiadas, —suspiró Eastman. la única forma de ascender, para todo el mundo, es la antigüedad. Antes que usted hay muchos. ¿Quiere hacer la prueba?

—No pierdo nada haciéndola.

—De acuerdo, —asintió Eastman—. Me voy, a ocupar de las formalidades. Tiene que pasar un examen físico, claro. ¿Tiene algún problema?

—Los japoneses no me encontraron ninguno, —sonrió Larry.

—¿Cuándo puede empezar a trabajar?

—¿Esta tarde es muy pronto?

—Dejémoslo para el lunes, —Eastman anotó un nombre en una tarjeta y se la entregó a Larry—. Tome. El lunes a las nueve de la mañana lo estarán esperando.

Cuando Larry telefoneó para darle la noticia a Catherine, ella advirtió en su voz una excitación que no percibía desde hacía mucho tiempo. Se sintió segura de que todo iba a ir bien.

Los problemas se habían terminado.

NOELLE

Atenas: 1946

12

Constantin Demiris era dueño de una flota de aviones para su uso personal, pero su orgullo lo constituía un Hawker Siddeley convertido capaz de trasportar dieciséis pasajeros con lujosa comodidad, que alcanzaba una velocidad de cuatrocientos ochenta km por hora y llevaba cuatro hombres de tripulación. Era un palacio volante. El interior había sido decorado por Frederick Sawrin y los murales los había pintado Chagall. En vez de asientos de avión, en la cabina había distribuidos divanes y cómodos sillones. El compartimiento posterior había sido convertido en un lujoso dormitorio y adelante, tras la cabina del piloto, había una moderna cocina. Siempre que Demiris o NOELLE viajaban en el avión, llevaban un chef a bordo.

Demiris había elegido como pilotos personales a un aviador griego llamado Paul Metaxas y a un ex—piloto de cazas de la Real Fuerza Aérea, Ian Whitestone. Metaxas era un hombre macizo y cordial cuyo rostro mostraba una perpetua sonrisa, y que se reía de manera franca y contagiosa. Había sido mecánico, había aprendido por sí solo a volar y mientras servía en la RFA, durante la Batalla de Inglaterra, había conocido a Ian Whitestone, un inglés alto, pelirrojo e impresionantemente delgado, que tenía el aire desvalido de un maestro de escuela en su primer día de clase con un grupo escolar de segunda clase integrado por muchachos incorregibles. Pero cuando estaba en el aire, Whitestone era otra cosa. Tenía

la excepcional habilidad natural de un piloto nato, ese instinto que jamás se puede enseñar ni aprender. Whitestone y Metaxas habían volado juntos. durante tres años luchando contra la Luftwaffe y se tenían gran estima.

NOELLE hacía frecuentes viajes en el avión grande, a veces acompañando a Demiris en viajes de negocios, a veces por placer. Conocía bien a los pilotos, sin haberle prestado atención a ninguno, hasta que un día los oyó evocar una experiencia que habían compartido en la Real Fuerza Aérea.

A partir de ese momento NOELLE empezó a pasar parte del tiempo de vuelo en la cabina de pilotaje, hablando con los hombres, o a invitar a alguno de ellos que le hiciera compañía en la cabina. Los instaba a que hablaran de sus experiencias en la guerra y, sin hacerles jamás una pregunta directa, llegó a enterarse de que Whitestone había sido oficial de enlace en el escuadrón de Larry Douglas antes de que éste abandonara la RFA, y de que Metaxas no se había incorporado al escuadrón a tiempo para conocer a Larry. NOELLE empezó entonces a concentrarse en el piloto inglés. Estimulado y halagado por el interés de la amante de su empleador, Whitestone habló sin reserva de su vida pasada y de sus ambiciones para el futuro. Le contó a NOELLE que siempre le había interesado la electrónica. En Australia tenía un cuñado que se había establecido con una pequeña firma en electrónica y que quería que Whitestone se asociara con él, pero el piloto no tenía capital.

—Y con la forma en que vivo, —le había comentado a NOELLE—, jamás lo tendré.

NOELLE seguía yendo una vez por mes a París para ver a Christian Barbet, quien se había vinculado con una agencia de detectives particulares de Washington, de manera que continuamente recibía informes sobre Larry Douglas. Para poner cautelosamente a prueba a NOELLE, el detective se había ofrecido a enviarle los informes a Atenas, pero ella le contestó que prefería recogerlos en persona.

—Comprendo, señorita Page, —había respondido Barbet con aire de conspirador, mientras asentía con un movimiento de cabeza.

Así que NOELLE no quería que Constantin Demiris se enterara de su interés por Larry Douglas. Las posibilidades se hacían vertiginosas en la mente de Barbet.

—Ha sido usted muy eficiente, Monsieur Barbet, —reconoció NOELLE—, y muy discreto.

—Gracias, señorita Page, —el detective le dedicó una sonrisa Untuosa—. Mi negocio depende de la discreción.

—Exactamente, —respondió NOELLE—. Sé que ha sido discreto porque Constantin Demiris jamás me mencionó su nombre. El día que lo haga, le pediré que lo borre del mapa. —el tono de NOELLE era agradable y convencional, pero su efecto fue el de una granada.

Barbet se quedó mirándola durante un momento, paralizado, mientras se pasaba la lengua por los labios. Se rascó nerviosamente la entrepierna y tartamudeó:

—Le... le aseguro, Mademoiselle, que jamás se me...

—Estoy segura de que no, —lo interrumpió NOELLE y se fue.

En el avión de pasajeros que la llevaba de vuelta a Grecia, NOELLE leyó el informe confidencial que venía en sobre sellado.

ACME SECURITY AGENCY

1402 —D— Street Washington, D. C.
Febrero 2, 1946

Estimado señor Barbet: Uno de nuestros detectives habló con un contacto en la oficina de personal de la Pan Am: consideran que el sujeto es un experto piloto de combate. pero dudan que sea lo bastante disciplinado para trabajar satisfactoriamente en una gran organización estructurada.

El estilo de vida personal del sujeto se ajusta al mismo esquema que muestran los informes anteriores. Lo hemos seguido hasta los departamentos de diversas mujeres con quienes había establecido relación y donde permaneció durante períodos que oscilaban entre una y cinco horas, lo que nos hace presumir una serie de relaciones sexuales casuales con dichas mujeres. (Sus nombres y direcciones están en nuestro archivo si los desea.)

Es posible que el nuevo empleo del sujeto determine una modificación en esta pauta. A pedido de usted seguiremos con esta investigación.

Incluimos nuestra cuenta de honorarios

Atentamente R. Ruttenberg Supervisor Gerente

NOELLE volvió a guardar el informe, se reclinó en su asiento y cerró los ojos. Se imaginaba a Larry, inquieto y atormentado, casado con una mujer que no amaba, enredado en la trampa cebada por sus propias debilidades.

Era posible que el nuevo trabajo en la línea aérea demorara un poco los planes de NOELLE, pero ella era paciente. En su momento conseguiría que Larry volviera a ella. Y mientras tanto podía tomar algunas providencias para activar las cosas.

lan Whitestone estaba encantado de que NOELLE Page lo invitara a almorzar. En un primer momento se sintió halagado pensando que debía de haberle resultado atractivo, pero todos los encuentros se habían desenvuelto en un plano de formal cordialidad que no le permitía olvidar que él era un empleado y NOELLE era inalcanzable. Más de una vez se había preguntado qué era lo que ella quería de él, porque Whitestone era un hombre inteligente y tenía la extraña sensación de que esas conversaciones casuales significaban para ella algo más que para él.

Ese día, Whitestone y NOELLE fueron hasta un pequeño pueblo costero cerca de cabo Sunio, donde estaban almorzando. NOELLE tenía puesto un vestido blanco de verano, calzaba sandalias y llevaba suelta la cabellera rubia; jamás había estado más hermosa. Lan Whitestone estaba comprometido con una modelo en Londres, pero por más bonita que fuera no podía compararse con NOELLE. Whitestone jamás había conocido a nadie que resistiera la comparación y, si no fuera porque NOELLE siempre le parecía más deseable retrospectivamente, habría envidiado a Constantin Demiris. Cuando realmente estaba con ella, la muchacha lo intimidaba un poco. Ahora NOELLE había llevado la conversación hacia los planes que él tenía para el futuro y el inglés se preguntó, y no era la primera vez, si ella no estaría sondeándolo por encargo de Demiris, para asegurarse de que le era leal a su patrón.

—Mi trabajo me gusta, —le aseguró con seriedad a NOELLE—, y me gustaría seguir con él mientras la vista me alcance para ver por dónde vuelo.

NOELLE lo observó durante un momento, advirtiendo las sospechas del piloto.

—Pues me desilusiona, —respondió tristemente—. Tenía la esperanza de que fuera un poco más ambicioso.

Whitestone la miró desconcertado.

—No la entiendo.

—¿No me dijo que le gustaría llegar a tener su propia compañía de electrónica?

Whitestone recordaba habérselo mencionado en forma casual, y le sorprendió que ella lo recordara.

—Eso es un sueño y nada más. Me haría falta mucho dinero.

—A un hombre con su capacidad no debería detenerlo la falta de dinero, —declaró NOELLE.

Whitestone se movió en su asiento, incómodo, sin saber qué era lo que ella esperaba como respuesta. Su trabajo le gustaba de veras. Estaba ganando más dinero del que jamás había ganado en su vida, el horario era bueno y el trabajo interesante. Por otra parte, estaba sujeto al capricho de un billonario excéntrico que quería contar con él a cualquier hora del día o de la noche. Había convertido en un infierno su vida personal, y la novia de Whitestone no estaba contenta con el trabajo de él, por bueno que fuese el sueldo.

—Estuve hablando de usted con un amigo mío a quien le gusta invertir en compañías que se inician, —le dijo NOELLE. En su voz había un entusiasmo controlado, como si la excitara lo que decía y sin embargo no quisiera presionar demasiado a Whitestone. Él la miró en los ojos.

—Y está muy interesado en usted, —continuó ella.

Whitestone tragó saliva.

—No... no sé qué decirle, señorita Page.

—No es necesario que diga nada ahora, —lo tranquilizó NOELLE— Lo único que quiero es que lo piense.

Whitestone lo pensó durante un momento.

—¿El señor Demiris está al tanto de esto? —preguntó finalmente.

—Me temo que el señor Demiris jamás lo aprobaría, —respondió NOELLE con sonrisa de conspiradora—. No le gusta perder a sus empleados, especialmente si son buenos. Sin embargo, —hizo una breve pausa—, a mí me parece que alguien con sus condiciones tiene derecho a obtener de la vida todo lo que pueda. Salvo, claro, que usted prefiera seguir trabajando en relación de dependencia por el resto de sus días.

—Qué esperanza, —respondió rápidamente Whitestone y de pronto cayó en la cuenta de que se había comprometido.

Observó el rostro de NOELLE para detectar cualquier signo de que hubiera caído en una trampa, pero no encontró más que amistosa comprensión—. A cualquier hombre que valga algo le gustaría tener su independencia, —concluyó, a la defensiva.

—Seguro, —asintió NOELLE—. Piénselo un poco y volveremos a hablar de eso. Y que quede entre nosotros, —agregó con una sonrisa de advertencia.

—Convenido. Y gracias. Si la cosa funciona, puede ser estupenda.

—Tengo la sensación de que va a funcionar, —sonrió NOELLE.

CATHERINE

Washington—París: 1946

13

A las nueve de la mañana del lunes, Larry Douglas se presentó ante el piloto jefe, capitán Hal Sakowitz, en la oficina de Pan American en el aeropuerto La Guardia de Nueva York. Al verlo entrar, Sakowitz tomó la copia de la foja de servicios de Larry que había estado estudiando y la guardó en un cajón.

El capitán Sakowitz era un hombre macizo y de aspecto áspero, de rostro arrugado y marcado por el tiempo, y tenía las manos más grandes que Larry hubiera visto en su vida. Era uno de los auténticos veteranos de la aviación. Se había iniciado en los tiempos heroicos, piloteando aviones correo de un solo motor para el gobierno, y durante veinte años había sido piloto de líneas comerciales; en los últimos cinco la Pan American lo había contado como su piloto principal.

—Me alegro de que esté con nosotros, Douglas, —saludó a Larry.

—Yo también me alegro.

—¿Impaciente por volver a meterse en un avión?

—¿Qué falta me hace un avión? —sonrió Larry—. Póngame en el viento y despego.

Sakowitz le indicó una silla.

—Siéntese. Me gusta trabar relación con los muchachos que vienen a hacerse cargo de mi trabajo.

—Así que lo sabe, —sonrió Larry.

—Pero no los culpo. Todos ustedes son pilotos de primera, tienen excelentes fojas de combate, y entran aquí pensando "si ese carcamal de Sakowitz puede ser piloto principal, entonces

a mí tendrían que hacerme presidente del directorio—. Ninguno de ustedes piensa quedarse mucho tiempo como navegante; no es más que un escalón para llegar a piloto. Bueno, pues está muy bien. Es así como debe ser.

—Me alegro de que piense así, —declaró Larry.

—Pero hay— una cosa que usted tiene que saber desde el principio. Pertenecemos todos a un sindicato, Douglas, y los ascensos son estrictamente por antigüedad.

—Entendido.

—Lo único que tal vez usted no entienda es que se trata de un trabajo muy bueno, y que son más los que entran que los que se van. Eso hace que el ritmo de ascensos sea lento.

—Correré el albur, —respondió Larry.

La secretaria de Sakowitz les sirvió café y masas y los dos pasaron una hora conversando para conocerse mejor. Sakowitz se mostró amistoso y afable y le preguntó muchas cosas que al parecer no venían al caso, pero cuando Larry se retiró para ir a su primera clase, el veterano piloto sabía muchísimas cosas sobre Larry Douglas. Pocos minutos después, Carl Eastman entró en la oficina.

—¿Qué tal anduvo? —preguntó Eastman.

—Muy bien.

Eastman lo miró, inquisitivo.

—¿Qué te pareció, Sak?

—Vamos a probarlo.

—Te pregunté que te parecía.

Sakowitz se encogió de hombros.

—Bueno, te lo diré. Según mi pálpito, es un piloto formidable. Tiene que serlo para tener semejante foja. Si lo pones en un avión con un montón de

cazas enemigos que lo tomen como blanco, no creo que puedas encontrar nadie mejor, —Sakowitz vaciló.

—La cuestión es que no son muchos los cazas enemigos que andan rondando por Manhattan. Ya conozco tipos como Douglas. Por alguna razón que jamás llegué a entender, viven en función del peligro. Hacen locuras como trepar a montañas imposibles o sumergirse hasta el fondo del océano o se meten en cualquier otro riesgo que encuentren. Cuando estalla una guerra, ellos se van para arriba como la crema en un café hirviendo, —Sakowitz hizo girar su sillón, y se quedó mirando por la ventana, mientras Eastman esperaba, sin decir palabra.

—Tengo Un pálpito con Douglas, Carl. Algo anda mal en él. Tal vez si fuera capitán de una de nuestras máquinas y la piloteara personalmente, podría funcionar. Pero no creo que sicológicamente esté en condiciones de aceptar órdenes de un mecánico, un primer oficial y un piloto, especialmente si piensa que él es capaz de volar mejor que todos ellos, —volvió a darse vuelta para enfrentar a Eastman—. Y lo gracioso del caso es que tal vez lo sea.

—Me estás poniendo nervioso, —dijo Eastman.

—A mí también, —confesó Sakowitz—. No creo que sea... —durante un momento, buscó la palabra—, estable. Al hablar con él se tiene la sensación de que le han metido un cartucho de dinamita en el traste y está por explotar.

—¿Qué piensas hacer?

—Vamos a probar. Irá a las clases y lo vigilaremos de cerca.

—Tal vez fracase.

—No conoces a esos tipos. Va a ser el primero de su clase.

La predicción de Sakowitz resultó exacta. El curso de adiestramiento consistía en cuatro semanas de cursos en tierra seguidas de un mes más de vuelos. Como los alumnos ya eran pilotos experimentados con muchos años de vuelo, el curso tenía en vista dos propósitos: el primero era repasar teorías tales como la navegación, radio y comunicaciones, interpretación de cartas y vuelo a ciegas, con el fin de refrescar la memoria de los hombres, y detectar sus posibles puntos débiles, el segundo familiarizarlos con los nuevos equipos que tendrían que usar.

El vuelo a ciegas se efectuaba en un Link Trainer, un pequeño simulacro de cabina de pilotaje que descansaba sobre una base móvil, lo que permitía al piloto instalado en la cabina efectuar cualquier maniobra con el aparato, incluso caídas de velocidad por debajo de la mínima de vuelo, rizos, picadas y vuelos Invertidos. Sobre la cabina se colocaba una cubierta negra de modo que el piloto volara a ciegas, valiéndose únicamente de los instrumentos que tenía delante. El instructor, desde fuera del Trainer, daba órdenes al piloto, impartiéndole directivas para despegues y aterrizajes con elevada velocidad del viento, maniobras en tormentas, sobre cadenas montañosas y en otras múltiples situaciones de riesgo simulado. La mayoría de los pilotos inexpertos entraban desprevenidamente al Link Trainer, pero pronto advertían que los pequeños Trainers eran mucho más difíciles de manejar de lo que parecían. La sensación de estar a solas en la diminuta cabina, totalmente falto de contacto con el mundo exterior, era espeluznante.

Larry era un alumno capaz, atento en clase y que absorbía todo lo que le enseñaban, además de cumplir fiel y cuidadosamente con las tareas para la casa. No daba muestras de impaciencia, inquietud ni aburrimiento. Por el

contrario, era el alumno más ávido del curso e indudablemente el que se destacaba más. El único tema que era nuevo para Larry eran los DC—O. Los Douglas eran máquinas alargadas y esbeltas, dotadas de accesorios que no existían antes de la guerra. Larry se pasaba las horas recorriendo palmo a palmo el avión, estudiando cómo estaba montado y de qué manera funcionaba. A la noche, estudiaba concienzudamente las docenas de manuales de service del avión.

Una noche, cuando ya todos los estudiantes se habían retirado del hangar, Sakowitz encontró a Larry en uno de los aparatos, tendido de espaldas bajo la cabina, estudiando la instalación eléctrica.

—¡Te digo que el hijo de puta apunta a desplazarme' —le comentó a Carl Eastman a la mañana siguiente!

—Y como van las cosas, tal vez lo consiga, —sonrió Eastman.

Al término de las ocho semanas se hizo una pequeña ceremonia de graduación. Catherine voló orgullosamente a Nueva York para estar presente cuando le concedieran a Larry las insignias de navegante. Él trató de tomarlo a la ligera.

—Cathy, no es más que un tonto trocito de tela que le dan a uno para que tenga presente cuál es su trabajo cuando sube a la cabina.

—No es sólo eso, —protestó ella—. Hablé con el capitán Sakowitz y me dijo que eres excelente.

—¿Qué sabe ese polaco tonto? Ven, vamos a festejarlo.

Esa noche Catherine y Larry fueron a cenar al Club Veintiuno, en la calle Cincuenta y Tres Este, con otros cuatro compañeros de Larry y sus esposas. El vestíbulo estaba atestado de gente, y el maitre les dijo que si no habían reservado mesa no podría acomodarlos.

—Que se vayan al diablo, —exclamó Larry—. Vámonos a otra parte.

—Espera un momento, —dijo Catherine y pidió hablar con Jerry Berns. Pronto apareció un hombre bajo y, delgado, de ojos grises, con aire interrogante.

—Soy Jerry Berns. ¿En qué puedo servirla?

—Mi marido y yo estamos con unos amigos, —explicó Catherine—. Somos diez...

—Si no han reservado antes... —el hombre sacudió la cabeza.

—Soy la socia de William Fraser.

Al oír esto, Jerry Berns la miró con aire de reproche.

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Pueden esperar quince minutos?

—Gracias, —le sonrió Catherine y volvió donde la esperaba el grupo.

—¡Tenemos mesa! —les anunció.

—¿Cómo te las arreglaste? —preguntó Larry.

—Muy fácil. Mencioné el nombre de Bill Fraser, —al ver la expresión que apareció en los ojos de Larry, siguió apresuradamente:— Él viene aquí a menudo y me dijo que si alguna vez necesitaba mesa invocara su nombre.

—Vámonos, —Larry se volvió hacia los otros—. Esto es para bichos especiales.

El grupo empezó a dirigirse a la puerta y Larry se volvió hacia Catherine.

—¿Vienes?

—Claro, —titubeó ella—. Es que quería avisarles que no...

—Que se vayan a la mierda, —declaró Larry en voz alta—. ¿Vienes o no?

La gente empezaba a darse vuelta y Catherine se sintió enrojecer.

—Sí, —contestó y salió tras él.

Fueron a un restaurante italiano de la Sexta Avenida, y la cena fue malísima. Exteriormente, Catherine se condujo como si no hubiera pasado nada, pero por dentro echaba chispas.

Estaba furiosa con Larry por su comportamiento infantil y por haberla humillado en público.

Cuando volvieron a casa, Catherine se fue al dormitorio sin decir palabra, se desvistió, apagó la luz y se acostó mientras Larry se quedaba en el living—room, preparándose una bebida.

Diez minutos después entró al dormitorio, encendió la luz y se acercó a la cama.

—¿Hasta cuándo vas a hacerte la mártir? —preguntó.

Catherine se sentó, furiosa.

—No vengas tú a hacerte el ofendido. La forma en que te portaste esta noche es imperdonable. ¿Qué diablos te dio?

—Hay tipos que se me atragantan.

—¿Cómo? —Catherine lo miró sin entender.

—La puta si nos ayudó. Tú le debes tu negocio. Mi trabajo se lo debo a él. Ahora ni siquiera nos podemos sentar en un restaurante sin permiso de Fraser. Bueno, pues estoy harto de tenerlo todo el día atascado en la garganta.

Más que las palabras, fue el tono de Larry lo que impresionó a Catherine. Un tono tal de frustración e impotencia que por primera vez ella se dio cuenta de lo atormentado que debía de sentirse. ¿Y por qué

no? Después de cuatro años de lucha, al volver se encontraba con que su mujer se había asociado con su antiguo amante. Y para colmo, tampoco él había podido conseguir trabajo sin ayuda de Fraser.

Mientras miraba a su marido, Catherine sentía que el momento era decisivo para su matrimonio. Si se quedaba con él, tenía que darle a Larry el primer lugar. Antes que su trabajo, antes que nada. Por primera vez, Catherine tuvo realmente la sensación de que entendía a Larry.

Como si leyera sus pensamientos, él se mostró contrito.

—Lo lamento, esta noche me porté como la mierda. Pero que no pudiéramos conseguir mesa mientras tú no mencionaste el mágico nombre de Fraser ... de pronto, eso me hizo sentir hasta aquí.

—Disculpa, Larry. No volverá a suceder.

Y se confundieron en un abrazo.

—Por favor, no me dejes nunca, Cathy, —rogó Larry.

Catherine pensó en lo próxima que había estado a dejarlo y lo abrazó con más fuerza.

—Claro que no, mi querido, nunca.

El primer destino de Larry como navegante fue el vuelo 147, de Washington a París. Después de cada vuelo se quedaba cuarenta y ocho horas en París y al volver pasaba tres días con Catherine antes de volver a volar.

Una mañana, con voz excitada, Larry la llamó por teléfono a la oficina.

—Oye, encontré un restaurante estupendo, ¿Puedes estar libre para almorzar?

Catherine miró la pila de bocetos que había que terminar y aprobar antes de mediodía.

—Seguro, —contestó con temeridad.

—Espléndido. En quince minutos te paso a buscar.

—¡No me irá a dejar sola! —gimió Lucía, su secretaria—. Stuyvesant va a caminar por las paredes si no le entregamos hoy esta campaña.

—Tendrá que esperar, —respondió Catherine—. Me voy a almorzar con mi marido.

—La entiendo perfectamente, —Lucía se encogió de hombros—. Si alguna vez se cansa de él, avíseme.

—Vas a estar demasiado vieja, —sonrió Catherine.

Larry la esperaba frente a la oficina, y Catherine subió al coche.

—¿No te eché a perder el día? —preguntó con aire travieso.

—Qué esperanza.

—A todos esos ejecutivos les va a dar un ataque.

Larry empezó a guiar hacia el aeropuerto.

—¿Queda muy lejos el restaurante? —preguntó Catherine, que tenía cinco entrevistas durante la tarde, la primera a las dos.

—No mucho ... ¿Estás muy ocupada a la tarde?

—No especialmente, —mintió ella.

—Perfecto.

Cuando llegaron al desvío que conducía al aeropuerto, Larry tomó por ahí.

—¿El restaurante está en el aeropuerto?

—Del otro lado, —Larry detuvo el automóvil y, tomando a Catherine del brazo, la condujo hacia la entrada de la Pan American. La atrayente muchacha que estaba detrás del escritorio lo saludó por su nombre..

—Ésta es mi mujer, —la presentó orgullosamente Larry—. Arny Winston.

Las dos se saludaron, y Larry condujo a Catherine hacia la puerta de embarque.

—Larry, —empezó ella—. ¿Dónde...?

—Vaya, eres la chica más curiosa que jamás invité a almorzar.

Habían llegado a la puerta 37. Tras el mostrador, dos hombres verificaban los boletos de los pasajeros. El tablero de informaciones anunciaba: "Vuelo 147, a París, partida 13 horas." Larry fue a hablar con uno de los hombres que procesaban los boletos.

—Aquí la traigo, Tony, —y le entregó un pasaje aéreo—. Cathy, éste es Tony Lombardi. Tony, te presento a Catherine.

—Si habré oído hablar de usted, —sonrió el hombre—. Su pasaje está en orden, —y se lo entregó a Catherine. Ella lo miró asombrada.

—No... no entiendo.

—Te mentí, —sonrió Larry—. No te llevo a almorzar, sino a cenar. Y Maxim está en París.

A Catherine se le quebró la voz.

—¿A... a Maxim? ¿En París? ¿Ahora?

—Exactamente.

—Pero no puedo, —gimió Catherine—. No puedo ir a París ahora.

—Claro que puedes, —sonrió Larry—. Si yo tengo tu pasaporte en el bolsillo.

—Larry ¡estás loco! No tengo ropa, y tengo un montón de reuniones, y...

—Si es por la ropa, te la compro en París. Cancela las reuniones, que Fraser ya se las arreglará sin ti por unos días.

Catherine lo miraba aturdida, sin saber qué decir. Recordó las resoluciones que había tomado. Larry era su marido, y antes que nada estaba él. Catherine se daba cuenta de que lo que a él le importaba no era

solamente llevarla a París. Estaba montando un espectáculo para ella, invitándola a volar en el avión donde era navegante. Y ella había estado a punto de echarlo todo a perder. Lo tomó de la mano y le sonrió.

—¿Qué esperamos? ¡Estoy muerta de hambre!

París era un torbellino de placeres. Larry había dispuesto las cosas para tener una semana libre, y a Catherine le pareció que todas las horas del día y de la noche no alcanzaban para tantas cosas que hacer. Pararon en un hotelito encantador, sobre la margen izquierda del Sena.

La primera mañana que pasaron en París, Larry la llevó a un salón de los Champs—Elysées, donde se empeñó en comprarle el negocio entero. Catherine no quiso comprar más que lo necesario, y se escandalizó por lo caro que era todo.

—¿Sabes cuál es tu problema? —preguntó Larry—. Te preocupas demasiado por el dinero. Estamos de luna de miel.

—Sí, señor, —se sometió Catherine, pero se negó a comprar un vestido de noche que no necesitaba. Cuando quiso preguntarle a Larry de dónde salía tanto dinero, él se negó a hablar del asunto, pero Catherine insistió.

—Pedí un adelanto sobre mi sueldo, —le dijo entonces—. ¿Qué hay de malo?

Catherine no tuvo corazón para decirle nada. Larry era una criatura con el dinero, descuidado y generoso, y eso era parte de su encanto. Lo mismo que había sido parte del encanto del padre de Catherine.

Larry la llevó a recorrer París: al Louvre, a las Tullerías, a la tumba de Napoleón. Comieron en un pintoresco restaurante próximo a la Sorbona y fueron a Les Halles, el gran mercado parisiense, a ver descargar la fruta, las carnes y la verdura que llegaban desde las granjas de Francia y después cenaron en los encantadores jardines del Cog Hardi, en las afueras de París. Como segunda luna de miel, fue perfecta.

Hal Sakowitz estaba en su oficina estudiando los informes semanales sobre el personal. Frente a sí tenía el informe sobre Larry Douglas. Sakowitz se recostó en su asiento para leerlo cuidadosamente, mientras se tironeaba, abstraído, del labio inferior. Finalmente— se Inclinó hacia adelante para hablar por el intercomunicador.

—Envíemelo aquí, —dijo.

Momentos después entraba Larry, con su uniforme de la Pan

Am y llevando su bolsa de vuelo. Saludó a Sakowitz con una sonrisa radiante.

—Hola, jefe.

—Siéntese.

Larry se desparramó en una silla frente al escritorio y encendió un cigarrillo.

—Según el informe que tengo aquí, —empezó Sakowitz—, el lunes pasado en París usted se presentó a recibir instrucciones para el vuelo con cuarenta y cinco minutos de atraso.

Larry cambió de expresión.

—Me detuvo un desfile por los Champs—Elysées, —explicó—, el avión salió a horario. No sabía que esto se manejaba como un campamento de escolares.

—Se maneja como una línea aérea, —le recordó Sakowitz—. Y a horario.

—De acuerdo, —gruñó Larry—. No volveré a acercarme a los Champs—Elysées. ¿Algo más?

—Sí. El capitán Swift cree que en los dos últimos vuelos, antes de la partida usted se había tomado un par de copas.

—¡Eso sí que son mentiras! —estalló Larry.

—¿Y por qué me va a mentir?

—Porque tiene miedo de que yo le quite el trabajo. —en la voz de Larry vibraba la cólera—. Ese hijo de puta es una solterona tímida que tendría que haberse jubilado hace diez años.

—Ya ha volado con cuatro capitanes diferentes, —observó Sakowitz—. ¿Cuáles le gustaron?

—Ninguno, —replicó Larry, y demasiado tarde advirtió la trampa.

—En fin... no tengo nada contra ellos, —agregó rápidamente.

—Pues a ellos tampoco les gusta volar con usted, —dijo tranquilamente Sakowitz—. Los pone nerviosos.

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Quiere decir que en caso de que haya una emergencia, uno quiere estar absolutamente seguro del hombre que lleva sentado al lado. Y con usted no se sienten seguros.

—¡Pero bendito sea Dios! —estalló Larry—. Sobreviví a cuatro años de emergencia volando sobre Alemania y sobre el Pacífico Sur, arriesgando el pellejo todos los días mientras ellos seguían aquí rascándose y cobrando el sueldo ¿y me vienen con que no tienen confianza en mí? ¡Usted debe estar tomándome el pelo!

—Nadie dice que usted no sea excelente en un avión de combate, —contestó Sakowitz, con calma—. Pero es que nosotros llevamos pasajeros. La cosa es muy diferente.

Durante un momento Larry apretó los puños, tratando de dominar su furia.

—De acuerdo, —dijo sombríamente—. Ya lo entiendo. Si no tiene más qué decirme, tengo un vuelo que sale en unos minutos.

—Va a ir con otro navegante, —le dijo Sakowitz—. Usted está despedido.

—¿Estoy qué? —Larry lo miró, incrédulo.

—Me imagino que en cierto modo la culpa es mía, Douglas. Para empezar, yo no debería haberlo tomado.

Larry se puso de pie con los ojos llameantes de furia.

—Entonces ¿por qué demonios lo hizo? —preguntó.

—Porque su mujer tiene un amigo que se llama Bill Fraser... —empezó Sakowitz.

Por encima del escritorio, el puño de Larry se le estrelló en la cara y el golpe dio con Sakowitz contra la pared. El capitán usó del mismo impulso para saltar hacia adelante y, después de golpear dos veces a Larry, retrocedió, esforzándose para controlarse.

—¡Fuera de aquí! ¡Inmediatamente! —le ordenó.

Larry lo miró con la cara desfigurada por el odio.

—¡Hijo de puta! —le espetó—. ¡Ni aunque me lo pidieran de rodillas volvería a trabajar con ustedes! —y, dándose vuelta, salió furiosamente de la oficina.

Sakowitz lo siguió con la mirada. Cuando su secretaria entró apresuradamente, vio la silla derribada y la sangre que le corría por el labio.

—¿Se siente bien? —le preguntó.

—Estupendo. Pregúntele al señor Eastman si puede venir.

Diez minutos después, Sakowitz terminaba de relatarle el incidente a Eastman.

—¿Qué te parece que es lo que anda mal con Douglas?

—¿Honestamente? Creo que es un sicótico.

Eastman lo observó con sus penetrantes ojos castaños.

—Eso es mucho decir, Sak. El hombre no estaba bebido cuando volaba. Ni siquiera se pudo comprobar que hubiera bebido nada en tierra. Y de vez en cuando, cualquiera se puede demorar.

—Si no fuera más que eso no lo habría despedido, Carl. Douglas tiene un punto de ebullición muy bajo. Para decirte la verdad, hoy estuve tratando de provocarlo y no me costó mucho. Si hubiera aguantado la presión, tal vez me habría arriesgado a conservarlo todavía. ¿Sabes qué es lo que me preocupa?

—¿Qué?

—Hace unos días me encontré con uno de los muchachos que volaban con Douglas en la RFA y me contó una historia muy loca. Parece que cuando Douglas estaba en el Escuadrón de las Águilas se encamotó con una inglesita que estaba comprometida con un muchacho de apellido Clark, del escuadrón de Douglas. Douglas hizo todo lo que pudo para conquistársela, pero la chica no le daba corte. Una semana antes de que ella y Clark se casaran, el escuadrón fue a acompañar a unas fortalezas volantes en un raid sobre Dieppe. Douglas volaba atrás del escuadrón. Las fortalezas arrojaron las bombas y todo el mundo se volvió. Mientras volaban sobre el Canal fueron atacados por unos Masserschmidts, y a Clark lo derribaron, —hizo una pausa, como si se perdiera en sus propios pensamientos, mientras Eastman esperaba. Finalmente, Sakowitz lo miró—. Según me contó mi amigo, no había ningún Masserschrnidt cerca de Clark cuando lo derribaron.

Eastman se quedó mirándolo con incredulidad.

—¡Por Dios! ¿Quieres decir que Larry Douglas...?

—No quiero decir nada. Lo único que hago es repetirte algo interesante que me contaron. —Sakowitz volvió a tocarse el labio con el pañuelo. La sangre se había detenido—. Es difícil decir lo que pasa en medio de un combate aéreo. Tal vez a Clark se le haya acabado la nafta. En todo caso, lo seguro es que se le acabó la suerte.

—¿Y qué pasó con la chica?

—Douglas anduvo con ella hasta que volvió a los Estados Unidos y entonces la largó. —miró pensativamente a Eastman—. Una cosa te diré. Lo siento por la mujer de Douglas.

Catherine estaba en la sala de conferencias con una reunión de personal cuando se abrió la puerta y entró Larry, con un ojo magullado e hinchado y un corte en la mejilla.

—Larry ¿qué pasó? —Catherine corrió hacia él.

—Dejé el trabajo, —farfulló él.

Catherine lo llevó a su oficina, fuera de las miradas curiosas de los demás y le puso un paño frío en el ojo y en la mejilla.

—Cuéntame, —lo animó, dominando su propio enojo por lo que le habían hecho.

—Hace tiempo que me venían pisoteando, Cathy. Creo que estaban celosos porque yo estuve en la guerra y ellos no. En todo caso, hoy fue el colmo. Sakowitz me llamó para decirme que la única razón para que me hubieran tomado era que tú fuiste novia de Bill Fraser.

Catherine lo miró, incapaz de hablar.

—Y le pegué, —contó Larry—. No lo pude evitar.

—Oh, querido! ¡Lo siento tanto!

—Más lo siente Sakowitz, —se jactó Larry—. Le di una buena. Con trabajo o sin él, no iba a dejar que nadie hablara de ti de esa manera.

—¡Oh, Larry! —Catherine lo atrajo hacia ella, tranquilizándolo—. No te preocupes. Tú puedes trabajar para cualquier compañía de aviación del país.

Catherine resultó mala profetiza. Larry se presentó a todas las líneas aéreas y en algunos casos consiguió entrevistas, pero de ninguna de ellas resultó nada. Bill Fraser almorzó con Catherine y ella le contó lo sucedido. Fraser no dijo nada, pero ella lo vio pensativo durante todo el almuerzo y varias veces tuvo la impresión de que él estaba a punto de decirle algo, pero se refrenaba.

—Yo conozco a mucha gente. Cathy, —dijo por fin—, ¿Quieres que vea si puedo hacer algo por Larry?

—Gracias, —respondió Catherine—, pero creo que no. Nos arreglaremos solos.

Fraser la Miró un momento y asintió.

—Si cambias de opinión, avísame.

—Seguro —respondió ella, agradecida—. Parece que siempre recurro a ti con mis problemas.

ACME SECURITY AGENCY

1402 "D" Street Washington, D. C.

Estimado señor Barbet: Abril 1, 1946

Le agradezco su carta del 15 de marzo de 1946 y su giro bancario.

Desde el último informe, el sujeto consiguió empleo como piloto en la Flying W beels Transport Company, una pequeña empresa independiente que opera en Long Island. Una investigación demuestra que su capital es inferior a 750.000 dólares. El equipo que tienen consiste en un B—26 convertido y un DC—3 convertido. Tienen préstamos bancarios por más de 400.000 dólares. El vicepresidente del Banco París en Nueva York, donde tienen su cuenta más importante, me asegura que la compañía tiene un potencial de crecimiento y un futuro excelentes. El banco accedería a prestarles el dinero suficiente para comprar más aviones, basándose en su actual ingreso de 80.000 dólares anuales con un incremento proyectado del 30% anual durante los próximos cinco años.

Si desea tener más detalles sobre los aspectos financieros de la compañía, hágamelo saber.

El sujeto empezó a trabajar el 19 de marzo de 1946. El gerente de personal (que es también uno de los propietarios) informó a mi contacto que se sentía muy satisfecho de que el sujeto volara con ellos. Seguiré enviando detalles.

Sinceramente R. Ruttenberg Supervisor gerente

Banco de París New York City, New York

Philippe Chardon presidente del Directorio

Querida NOELLE.

¡Realmente, eres perversa! No sé qué es lo que te ha hecho ese hombre, pero sea lo que fuere, lo ha pagado. En Flying W beels lo han puesto en la calle y mi amigo me dice que estuvo con una crisis nerviosa.

pienso ir a Atenas, y espero verte, Saluda en mi nombre a Costa, y no temas; el pequeño favor que te hice quedará como un secreto entre los dos.

Tuyo afectuosamente,

Philippe

ACME SECURITY AGENCY
1402 "D" Street Washington, D. C.
Estimado señor Barbet: Mayo 22, 1946

Continuación de mi informe del 19 de mayo de 1946. El 14 de mayo de 1946 el sujeto fue despedido por la Flying W beels Transport Company. Procuré indagar discretamente las razones, pero tropecé continuamente con un muro. Nadie está dispuesto a hablar de eso y no puedo menos que suponer que el sujeto hizo algo que lo malquistó pero no quieren hablar de eso.

El sujeto sigue buscando trabajo como aviador, pero no Parece que tenga perspectivas inmediatas.

Seguiré tratando de conseguir más información sobre los motivos del despido.

Sinceramente R. Ruttenberg Supervisor gerente

Mayo 29, 1946 CABLEGRAMA Monsieur Christian Barbet Cable Chrisbar París, Francia.

CABLE RECIBIDO STOP INMEDIATAMENTE SUSPENDERÉ investigación MOTIVOS DESPIDO SUJETO stop CONTINUARÉ INVESTIGANDO DEMÁS ASPECTOS

SALUDOS
R. Ruttenberg Acme Security Agency

ACME SECURITY AGENCY
1402 "D" Street Washington, D. C.
junio 16, 1946
Estimado señor Barbet:

Le agradezco su carta del 10 de junio y el cheque bancario. El 15 de junio el sujeto consiguió empleo como copiloto en la Global Airways, una línea regional que opera entre Washington,, Boston y Filadelfia.

Se trata de una firma pequeña y reciente con una flota de tres aviones de guerra convertidos y por lo que he podido comprobar, están fallos de capital y endeudados. Un vicepresidente de la firma me informó que les han prometido en el término de sesenta días un préstamo del Dalias First National Bank, con lo que tendrán capital suficiente para consolidarse y expandirse.

El sujeto está bien conceptuado y al parecer tiene un buen futuro en la empresa.

Hágame saber si necesita más información sobre la Global Airways.

Sinceramente R. Ruttenberg Supervisor gerente

ACME SECURITY AGENCY
1402 "D" Street Washington, D. C.
Julio 20, 1946
Estimado señor Barbet:

Global Airways se ha presentado en quiebra y puesto término a sus operaciones. Hasta donde pude saberlo, lo hizo obligada por la negativa del Dalias First National Bank a concederles el préstamo prometido. El sujeto se encuentra otra vez sin empleo

ha vuelto a sus antiguas pautas de comportamiento que señalamos en anteriores informes. No proseguiré con la investigación de las razones de que el banco se negara a acordar el préstamo, ni de las dificultades financieras de la Global Airways a menos que usted me lo encargue específicamente.

Sinceramente R. Ruttenberg Supervisor gerente

NOELLE guardaba todos los informes y recortes en un portafolios especial cuya única llave tenía ella misma. El portafolios estaba a su vez en el interior de una valija cerrada con llave y oculta en el fondo de su guardarropas, no porque pensara que Demiris fuera a revisarle las cosas sino porque sabía cuánto disfrutaba con la venganza. Esa vendetta era personal de NOELLE y ella quería asegurarse de que Demiris permaneciera al margen.

Constantin Demiris iba a desempeñar un papel en sus planes de venganza, pero sin saberlo jamás. NOELLE echó un último vistazo al memorándum y lo guardó, satisfecha.

Ya estaba lista para empezar.

Todo se inició con un llamado telefónico. Catherine y Larry estaban cenando en casa, en medio de un

tenso silencio. últimamente Larry pasaba muy poco tiempo en casa y, cuando estaba, se lo notaba sombrío y áspero. Catherine comprendía su desdicha.

—Es como si me persiguiera un demonio, —había comentado Larry cuando la Global Airways se declaró en quiebra, y era verdad. Había tenido una increíble racha de mala suerte. Catherine intentaba tranquilizarlo, recordándole que era un piloto excepcional y que para cualquiera sería una suerte tener a Larry, trabajando con él. Pero era como vivir con un león herido. Catherine jamás sabía cuándo se iba a enfurecer con ella y, como tenía miedo de fallarle, procuraba entender sus furibundos enojos y pasarlos por alto. El teléfono sonó mientras ella servía el postre, y Catherine levantó el receptor.

—Hola. La voz que oyó en el otro extremo de la línea era de un inglés.

—¿Está Larry Douglas, por favor? Habla Lan Whitestone.

—Un momento, —Catherine le entregó el teléfono a Larry—. Es para ti. lan Whitestone.

—¿Quién? —Larry frunció el ceño, intrigado y después recordó— ¡Por Dios! ¿lan? —emitió una breve risa— Pero si han pasado casi siete años! ¿Cómo diablos me encontraste la pista?

Catherine lo miraba sonreír y hacer gestos de asentimiento mientras escuchaba.

—Bueno, viejo, eso parece interesante, —dijo después de unos cinco minutos— Seguro que puedo, ¿Dónde? Está bien. En media hora. Nos vemos, entonces, —pensativamente, volvió a colgar el receptor.

—¿Es un amigo tuyo? —preguntó Catherine, Larry se dio vuelta a mirarla.

—No, en realidad no. Por eso me resulta raro. Es un tipo que volaba conmigo en la RFA, pero nunca nos llevamos demasiado bien. Sin embargo, dice que tiene que hacerme una propuesta que no voy a poder rechazar.

—¿Qué clase de propuesta? —preguntó Catherine.

—Cuando vuelva te lo diré.

Eran casi las tres de la mañana cuando Larry regresó al departamento. Catherine estaba en la cama, leyendo, y lo vio aparecer en la puerta del dormitorio.

—Hola.

Algo le había pasado a Larry. Emanaba de él una excitación que Catherine no le había visto en mucho tiempo. Se acercó a la cama.

—¿Qué tal fue la reunión?

—Creo que anduvo bien, —dijo Larry cuidadosamente—. En realidad, tan bien que todavía no lo puedo creer. Me parece que puedo tener un trabajo.

—¿Vas a trabajar para lan Whitestone?

—No. lan es piloto, como yo. Te dije que habíamos volado juntos.

—Sí.

—Bueno... pues, después de la guerra un amigo de él, un griego, le consiguió trabajo como piloto de Constantin Demiris.

—¿El magnate de los barcos?

—De los barcos, del petróleo, del oro... Demiris es dueño de medio mundo. Whitestone estaba muy, bien con él.

—¿Y qué pasó?

Larry la miró, sonriente. —Whitestone dejó su trabajo. Se va a Australia. Alguien le pone el capital para establecerse allá, independientemente.

—Todavía no entiendo qué tiene que ver todo eso contigo.

—Whitestone le habló de mí a Demiris para que yo tomara su puesto. Como él acaba de dejar el trabajo, Demiris todavía no pudo buscarle reemplazante. Whitestone piensa que yo soy el tipo justo para eso —Larry vaciló—. No te imaginas lo que eso podría significar, Cathy.

Catherine pensó en las otras veces, en los otros trabajos, recordó a su padre con sus sueños vacíos, y habló con voz neutra, procurando no alentar falsas esperanzas en Larry, y sin querer tampoco echarle un balde de agua fría.

—¿No me dijiste que tú y Whitestone no eran especialmente buenos amigos?

—Sí —Larry titubeó y una ligera arruga le cruzó la frente. La verdad era que él y Whitestone jamás habían simpatizado para nada. La llamada telefónica de esa noche había sido una sorpresa y, en la reunión, Whitestone se había mostrado extrañamente incómodo. Después que le hubo explicado la situación. y cuando Larry le dijo que le sorprendía que hubiera pensado en él, se había producido una pausa embarazosa.

—Es que Demiris quiere un gran piloto, y tú lo eres, —con— testó después. Era casi como si Whitestone estuviera imponiéndole el trabajo y Larry haciéndole un favor a él. Cuando Larry dijo que la propuesta le interesaba, pareció muy aliviado e inmediatamente se mostró ansioso por partir. En general, el encuentro había sido bastante raro.

—Es posible que sea la oportunidad de mi vida, —le dijo Larry a su mujer—. Demiris le pagaba a Whitestone quince mil dracmas por mes. Son quinientos dólares, y además vivía como un rey.

—¿Pero eso no significaría que tendrías que vivir en Grecia?

—Tendríamos que vivir en Grecia, —la corrigió Larry—. Con una suma así, en un año podríamos ahorrar lo suficiente para independizarnos. Tengo que probarlo.

Catherine dudaba, eligiendo cuidadosamente las palabras.

Larry, es tan lejos y ni siquiera conoces a Constantin Demiris. Es posible que aquí haya algún puesto de piloto que...

—¡No! —el tono de Larry era salvaje—. Aquí a nadie le importa una mierda que uno sea buen piloto. Lo único que les interesa es cuánto hace que te afiliaste al sindicato. Allá voy a ser independiente. Es justo lo que he venido soñando, Cathy. Demiris tiene una flota de aviones increíble y voy a volver a volar, chiquita. No voy a tener que darle el gusto más que a Demiris, y Whitestone dice que va a estar encantado conmigo.

Catherine volvió a pensar en el trabajo de Larry en la Pan Am y en las esperanzas que había puesto en él y en sus fracasos con las demás líneas aéreas. Por Dios, pensó, ¿en qué me voi a meter? Eso iba a significar abandonar el negocio que había organizado, irse a vivir al extranjero y entre extranjeros, con un marido que también estaba convirtiéndose en un extranjero.

Larry la observaba. —¿Cuento contigo?

Catherine levantó los ojos hacia su rostro ansioso. Ese era su marido y si ella quería conservar su matrimonio, tendría que vivir donde él viviera. Y qué hermoso sería que todo resultara. Volvería a tener de nuevo al antiguo Larry, encantador, divertido, el hombre con quien se había casado. Tenía que darle una oportunidad.

—Claro que cuentas conmigo, —respondió— ¿Por qué no te haces un viaje para ver a Demiris? Si el trabajo resulta, entonces yo iré a reunirme contigo.

Larry sonrió con su fascinante sonrisa de muchachito. —Sabía que no me ibas a fallar, nena —la rodeó con sus brazos y la estrechó.

Catherine estaba pensando cómo iba a decírselo a Bill Fraser. A primera hora de la mañana siguiente Larry voló a Atenas para encontrarse con Constantin Demiris.

Durante los días que siguieron, Catherine no tuvo noticias de su marido. A medida que pasaba la semana, se dio cuenta de que abrigaba la esperanza de que las cosas en Grecia no hubieran resultado bien, y de que Larry regresara. Aunque consiguiera el trabajo con Demiris, era Imposible ver cuánto podía durar. Sin duda podría encontrar algo en 'los Estados Unidos.

Seis días después de la partida de Larry, Catherine recibió un llamado de ultramar.

—¿Catherine?

—Hola, querido.

—Prepara las valijas. Estás hablando con el nuevo piloto personal de Constantin Demiris.

Diez días después, Catherine estaba camino de Grecia.

LIBRO DOS

NOELLE Y CATHERINE
Atenas: 1946

14

Los hombres plasman algunas ciudades, algunas ciudades plasman a los hombres. Atenas es un yunque que ha resistido el martillo de los siglos. Ha sido tomada y saqueada por los sarracenos, los turcos, los ingleses, pero

cada vez sobrevivió pacientemente. Atenas está hacia el Sur del extremo meridional de la gran llanura central del Ática, que desciende suavemente hacia el golfo Sarónico por el Sudoeste, dominada al Este por el majestuoso monte Himeto. En los últimos años habían brotado edificios nuevos, para oficinas y hoteles, pero bajo su reluciente pátina, Atenas seguía siendo un pueblo lleno de antiguos fantasmas y empapada en la rica tradición de glorias inmemoriales, un pueblo cuyos 'ciudadanos vivían tanto en el pasado como en el presente. Era una sorpresa constante, llena de descubrimientos, y en última instancia incognoscible.

Larry estaba en el aeropuerto de Hellenikión esperando el avión en que llegó Catherine. Ella lo vio venir hacia la rampa, con el rostro ansioso y excitado mientras corría hacia ella. Se lo veía más tostado y más delgado que al partir, y al parecer su tensión se había aflojado.

—Te extrañé, Cathy, —le dijo al levantarla en sus brazos.

—Yo también te extrañé, —y al decirlo, Catherine cobró Conciencia de hasta qué punto lo había echado de menos. Nunca tenía en cuenta el fuerte impacto físico que Larry ejercía sobre ella, mientras no volvía a sentirlo al encontrarse con él después de una ausencia.

—¿Cómo recibió Bill Fraser la noticia? —le preguntó Larry mientras la acompañaba en la Aduana.

—Se mostró muy comprensivo.

—¿No le quedaba más remedio, no? —comentó Larry, sardónicamente.

Catherine recordó su encuentro con Bill Fraser, que la había mirado atónito.

—¿Te vas a ir a vivir a Grecia? ¿Por qué, Dios santo?

—Es la cláusula secreta de mi contrato matrimonial, —bromeó Catherine.

—No sé por qué, Bill. Parece que siempre algo anduviera mal. Pero tiene trabajo en Grecia y aparentemente cree que ahí las cosas van a andar.

Después de su primer impulso de protesta, Fraser había estado encantador, facilitándole todo e insistiendo en que mantuviera su participación en la firma.

—No te vas a ir para siempre —le había dicho. Catherine pensaba en sus palabras mientras miraba a Larry, que estaba hablando con el changador que le llevaría el equipaje al auto. Le hablaba en griego, y Catherine se maravilló de su facilidad para los idiomas.

—Espera a conocer a Constantin Demiris, —le dijo Larry—. Es como un rey. Parecería que todos los grandes bonetes de Europa se pasan el tiempo pensando qué es lo que pueden hacer para agradarle.

—Me alegro de que te guste.

—Y yo le gusto a él.

Catherine jamás lo había visto tan feliz y entusiasmado. Era un buen presagio.

Mientras iban al hotel, Larry le contó su primer encuentro con Demiris. Un chofer de librea había ido a esperar a Larry al aeropuerto. Cuando él pidió ver la flota de aviones de Demiris, el chofer lo llevó a un enorme hangar situado en un extremo del campo. Había tres aviones y Larry los fue examinando con ojo crítico. El Hawker Siddeley era una belleza, Y Larry estaba ansioso por tomar los mandos y conocerlo en vuelo. La otra aeronave era un Piper de seis plazas, en óptimas condiciones. El tercer avión era un L—5 convertido, de dos asientos, con motor Lycoming, una maravilla de aparato para vuelos más cortos. para ser de un particular, era una flota

impresionante. Terminada su inspección, Larry volvió donde lo esperaba el chofer.

—Perfecto. Vamos.

El chofer lo había llevado a una mansión situada en Varkiza, un suburbio exclusivo a veinticinco kilómetros de Atenas.

_Es increíble la casa de Demiris.

—Cuéntame cómo era, —pidió ansiosamente Catherine.

—Imposible describirla. Un terreno enorme, con portones eléctricos, guardias, perros de policía, todo eso. Por fuera, la casa es un palacio y por dentro un museo. Tiene piscina de natación cubierta, un teatro instalado y sala de proyección. Ya la vas a ver.

—¿Y él, estuvo agradable?

—¡Y cómo! —sonrió Larry—. Me puso la alfombra roja. Me imagino que ya conocía mi reputación.

En realidad, Larry había esperado tres horas en una pequeña antesala para ver a Constantin Demiris. En circunstancias habituales, eso lo habría enfurecido, pero Larry tenía conciencia de lo decisiva que era la entrevista y estaba demasiado nervioso Para enojarse. Le había dicho a Catherine qué importante era ese trabajo para él, pero no con qué desesperación lo necesitaba. Volar era su única e indiscutible habilidad, y si no volaba se sentía Perdido. Era como si su vida se hubiera hundido en una

inconmensurable sima emocional, y las presiones que soportaba eran demasiado intensas. Todo dependía de conseguir ese trabajo.

Pasadas las tres horas había entrado un mayordomo para anunciarle que el señor Demiris podía verlo. Lo había conducido por un vestíbulo de recepción que parecía sacado de Versalles. En laS Paredes se mezclaban delicados matices de oro, verde y

azul y sobre ellas, enmarcados en palisandro, pendían exquisitos tapices de Beauvais. El piso estaba cubierto por una magnífica alfombra oval Y sobre ella lucía una enorme araña de cristal de roca Y bronce dorado.

A la entrada de la biblioteca se veía un par de columnas de ónix Verde con capiteles de bronce dorado. La biblioteca misma era exquisita, diseñada por un maestro artesano, y las paredes, eran Paneles de madera tallada. En medio de una de las paredes, una chimenea de mármol blanco lucía su ornamentación de oro y sobre ella había dos hermosos bronces de Philippe Caffieri. Desde la repisa de la chimenea al techo se levantaba un pilar de espejo tallado con una pintura de Fragonard. Por una de las puertas ventanas Larry alcanzó a ver un inmenso patio que daba sobre un parque lleno de estatuas y fuentes.

Al lado opuesto de la biblioteca había un gran escritorio Bureau Plat y tras él una espléndida silla de respaldo alto cubierta con un tapizado de Aubusson. Frente al escritorio, dos bergeres cuyo tapizado era de Gobelin.

Demiris estaba de pie junto al escritorio, estudiando un gran mapa que se veía sobre la pared, señalado con docenas de alfileres de colores. Cuando Larry entró se dio vuelta y tendió la mano.

—Constantin Demiris, —se presentó, con un levísimo acento. Hacía años que Larry lo conocía por las fotos de los periódicos y los noticieros, pero no se había imaginado la fuerza vital que emanaba de él.

—Lo sé, —respondió mientras le estrechaba la mano—. Yo soy Larry Douglas.

Demiris vio que los ojos de Larry se dirigían al mapa que pendía de la pared.

—Mi imperio, —explicó—. Tome asiento. Larry se sentó frente al escritorio. —¿Entiendo que usted y lan Whitestone volaron juntos en la RFA?

—Sí. Demiris se recostó en su asiento y lo observó. —lan tiene muy buena opinión de usted.

—Yo también la tengo de él —sonrió Larry— Es un piloto estupendo.

—Es lo mismo que él dijo de usted, salvo que usó la palabra —increíble—.

Larry volvió a experimentar la misma sorpresa que cuando Whitestone le había hecho por primera vez el ofrecimiento. Era evidente que le había trasmitido a Demiris una excelente imagen, que no tenía nada que ver con la relación que los dos habían tenido.

—Soy bueno, —declaró Larry— Es mi oficio. Demiris asintió.

—Me gusta la gente que es buena en su oficio. ¿Sabía usted que la mayoría no lo son?

—No lo había pensado mucho, —confesó Larry.

—Pues yo sí, —Demiris le sonrió con frialdad—. Mi oficio es ése... la gente. Y a la gran mayoría de la gente le enferma lo que hace, señor Douglas. En vez de idear alguna manera de hacer lo que les gusta, se pasan la vida en la trampa en que cayeron, como insectos que no piensan. Es raro encontrar un hombre a quien le guste su trabajo. Y casi invariablemente, cuando uno encuentra un hombre así, es alguien que tiene éxito.

—Supongo que debe ser así, —respondió modestamente Larry.

—Usted no es un éxito. Súbitamente alerta, Larry lo miró.

—Depende de lo que se entienda por éxito, señor Demiris, —respondió cautelosamente.

—Lo que yo entiendo, —explicó Demiris sin ambages—, es que usted fue brillante en la guerra, pero no se maneja muy bien en la paz.

Larry sintió que los músculos de la mandíbula —empezaban a ponérsele tensos. Sintió que trataban de hacerle morder el cebo y procuró controlar su enojo. Su mente trabajaba a toda máquina, buscando qué podía decir para salvar el trabajo que tan desesperadamente necesitaba. Demiris lo observaba; dos aceitunas negras, sus ojos lo observaban sin perder detalle.

—¿Qué pasó con su trabajo en la Pan American, señor Douglas?

Larry forzó una sonrisa. —No me gustaba la idea de pasarme quince años esperando para llegar a copiloto

—Y por eso golpeó al hombre para quien trabajaba.

—¿Quién se lo dijo? —Larry no pudo ocultar su sorpresa.

—Vamos, señor Douglas, —dijo con impaciencia Demiris—, si usted fuera a trabajar conmigo, estaría confiándole mi vida cada vez que volara con usted. Y casualmente, para mí, mi vida es muy valiosa. ¿Pensó realmente que lo iba a tomar sin investigar todo lo referente a usted?

—Me imagino que no, —admitió Larry.

—Después de haber sido despedido en la Pan Am, consiguió otros dos trabajos como aviador y también lo despidieron, —prosiguió Demiris—. Son malos antecedentes.

—No tuvo nada que ver con mi capacidad, —replicó Larry, sintiendo de nuevo cómo el enojo bullía dentro de él—. En una de las compañías, las cosas eran demasiado lentas, y la otra no pudo conseguir un préstamo bancario y quebró. Pero yo soy, un piloto excelente.

Demiris lo estudió durante un momento y sonrió.

ya lo sé. Es que no responde bien a la disciplina ¿verdad?

—No me gusta recibir órdenes de idiotas que saben menos que yo.

—Confío en que yo no voy, a entrar en esa categoría.

—Seguro que no, a menos que piense decirme cómo tengo que manejar sus aviones, señor Demiris.

—No; ésa va a ser su tarea. Y también será tarea de usted ocuparse de transportarme a donde vaya de manera eficiente, cómoda y segura.

—Haré todo lo que pueda, señor Demiris, —asintió Larry.

—Eso espero, —respondió Demiris—. Así que anduvo echándoles un vistazo a mis aviones.

Larry procuró que la sorpresa no se le notara en la cara.

—Sí, señor.

—¿Qué le parecieron?

—Una maravilla, —Larry no pudo ocultar su entusiasmo.

—¿Manejó alguna vez un Hawker Siddeley?

Durante un momento, Larry— luchó con la tentación de mentir.

— No. señor.

—¿Cree que podría aprender?

—Si usted tiene alguien que pueda dedicarme diez minutos... —sonrió Larry.

Demiris se inclinó hacia adelante en su asiento, uniendo las yemas de sus dedos largos y delgados. —Podría elegir un piloto que esté familiarizado con todos mis aviones.

—Pero no lo va a hacer, —respondió Larry—. porque usted va a seguir comprando aviones y quiere contar con alguien capaz de adaptarse a cualquiera que compre.

Demiris asintió con un gesto.

—Tiene razón, —admitió después— Lo que en realidad busco es un piloto... un piloto de alma, un hombre que se sienta feliz cuando vuela.

Fue en ese momento cuando Larry supo que el trabajo era de él.

Larry jamás llegó a saber lo cerca que había estado de no conseguirlo. Gran parte del éxito de Constantin Demiris se debía a su bien desarrollado olfato para los problemas, que le había sido útil con tal frecuencia que rara vez desatendía sus llamados. Cuando lan Whitestone había venido a decirle que dejaba el trabajo, una silenciosa alarma se movilizó en el ánimo de Demiris, debida en parte a la actitud de Whitestone, El piloto actuaba de manera poco natural y parecía incómodo. No era cuestión de dinero, le aseguró a Demiris. Tenía la posibilidad de establecerse con un negocio por su cuenta en Sidney; con un cuñado, y quería hacer la prueba. Después le había' recomendado a otro piloto.

—Es norteamericano, pero volamos juntos en la Real Fuerza Aérea. No es simplemente bueno, es increíble, señor Demiris. No conozco aviador más capaz.

Demiris escuchó en silencio mientras lan Whitestone se extendía sobre las virtudes de su amigo, procurando detectar la nota falsa que le chocaba. Finalmente la reconoció. Los elogios de Whitestone eran excesivos, pero tal vez se debiera a que estaba incómodo por dejar tan inesperadamente su trabajo.

Como Demiris era hombre de no dejar librado al azar ni el detalle más pequeño, hizo varias llamadas internacionales después que Whitestone se retiró. En el curso de la tarde ya había verificado que efectivamente alguien había puesto dinero para financiar un pequeño negocio de electrónica que Whitestone quería instalar en' Australia, con su cuñado. Habló también con un amigo que tenía en el ministerio del Aire británico y dos horas después

había conseguido un informe verbal sobre Larry Douglas. —En tierra era un poco raro, le había dicho su amigo. Pero Como aviador, estupendo '. Después Demiris había telefoneado a Washington y a Nueva York, y no había tardado en actualizar su información sobre la situación actual de Larry Douglas.

Superficialmente, parecía que todo fuera como debía ser, y sin embargo Constantin Demiris seguía experimentando esa vaga sensación de incomodidad, como un mal presentimiento. Habló del asunto con NOELLE sugiriéndole que tal vez conviniera ofrecerle mejor paga a Whitestone para que se quedara.

—No, —dijo NOELLE—, después de escucharlo con atención—. Déjalo que se vaya, Costa. Y 'si él te recomienda tanto a ese aviador norteamericano yo, en tu lugar, lo probaría.

Eso, finalmente, lo había decidido.

Desde el momento que NOELLE supo que Larry Douglas estaba camino de Atenas ya no pudo pensar en otra cosa. Recordaba todos los años que le había llevado urdir lenta y cuidadosamente sus planes, ajustar paciente e inexorablemente la red, y estaba segura de que, si Constantin Demiris lo hubiera sabido, se habría enorgullecido de ella. Qué ironía, reflexionaba NOELLE. Si nunca hubiera conocido a Larry, podría haber sido feliz con Demiris. Ambos se complementaban perfectamente. Los dos amaban el poder y sabían usarlo. Estaban por encima de la gente común; eran dioses, hechos para mandar. En última instancia, no podían perder, porque tenían una paciencia sutil, casi mística. Podían esperar por siempre. Y ahora, para NOELLE, la espera tocaba a su fin.

NOELLE se pasó el día en el jardín, tendida en una hamaca, revisando su plan, y para cuando el sol empezó a hundirse hacia occidente, se sintió satisfecha. En cierto modo, pensaba, era una lástima que una parte tan importante de los seis últimos años, hubiera estado colmada por sus planes de venganza. Eran lo que había motivado casi todos sus momentos de vigilia, lo que había dado riqueza, impulso y emoción a su vida, y ahora en unas pocas semanas la búsqueda habría terminado.

En ese momento, tendida bajo el moribundo sol de Grecia mientras las brisas del crepúsculo empezaban a refrescar el silencioso verdor del jardín, NOELLE no tenía la menor idea de que apenas—si empezaba. La noche que precedió a la llegada de Larry, NOELLE no pudo dormir. Se pasó la noche despierta, recordando a París y al hombre que le había enseñado a reír y había vuelto a hacérselo olvidar... volvió a sentir en su seno cómo el bebé de Larry se adueñaba de su cuerpo de la misma manera que su padre se había posesionado de su espíritu. Recordó aquella tarde en el triste departamento parisiense y el suplicio de la aguda punta metálica que le había desgarrado cada vez más hondamente las carnes hasta alcanzar al bebé con ese dolor dulce e insoportable que la había hundido en un frenesí de histeria, y el interminable río de sangre que había manado de ella. Recordaba todas esas cosas y las revivía ... el dolor, la agonía y el odio. A las cinco de la mañana NOELLE estaba en pie, ya vestida, mirando desde su habitación la enorme bola de fuego que se elevaba sobre el mar Egeo. Le traía a la memoria otra mañana, en París, cuando se había levantado temprano para vestirse y esperar a Larry ... sólo que esta vez él iba a llegar. Porque ella se había ocupado de que fuera así. Como NOELLE lo había necesitado antes, así Larry la necesitaba ahora, por más que aún no lo supiera. Demiris envió un mensaje a la suite de NOELLE para decirle que le gustaría desayunar con ella, pero NOELLE se sentía demasiado excitada y temía que su estado de

ánimo despertara la curiosidad de él. Ya hacía mucho que sabía que Demiris tenía la sensibilidad de un gato: nada se le escapaba. NOELLE volvió a repetirse que debía tener cuidado. Quería ocuparse ella misma de Larry, personalmente, a su manera. Durante mucho tiempo había pensado seriamente que estaba usando a Constantin Demiris como herramienta inconsciente y, si él lo descubría, no le iba a gustar. NOELLE se sirvió media taza de café a la turca y comió la mitad de un panecillo recién horneado. No tenía apetito. Sus pensamientos volaban, afiebrados, al encuentro que se produciría dentro de algunas horas. Se había esmerado excepcionalmente con el maquillaje y con la elección de su vestido, y sabía que estaba hermosa. Poco después de las once, NOELLE oyó que el automóvil se detenía frente a la casa. Inspiró profundamente para controlar su nerviosidad y después se dirigió sin prisa hacia la ventana. En ese momento Larry Douglas bajaba del coche. NOELLE lo observó mientras iba hacia la puerta y fue como si los años no hubieran trascurrido y los dos estuvieran de vuelta en París. A Larry se lo veía un poco más maduro; la guerra y la vida habían añadido líneas a su rostro, pero con ellas parecía más buen mozo que antes. Al mirarlo por la ventana, a través de los diez metros que los separaban, NOELLE podía sentir aún el magnetismo animal, el antiguo deseo que se removió en ella, mezclándose con el odio, hasta que experimentó una sensación de júbilo. Por última vez, se miró rápidamente en el espejo y después bajó al encuentro del hombre que estaba dispuesta a destruir

Mientras bajaba las escaleras, NOELLE se preguntaba cuál sería la reacción de Larry al verla. ¿Se habría jactado ante sus amigos, y tal vez incluso ante su mujer, de que NOELLE Page había estado enamorada de él? Como se lo había preguntado ya cien veces, se preguntó si alguna vez él volvería a vivir la magia de esos días y de ésas noches que habían compartido en París, y si lamentaría lo que le había hecho. ¿Cómo lo habría afectado el que NOELLE se convirtiera en estrella internacional, en tanto que su propia vida no era más que una serie de pequeños fracasos? NOELLE quería ver algo de todo eso en los ojos de Larry, ahora, cuando se enfrentaran por primera vez en casi siete años

NOELLE había llegado al vestíbulo de recepción cuando el mayordomo abrió la puerta de entrada e hizo pasar a Larry, que estaba mirando aterrado el enorme recinto. cuando se dio vuelta

y se encontró con ella, La miró prolongadamente y en su expresión se advirtió el placer que le daba contemplar a una mujer hermosa

—Hola, —saludó alegremente— Soy Larry Douglas. Estoy citado para ver al señor Demiris.

Pero en su rostro no había ningún signo de reconocimiento, En absoluto

Al recorrer con su marido las calles de Atenas, mientras se dirigían al hotel, Catherine se quedó atónita ante la sucesión de ruinas y de monumentos que los rodeaban por todas partes

Frente a ella veía el espectáculo sobrecogedor del Partenón que se elevaba, dominando la Acrópolis. Por todas partes había grandes hoteles y edificios altos y sin embargo, extrañamente, a Catherine le parecían algo fugaz y pasajero, en tanto que el partenón se destacaba inmortal y eterno en la cincelada claridad del aire.

—¿Impresionante, no? —preguntó Larry—. Toda la ciudad es así. Una ruina enorme y espléndida.

pasaron por un gran parque, en el centro de la ciudad, ornamentado con fuentes danzarinas. En el parque había cientos de mesas con postes verdes y anaranjados que sostenían en el aire toldos azules.

En casi todas las cuadras había cafés con mesas al aire libre, y en las esquinas hombres que vendían esponjas recién pescadas. por todas partes se veían floristas, y sus quioscos eran una fiesta de brillantes colores.

—Qué blanca es la ciudad, —comentó Catherine—. Deslumbrante.

En el hotel tenían un departamento amplio, encantador, que daba sobre la plaza Sintagma, en el centro de la ciudad. En la habitación había flores y un enorme bol de fruta fresca.

—Qué belleza, —exclamó Catherine, mientras recorría la suite.

El botones dejó su valija y Larry le dio una propina.

—Parapolee, —dijo el chico.

—Parakalo —respondió Larry, y el chico salió, cerrando la puerta.

Larry se acercó a Catherine y la tomó en brazos.

—Bienvenida a Grecia, —le dijo y la besó ávidamente, y Catherine sintió la dura presión de su cuerpo contra el de ella y se alegró de sentir cuánto la había extrañado Larry. Él la llevó al dormitorio.

—Ábrelo, —le dijo, señalando un paquetito que había sobre la cómoda.

Cuando sus dedos desgarraron la envoltura, Catherine encontró Un pequeño estuche, y dentro de él una miniatura, un pajarito tallado en jade. Ocupado como estaba, Larry se había acordado, y ella se sintió conmovida. De algún modo, el pájaro era un talismán, un presagio de que todo iría bien y de que los problemas se habían terminado.

Mientras se hacían el amor, Catherine murmuró una oración de gratitud por estar de nuevo en los brazos del marido que tanto amaba, en una de las ciudades más bellas del mundo, empezando una vida nueva. Ése era el viejo Larry, y todos sus problemas habían sido un tónico para su matrimonio.

Cada día iba a ser una aventura nueva.

A la mañana siguiente, Larry combinó con un agente de propiedades para que llevara a Catherine a ver algunos departamentos. Era un hombre bajo y moreno, de grandes bigotes, que se llamaba Dimitropolous y hablaba rápidamente algo que en su honesta opinión era perfecto inglés, pero que consistía en una serie de palabras griegas unidas por alguna que otra frase inglesa indescifrable.

Poniéndose a merced de él, —recurso que Catherine usaría con frecuencia en los meses por venir— consiguió persuadirlo de que hablara muy lentamente, para poder distinguir alguna de las palabras inglesas y adivinar algo de lo que él procuraba decirle.

El cuarto lugar que le mostró era un departamento de cuatro habitaciones, alegre y soleado, situado en lo que, como supo después Catherine, constituía el barrio elegante de Atenas, con edificios residenciales y negocios de moda.

Esa noche, cuando Larry regresó al hotel, Catherine le habló del departamento y dos días después se mudaron.

Larry no estaba durante el día, pero procuraba volver a cenar con Catherine. En Atenas se cenaba a cualquier hora entre las nueve y las doce de la noche. De las dos a las cinco de la tarde, todo el mundo dormía la siesta y después los negocios volvían a abrirse hasta el atardecer. Catherine se dejó absorber completamente por la ciudad.

Cada vez que Larry estaba libre, él y Catherine salían juntos a recorrer la ciudad. Encontraban negocios estupendos donde podían pasar las horas 'regateando precios, y pequeños restaurantes alejados de las calles principales, donde solían hacerse habitués. Larry era un compañero encantador y alegre, y Catherine estaba agradecida por haber dejado su trabajo en los Estados Unidos para estar con su marido.

Larry Douglas, en su vida había sido más feliz. El trabajo con Demiris era el sueño de toda su vida.

El salario era bueno, pero no era eso lo que le interesaba a Larry; sino únicamente los espléndidos aparatos que piloteaba. Le llevó exactamente una hora aprender a manejar el Hawker Siddeley, y necesitó cinco vuelos más para dominarlo. Durante la mayor parte del tiempo Larry volaba con Paul Metaxas, el desaprensivo copiloto griego de Demiris. A Metaxas le había sorprendido la repentina partida de lan Whitestone y había tenido sus aprensiones respecto de su reemplazante. Conocía historias sobre Larry Douglas y no le gustaba mucho lo que sabía. Sin embargo, Douglas parecía auténticamente entusiasmado con su nuevo trabajo, y la primera vez que Metaxas voló con él tuvo que reconocer que era un piloto estupendo.

Poco a poco, Metaxas fue bajando la guardia y ambos se hicieron amigos.

Si no estaba volando, Larry se pasaba el tiempo estudiando las peculiaridades de la flota aérea de Demiris. Ya antes de conocerlas a fondo, era el mejor de los pilotos que jamás hubieran manejado los aparatos.

La diversidad de su trabajo le resultaba fascinante. Tan pronto llevaba a algún colaborador de Demiris en un viaje de negocios a Corfú o a Roma, como iba a buscar a los invitados de su empleador para llevarlos a una fiesta en la isla de Demiris, o a su chalet de Suiza, para esquiar. Se acostumbró a viajar con personas cuyos retratos aparecían continuamente en las primeras planas de periódicos y revistas, y entretenía a Catherine contándole anécdotas de ellas. Llevó al presidente de un país balcánico, a un primer ministro británico, a un magnate petrolero árabe con todo su harén. Con él viajaban cantantes de ópera, una compañía de ballet, y el reparto completo de una compañía de Broadway que iba a dar una única función en Londres para el cumpleaños de Demiris. Y jueces de la Corte Suprema, congresistas y hasta un ex presidente de los Estados Unidos. Durante los vuelos, Larry se pasaba la mayor parte del tiempo en la cabina, pero de vez en cuando recorría el aparato para asegurarse de que los pasajeros viajaban cómodos. A veces alcanzaba a oír fragmentos de conversaciones entre potentados; Larry podría haber hecho una fortuna con la información que obtenía de ese modo sobre ventas de acciones y temas similares, pero eSO simplemente no le interesaba. Su preocupación se centraba en la máquina que piloteaba, poderosa y viva bajo su control. Pasaron dos meses antes de que Larry tuviera que llevar al propio Demiris.

Volaban en el Piper, en el que Larry llevaba a su empleador desde Atenas a Dubrovnik. El día estaba nublado y el informe anunciaba tormentas de viento y borrascas en todo el trayecto. Larry había seleccionado cuidadosamente el rumbo menos tormentoso, pero el aire estaba tan cargado de turbulencias que era imposible evitarlas.

Una hora después de haber salido de Atenas encendió la señal de "ajustarse el cinturón" y le dijo a Metaxas:

—A ver si aguantas, Paul.

Esto nos puede costar el empleo.

Con gran sorpresa de Larry, Demiris apareció en la cabina de pilotaje.

—¿Puedo estar con ustedes? —preguntó.

—Cómo no, —contestó Larry—. Pero va a estar bravo.

Metaxas le dio su asiento a Demiris, que se puso el cinturón de seguridad. Larry, habría preferido que el que volara a su lado, listo para actuar en cualquier emergencia, fuera el copiloto, pero el avión era de Demiris.

La tormenta se prolongó durante un par de horas. Larry, rodeó las enormes montañas de nubes que se hinchaban ante ellos con su blancura mágica y mortal..

—Son hermosas, —comentó Demiris.

—Pero asesinas, —explicó Larry—. Son cúmulos, y la razón para que sean tan bellas y esponjosas es que están llenas de viento, que las hincha, El interior de esas nubes puede hacer pedazos un avión en diez segundos. Uno puede subir y caer diez mil metros en menos de un minuto sin tener el menor control sobre la máquina.

—Estoy seguro de que a usted no le va a pasar eso, —declaró tranquilamente Demiris.

Los vientos se apoderaron del aparato, tratando de levantarlo por el cielo, 'pero Larry se esforzó por mantenerlo bajo control. Se olvidó de la presencia de Demiris para concentrarse totalmente en la máquina que piloteaba, echando mano de todo lo que había aprendido en su vida, hasta que terminaron por salir de la tormenta. Cuando Larry se dio vuelta, agotado, advirtió que Demiris se había ido de la cabina de pilotaje y Metaxas estaba sentado en su asiento.

—Para ser el primer viaje, fue una porquería, Paul, —comentó Larry—. No sé si no me va a lavar la cabeza.

Cuando carreteaban por la pista del pequeño aeropuerto de Dubrovnik, rodeado de montañas, Demiris volvió a aparecer en la puerta de la cabina.

—Estuvo muy bIen, —dijo, dirigiéndose a Larry—. Usted es un hombre que conoce su oficio. Estoy satisfecho.

A medida que pasaban las semanas, Catherine empezó a familiarizarse con las cosas que le habían parecido tan ajenas y extrañas al llegar a Grecia. La gente era cordial y amistosa. Se acostumbró a ir al mercado y aprendió a comprar la ropa en la calle Voukourestiou. Grecia era una maravilla de ineficacia organizada, y había que aceptarlo y disfrutarlo. Nadie tenía prisa y si uno preguntaba cómo llegar a alguna parte, lo más probable era que lo acompañaran donde quería ir. O si no, el interrogado contestaba, si le preguntaban si era lejos: "Enos cigarou dromos", "a un cigarrillo de distancia", como le explicaron a Catherine. La muchacha recorría las calles, explorando la ciudad y bebiendo el vino oscuro y cálido del verano griego.

El lugar favorito de Catherine era Paros, donde fueron con Larry, una isla verde dominada por un monte cubierto de flores. Cuando el barco en que iban llegó al muelle, allí los esperaba un guía que les preguntó si querían que los llevara hasta la cima del monte a lomo de mula. Larry y Catherine aceptaron.

Catherine llevaba un amplio sombrero de paja para protegerse del ardiente sol. Mientras ella y Larry trepaban sobre las flacas mulas la senda escarpada que conducía hacia la cima del monte, se cruzaban con mujeres vestidas de negro.

—Ke—lee meh—ra, —saludaban las campesinas y le entregaban a Catherine puñados de hierbas frescas, de orégano y albahaca para que se

pusiera en la cinta del sombrero. Después de dos horas de camino llegaron a una meseta, una hermosa llanura llena de árboles, donde millones de flores eran un espectáculo increíble. El guía detuvo las mulas y todos contemplaron con admiración esa maravillosa profusión de colores.

—Éste es el Valle de las Mariposas, —les explicó el guía en su inglés rudimentario. Catherine miró a su alrededor, buscando mariposas, sin ver ninguna.

—¿Por qué lo llaman así? —preguntó.

El guía sonrió como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Ya lo va a ver, —contestó.

Se bajó de la mula y tomó una gran rama caída. Acercándose a un árbol, azotó el tronco con todas sus fuerzas. En una fracción de segundo, las flores de centenares de árboles se elevaron súbitamente en el aire en un salvaje arco iris de vuelo que dejó los árboles desnudos. El aire se llenó de centenares de miles de mariposas de brillantes colores que danzaban a la luz del sol.

Catherine y Larry miraban el espectáculo. El guía, a su vez, los observaba a ellos con una expresión de orgullo, como si se sintiera responsable del hermoso milagro que presenciaban. Fue uno de los días más perfectos en la vida de Catherine, y la muchacha pensó que si pudiera elegir un día para revivirlo, sería el que había pasado con Larry en Paros.

—Oye, hoy tenemos una pasajera muy importante —sonrió alegremente Paul Metaxas— Espera a que la veas.

—¿Quién es?

—NOELLE Page, la amiga del patrón. Se mira, pero no se toca.

Larry Douglas recordaba la rápida visión de la mujer que había tenido en casa de Demiris, la mañana que había llegado a Atenas. Era una belleza y le resultaba familiar, pero claro que eso se debía a que la había visto en la pantalla, una vez que Catherine lo arrastró a ver una película francesa. Pero nadie tenía que enseñarle a Larry cómo cuidarse. Aun si el mundo no estuviera lleno de mujeres ansiosas, jamás se le iba a ocurrir acercarse a la amiguita de Demiris. A Larry le gustaba demasiado su trabajo para arriesgarlo haciendo semejante estupidez. En fin, tal vez le pidiera un autógrafo para llevárselo a Catherine.

El automóvil en que NOELLE se dirigía al aeropuerto se demoró varias veces por las cuadrillas de obreros que reparaban la ruta, pero NOELLE se alegró de las demoras. Iba a ver a Larry Douglas por primera vez desde que se habían encontrado en la casa de Demiris. En esa ocasión NOELLE había quedado profundamente impresionada por lo que sucedió o, mejor dicho, por lo que no sucedió.

Durante los últimos seis años, NOELLE se había imaginado el encuentro de mil maneras diferentes. Una y otra vez se había representado mentalmente la escena, pero lo único que jamás se le había ocurrido era que Larry pudiera no recordarla. El suceso más importante de la vida de NOELLE no había tenido para él más importancia que cualquier otro episodio barato, uno entre miles. Pues bien, antes de que NOELLE acabara con él, ya se iba a acordar.

Larry estaba cruzando el campo de aviación, con la carta de vuelo en la mano, cuando un automóvil se detuvo frente al avión grande y de él bajó NOELLE Page. Larry se dirigió hacia el auto.

—Buenos días, señorita Page, —saludó—. Soy Larry Douglas y la voy a llevar a usted y a sus invitados a Cannes.

NOELLE dio la vuelta y pasó junto a él como si Larry no hubiera dicho nada, como si no existiera. Larry se quedó mirándola, perplejo.

Treinta minutos después los otros pasajeros, una docena más o menos, ya estaban a bordo y Larry y Paul Metaxas despegaron. Tenían que conducir al grupo a. la costa Azul, donde los esperaban para llevarlos a bordo del yate de Demiris. Fue un vuelo tranquilo, a no ser por la turbulencia normal sobre la costa meridional francesa durante el verano, y Larry hizo aterrizar limpiamente el avión y después lo carreteó hasta donde algunos automóviles esperaban a sus pasajeros. Cuando él y el copiloto bajaban del aparato, NOELLE se aproximó a Metaxas, ignorando completamente a Larry.

—El nuevo piloto es un aficionado, Paul, —le dijo con voz llena de desprecio—. Será mejor que usted le dé algunas lecciones, —y se introdujo en uno de los coches, que se alejó dejando a Larry inmóvil, lleno de furia e impotente y aturdido.

Larry se dijo para sus adentros que NOELLE era una yegua y que probablemente estuviera en un mal día, Pero durante la semana próxima se produjo un nuevo incidente que lo convenció de que se hallaba ante un problema grave.

Por orden de Demiris, Larry recogió a NOELLE en Oslo para llevarla a Londres. Dada su experiencia anterior, Larry se había atenido con especial cuidado al plan de vuelo. Hacia el Norte había una zona de alta presión, y era posible que se formaran cúmulos hacia el Este. Larry planeó una ruta que sorteara esos obstáculos y el vuelo resultó perfecto. La aeronave descendió en un aterrizaje impecable, y Larry y Paul Metaxas se dirigieron a la cabina de pasajeros, donde NOELLE estaba retocándose los labios.

—Espero que le haya gustado el vuelo, señorita Page, —le dijo cortésmente

Larry—. NOELLE lo miró un momento con rostro inexpresivo Y se dirigió a Paul Metaxas.

—Siempre estoy nerviosa cuando el piloto es un incompetente.

Larry sintió que la cara se le arrebataba y empezó a hablar, pero NOELLE se dirigió una vez más a Metaxas:

—Por favor, dígale que en lo sucesivo no me dirija la palabra si yo no le hablo.

Metaxas tragó saliva.

—sí, señora, —farfulló.

Mientras NOELLE descendía del avión, Larry se quedó mirándola con ojos llenos de furia. Su primer impulso había sido de abofetearla, pero sabía que eso era cavarse la fosa. Ese trabajo le gustaba más que cualquier otro que hubiera tenido, y Larry no tenía intención de ponerlo en peligro. Sabía que si lo despedían era posible que nunca más consiguiera trabajo como aviador. No, en el futuro iba a tener que ser muy cauteloso.

Al volver a casa, Larry le contó a Catherine lo sucedido.

—Me la tiene jurada, —le comentó.

—Parece una mujer terrible. ¿No será que la ofendiste en algo, Larry? ?

—No he llegado a decirle una docena de palabras.

—No te preocupes, —Catherine le tomó la mano, consoladora—. Antes de que llegues a hartarte ya la tendrás hechizada. Espera y verás.

Al día siguiente, cuando Larry llevó a Demiris en un breve viaje de negocios a Turquía, el magnate griego entró en la cabina y se sentó en el asiento de Metaxas. Con un gesto de la mano le indicó al copiloto que se retirara, y Larry, y Demiris quedaron a solas. Permanecieron en silencio,

observando los estratos que dibujaban sobre el avión fluidas pautas geométricas.

—Parece que usted no le cae bien a la señorita Page, —dijo finalmente Demiris.

Larry sintió que las manos se le tensaban sobre los controles y las obligó deliberadamente a relajarse. Se esforzó por hablar con voz calma.

—¿No… no le dijo por qué?

—Dijo que usted era grosero con ella.

Larry abrió la boca para protestar, pero lo pensó mejor. De eso iba a tener que zafarse a su manera.

—Lo siento. Procuraré tener más cuidado, señor Demiris, —respondió con calma.

Demiris se puso de pie.

—Por favor, le rogaría que no vuelva a ofender a la señorita Page, —dijo y se retiró de la cabina.

¡Que no la vuelva a ofender! Larry se exprimió el cerebro tratando de pensar qué era lo que él podía haber hecho para ofenderla. Tal vez simplemente no fuera su tipo. O quizás estuviera celosa porque Demiris confiaba en él, pero eso no tenía sentido. Nada de lo que se le ocurría tenía sentido y, sin embargo, NOELLE Page estaba tratando de hacerlo despedir.

Larry pensó en lo que era estar sin trabajo, en la humillación de andar llenando solicitudes, en las entrevistas, las esperas, las horas interminables dedicadas al intento de matar el tiempo en bares desdeñables o con prostitutas ocasionales. Recordó la paciencia y la tolerancia de Catherine, y la forma en que él la había odiado por tenerlas. No, no podía volver a pasar por todo eso. No podía soportar otro fracaso.

Pocos días después, durante una escala en Beirut, Larry pasó por un cinematógrafo y se fijó en que daban una película en que la estrella era NOELLE Page. Siguió su impulso de entrar a verla, preparado para rechazar tanto el filme como su estrella, pero NOELLE actuaba de manera tan brillante que se sintió completamente ganado por su actuación. Volvió a tener esa curiosa sensación de familiaridad. Al lunes siguiente, Larry voló a Zurich con NOELLE Page y algunas relaciones comerciales de Demiris. Esperó a que NOELLE estuviera sola y se le acercó. Había vacilado en hablar con ella porque recordaba su última advertencia, pero decidió que la única manera de quebrar el antagonismo de NOELLE era tomarse alguna molestia para serle agradable. Todas las actrices eran egoístas y les gustaba que les dijeran que eran buenas, de modo que Larry se acercó a NOELLE y le habló con cuidadosa cortesía.

—Discúlpeme, señorita Page, pero quería decirle que la otra noche la vi en una película, El Tercer Rostro. Pienso que es usted una de las actrices más grandes que he visto jamás.

Durante un momento, NOELLE le clavó los ojos.

—Quisiera creer que es mejor como crítico que como piloto, —replicó después—, pero dudo mucho que tenga inteligencia y gusto suficiente, —y se alejó.

Larry se quedó ahí plantado con la sensación de haber recibido un golpe. ¡La muy hija de puta! Durante un momento experimentó la tentación de seguirla y decirle lo que pensaba de ella, pero sabía que eso era entrar en el juego, No. En lo sucesivo se limitaría a cumplir con su trabajo y mantenerse tan alejado de ella como le fuera posible.

Durante las semanas que siguieron NOELLE hizo varios vuelos con él. Larry no le dirigió la palabra y se esforzó todo lo que pudo por disponerlo todo de manera que ella no lo viera. Se mantuvo fuera de la cabina e hizo que Metaxas se encargara de cualquier comunicación necesaria con los pasajeros. No hubo más comentarios de NOELLE Page, y Larry se felicitó por haber resuelto el problema.

El tiempo demostró que la felicitación había sido prematura. Una mañana Demiris mandó a buscar a

Larry.

—La señorita Page va a ir a París para encargarse en mi nombre de un asunto confidencial. Quiero que usted la acompañe, ¿Entendido?

—Sí, señor Demiris.

Demiris lo observó un momento y empezó a agregar algo, pero cambió de opinión.

—Muy bien.

Como NOELLE era la única pasajera en el vuelo a París, Larry decidió usar el Piper. Le encargó a Paul Metaxas que la atendiera y él se quedó en la cabina, invisible durante todo el viaje. Al aterrizar, se acercó por primera vez al asiento de ella.

—Disculpe, señorita Page. El señor Demiris me dijo que la acompañe mientras está en París.

NOELLE lo miró con desprecio.

—Está bien, —contestó—. Pero trate de no hacerme notar que está conmigo.

Larry asintió fríamente, sin hablar. Desde Orly fueron al centro en automóvil y Larry se sentó adelante, con el conductor, mientras NOELLE ocupaba el asiento de atrás. Durante el viaje no le dirigió la palabra. La primera parada que hicieron fue en Paribas, el Banco de París y des Bas, donde Larry esperó en el vestíbulo hasta que a NOELLE la hicieron pasar al despacho del presidente y de allí al sótano donde se hallaban las cajas de seguridad. NOELLE desapareció durante una media hora y cuando volvió pasó junto a Larry sin decir palabra. Durante un momento él la siguió con la vista; después se dio vuelta y fue tras ella.

Fueron después a la rue du Faubourg St. Honoré. Allí NOELLE despidió el automóvil y Larry la acompañó al interior de una gran tienda, donde ella fue "eligiendo los artículos que quería y entregándole los paquetes para que él se los llevara. Recorrió después media docena de negocios: Hermés para comprar bolsos y cinturones. Guerlain para el perfume, Céline para zapatos, hasta que Larry estuvo cargado de paquetes. Si es que percibía el desconcierto de él, NOELLE no lo dio a entender para nada. Larry podría haber sido algún animalito doméstico que llevara consigo.

Cuando salían de la boutique de Céline empezó a llover. Los peatones se apresuraban a buscar reparo.

—Espéreme aquí, —ordenó NOELLE y, bajo la mirada de Larry, cruzó la calle y desapareció en un restaurante. Durante dos horas Larry la esperó bajo la lluvia, con los brazos cargados de paquetes, maldiciéndola y maldiciéndose a sí mismo por aguantarla. Se sentía preso en una trampa de la cual no sabía cómo salir.

Y tenía el terrible presentimiento de que las cosas iban a empeorar.

La primera vez que Catherine se encontró con Constantin Demiris fue en la mansión de él. Larry había ido a entregarle un paquete que traía desde Copenhague y Catherine lo había acompañado. Estaba admirando un

cuadro en el enorme vestíbulo de recepción cuando se abrió una puerta y entró Demiris.

—¿Así que le gusta Manet, señora Douglas? —preguntó, después de observarla un momento.

Al darse vuelta bruscamente, Catherine se encontró frente a frente con esa leyenda de quien tanto había oído hablar. Inmediatamente tuvo dos impresiones: Constantin Demiris era más alto de lo que ella se había imaginado, y de él emanaba una energía sobrecogedora que casi llegaba a aterrorizar. Catherine se quedó sorprendidísima de que supiera quién era ella y cómo se llamaba. Parecía que hubiera dejado lo que iba a hacer para asegurarse de que Catherine estaba cómoda. Le preguntó si le gustaba Grecia, si estaba conforme con su departamento, y le dijo que tendría mucho placer en hacer más agradable su estadía si Catherine necesitaba algo en especial. Hasta sabía, sin que ella se explicara cómo, que Catherine coleccionaba pajarillos en miniatura.

—Vi uno precioso, —le dijo—. Se lo haré llegar.

—¿Qué te pareció Demiris? —le preguntó Larry cuando salieron.

—Es un encanto. Entiendo que te guste trabajar con él.

—Y voy a seguir trabajando con él. —en la voz de Larry había una tensión que Catherine no entendió.

Al día siguiente, le entregaron un hermoso pajarito de porcelana.

Catherine volvió a ver a Demiris en dos ocasiones, una vez que había ido con Larry a las carreras, y después en una fiesta de Navidad que ofrecía Demiris. Cada vez él se mostró especialmente amable con ella, y Catherine pensaba que Demiris era una persona realmente notable.

NOELLE Y CATHERINE
Atenas: 1946

15

Si no hubiera sido por NOELLE Page, Larry Douglas no habría tenido problema ninguno. Estaba donde quería estar, hacía lo que quería hacer. Le gustaba su trabajo, la gente que trataba y el hombre para quien trabajaba. En tierra, su vida era igualmente satisfactoria. Cuando no volaba, pasaba buena parte del tiempo con Catherine; pero como el trabajo de Larry era tan aleatorio, Catherine no siempre sabía cómo estaba él y a Larry no le faltaban oportunidades de salir por su cuenta. En compañía de Paul Metaxas, concurría a fiestas que no pocas veces terminaban en orgías. Las mujeres griegas estaban llenas de pasión y de fuego y Larry había encontrado una nueva amante en Helena, una de las azafatas de los aviones de Demiris, de modo que cuando hacían alguna escala lejos de Atenas, ambos compartían una habitación en el hotel. Helena era una hermosa muchacha, esbelta y de ojos oscuros, e insaciable. Sí, teniéndolo todo en cuenta, Larry Douglas encontraba que su vida era perfecta.

A no ser por esa yegua rubia que era la amante de Demiris. Larry no tenía el menor indicio de cuál podía ser el motivo por el que NOELLE Page lo despreciaba, pero fuera el que fuere, estaba poniendo en peligro su manera de vivir. Larry había ensayado ser cortés, distante, amistoso, y de cualquier manera

NOELLE Page se las arreglaba para hacerlo quedar como un estúpido. Larry sabía que podía recurrir a Demiris, pero no se hacía ilusiones sobre lo

que pasaría si se planteaba la elección entre él y NOELLE. En dos ocasiones había arreglado las cosas para que fuera Paul Metaxas quien llevara a NOELLE, pero poco antes de cada vuelo, la secretaria de Demiris había telefoneado para decirle que al señor Demiris le gustaría que el piloto fuera el propio Larry.

Una mañana temprano, a fines de noviembre, Larry recibió órdenes de llevar a NOELLE Page a Amsterdam, esa misma tarde. Cuando llamó al aeropuerto le dieron malos informes sobre el estado del tiempo en Amsterdam. Se estaba levantando niebla y anticipaban que para la tarde iban a tener visibilidad cero. Larry telefoneó a la secretaria de Demiris y le advirtió que ese día sería imposible volar a Amsterdam. Ella le dijo que volvería a llamarlo y quince minutos más tarde le informó que la señorita Page estaría en el aeropuerto a las dos en punto, lista para salir. Larry volvió a pedir información al aeropuerto, pensando que tal vez el tiempo hubiera cambiado, pero el informe era el mismo.

—¡Por Dios —exclamó Paul Metaxas—, debe tener un apuro de todos los diablos por llegar a Amsterdam!

Pero Larry tenía la sensación de que el problema no era Amsterdam. Lo que se planteaba era un choque entre dos voluntades. Por lo que a Larry le importaba, Noelle Page bien podía estrellarse contra una montaña y buenas noches, pero él no pensaba romperse el cuello por esa perra estúpida. Intentó telefonear a Demiris para hablar con él, pero estaba en una reunión y no podía atenderlo. Larry colgó violentamente el receptor, hirviendo de furia. No le quedaba más remedio que ir al aeropuerto y allí tratar de disuadir a su pasajera; llegó a las 13.30, y para las 15.00 NOELLE todavía no había aparecido.

—Tal vez haya cambiado de idea, —comentó Paul Metaxas, pero Larry no se hacía ilusiones.

A medida que pasaba el tiempo iba poniéndose cada vez más furioso hasta que se dio cuenta de que eso era lo que ella quería: trataba de inducirlo a una reacción impulsiva, que significaría perder el trabajo. Larry estaba en el edificio de la terminal aérea hablando con el personal del aeropuerto cuando vio llegar el Rolls gris de Demiris. NOELLE Page bajó del automóvil y Larry fue a hablar con ella.

—Lo siento, pero hay que cancelar el vuelo, señorita Page, —le dijo, con su voz más inexpresiva—. En el aeropuerto de Amsterdam hay niebla.

NOELLE pasó junto a él como si no existiera y se dirigió a Paul Metaxas.

—El avión tiene equipo para aterrizaje automático ¿no es cierto?

—Sí, claro, —respondió torpemente Metaxas.

—Realmente, me sorprende que el señor Demiris haya contratado a un piloto tan cobarde, —respondió NOELLE—. Hablaré con él del asunto.

Se dio vuelta y subió al aparato, mientras Metaxas la seguía con la mirada.

—¡Demonios, —exclamó—, no sé qué es lo que le ha dado! jamás se portó de esa manera. Lo siento, Larry.

Larry estaba mirando a NOELLE, que atravesaba el campo con el pelo rubio flotando al viento. jamás había odiado a nadie en esa forma. Metaxas lo observaba.

—¿Vamos a ir? —le preguntó.

—Vamos a ir.

El copiloto exhaló un profundo suspiro y los dos hombres echaron a andar lentamente hacia el avión. Cuando subieron, Noelle Page estaba instalada en la cabina, hojeando tranquilamente una revista de modas. Larry la miró un momento; estaba tan furioso que tenía miedo de hablar. Fue a la cabina de pilotaje y empezó a controlar los instrumentos.

Diez minutos después, con autorización de la torre de control, levantaba vuelo hacia Amsterdam.

La primera parte del vuelo fue tranquila. Suiza se extendía a sus pies bajo un manto de nieve. Cuando empezaron a volar sobre Alemania estaba anocheciendo. Larry pidió por radio a Amsterdam un informe meteorológico y le dijeron que la niebla venía del Mar del Norte y se hacía cada vez más densa. Larry maldijo su mala suerte. Si hubiera cambiado el viento, la niebla se habría disipado, con lo cual se resolvía su problema, pero ahora tendría que decidir si aterrizaba a ciegas en Amsterdam o se dirigía a algún otro aeropuerto. Pensó en ir a hablarlo con su pasajera, pero se imaginó su mirada de desprecio.

—Vuelo especial uno—cero—nueve, su plan de vuelo, por favor.

Era la torre de Munich. Larry tenía que tomar una decisión rápida. Todavía podía aterrizar en Bruselas, Colonia o Luxemburgo. O en Amsterdam. La voz volvió a resonar en el parlante.

—Vuelo especial uno—cero—Nueve, SU plan de vUelO, por favor.

Larry conectó la llave de trasmisión.

—Vuelo especial uno—cero—nueve a la torre de Munich. Nos dirigimos a Amsterdam, —volvió a subir la llave Y se dio cuenta de que Metaxas lo observaba.

—Dios, creo que debería haber duplicado mi seguro de vida, —comentó—. Realmente ¿crees que vamos a llegar?

—¿Quieres que te diga la verdad? —preguntó amargamente Larry—. Me importa un carajo.

—¡Qué fantástico, estar a bordo de un avión con dos locos de remate! —se lamentó Metaxas.

Durante la hora siguiente, Larry se concentró totalmente en el manejo del aparato y en escuchar sin comentarios los informes meteorológicos. segiía esperando que cambiara el viento, pero a treinta minutos de Amsterdam el informe seguía siendo el mismo. Densa bruma. El aeropuerto estaba cerrado a todo tráfico aéreo salvo que se tratara de una emergencia. Larry estableció contacto con la torre de control.

—Vuelo especial uno—cero—nueve a la torre de Amsterdam. Nos aproximamos al aeropuerto desde setenta y cinco millas al Este de Colonia.

Casi instantáneamente, en la radio se oyó una voz.

—La torre de Amsterdam al vuelo especial uno—cero—nueve.

El aeropuerto está cerrado. Les sugerimos que vuelvan a Colonia o aterricen en Bruselas.

—Vuelo especial uno—cero—nueve a la torre de Amsterdam, —articuló Larry en el micrófono de mano—. Respuesta negativa. Tenemos una emergencia.

Metaxas se dio vuelta a mirarlo, sorprendido. Otra vez habló por el parlante.

—Vuelo especial uno—cero—nueve. Habla el jefe de operaciones del aeropuerto de Amsterdam. Estamos totalmente cubiertos por la niebla. Visibilidad cero. Repito, visibilidad cero. ¿QUé clase de emergencia tienen'?

—Estamos quedándonos sin gasolina, —contestó Larry—. Apenas me alcanza para allí.

Los ojos de Metaxas se clavaron en el indicador de combustible, que señalaba medio tanque.

—Por todos los diablos, —estalló el griego—, si podemos volar hasta la China'.

Después de un silencio, la radio revivió.

—La torre de Amsterdam al vuelo especial uno—cero—nueve. Tienen autorización para aterrizaje de emergencia. Recibirán instrucciones.

—De acuerdo, —Larry apagó la radio y se volvió hacia Metaxas—. Tira el combustible, —le ordenó.

Metaxas se atoró y después habló con voz ahogada.

—¿Que... que tire el combustible?

—Ya me oíste, Paul. Deja lo necesario para llegar.

—Pero Larry...

—No me discutas, carajo. Si bajamos con medio tanque lleno de gasolina, nos van a quitar la licencia tan rápido que ni te vas a dar cuenta.

Metaxas asintió sombríamente y buscó a tientas la bomba de eyección de combustible. Empezó a bombear, sin apartar los ojos del indicador. Cinco minutos después estaban en medio de la bruma, envueltos en un suave algodón blanco que borraba todo lo que había fuera de la cabina iluminada que ocupaban. La sensación de estar solos en el tiempo y en el espacio, aislados del resto del mundo, era escalofriante. La última vez que Larry la había experimentado era en el Link Trainer, pero eso era un juego donde no se arriesgaba nada. Aquí la apuesta era de vida o muerte. Pensó qué estaría haciendo su pasajera. Ojalá le diera un ataque al corazón. Volvió a oírse la voz de la torre de control.

—La torre de control de Amsterdam al vuelo especial uno—cero—nueve. Por favor sigan exactamente mis instrucciones. Los tenemos en la pantalla de radar. Vire tres grados al Oeste y mantenga su altitud hasta recibir nuevas instrucciones. Con su velocidad actual, debe aterrizar en dieciocho minutos.

La voz que les llegaba por radio sonaba tensa, y con razón, pensó sombríamente Larry. El más leve error y se irían al mar con avión y todo. Larry efectuó la corrección y cortó deliberadamente todo contacto mental que no fuera con la voz incorpórea que era su único vínculo con la supervivencia. Manejaba la máquina como si fuera parte de sí mismo, con el corazón, con el alma, con el cerebro. Se daba cuenta oscuramente de que Paul Metaxas estaba a su lado, verificando constantemente los instrumentos en voz baja y tensa, pero si salían con vida de esa situación, sería gracias a Larry Douglas. Larry jamás había visto una niebla semejante. Era un enemigo fantasmagórico, que lo atacaba por todas partes, lo cegaba, lo seducía, trataba de arrastrarlo a cometer algún error fatal. Estaba lanzado a través del cielo a cuatrocientos kilómetros por hora, y sin poder ver más allá del cristal de la cabina. Los pilotos odian la niebla, y su primera regla es: Pásala por arriba o por abajo, pero sal siempre de ella' Y ahora no había manera, el capricho de esa puta le había impuesto un destino imposible. Larry no tenía salida. estaba a la merced de instrumentos que podían fallar y de hombres que podían equivocarse. Volvió a oírse la voz, y a Larry, le pareció que sonaba más nerviosa aún.

—La torre de Amsterdam al vuelo especial uno—cero—nueve. Primer paso de su plan de aterrizaje: baje flaps y empiece el descenso. Descienda a seiscientos metros... a cuatrocientos cincuenta... a trescientos...

Abajo no se veía aún el menor signo del aeropuerto. Podrían haber estado en medio de la nada. Larry tenía la sensación de que el suelo se elevaba al encuentro de la nave.

—Disminuya la velocidad a ciento setenta... baje el tren de aterrizaje... se encuentra a ciento ochenta metros... velocidad ciento setenta... está a ciento veinte metros...

¡Y todavía ni rastros del maldito aeropuerto! La sofocante manta de algodón parecía cada vez más densa. En la frente de Metaxas brillaba la traspiración.

—¿Dónde diablos está? —susurró.

Larry le echó un rápido vistazo al altímetro. La aguja se iba acercando a los noventa metros; después estuvo por debajo de ellos. El suelo se elevaba hacia ellos a una velocidad de ciento sesenta kilómetros por hora. El altímetro no marcaba más que cuarenta y cinco. Algo había fallado; ya debería estar viendo las luces del aeropuerto. Larry se esforzó por ver algo hacia adelante, pero lo único que había' más allá del parabrisas era la niebla, traicionera y cegadora. Se oyó la voz de Metaxas, ronca y tensa.

—Estamos a dieciocho metros.

Y nada todavía. —Doce metros. Y el suelo que avanzaba velozmente hacia ellos en la oscuridad. Seis metros. No había nada que hacer. En dos segundos más habrían pasado el margen de seguridad y se estrellarían. La decisión tenía que ser instantánea.

—Lo voy a levantar, —anunció Larry, y en el instante en que su mano se tensaba sobre los mandos, en el suelo frente a ellos se encendió una hilera de flechas luminosas, señalando la pista que los esperaba. Diez segundos más tarde habían tocado tierra

carreteaban hacia la terminal de Schipliol. Cuando se hubieron detenido, Larry apagó los motores con los dedos entumecidos y durante largo rato permaneció inmóvil. Cuando por fin se levantó se sorprendió al advertir que le temblaban las rodillas. Percibió un olor raro y se volvió hacia Metaxas, que lo miró avergonzado.

—Lo siento, —dijo—. Me descompuse.

Larry lo observó un momento y asintió con la cabeza.

—Por los dos, —murmuró.

Se' dio vuelta y entró en la cabina. Ahí estaba la yegua, hojeando tranquilamente su revista. Larry se quedó mirándola; se moría por insultarla, Por encontrar la clave de ese misterio. NOELLE Page tenía que haber sabido hasta qué punto habían jugado con la muerte en los últimos minutos, y sin embargo estaba ahí tan tranquila, sin que se le hubiera movido un pelo.

—Amsterdam, —anunció Larry.

El viaje desde el aeropuerto a Amsterdam se hizo en hosco silencio; NOELLE ocupó el asiento de atrás del Mercedes 600, en tanto que Larry—iba adelante con el chofer. Metaxas se había quedado en el aeropuerto para verificar el service del avión. La niebla seguía siendo espesa Y el automóvil avanzó con lentitud hasta que al llegar a la Lindenplatz, la bruma empezó a disiparse.

Después de atravesar el puente Eider, sobre el río Amstel, el coche se detuvo frente al Hotel Amstel. Cuando estuvieron en el vestíbulo, NOELLE

ordenó a Larry, que la pasara a recoger a las diez en punto de la noche y se dirigió al ascensor, seguida por las reverencias del gerente del hotel, que le pisaba los talones.

El botones acompañó a Larry hasta un incómodo cuartito situado hacia los fondos del hotel, en el primer piso. Estaba al lado de la cocina e incluso a través de la pared, Larry alcanzaba a oír el ruido de los platos y a percibir el aroma de las ollas hirvientes.

—En este cuarto, yo no acomodaría ni a mi perro, —protestó Larry después del primer vistazo.

—Lo siento, —se disculpó el botones—, pero la señorita Page nos dijo que le diéramos el cuarto más barato que tuviéramos.

Bueno, pensó Larry, pues no se va a salir con la suya. Constantin Demiris no es el único que necesita un piloto particular, Mañana voy a ponerme a buscar. Ya conozco a unos cuantos de sus amigos millonarios, y hay más de uno que se alegraría de contratarme. No, pensó después, si Demiris me despide no va a ser así, En ese caso ninguno de ellos va a querer saber nada, Tengo que aguantarme. El cuarto de baño estaba en el pasillo y Larry abrió la valija y tomó una salida de baño para ir a ducharse. Al diablo, se dijo entonces, ¿por qué me voy a estar bañando por ella? Ojalá oliera a chivo. Se fue al bar del hotel en busca del trago que bien se había ganado y, cuando estaba por el tercer martini, al mirar el reloj que había sobre el bar advirtió que eran las diez y cuarto. A las diez en punto, había dicho NOELLE. De pronto, Larry se sintió presa del pánico. Arrojó apresuradamente unos billetes sobre el mostrador y se dirigió al ascensor. NOELLE estaba en el décimo piso, en la Suite Emperador. Larry se dio cuenta de que iba corriendo por el largo pasillo y se enfureció consigo mismo por dejar que ella lo tratara así. Mientras inventaba mentalmente excusas por la demora, golpeó a la puerta de la suite. Nadie contestó al llamado y, cuando Larry hizo girar el picaporte, la puerta cedió. Entró en un gran living—room lujosamente amueblado, y se quedó allí sin saber qué hacer.

—Señorita Page, —llamó después, pero no hubo respuesta.

Con que ése era el plan.

—Lo siento, Costa querido, pero te advertí que no se podía confiar en él. Le dije que pasara a buscarme a las diez, pero se fue al bar a emborracharse, y tuve que salir sola.

Larry oyó un ruido en el baño y se acercó. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y él entró en el mismo momento en que NOELLE Page salía de la ducha, sin otra cosa que una toalla turca a modo de turbante.

NOELLE se dio vuelta y lo vio. Antes de que Larry pudiera encontrar palabras para disculparse y evitar la furia de ella, NOELLE le dijo con indiferencia:

—Alcánceme esa toalla.

Como si Larry fuera una mucama. O un eunuco. Él estaba preparado para enfrentar su indignación o su cólera, pero la arrogante indiferencia de NOELLE hizo que algo estallara en su interior.

Avanzó hacia ella y la abrazó, con total conciencia de que estaba echando por la borda todas sus aspiraciones, sacrificando todo por la magra satisfacción de una mezquina venganza, pero ya no tenía manera de detenerse. La furia que llevaba dentro era una cólera de meses, alimentada por los insultos que había recibido de NOELLE, por la degradación, las humillaciones gratuitas, el haberlo obligado a arriesgar la vida. Todo eso hervía dentro de él al apoderarse de su cuerpo desnudo. Si NOELLE hubiera

gritado, Larry la habría derribado de un golpe. Pero al ver la ferocidad de su rostro, ella se quedó muda mientras Larry la levantaba y la llevaba al dormitorio.

En el fondo de su ánimo, una voz le gritaba a Larry que se detuviera, que se disculpara, que dijera que estaba borracho, que se marchara antes de que fuera demasiado tarde para salvarse, pero al mismo tiempo sabía que ya era demasiado tarde. No había forma de retroceder. Salvajemente, arrojó a NOELLE sobre la cama y se echó junto a ella.

Negándose a pensar cuál iba a ser el castigo por lo que hacía, se concentró en el cuerpo de ella. No se hacía Ilusiones sobre la actitud de Demiris al saberlo; el honor del griego no iba a quedar satisfecho con despedirlo, simplemente. Larry lo conocía lo suficiente para saber que su venganza iba a ser mucho más terrible, pero no por saberlo era capaz de detenerse. Inmóvil en la cama, NOELLE lo miraba con ojos llameantes. Solamente cuando se hubo echado sobre ella, Larry tuvo conciencia de que eso había sido desde el primer momento lo que deseaba, y de algún modo la necesidad se mezclaba en él con el odio, pero cuando sintió que los brazos de ella se anudaban alrededor de su cuello, estrechándolo como si no quisiera dejarlo ir jamás, y que su voz le daba una cálida bienvenida, por la mente de Larry pasó en un relámpago la idea de que estaba loca o de que debía estar confundiéndolo con alguien, pero ya no le importó porque su cuerpo se estremecía y se retorcía bajo el de Larry, que se olvidó de todo lo demás en la abrumadora sensación de lo que le sucedía, en la convicción maravillosa, súbita y enceguecedora de que en lo sucesivo todo iba a marchar bien.

NOELLE Y CATHERINE
Atenas: 1946

16

Inexplicablemente, el tiempo se había constituido en enemigo de Catherine. En un primer momento no se dio cuenta, y al mirar hacia atrás no podía decir cuál era el momento exacto en que el tiempo había empezado a estar en contra de ella. Catherine no advirtió cuándo, CÓMO o Por qué había desaparecido el amor de Larry—, sólo supo, simplemente, que algún día se había perdido por el interminable corredor del tiempo y que lo único que quedaba era un eco, hueco y frío. Día tras día se quedaba sola en el departamento, intentando explicarse lo que había pasado, qué era lo que había andado mal. No se le ocurría pensar en nada específico: no encontraba un momento en el cual hubiera tenido una revelación que le permitiera decir: Ahí está. Ése fue el momento en que Larry dejó de amarme. Tal vez todo hubiera empezado cuando Larry volvió después de haber llevado a Constantin Demiris a un safari de tres semanas en África. Catherine lo había extrañado más de lo que ella misma esperaba. Está todo el tiempo afuera, pensaba. Es como durante la guerra, sólo que ahora no hay enemigo.

Pero se equivocaba, porque había enemigo.

—No te di la buena noticia, —dijo Larry—. Me aumentaron el sueldo. Setecientos por mes. ¿Qué te parece?

—Espléndido, —respondió Catherine—. Así podremos volver más pronto a casa. ¿Qué te pasa? —preguntó, al ver que su expresión se hacía tensa.

—Ya estamos en casa, —contestó secamente Larry.

Catherine lo miró, sin entender.

—Claro, por ahora, —asintió débilmente—; pero quiero decir... me imagino que no querrás vivir aquí para siempre.

—Jamás lo habrás pasado tan bien. Es como vivir en un lugar de veraneo.

—Pero no es como vivir en los Estados Unidos ¿no crees?

—A la mierda con los Estados Unidos, —declaró Larry—. Durante cuatro años me rompí el culo por ellos, ¿Y qué conseguí? Un puñado de medallas baratas. Ni siquiera me dieron trabajo después de la guerra.

—No digas eso, —objetó Catherine—. Tú...

—¿Yo qué?

—Nada, querido, —Catherine no quería discutir, y menos la primera noche que él estaba en casa—. Estás cansado. Vamos a acostarnos temprano.

—Ni pienso, —Larry fue al bar a servirse una bebida—. Hay un espectáculo nuevo en el Argentina Night Club y le dije a Paul Metaxas que me encontraría con él y algunos amigos.

Catherine lo miró.

—Larry... —se esforzó para que no le temblara la voz—. Larry, hace casi un mes que no nos vemos. jamás tenemos oportunidad de... sentarnos a charlar, nada más.

—Ya sabes que mi trabajo me lo impone. ¿No crees que me gustaría estar contigo?

—No sé, —Catherine sacudió la cabeza.

Larry la tomó en brazos y sonrió con su inocente sonrisa de muchachito.

—Al diablo con Metaxas y con todo el mundo. Esta noche nos quedamos en casa, los dos solos. ¿De acuerdo?

Catherine lo miró y se dio cuenta de que su actitud no era razonable. Claro que el trabajo se lo imponía, que por eso Larry no podía estar con ella. Y cuando volvía, era natural que tuviera deseos de ver gente.

—Salgamos, si quieres, —le dijo.

—No, no, —Larry la abrazó con más fuerza—. Los dos solos.

Durante todo el fin de semana no salieron del departamento. Catherine cocinó y se hicieron el amor y se sentaron frente al fuego y hablaron y jugaron a la canasta y leyeron; era todo lo que Catherine podía haber pedido.

El domingo por la noche, después de una cena deliciosa que había preparado Catherine, volvieron a acostarse y a hacerse el amor. Tendida en la cama, Catherine observaba a Larry que se dirigía, desnudo, hacia el cuarto de baño, pensando qué hombre apuesto es y qué suerte tengo de que sea mío. La sonrisa no se le había borrado de los labios cuando Larry —habló descuidadamente desde la puerta del baño.

—A ver si para el próximo fin de semana te buscas bastantes compromisos, para que no tengamos que estar los dos pegoteados sin tener nada que hacer, —y se metió en la ducha, dejando a Catherine con la sonrisa helada en la cara.

O tal vez el problema había arrancado de Helena, la hermosa azafata griega. Una calurosa tarde de verano, mientras Larry no estaba en la ciudad. Catherine había salido de compras. Esperaba que él volviera al día siguiente y había decidido esperarlo con sus platos favoritos. Mientras salía del mercado cargada de comestibles, vio pasar un taxi. En el asiento de atrás iba Larry, abrazando a una muchacha con uniforme de azafata. Catherine

llegó a divisar fugazmente los rostros que reían juntos y después el taxi dio la vuelta a la esquina y se perdió de vista.

Catherine se quedó inmóvil, aturdida, y sólo cuando unos chiquilines se le acercaron corriendo se dio cuenta de que las bolsas donde llevaba las compras se le habían escurrido de los dedos. Los chicos le ayudaron a recoger todo y Catherine volvió a casa como una sonámbula, incapaz de pensar. Intentó decirse que el hombre que había visto en el taxi no era Larry sino alguien que se parecía a Larry. Larry era excepcional, un original de la obra de Dios, una creación especial de la naturaleza. Y era de ella. De ella y de la morena del taxi ¿y de cuántas otras?

Durante toda la noche Catherine esperó levantada el regreso de Larry; cuando él no regresó, tuvo que admitir que no había ninguna excusa que él pudiera darle para mantener a salvo su matrimonio,, ni ninguna que ella pudiera darse tampoco. Larry era un tramposo y un mentiroso y Catherine no podía seguir casada con él.

Hasta última hora de la tarde siguiente, Larry no regresó.

—Hola, —la saludó alegremente mientras entraba.

Dejó su bolso de vuelo y vio la expresión de Catherine—. ¿Qué te pasa?

—¿Cuándo regresaste a Atenas?

—Hace una hora, más o menos, —Larry la miró sorprendido—. ¿Por qué?

—Porque ayer te vi en un taxi con una chica.

Qué cosa tan simple, pensaba Catherine. Con esas palabras se terminó mi matrimonio. Él lo va a negar y yo le voy a decir que es un mentiroso y lo voy a dejar y nunca más volveré a verlo.

Larry se quedó inmóvil, mirándola.

—Sigue, —dijo Catherine—. Vamos, dime que no eras tú.

Larry hizo un gesto de asentimiento.

—Pero claro que era yo.

El dolor súbito y agudo que sintió en la boca del estómago hizo que Catherine se diera cuenta de hasta qué punto había deseado que él lo negara.

—Pero por Dios, —prosiguió Larry—. ¿qué es lo que estuviste pensando?

Levantó la mano cuando ella empezaba a hablar con voz temblorosa.

—No digas nada que vayas a lamentar después.

—¿Qué yo vaya a lamentar?

—Catherine lo miró, incrédula.

—Ayer estuve quince minutos en Atenas. Vine a buscar a una chica que se llama Helena Merelis, porque Demiris la necesitaba en Creta. Trabaja para él como azafata.

—Pero... —era posible. Larry podía haberle dicho la verdad—. ¿Por qué no me llamaste por teléfono?

—Te llamé pero no contestabas, —contestó secamente Larry—. ¿No habías salido, acaso?

Catherine se ahogaba.

—Ha... había salido a hacer las compras para la cena.

—Pues no tengo hambre, —declaró Larry—. Los rezongos siempre me hacen perder el apetito, —y, dándose vuelta, salió del departamento, dejándola sola, todavía con la mano levantada, como rogándole silenciosamente que volviera.

Fue poco después de ese episodio cuando Catherine empezó a beber. Al principio parecía algo insignificante, inofensivo. Cuando esperaba que Larry viniera a cenar a las siete, y para las nueve de la noche él no había llamado todavía, Catherine se servía un coñac para que la ayudara a matar el tiempo. A las diez ya había bebido varios y a la hora que él llegaba, si llegaba, la cena ya se había pasado y Catherine estaba un poco tensa. Así era mucho más fácil enfrentar lo que le estaba pasando.

Catherine ya no podía seguir ocultándose el hecho de que Larry la engañaba y de que probablemente la había venido engañando desde que se casaron. Un día que revisaba los pantalones de su uniforme antes de mandarlos a la tintorería, encontró en el bolsillo un pañuelo de encaje con manchas de semen. En su ropa interior había manchas de lápiz labial.

Catherine pensaba en Larry en los brazos de otras mujeres, y sentía deseos de matarlo.

NOELLE Y CATHERINE
Atenas. 1946

17

Tal como se había convertido en enemigo de Catherine, el tiempo era ahora amigo de Larry. La noche pasada en Amsterdam había sido nada menos que un milagro. Larry había desafiado al desastre e increíblemente, al hacerlo había encontrado la solución de todos sus problemas. Soy tipo de suerte, pensaba con satisfacción.

Pero sabía que no era suerte solamente. Dentro de él había alguna oscura perversidad que necesitaba desafiar al Destino, enfrentar los parámetros de la destrucción y de la muerte, ponerse a prueba arrojándose contra la Fortuna en una apuesta cuyos términos eran de vida o muerte.

Larry recordaba una mañana, sobre las islas Truk, cuando un escuadrón de Zeros había aparecido repentinamente saliendo de un manto de nubes. Él encabezaba el escuadrón y los japoneses — habían concentrado su ataque sobre él. Después de maniobrar para apartarlos del resto del escuadrón, abrieron fuego sobre Larry. En una especie de superclaridad que se apoderaba de él en los momentos de peligro, había percibido con cegadora precisión' la isla, las docenas de barcos que se mecían sobre el mar, los aviones rugientes que se atacaban en la azul luminosidad del cielo. Era uno de los momentos más felices que había vivido Larry, esa afirmación de la Vida, ese burlarse de la Muerte.

Había puesto el aparato en picada y lo había vuelto a enderezar en la cola de uno de los Zeros. Lo vio explotar cuando le disparó sus ametralladoras. Los otros dos aviones se había cerrado sobre él desde ambos lados. Larry observó cómo se precipitaban hacia él y entonces, a último momento, se les escapó con un giro Immelmann y vio cómo las dos máquinas japonesas se estrellaban en el aire. Era un momento que Larry solía evocar con placer.

Y por alguna razón había vuelto a evocarlo esa noche en Amsterdam. Le había hecho el amor a NOELLE de manera violenta y salvaje, y después ella se había quedado en sus brazos y los dos habían hablado de lo que habían vivido juntos en París antes de la guerra y de pronto eso había traído a la memoria de Larry el vago recuerdo de una muchacha joven y ansiosa, pero por Dios, si desde entonces había habido centenares de muchachas jóvenes

y ansiosas y NOELLE apenas si era un fugaz vislumbre de recuerdo borrado a medias en su pasado.

Qué suerte, pensaba Larry, que después de tantos años la casualidad hubiera hecho que los caminos de ambos volvieran a cruzarse.

—Me perteneces, —le dijo NOELLE—, ahora eres mío. En su tono había algo que hizo que Larry se sintiera incómodo. Habría querido poder leerle los pensamientos y sin embargo, al mismo tiempo se preguntaba: ¿Qué tengo que perder?

Si tenía bajo su control a NOELLE podría quedarse con Demiris para siempre, si quería.

Noelle lo observaba como si estuviera leyéndole el pensamiento, y en sus ojos había una expresión extraña que Larry no entendió.

Lo mismo daba.

Cierta vez que volvían de Marruecos, Larry salió a cenar con Helena y después pasó la noche en el departamento de ella.

A la mañana fue al aeropuerto a revisar el avión y almorzó con Paul Metaxas. Después Larry volvió a Atenas a buscar a Helena, que era la azafata de su vuelo.

Llamó a la puerta del departamento de ella y, después de largo rato, Helena abrió cautelosamente. Estaba desnuda e irreconocible— Larry se quedó mirándola. La cara y el cuerpo eran un montón de magulladuras y moretones; los ojos apenas se le veían. El que la había golpeado era un profesional.

—¡Por Dios! —exclamó Larry— ¿Qué te pasó?

Helena abrió la boca y Larry vio que le faltaban tres dientes.

—D... dos hombres, —balbuceó Helena—. Vinieron cuando tú te f... fuiste.

—¿Y no llamaste a la policía? —preguntó él, horrorizado.

—M... me dijeron que si decía algo me matarían. Y era en serio, L... Larry, —todavía aturdida, se apoyaba en el marco de la puerta.

—¿No te robaron?

—N... no. F... forzaron la puerta y me violaron y después me... me pegaron.

—Ponte algo, que te voy a llevar al hospital.

—N... no puedo salir, con la cara como la tengo.

Y tenía razón. Larry telefoneó a un médico amigo y le pidió que fuera al departamento.

—Lamento no poder quedarme, —le dijo a Helena—, pero dentro de media hora Demiris me espera en el —aeropuerto. Te veré tan pronto como regrese.

Pero jamás volvió a verla. Cuando Larry volvió, dos días después, el departamento estaba vacío y la encargada le dijo que la señorita se había mudado sin dejar dirección. Ni siquiera entonces sospechó Larry la verdad. Sólo varias noches más tarde, mientras le hacía el amor a NOELLE, tuvo un atisbo de lo sucedido.

—Eres fantástica, —le había dicho a NOELLE—. Nunca conocí a nadie como tú.

—¿Te doy todo lo que necesitas? —preguntó NOELLE.

—Por Dios, sí, —gimió Larry.

Noelle interrumpió lo que estaba haciendo.

—Entonces no vuelvas a acostarte con otra mujer, —dijo dulcemente—. La próxima vez la mataré.

Larry recordó aquellas palabras: Me perteneces. De pronto les encontró otro significado, nuevo y ominoso. Por primera vez tuvo la premonición de que ese no era un episodio pasajero del que podría zafarse cuando se le ocurriera. Percibió el centro oculto en NOELLE Page, frío, letal, inalcanzable, y se sintió recorrido por un escalofrío de espanto. Varias veces durante esa noche estuvo a punto de traer el tema de Helena pero se echó atrás porque tenía miedo de saber, miedo de formularlo en palabras, como si las palabras tuvieran más fuerza que el hecho en sí. Si NOELLE era capaz de eso...

Mientras desayunaban a la mañana siguiente, Larry observó a NOELLE sin que ella se diera cuenta, buscando signos de crueldad, de sadismo, pero no vio más que una mujer hermosa, que era grata con él, que se anticipaba a todos sus deseos. Debo de haberla juzgado mal, pensó. Pero después de ese episodio tuvo buen cuidado de no volver a salir con muchachas, y no pasaron muchas semanas sin que hubiera perdido incluso el deseo de hacerlo, porque NOELLE se había convertido en una obsesión para él.

Desde el primer momento, NOELLE le había advertido que era esencial que Constantin Demiris no se enterara de sus relaciones.

—Lo nuestro no debe ser motivo del más leve asomo de sospecha, —le dijo.

—¿Por qué no alquilamos un departamento? —sugirió Larry—. Un lugar donde podamos...

—Pero' no en Atenas, —NOELLE sacudió la cabeza—. Alguien podría reconocerme. Déjame que lo piense.

Dos días después Demiris mandó llamar a Larry, que primero sintió cierta aprensión pensando que el magnate griego podría sospechar su relación con Noelle; pero Demiris lo saludó cordialmente: quería hablar con él de la posible compra de un avión nuevo.

—Es un bombardero Mitchell convertido, —le dijo—, y quiero que usted le eche una mirada.

El rostro de Larry se iluminó.

—Excelente máquina, —dijo—. En' su tamaño y su peso, es lo mejor que se puede comprar.

—¿Cuántos pasajeros puede llevar?

Larry pensó un momento.

—Nueve en cabina de lujo, más el piloto, el navegante y el mecánico.

—Parece interesante. ¿Quiere ir usted a verlo y pasarme un informe?

—Ya estoy impaciente, —sonrió Larry.

Demiris se puso de pie.

—De paso, Douglas, la señorita Page va mañana a Berlín. Quiero que la lleve usted.

—Sí, señor, —asintió Larry y preguntó con aire inocente—, ¿La señorita Page no le dijo que nos estamos llevando mejor?

—No, —contestó Demiris, mirándolo intrigado—. En realidad, esta mañana volvió a quejarse de su insolencia.

Larry lo miró sorprendido y, al darse cuenta, trató rápidamente de reparar su torpeza.

—Estoy haciendo todo lo posible, señor Demiris, —dijo con seriedad—. Insistiré.

—Hágalo, —asintió Demiris—. Usted es el mejor piloto que he tenido, Douglas, y sería una lástima... —no terminó la frase, pero el mensaje estaba claro.

Mientras regresaba a su casa, Larry se maldijo por estúpido. NOELLE había tenido la astucia suficiente para darse cuenta de que cualquier cambio repentino en su actitud hacia Larry podría despertar las sospechas de Demiris. La vieja relación establecida entre ellos era un disfraz perfecto para lo que hacían. Era Demiris quien intentaba reconciliarlos. La idea lo hizo reír. Se sentía reconfortado al saber que tenía algo que uno de los hombres más poderosos del mundo consideraba como de su propiedad.

Mientras volaban hacia Berlín, Larry le pidió a Metaxas que se hiciera cargo de los mandos mientras él iba a hablar con la señorita Page.

—¿No tienes miedo de que te saque la cabeza de un mordisco? —bromeó Metaxas.

Larry vaciló. La jactancia era una tentación, pero dominó el impulso.

—Es una hija de puta, —respondió encogiéndose de hombros—, pero si no consigo llevarme bien con ella voy a terminar en la calle.

—Buena suerte, —le deseó Metaxas.

Larry cerró cuidadosamente la puerta de la cabina y se acercó al lugar donde estaba sentada NOELLE. Las dos azafatas estaban al fondo del avión. Larry se sentó frente a NOELLE.

—Cuidado, —le advirtió ella en voz baja—. Todos los que trabajan para Constantin son sus informantes.

Larry miró hacia donde estaban las azafatas y se acordó de Helena.

—Encontré un lugar para nosotros, —anunció NOELLE, y en su voz había placer y excitación.

—¿Un departamento?

—Una casa. ¿Sabes dónde queda Rafina?

—No.

—En una pequeña aldea sobre el mar, a unos cien kilómetros al Norte de Atenas. Tenemos Una casa muy tranquila allí.

—¿A nombre de quién la alquilaste?

—La compré a nombre de otra persona, —respondió NOELLE.

Larry pensó cómo se sentiría uno, pudiendo comprarse una casa nada más que para pasar unas horas con alguien de vez en cuando.

—Espléndido, —aprobó—. Ya estoy, deseando verla.

—¿Te es muy difícil salir sin Catherine? —preguntó NOELLE, después de estudiarlo un momento.

Larry la miró con sorpresa. Era la primera Vez que ella pronunciaba el nombre de su mujer. Claro que él no le había ocultado su matrimonio, pero era una sensación rara, oír el nombre de Catherine en labios de NOELLE. Era evidente que Noelle había andado averiguando y, conociéndola como ya empezaba a conocerla Larry,, lo más probable era que lo hubiera hecho a fondo. NOELLE lo miraba, esperando su respuesta.

—No, —contestó Larry—. Yo me muevo como quiero.

—Perfecto, —asintió NOELLE, satisfecha—. Constantin se va en el yate a Dubrovnik, por negocios. Yo le dije que no puedo ir, así que podemos pasar diez días juntos. Ahora es mejor que te vayas.

Larry volvió a la cabina.

—¿Qué tal anduvo? —le preguntó Metaxas—. ¿La amansaste un poco?

—No mucho, —respondió cautelosamente Larry—. Va a hacer falta tiempo.

Larry tenía automóvil, un Citroen convertible, pero NOELLE le insistió para que alquilara un coche en una pequeña agencia de Atenas. NOELLE había ido sola a Rafina, donde Larry tenía que reunirse con ella. El viaje fue

un agradable recorrido por la cinta serpenteante de camino de tierra que trepaba bastante sobre el nivel del mar. Dos horas y media después de haber salido de Atenas, Larry llegó a un pueblo encantador y minúsculo, recostado contra la playa. Noelle le había dado todas las instrucciones necesarias para que no tuviera que andar haciendo preguntas por la aldea. Después de atravesarla, Larry dobló hacia la izquierda y tomó por un pequeño camino polvoriento que llevaba hacia el mar. Vio varias casas de descanso, todas protegidas por elevadas paredes de piedra. Al final del camino, sobre un afloramiento rocoso situado en un promontorio que se proyectaba sobre la superficie del agua había una casa, grande y lujosa.

Larry fue con el coche hasta el portón y apretó el timbre. Momentos después, un dispositivo eléctrico abría el portón, que cuando Larry entró volvió a cerrarse tras él. Se encontró en un amplio patio con una fuente en el centro, rodeada por gran profusión de flores. La casa era una típica construcción mediterránea, tan inexpugnable como una fortaleza. Al abrirse la puerta del frente apareció Noelle, con un vestido de algodón blanco. Durante un momento se miraron, sonrientes, y después cayeron uno en brazos del otro.

—Ven a ver tu nueva casa, —le dijo NOELLE, guiándolo hacia el interior.

La 'casa tenía algo de cavernoso, con cuartos grandes y espaciosos y cielos rasos abovedados. Abajo había un amplio living—room, biblioteca, comedor y una cocina antigua y encantadora con un fogón circular en el centro. Los dormitorios estaban arriba.

—¿Y los sirvientes? —preguntó Larry.

—A tus órdenes.

Él la miró sorprendido.

—¿Te vas a ocupar tú de la cocina y de la limpieza?

Noelle asintió.

—Cuando nos vayamos va a venir un matrimonio a limpiar, pero no nos van a ver. Lo combiné con una agencia.

Larry sonrió, burlón. Cuando NOELLE volvió a hablar, lo hizo con una nota de advertencia en la voz.

—Larry, no cometas el error de subestimar a Constantin Demiris. Si alguna vez llega a enterarse de lo nuestro, nos matará a los dos.

—Qué exagerada eres, —sonrió Larry—. Puede que al viejo no le guste, pero...

Los ojos color violeta de NOELLE se clavaron en los suyos.

—Nos matará a los dos. —en la voz había algo que le provocó un escalofrío.

—¿Lo dices en serio?

—En mi vida hablé más en serio. Es despiadado.

—Pero cómo dices que nos matará, —protestó Larry—. No va a...

—No va a venir con una pistola, —admitió NOELLE—, —pero nos matará a los dos. Ya va a encontrar una manera complicada e ingeniosa, sin que jamás lo castiguen. Pero no nos va a descubrir, mi amor, —terminó con tono más superficial.

—Ven, que te voy a mostrar nuestro dormitorio, —continuó tomándolo de la mano para subir la amplia escalera—. Tenemos cuatro cuartos para huéspedes, y podemos probarlos todos, —sonrió mientras lo hacía entrar al dormitorio principal, una hermosa suite que daba sobre el mar. Desde la ventana se alcanzaba a ver una amplia terraza y la senda que descendía

sinuosamente hasta el agua. Amarrados a un muelle, se veían un gran barco de vela y otro de motor.

—¿De quién son los barcos?

—Tuyos. Son un regalo de bienvenida.

Al volverse hacia ella, Larry advirtió que se había despojado del vestido de algodón. Estaba desnuda. El resto de la tarde lo pasaron en la cama.

Los diez días pasaron en un soplo. NOELLE era una ninfa, una náyade, un genio, una docena de bellas sirvientas que atendían a todos los deseos de Larry antes de que él hubiera llegado a darse cuenta de que los tenía. En la biblioteca estaban sus libros y sus discos favoritos. NOELLE cocinaba a la perfección los platos que él prefería, salía a navegar con él, nadaba con él en el mar tibio y azul, le hacía el amor, a la noche le daba masajes hasta que Larry se dormía. En cierto sentido, eran ambos prisioneros, ya que no se animaban a ver a nadie. Día a día Larry descubría nuevas facetas en NOELLE. La muchacha lo cautivaba con anécdotas de la gente famosa que conocía. Trató de hablar con él de negocios y de política hasta que se convenció de que esos temas no le interesaban.

Cuando jugaban al póquer y a la canasta, Larry se enojaba porque nunca podía ganarle. NOELLE le enseñó a jugar al ajedrez y al backgammon, y también en eso siempre le ganaba. El primer domingo que pasaron en la casa, NOELLE preparó un delicioso almuerzo para picnic, y se fueron a saborearlo a la playa, bajo el sol. Mientras comían, NOELLE levantó la vista y vio a la distancia dos hombres que se acercaban a ellos por la playa.

—Vamos adentro, —le dijo.

Larry levantó los ojos y vio a los hombres.

—Por Dios, no estés tan inquieta. No son más que un par de aldeanos que han salido a caminar.

—Vamos, —ordenó NOELLE.

—Está bien, —respondió secamente Larry, irritado por el incidente y por el tono de ella.

—Ayúdame a recoger las cosas.

—¿Y por qué no las dejamos?

—Porque resultaría sospechoso.

Apresuradamente guardaron todo en la cesta y echaron a andar hacia la casa. Larry se mantuvo en silencio durante todo el resto de la tarde. Se quedó en la biblioteca, preocupado, mientras NOELLE trabajaba en la cocina. A última hora de la tarde, ella entró en la biblioteca y fue a sentarse a los pies de Larry.

—Deja de pensar en ellos, —le dijo, con su misterioso don de leerle el pensamiento.

—No eran más que un par de aldeanos, —insistió Larry—. Me enferma andar escondiéndome como si fuera un criminal, —al mirarla, su voz cambió—. No quiero tener que esconderme de nadie. Te amo.

Y Noelle supo que esa vez era verdad. Pensó en los años durante los cuales había proyectado destruir a Larry y en el placer feroz que le había proporcionado imaginarse su destrucción: y sin embargo, en el momento en que había vuelto a verlo, NOELLE supo instantáneamente que en ella seguía viviendo algo más profundo que el odio. Cuando lo empujó hasta el borde mismo de la muerte, obligándolo a arriesgar su vida y la de ella en ese espantoso vuelo a Amsterdam, era como si hubiera estado Poniendo a prueba su amor por ella, desafiando desesperadamente al destino. NOELLE había estado con Larry en la cabina, piloteando el avión con él, sufriendo

con él, sabiendo que si él moría los dos morirían juntos, y él los había salvado, juntos, a los dos. Y cuando él había entrado en su cuarto del hotel de Ámsterdam y —le había hecho el amor, el amor y el odio de NOELLE se habían entremezclado con ambos cuerpos y de alguna manera el tiempo se había expandido y contraído y ambos estuvieron de vuelta en la pequeña habitación del hotel en París y Larry le decía: —Casémonos, que en la campiña encontraremos algún juez de paz',, y el presente y el pasado se habían confundido en una explosión deslumbradora y NOELLE sintió que ellos eran intemporales, que siempre habían sido intemporales, que en realidad nada había cambiado y que la hondura con que había odiado a Larry había venido de la altura misma de su amor. Si lo hubiera destruido, NOELLE se habría destruido a sí misma, pues ya hacía tiempo que se había entregado a él por entero y eso era un hecho que nada podía cambiar.

A Noelle le parecía que todo lo que había logrado en su vida lo había alcanzado por mediación del odio. La traición de su padre la había marcado y sellado, endureciéndola, llenándola de una avidez de venganza que no podía satisfacerse con nada menos que un reino propio, en el cual ella fuera todopoderosa, donde jamás pudieran volver a traicionarla ni a herirla. Y finalmente lo había logrado. Y ahora estaba dispuesta a dejarlo todo por este hombre. Porque NOELLE sabía que lo que siempre había querido era que Larry le necesitara, que la amara. Y por fin era así. Ése era, finalmente, su auténtico reino.

NOELLE Y CATHERINE
Atenas: 1946

18

Para Larry y Noelle, los tres meses siguientes fueron uno de esos raros períodos idílicos en que todo andaba bien, un tiempo de magia en que flotaban de un día de maravillas al otro, sin que la más tenue de las nubes empañara el horizonte. Larry pasaba sus horas de trabajo haciendo lo que le gustaba, volando, y cada vez que tenía tiempo libre se iba a Rafina a pasar un día o un fin de semana o una semana con NOELLE. En un primer momento Larry había temido que la casa se convirtiera en un lastre que terminara por arrastrarlo a un clima de domesticidad que él odiaba; pero cada vez que estaba con NOELLE se sentía más fascinado y no tardó en esperar ansiosamente las horas que podía pasar con ella. Cuando ella tuvo que cancelar un fin de semana para hacer un imprevisto viaje con Demiris, Larry se quedó solo en la casa y se dio cuenta de que estaba enojado y celoso, sin poder dejar de pensar que, NOELLE y Demiris estaban juntos. Cuando volvió a verla una semana después, NOELLE se mostró sorprendida gratamente por la ansiedad de él.

—Me extrañaste.

—Mucho, —asintió Larry.

—Bueno.

—¿Cómo está Demiris?

Noelle vaciló un momento.

—Bien.

—¿Qué pasa? —Larry había notado la vacilación.

Pensaba en algo que dijiste.

—¿Qué?

—Dijiste que te enfermaba la sensación de andar ocultándote como un criminal. A mí me pasa lo mismo. A cada momento que pasé con Constantin, quería estarlo contigo. Larry, una vez te dije que te quiero todo para mí, y lo dije en serio. No quiero compartirte con nadie. Quiero que te cases conmigo.

Tomado por sorpresa, Larry la miró atónito. Ella lo observaba.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Tú sabes que sí. Pero ¿cómo? Tú no dejas de decirme lo que nos va a hacer Demiris si se entera.

—No, si tenemos la astucia de planearlo bien. Él no es mi dueño, Larry. Puedo dejarlo, y él no va a poder hacer nada. Es demasiado orgulloso para intentar retenerme. 'Un par de meses después, tú dejas el trabajo y nos vamos a alguna parte, por separado; a los Estados Unidos, tal vez. Podemos casarnos allá. Yo tengo más dinero del que podemos necesitar y puedo comprarte una empresa de aviones charter o una escuela de aviación, o lo que tú quieras.

Larry la escuchaba, comparando lo que podía perder con lo que iba a ganar. ¿Qué era lo que iba a

perder? Un trabajo cualquiera, de piloto. La idea de ser dueño de sus propios aviones le dio un pequeño escalofrío de placer. Tendría su propio Mitchel convertido, o tal vez el nuevo DC—6 que acababa de salir. Cuatro motores, ochenta y cinco pasajeros. Y NOELLE, claro que quería tener a NOELLE. ¿Qué era lo que lo hacía vacilar?

—¿Y mi mujer? —preguntó.

—Dile que quieres divorciarte.

—No sé si va a querer darme el divorcio.

—No se lo preguntas, se lo dices. —la voz de NOELLE era implacable.

—Está bien, —asintió Larry.

—No te vas a arrepentir, querido, te lo prometo.

Para Catherine, el tiempo había perdido 'su ritmo cíclico para convertirse en algo continuo en que el día y la noche se confundían. Larry casi nunca estaba en casa y ya hacía tiempo que ella había dejado de ver a sus amigos, porque no se sentía con fuerzas para inventar excusas ni para enfrentar a la gente. Sólo podía hacerlo indirectamente, por teléfono o por carta, pero en el contacto cara a Cara, era como si se convirtiera en un pedernal contra el cual se estrellaba todo intento de conversación, deshaciéndose en débiles chispas. El tiempo le dolía y la gente le dolía y el único alivio que encontraba Catherine era la maravillosa inconsciencia del alcohol. ¡Cómo suavizaba el sufrimiento, cómo mellaba el filo de las humillaciones y atemperaba el despiadado resplandor de la realidad!

Al llegar a Atenas, Catherine había mantenido correspondencia regular con William Fraser; ambos se contaban sus novedades y se mantenían recíprocamente al tanto de las actividades de comunes amigos y enemigos. Pero desde que había empezado a tener problemas con Larry, Catherine no se había sentido con ánimo de escribirle a Fraser. Había dejado sin contestar sus tres últimas cartas, y una cuarta no la había abierto siquiera. Simplemente, no se sentía con fuerzas para enfrentarse con nada que no fuera el microcosmos de autocompasión en que se encontraba atrapada.

Un día le llegó un cable, que todavía seguía sobre la mesa, sin abrir, cuando sonó el timbre del departamento y apareció William Fraser. Catherine se quedó mirándolo con incredulidad.

—¡Bill! —exclamó con voz pastosa—. ¡Bill Fraser!

Cuando él empezó a hablar, Catherine advirtió que la mirada de alegría que le había dirigido se convertía en otra cosa, en una expresión de preocupación y alarma.

—Bill, querido ¿qué estás haciendo por aquí?

—Tenía que venir a Atenas por cuestiones de trabajo, —explicó Fraser— y te hice un cable. ¿No lo recibiste?

Catherine lo miró, tratando de recordar.

—No sé, —confesó finalmente y lo hizo pasar al living—room, lleno de diarios viejos, ceniceros sin vaciar y platos sin lavar—. Disculpa que la casa esté así, pero anduve ocupada.

Fraser la observaba atentamente.

—¿Estás bien, Catherine?

—¿Yo? Fantástica. ¿No quieres un traguito?

—Apenas son las once de la mañana.

—Tienes razón, —asintió ella—, Tienes toda la razón del mundo, Bill. Es muy temprano para un traguito, y te diré una cosa: yo tampoco tomaría nada, a no ser para celebrar que hayas venido. Eres la única persona en el mundo por quien soy capaz de tomarme un trago a las once de la mañana.

Compadecido, Fraser la observó mientras Catherine se dirigía tambaleante hacia el bar para servirse un vaso bien lleno. y otro más razonable para él.

—¿Te gusta este coñac griego? —le preguntó mientras le alcanzaba la bebida—. Al principio me parecía horrible, pero una se acostumbra.

—¿Dónde está Larry? —preguntó Fraser, mientras volvía a dejar el vaso.

—¿Larry? Debe de andar por ahí volando, ese muchacho. ¿Sabes que trabaja para el hombre más rico del mundo? Demiris es el dueño de todo, hasta de Larry.

Fraser la estudió durante un momento.

—¿Larry sabe que bebes?

Bruscamente, Catherine dejó el vaso y se plantó frente a él.

—¿Por qué me preguntas si Larry sabe que bebo? —le preguntó indignada—. ¿Quién dijo que bebo? ¡No empieces a atacarme porque quiero festejar la llegada de un viejo amigo!

—Catherine, —empezó Fraser—, creo…

—¿Crees que puedes meterte en mi casa a acusarme de borracha?

—Discúlpame, Catherine, —dijo Fraser, dolido—, pero creo que necesitas ayuda.

—Pues te equivocas, —replicó ella con los ojos llenos de lágrimas—. No necesito ninguna ayuda ¿y sabes por qué? Porque me ba… me basto… me… —finalmente, dejó de buscar las palabras—. No necesito ayuda, —repitió.

—Ahora tengo una reunión, —Fraser la observaba—. Ven a cenar conmigo esta noche. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Muy bien. A las siete te pasaré a buscar.

Catherine vio desaparecer a Bill Fraser y después, con paso inseguro, fue a su dormitorio y abrió lentamente la puerta del guardarropas, con los ojos fijos en el espejo que había dentro. Se quedó helada, incapaz de creer lo que veía, segura de que el espejo estaba jugándole una mala pasada. Por dentro, Catherine seguía sintiéndose la hermosa niñita que su padre adoraba, la joven estudiante que había estado en un motel con Ron Peterson y que le había oído decir: —Por Dios, Cathy, eres lo más hermoso que he

visto—, la que Bill Fraser —había tomado en brazos diciéndole que era tan bella, la que había oído decir a Larry: "No cambies nunca, Cathy, eres sensacional".

—¿Y tú, quién eres? —preguntó roncamente a la imagen del espejo, y la mujer triste y deformada que la miraba empezó a llorar. amargas lágrimas de desesperanza empezaron a rodar por la piel manchada y obscena. Horas más tarde sonó el timbre y Catherine oyó la voz de Bill Fraser.

—¿Catherine? ¿Catherine, estás ahí? —y el timbre volvió a llamar varias veces más hasta que finalmente dejó de sonar y la voz dejó de oírse y Catherine se quedó sola con la extraña del espejo.

A las nueve de la mañana siguiente, Catherine tomó un taxi y fue a la calle Patission. El médico se llamaba Nikodes y era un hombre alto y fornido, de descuidada melena blanca y ojos bondadosos, que la trató de manera suelta e informal.

Una enfermera la hizo pasar al consultorio y el doctor Nikodes le indicó una silla.

—Tome asiento, señora Douglas.

Nerviosa y tensa, Catherine se sentó, procurando dominar el temblor que le recorría todo el cuerpo.

—Vamos a ver cuál es su problema.

Catherine iba a hablar y se detuvo, sintiéndose desamparada. Dios mío, pensó, ¿por dónde puedo empezar?

—Necesito ayuda, —dijo por fin, con voz áspera y tensa.

Necesitaba desesperadamente un trago. El médico se recostó en su asiento, observándola.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiocho, —al decirlo, Catherine no apartó los ojos del rostro de él.

Nikodes procuró disimular su sorpresa pero ella la advirtió, y al advertirla sintió una satisfacción perversa.

—¿Norteamericana?

—Sí.

—¿Vive en Atenas?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Como mil años. Vinimos antes de la guerra del Peloponeso.

El médico sonrió.

—A veces, yo también tengo la misma sensación. —le ofreció un cigarrillo, que Catherine aceptó intentando controlar el temblor de sus manos. Si él lo observó, no dijo nada; se lo encendió, en cambio—. ¿Qué clase de ayuda es la que necesita, señora Douglas?

Catherine lo miró, desconcertada.

—No lo sé, —confesó en un susurro—. No sé.

—¿Se siente enferma?

—Estoy enferma, y supongo que muy enferma. Me he puesto tan fea, — aunque no estaba llorando, Catherine sentía cómo las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¿Usted bebe, señora Douglas? —preguntó gentilmente el médico.

Presa del pánico, Catherine lo miró. Se sentía atacada, acorralada.

—A veces.

—¿Cuánto?

Catherine respiró hondo.

—No mucho... Depende.

—¿Hoy ya tomó algún trago?

—No.

Nikodes la observó un momento.

—Usted sabe que en realidad no es nada fea, —le dijo con dulzura—. Está excedida de peso, está hinchada y últimamente no se ha ocupado de su cutis ni de su cabello. Por debajo de todo eso se oculta una joven muy atractiva.

Catherine estalló en llanto, mientras el médico esperaba pacientemente a que se desahogara. Entre los sollozos que la acosaban, Catherine percibió confusamente que la chicharra que había sobre el escritorio sonaba varias veces, pero Nikodes no respondió al llamado. Los sollozos terminaron por acallarse y Catherine buscó un pañuelo para sonarse la nariz.

—Lo siento, —se disculpó—. ¿Cree que puede ayudarme?

—Eso depende únicamente de usted, —respondió el doctor Nikodes—. Todavía no sabemos, en realidad, cuál es su problema.

—¿No basta con mirarme?

El médico sacudió la cabeza.

—Eso no es un problema, señora, es un síntoma. Discúlpeme la rudeza, pero para que yo pueda ayudarla debemos ser los dos totalmente honestos. Cuando una mujer joven y atractiva se abandona como se ha abandonado usted, hay razones muy importantes. ¿Su marido vive?

—Los feriados y los fines de semana.

—¿Vive usted con él?

—Cuando está en casa.

—Su trabajo ¿cuál es?

—Es el piloto personal de Constantin Demiris, —Catherine vio la expresión en el rostro del médico, pero no pudo darse cuenta si la reacción era provocada por el nombre de Demiris, o si tal vez Nikodes sabría algo sobre Larry—. ¿Usted oyó hablar de mi marido?

—No, —contestó él, pero podría haber estado mintiendo—. ¿Ama usted a su marido, señora Douglas?

Catherine abrió la boca para contestar y se detuvo. Sabía que lo que iba a decir era muy importante, no sólo para el médico sino para ella. Sí, Catherine amaba a su marido, y sí, lo odiaba, y sí, a veces se sentía tan furiosa con él que se daba cuenta de que sería capaz de matarlo, y sí, a veces la abrumaba una ternura tal que alegremente se dejaría matar por él ¿y qué palabra había para expresar todo eso? Tal vez fuera amor.

—Sí, —contestó.

—Y él ¿la ama?

Catherine pensó en las otras mujeres que había en la vida de Larry y en las infidelidades de él, y al recordar a la horrible extraña que había visto la noche anterior en el espejo, no pudo culparlo. Pero ¿quién podía decir qué había sido lo primero? La mujer del espejo ¿era el resultado de la infidelidad de él o era ella la que había provocado la infidelidad? Catherine volvió a sentir que las lágrimas le corrían por las mejillas. Impotente, sacudió la cabeza.

—No… no lo sé.

—¿Tuvo usted alguna vez un colapso nervioso?

Catherine lo miró con desconfianza.

—No. ¿Cree usted que me haga falta?

El médico no sonrió. Le habló lentamente, eligiendo con cuidado las palabras.

—La psiquis humana es una cosa muy delicada, señora Douglas. Sólo hasta cierto punto puede resistir el dolor, y cuando el dolor se le hace insoportable, lo elude ocultándose en oscuros recovecos mentales que apenas si hemos empezado a investigar.

Usted está sometida a una dura prueba emocional, —la miró un momento—. Creo que hizo muy bien en buscar ayuda.

—Ya sé que estoy un poco nerviosa, —dijo Catherine, a la defensiva—. Por eso bebo, para aflojarme.

—No, —el tono fue despiadado—. Usted bebe para escapar, —Nikodes se levantó y fue hacia ella—. Creo que es mucho lo que podemos hacer por usted, y al decir —podemos— me refiero a usted y a mí. Pero no va a ser simple.

—De acuerdo. Dígame qué tengo que hacer.

—Voy a empezar por mandarla a un clínico para que le haga un examen físico completo. Tengo la sensación de que en ese sentido, básicamente usted no tiene ningún problema. En segundo lugar, tiene que dejar de beber y además, la voy a poner a dieta. ¿De acuerdo?

Tras una breve vacilación, Catherine asintió.

—También tiene que ir a un gimnasio y trabajar regularmente para volver a ponerse físicamente en forma. Tengo un fisioterapeuta excelente, que puede darle masajes. Una vez por semana, salón— de belleza. Todo eso va a tomar tiempo, señora Douglas. Usted no se puso —así de la mañana a la noche, ni va a salir de esto de la mañana a la noche, —le sonrió para tranquilizarla—. Pero le prometo que en unos meses, e incluso en unas semanas, va a empezar a tener otro aspecto y a sentirse una mujer diferente. Cuando se mire en el espejo, se sentirá orgullosa... y cuando su marido la mire, la encontrará atrayente.

Catherine lo miró, aliviada. Se sentía como si le hubieran sacado de muy adentro una carga insoportable, como si de pronto le hubieran dado una nueva oportunidad para vivir.

—Es necesario que entienda bien que lo único que yo puedo hacer es sugerirle un programa, —le decía el médico—. La que debe llevarlo a la práctica es usted.

—Lo haré, se lo prometo, —respondió fervorosamente Catherine.

—Lo más difícil va a ser dejar de beber.

—No, no tanto, —dijo Catherine, pero al decirlo se dio cuenta de que era verdad. El médico tenía razón: si bebía, era para escapar. Pero ahora tenía una meta, sabía lo que quería. Quería recuperar a Larry.

—No volveré a tomar una gota, —declaró con firmeza. El médico la observó y asintió, satisfecho.

—Muy bien, señora Douglas.

Al ponerse de pie, Catherine sintió con asombro lo torpe y pesado que estaba su cuerpo. Sin embargo, ahora todo iba a cambiar.

—Lo mejor será que empiece por comprarme algo de ropa, —sonrió.

—Aquí tiene la dirección de la clínica, —el médico escribió algo en una tarjeta—, La estarán esperando. Después que se haya hecho el examen, yo la volveré a ver.

En la calle, Catherine empezó a buscar un taxi. Demonios, pensó después. Mejor que me acostumbre a hacer un poco de ejercicio. Echó a. Caminar y al pasar por una vidriera, se detuvo a observar su imagen.

Había estado demasiado dispuesta a culpar a Larry por la desintegración de su matrimonio, sin preguntarse nunca qué parte de la

culpa le cabía a ella. ¿Cómo era posible que él quisiera estar en casa, con alguien que tenía semejante aspecto? Qué lenta e insidiosamente había ido infiltrándose en ella esa extraña, sin que Catherine se diera cuenta. Se preguntó cuántos matrimonios se habrían extinguido de la misma manera, no con un gran choque... y en realidad, últimamente no había habido nada de eso, pensó Catherine con amargura, sino entre gimoteos, como decía T. S, Eliot. Bueno, todo eso era el pasado. De ahora en adelante no era cuestión de mirar hacia atrás, sino sólo de esperar y construir un futuro maravilloso.

Catherine había llegado al elegante distrito de Salónica. Al pasar frente a un salón de belleza, siguiendo un súbito impulso, se dio vuelta y entró. El vestíbulo de entrada era en mármol blanco, amplio y lujoso. Una arrogante recepcionista la miró con desaprobación.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—Quiero pedir turno para mañana a la mañana, —dijo Catherine—. Tratamiento completo; todo, —de pronto recordó el nombre del más renombrado peinador de la casa—. y que me atienda Aleko, —concluyó.

—Lo siento, señora, —la mujer' sacudió la cabeza—, puedo darle hora pero no con Aleko.

—Escuche, —dijo Catherine con decisión—, dígale a Aleko que o me atiende él o me voy a pasear por toda Atenas anunciando que soy una de sus clientas habituales.

La mujer abrió los ojos, escandalizada.

—Voy... voy a ver si es posible, —dijo apresuradamente—. Venga a las diez de la mañana.

—Gracias. Hasta mañana, —se despidió Catherine con una sonrisa de triunfo.

Al entrar en su departamento y mirar el living—room, fue como si lo viera por primera vez. Era un espectáculo desolador. Había polvo por todas partes, y se veía ropa desparramada por toda la habitación, A Catherine le pareció increíble que en su sopor alcohólico no hubiera llegado siquiera a darse cuenta de eso. Bueno, pues el primer ejercicio que se iba a imponer sería volver a dejar todo hecho un espejo. Cuando echaba a andar hacia la cocina, oyó en el dormitorio el ruido de un cajón que se cerraba. Alarmada, sintió que el corazón le daba un salto y se acercó cautelosamente a la puerta.

Larry estaba en el dormitorio. Sobre la cama tenía una valija cerrada y estaba terminando de llenar otra. Catherine lo observó durante un momento.

—Me voy, —anunció Larry levantando la vista.

—¿Sales de nuevo con Demiris?

—No, —dijo Larry sin dejar de acomodar las cosas—, me voy de aquí.

—Larry...

—No hay nada más que hablar.

Catherine entró al dormitorio, luchando por dominarse.

—Pero cómo no; hay mucho que hablar. Hoy fui al médico y me dijo que me voy a poner bien, —sus palabras eran un susurro—. Voy a dejar de beber y...

—Cathy, entre nosotros todo ha terminado. Quiero divorciarme.

Las palabras la hirieron como otros tantos golpes en el estómago. Catherine se quedó inmóvil, apretando los dientes para dominar las náuseas, tratando de tragarse la bilis que sentía subir a la garganta.

—Larry, —empezó, hablando muy lentamente para que no le temblara la voz—, no te culpo por lo que sientes. Mucho es culpa mía... seguramente

casi todo, pero ahora va a ser diferente. Voy a cambiar... pero a cambiar de veras, —le apoyó la mano en la manga—. Lo único que te pido es una oportunidad.

Larry se volvió para enfrentarla; sus ojos oscuros eran fríos y despreciativos.

—Estoy enamorado de otra mujer. Lo único que te pido es el divorcio.

Catherine lo miró largamente y después se volvió al living—room, donde se sentó en el diván a hojear una revista de modas griega mientras él terminaba de hacer su equipaje.

—Mi abogado se va a poner en contacto contigo, —dijo después la voz de Larry, y se oyó un portazo. Catherine siguió dando vuelta cuidadosamente las páginas y cuando se le acabó la revista, la dejó en el centro de la mesa, se fue al cuarto de baño, buscó en el botiquín, tomó una hoja de afeitar y se abrió las muñecas.

NOELLE Y CATHERINE
Atenas: 1946

19

En torno de ella flotaban fantasmas vestidos de blanco que después se perdían en el espacio en medio de suaves susurros, hablando una lengua que Catherine no entendía, pero lo que sí entendía era que estaba en el Infierno y que tenía que pagar por sus pecados. La mantenían atada a la cama y ella suponía que tal vez eso fuera parte del castigo y además se alegraba de estar atada porque sentía cómo giraba la tierra a través del espacio y tenía miedo de caerse del planeta. Lo más diabólico que le habían hecho era ponerle todos los nervios fuera del cuerpo, así que todo lo sentía multiplicado por mil, y era insoportable. Su cuerpo bullía de ruidos extraños y aterrorizantes. Oía el correr de la sangre por las venas, como un rugiente río rojo que la atravesara entera. Oía los latidos de su corazón, que sonaba como un tambor enorme percutido por gigantes. No tenía párpados y la blancura de la luz le llegaba hasta el cerebro, con un brillo cegador. Todos los músculos de su cuerpo estaban vivos, en constante e incansable movimiento como si debajo de la piel tuviera un nido de víboras prontas a atacar.

Cinco días después de haber sido admitida en el Hospital Evangelismos, Catherine abrió los ojos y se encontró en un pequeño cuarto blanco de hospital. Una enfermera con su blanco uniforme almidonado estaba arreglándole la cama, mientras el doctor Nikodes le apoyaba un estetoscopio en el pecho.

—Eh, que eso está frío, —protestó débilmente Catherine.

Él la miró.

—vaya, miren quién se despertó.

Catherine recorrió lentamente la habitación con los ojos. La luz le pareció normal y ya no seguía percibiendo el rugido de su sangre ni el latido de su corazón ni la inminencia de su muerte.

—Creí que estaba en el infierno, —su voz era un susurro.

—Pues lo estuvo.

Catherine se miró las muñecas, que por alguna razón estaban vendadas.

—¿Cuánto hace que estoy aquí?

—Cinco días.

De pronto, Catherine recordó el porqué de las vendas.

—Me parece que hice una estupidez.

—Así es.

—Lo siento, —dijo ella, cerrando con fuerza los ojos y cuando los volvió a abrir era de noche y Bill Fraser estaba sentado en una silla junto a su cama, observándola. Sobre la mesa de noche había flores y bombones.

—Hola, —la saludó alegremente Bill—. Se te ve mucho mejor.

—¿Mejor que qué? —preguntó débilmente Catherine.

—Me asustaste de veras, Catherine, —Bill apoyó una mano sobre la de ella.

—Lo siento, Bill, —Catherine sintió que la voz se le quebraba y tuvo miedo de echarse a llorar.

Catherine lo miró, miró el rostro bondadoso y enérgico y pensó: ¿Por qué no lo amo? ¿Por qué estoy enamorada del hombre que odio?

—¿Cómo llegué aquí? —preguntó Catherine.

—En una ambulancia.

—Quiero decir... ¿quién me encontró?

—Yo, —respondió Fraser después de una pausa—. Te llamé varias veces por teléfono y como no contestabas empecé a preocuparme.

—Me imagino que tendría que agradecértelo, pero a decir verdad, todavía no estoy segura.

—¿Quieres hablar de eso?

Catherine sacudió la cabeza y el movimiento hizo que las sienes empezaran a latirle.

—No, —respondió con voz baja.

—De acuerdo, —asintió Fraser—. Yo tomo un avión mañana, pero te escribiré.

Catherine sintió en la frente la suavidad de su beso y cerró los ojos para dejar afuera el mundo; cuando volvió a abrirlos estaba sola, en medio de la noche.

A la mañana siguiente, Larry vino temprano a visitarla. Catherine lo observó mientras él entraba en la habitación y se sentaba en una silla junto a la cama de ella. Había tenido la esperanza de verle un aire tenso y agotado, pero la verdad era que estaba espléndidamente, esbelto, tostado y tranquilo. Catherine deseó desesperadamente haber tenido oportunidad para arreglarse el pelo y ponerse un poco de color en los labios.

—¿Cómo te sientes, Cathy? —preguntó Larry.

—Estupenda. El suicidio siempre me resulta estimulante.

—No tenían muchas esperanzas de que salieras.

—Lamento haberte desilusionado.

—No me gusta que digas eso.

—Pero es la verdad ¿no es cierto, Larry? Te habrías visto libre de mí.

—Por Dios, pero no quiero que sea de esa manera, Catherine. Lo único que quiero es el divorcio.

Catherine miró a ese hombre apuesto y bronceado, el hombre con quien se había casado; ahora el rostro se veía un poco más relajado, la boca un poco más dura, el encanto juvenil un poco gastado. ¿A qué estaba aferrándose? ¿A siete años de sueños? Catherine se había entregado a él con tanto amor y tanta esperanza que no podía soportar que sus sueños se evaporaran, no podía admitir que había cometido un error a consecuencia del cual su vida era un páramo. Recordó a Bill Fraser y a sus amigos de

Washington y lo bien que lo pasaba entonces. Ya no recordaba cuál era la última vez que se había reído a carcajadas, o que había sonreído siquiera. Pero en realidad, nada de eso importaba. En definitiva, la única razón para que Catherine no quisiera dejar ir a Larry era que seguía amándolo.

Él seguía ahí, esperando la respuesta.

—No, —dijo Catherine—. El divorcio jamás te lo daré.

Esa noche Larry se encontró con Noelle en el desierto monasterio de Kaissariani, y le contó su conversación con Catherine.

—¿No crees que vaya a cambiar de opinión? —preguntó Noelle, después de escucharlo atentamente.

—Catherine puede ser tan terca como una mula.

—Vuelve a hablar con ella.

Y Larry habló. Durante las tres semanas siguientes agotó todos los argumentos que se le ocurrieron. Le rogó, la halagó, se enfureció con ella, le ofreció dinero, pero Catherine no quiso escucharlo. Ella seguía amándolo y estaba segura de que si Larry le daba una oportunidad, podía volver a amarla también.

—Eres mi marido, y lo serás hasta que me muera, —le dijo obstinadamente.

Larry le repitió esas palabras a Noelle.

—Si, —dijo NOELLE, con un gesto de asentimiento. Larry la miró, intrigado.

—¿Sí, qué?

Estaban tendidos en la playa, en la casa de Rafina, sobre inmaculadas toallas esponjosas que —los protegían de la arena ardiente. El cielo era de un azul profundo y deslumbrante, moteado con algunos cirrus blancos.

—Sí, tenemos que librarnos de ella, —dijo NOELLE y se levantó y empezó a caminar de vuelta hacia la casa, moviendo graciosamente sobre la arena sus piernas largas y torneadas. Larry se quedó ahí, atónito, pensando que debía haberla entendido mal. Seguramente, lo que había querido decir no era que quisiera matar a Catherine.

Después se acordó de Helena.

—¿No ves? —preguntó NOELLE mientras cenaban en la terraza—. Si no merece vivir. Se está aferrando a ti para vengarse. Está tratando de arruinarte la vida... de arruinarnos la vida, querido.

Estaban tendidos en la cama, fumando, y las ascuas resplandecientes de los cigarrillos se multiplicaban en la infinidad de espejos que cubrían el cielo raso.

—Pero sí le vas a hacer un favor. Si ella ya trató de matarse. No quiere vivir.

—Yo jamás podría hacer eso, Noelle.

—¿De veras? Le acarició la pierna desnuda, subiendo lentamente los dedos hacia el vientre, describiendo circuitos con la punta de las uñas.

—Yo te ayudaré.

Cuando Larry abría la boca para protestar, las manos de NOELLE seguían acariciando su cuerpo.

Larry gimió, la abrazó y no pensó más en Catherine..

En algún momento, durante la noche, Larry se despertó bañado en sudor frío. Había soñado que NOELLE se iba y lo abandonaba. Pero ella estaba en la cama junto a él y Larry la tomó en brazos y, junto a ella, se quedó toda la noche despierto pensando lo que sería para él si la perdiera.

No tenía conciencia de haber tomado una decisión, pero a la mañana, mientras NOELLE preparaba el desayuno, Larry preguntó de pronto:

—¿Y si nos atrapan?

—Si lo hacemos bien, no nos van a atrapar. —si sentía como un triunfo la capitulación de Larry, no lo dejó entrever.

—Noelle, —dijo él con seriedad—, todos los chismosos de Atenas saben que Catherine y yo nos llevamos mal. Si a ella le pasara cualquier cosa, la policía entraría en sospechas.

—Claro que sí, —coincidió tranquilamente NOELLE—. Por eso hay que planearlo todo con mucho cuidado. —sirvió el desayuno para los dos y después se sentó y empezó a comer. Larry apartó su plato, sin probarlo.

—¿No te gusta? —le preguntó NOELLE, preocupada.

Él se quedó mirándola, preguntándose qué clase de persona era, para poder disfrutar del desayuno mientras planeaba el asesinato de otra mujer.

Más tarde, mientras navegaban, volvieron a hablar de lo mismo y cuanto más lo hablaban, más real se hacía el proyecto, de modo que lo que había empezado como una idea casual había ido revistiéndose de palabras hasta convertirse en un hecho.

—Tiene que parecer un accidente, —dijo NOELLE—, para que no haya investigación policial. La policía de Atenas es muy hábil.

—Pero ¿y si investigan?

—No lo harán ellos. El accidente no sucederá aquí.

—¿Dónde, entonces?

—En loannina, —NOELLE se inclinó hacia adelante y empezó a hablar.

Larry la escuchó detallar el plan, enfrentando todas las objeciones que él le planteaba, improvisando ingeniosamente. Por último, cuando NOELLE terminó, Larry tuvo que admitir que el plan era impecable. Con él podían realmente tener éxito.

Paul Metaxas estaba nervioso. El rostro habitualmente jovial del piloto griego se veía contraído y tenso, y Metaxas sentía que un tic nervioso le sacudía un ángulo de la boca. No estaba citado para ver a Constantin Demiris, y éste no era hombre al que se pudiera abordar simplemente, pero Metaxas le había dicho al mayordomo que era algo urgente, y ahora se encontraba en el enorme vestíbulo de la residencia de Demiris, intimidado frente a él y tartamudeando:

—La... lamento enormemente molestarlo, señor Demiris, —y se enjugó subrepticiamente la sudorosa palma de la mano en el pantalón de su uniforme de piloto.

—¿Pasa algo con alguno de los aviones?

—Oh, no, señor. Es... un asunto personal.

Demiris lo observaba sin interés. Por norma, jamás intervenía en los asuntos de sus subordinados. El manejo de esas cosas se lo confiaba a sus secretarias. Esperó a que Metaxas continuara, pero el piloto se ponía más nervioso a cada momento.

Había pasado muchas noches de insomnio antes de tomar la decisión que lo llevaba allí. Lo que estaba por hacer era ajeno a su carácter y por ende, le disgustaba, pero Metaxas era hombre de inquebrantable lealtad y consideraba que a quien primero debía fidelidad era a Demiris.

—Es sobre la señorita Page, —articuló finalmente.

Se produjo un momento de silencio.

—Venga aquí, —dijo Demiris y lo hizo pasar a la biblioteca. Cerró las puertas, se sirvió un cigarrillo egipcio de un estuche de platino y lo encendió. Después miró a Metaxas, que traspiraba.

—¿Qué pasa con la señorita Page? —le preguntó con aire ausente.

Metaxas se atoró, pensando si no habría cometido un error.

Si había evaluado correctamente la situación, su información sería bien recibida, pero si se había equivocado...

Se maldijo por haber dado ese paso, pero ahora ya no podía echarse atrás.

—Es... sobre ella y Larry Douglas, —observó el rostro de Demiris, procurando interpretar su expresión, pero en ella no se leía ni el más leve destello de interés. ¡Dios! Metaxas se obligó a seguir hablando, vacilando— Están... están viviendo juntos en Rafina, en una casa sobre la playa.

Demiris sacudió la ceniza del cigarrillo en un cenicero de oro. Metaxas tenía la sensación de que estaba a punto de echarlo, de que acababa de cometer un error terrible que iba a costarle su trabajo. Tenía que convencer a Demiris de que decía la verdad.

—Mi... mi hermana es cuidadora de una de las casas que hay en la playa y los ve a los dos juntos todo el tiempo. Reconoció a la señorita Page por las fotos de los periódicos, pero no se dio cuenta de nada hasta hace un par de noches, cuando vino a cenar conmigo en el aeropuerto. Yo le presenté a Larry Douglas y... bueno, entonces ella me dijo que era el hombre con quien está viviendo la señorita Page.

Los ojos negros de Demiris lo seguían mirando sin expresión alguna.

—Y pensé... pensé que usted debía saberlo. —terminó lamentablemente Metaxas. Cuando Demiris habló, lo hizo con voz sin inflexiones.

—Lo que haga la señorita Page con su vida privada es asunto de ella. Y estoy seguro de que no le gustaría que nadie la espíe.

La frente de Metaxas estaba perlada de sudor. Dios, si había embarrado toda la situación. Y lo único que quería era ser leal.

—Créame, señor Demiris, que lo único que quise fue...

—Estoy seguro de que quiso servir sin intereses. Pero se equivocó, ¿algo más?

—No... No, señor, —Metaxas se dio vuelta y salió apresuradamente.

Constantin Demiris se recostó en su asiento y clavó los ojos negros en el cielo raso, sin mirar a nada.

A las nueve de la mañana siguiente, Metaxas recibió órdenes de presentarse en la compañía minera que tenía Demiris en el Congo, donde tendría que pasar diez días trasportando equipo desde Brazzaville a la mina. El miércoles de mañana, mientras hacía su tercer vuelo, el avión se estrelló en el denso verdor de la selva y jamás se encontraron rastros del accidente ni del cuerpo de Metaxas.

Dos semanas después que le hubieron dado de alta en el hospital, Larry fue a visitar a Catherine. Era un sábado por la noche y ella estaba en la cocina preparándose una tortilla. Los ruidos de la cocina no la dejaron oír que se abría la puerta, y no había advertido la presencia de Larry hasta que se dio vuelta y lo vio parado en el umbral. Involuntariamente, se sobresaltó.

—Disculpa si te asusté. Pasé para ver qué tal andabas, nada más, — dijo Larry.

Catherine sintió que su corazón se aceleraba y se odió por el hecho de que él siguiera afectándola de ese modo.

—Estoy muy bien, —declaró y se dio vuelta para sacar la tortilla de la sartén.

—Huele bien, —comentó Larry—. No tuve tiempo para cenar. Si no es mucha molestia ¿no podrías prepararme una?

Catherine lo miró y se encogió de hombros. Le preparó la cena, pero se sentía tan falta de ánimo en su presencia que ella no pudo probar bocado. Larry conversaba con soltura; le habló de un vuelo que acababa de hacer y le contó una anécdota de un amigo de Demiris. Era el Larry de siempre, cálido y encantador, irresistible como si nada se hubiera estropeado entre ellos, como si él no hubiera hecho pedazos la vida en común de ambos.

Terminada la cena, Larry, le ayudó a lavar y secar los platos, y Catherine sintió su proximidad como un dolor físico. ¿Cuánto tiempo hacía? No valía la pena pensarlo.

—Realmente, lo pasé muy bien, —declaró Larry con su fácil sonrisa juvenil—. Gracias, Cathy.

Y eso, pensó Catherine, era el final de todo.

Tres días después sonó el teléfono, era Larry que la llamaba desde Madrid para decirle que volvía a Grecia y preguntarle si quería salir a cenar con él esa noche. Catherine se aferró al teléfono, escuchando la voz cordial y amistosa, decidida a no aceptar.

—No tengo ningún compromiso para esta noche —contestó.

Cenaron en Turkofimano, en el puerto de El Pireo. Catherine apenas si pudo probar la comida. Estar con Larry era para ella un recuerdo demasiado doloroso de otros restaurantes donde habían estado juntos, de muchas veladas inolvidables compartidas en un pasado ya muerto, del amor que ambos iban a sentir durante toda la vida.

—No comes nada, Cathy, ¿Quieres que te pida alguna otra cosa? —preguntó Larry, preocupado.

—Es que almorcé tarde, —mintió ella.

Es probable que no vuelva a invitarme, pensaba, pero si lo hace le diré que no.

Pocos días después Larry volvió a llamarla y almorzaron en un encanto de restaurante oculto en las laberínticas callejas próximas a la Plaza Sintagma. Se llamaba Gerofinikas, La Vieja Palmera, 'y se llegaba a él por un largo pasadizo que tenía una palmera a la entrada. La comida fue excelente, con vino del Himeto, liviano y seco, y Larry estuvo entretenidísimo.

Al domingo siguiente, le pidió a Catherine que lo acompañara a Viena. Cenaron en el Hotel Sacher y volvieron a Atenas esa misma noche. La velada había sido maravillosa, con vino, música y candelabros, pero Catherine tenía la horrible sensación de que, de algún modo, nada de eso le pertenecía. Pertenecía a esa otra Catherine Douglas que estaba, desde hacía mucho tiempo, muerta y enterrada. Al volver al departamento, mientras ella le agradecía, Larry la tomó en sus brazos y empezó a besarla. Catherine se apartó, rígida, inesperadamente llena de pánico.

—No, —susurró.

—Cathy...

—¡No!

—Está bien. Comprendo, —asintió Larry. El cuerpo de ella temblaba.

—¿De veras?

—Ya sé lo mal que me he portado, —dijo suavemente Larry—. Si me das una oportunidad, quisiera recuperarte, Cathy.

Santo Dios, pensó ella, apretando los labios, decidida a no llorar, y sacudió la cabeza, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas.

—Es demasiado tarde, —susurró. Y se quedó mirándolo mientras él se iba.

Catherine volvió a tener noticias de Larry durante la semana siguiente. Él le mandó flores con una notita, y después le llegaron pajaritos en miniatura desde distintos países. Evidentemente, se había preocupado en buscarlos, porque la variedad era sorprendente, uno de porcelana, uno de jade, otro de teca, y a Catherine la conmovió que él se hubiera acordado.

—Pues vamos, —contestó un día, riendo, cuando sonó el teléfono y al atender oyó la voz de Larry que le decía:

—Oye, encontré una maravilla de restaurante griego donde sirven la mejor comida china que hay fuera de Pekín.

Y así fue como todo empezó de nuevo. Lentamente, con vacilación, con cautela, pero era un comienzo. Larry no intentó volver a besarla, ni ella se lo habría permitido, porque Catherine sabía que si se dejaba llevar por sus emociones, si se entregaba sin reservas a ese hombre que amaba y él volvía a traicionarla, eso la destruiría. Definitivamente y para siempre. Y por eso Catherine cenaba con él y se reía con él, pero continuamente lo más hondo, personal y secreto que había en ella retrocedía, se mantenía cuidadosamente a distancia, intocado e intocable.

Casi todas las noches se veían. A veces Catherine preparaba la cena, otras veces Larry la invitaba a salir. Una vez ella mencionó a la mujer de quien Larry había dicho que estaba enamorado.

—Eso se acabó, —había dicho terminantemente él, y Catherine jamás volvió a sacar el tema.

Por más alerta que estuviera a indicios de que Larry se encontrara con otras mujeres, no encontró ninguno. Él le prestaba toda su atención a Catherine, sin presionarla, sin exigirle. Era como si estuviera haciendo penitencia por el pasado.

Y sin embargo Catherine tenía que admitir que era algo más que eso. Parecía que realmente Larry se interesara en ella como mujer. A la noche Catherine solía pararse ante el espejo, desnuda, a estudiar su imagen y tratar de entender por qué. Su rostro no estaba mal; el rostro de una muchacha que había sido una chica bonita y había conocido el dolor. Había cierta tristeza en los ojos grises que le devolvían la mirada. Su cutis estaba un poco áspero y el mentón algo más pesado de lo que debía, pero en el resto del cuerpo no había nada que no se pudiera reparar con masaje y dieta. Catherine recordó la última vez que había pensado lo mismo y había terminado con las muñecas tajeadas. Un escalofrío la recorrió. Al demonio con Larry, pensó con desafío. Si realmente me quiere, que me acepte como soy.

Después de haber estado en una fiesta, Larry la llevó a casa a las cuatro de la mañana. La noche había sido maravillosa; Catherine había estrenado un vestido, estaba muy atractiva, había hecho reír a la gente y Larry se había enorgullecido de ella. Cuando entraron al departamento, Catherine buscó la llave de la luz.

—Esto puedo decirlo mejor en la oscuridad, —le dijo Larry, deteniéndole la mano.

Su cuerpo estaba próximo al de ella y, aunque no la tocara, Catherine sentía la atracción física que emanaba de él.

—Te amo, Cathy, —prosiguió Larry—. Realmente, jamás amé a nadie más. Quiero que me des otra oportunidad.

Sólo entonces encendió la luz para mirarla. Catherine estaba inmóvil, rígida y aterrorizada, al borde del pánico.

—Ya sé que es posible que aún no estés pronta, pero podríamos empezar muy lentamente, —sonrió con su sonrisa adorable, de niño—. Podríamos empezar tomándonos de la mano.

Se adelantó y le tomó la mano. Y Catherine lo atrajo hacia ella y de pronto estaban besándose y los labios de Larry eran suaves y tiernos y cariñosos y los de ella se pusieron ávidos y exigentes con todo el anhelo reprimido que durante tantos largos meses de soledad se había acumulado en su cuerpo. Y cuando se acostaron, se hicieron el amor como si el tiempo no hubiera pasado, como si estuvieran en su luna de miel. Pero era más que una luna de miel. La pasión seguía estando, fresca y maravillosa, pero además había una valoración de lo que era estar juntos, la seguridad de que esa vez todo iba a andar bien, de que esa vez no se iban a hacer daño uno a otro.

—¿Qué te parecería un segundo viaje de luna de miel? —preguntó Larry.

—Oh, sí, querido. ¿Pero podemos?

—Seguro. Me corresponden vacaciones. Podemos salir el sábado, Conozco una maravilla de lugar donde podemos ir. Se llama loannina.

NOELLE Y CATHERINE
Atenas: 1946

20

El viaje a loannina les llevó nueve horas. Para Catherine, el paisaje resultaba casi bíblico, como si perteneciera a otra época. Viajaron por la costa del Mar Egeo, pasando junto a pequeños chalets blanqueados, con cruces en el tejado, y por interminables campos de árboles frutales, limoneros y cerezos y manzanos y naranjos. Hasta el último palmo de tierra estaba nivelado y trabajado, y en las casas, ventanas y techos se veían pintados de alegres azules, como si sus dueños 'quisieran burlarse del esfuerzo con que tenían que arrancar su sustento del suelo pedregoso. En las laderas abruptas se elevaban en silvestre profusión los cipreses, altos y graciosos.

—¡Mira, Larry, qué hermosos son! —exclamó Catherine.

—Para los griegos no, —contestó él.

Catherine lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Los consideran de mal agüero y los usan para decorar los cementerios.

En todos los campos se veían rústicos espantapájaros, hechos con un trapo atado al alambrado.

—Pues por aquí los pájaros deben ser muy estúpidos, —se rió Catherine.

DeSpués de pasar por una serie de aldeas con nombres imposibles de pronunciar, a última hora de la tarde llegaron al pueblo de Rion, que descendía suavemente hacia el río, donde tenían eL feeryboat que los llevaría a loannina. Cinco minutos hacia la isla de Epiro, donde estaba loannina.

Catherine y Larry se sentaron en un banco, en la cubierta superior del ferry, desde donde alcanzaban a ver a la distancia una gran isla que empezaba a asomar entre la niebla crepuscular. A Catherine le pareció muy desértica y un poco ominosa. Tenía un aspecto primitivo, como si hubiera sido creada para los dioses griegos, y los simples mortales fueran intrusos indeseables. A medida que el barco se acercaba, Catherine alcanzó a ver que la parte baja de la isla estaba rodeada de un cinturón de roca que se hundía profundamente en el mar. La montaña, imponente, tenía un aspecto herido e irregular allí donde los hombres habían conseguido arrancarle un camino. Veinticinco minutos más tarde el ferry atracaba en el pequeño puerto de Epiro, y no pasó mucho rato hasta que Catherine y Larry se encontraron subiendo la montaña en su automóvil, camino a loannina.

—Enclavada en las alturas del Pindo, —leyó Catherine en la guía turística de Larry—, en una profunda hondonada rodeada de picos, desde la distancia, Loannina tiene la forma de un águila de dos cabezas, en cuyas garras se sitúa el insondable lago Pamvotis, a través de cuyas verdes aguas los barcos de excursión trasportan pasajeros hasta la isla que se encuentra en medio del lago y después a las. costas del lado opuesto.

—Estoy impaciente, —declaró Larry.

A última hora de la tarde habían llegado y se dirigieron sin tardanza al hotel, un viejo pero bien cuidado edificio de una sola planta, situado en una colina que dominaba el pueblo y con una serie de bungalows para los huéspedes. Un anciano uniformado salió a saludarlos.

—De luna de miel, —exclamó, al ver la felicidad en sus rostros.

—¿Cómo lo supo? —sonrió Catherine.

—Siempre se nota, —le aseguró el anciano y, después de tomarles los datos, los acompañó a uno de los bungalows.

Tenían living room y dormitorio, baño, cocina y una amplia terraza. Por encima de las copas de los cipreses se divisaba una magnífica vista del pueblo y, más abajo, se veía el lago, oscuro y caviloso. Todo tenía la irreal belleza de una tarjeta postal.

—No es mucho, —dijo Larry—, pero es todo para ti.

—Lo acepto, —exclamó Catherine.

—¿Feliz?

Ella asintió.

—No recuerdo haber sido nunca tan feliz, —fue hacia él y lo abrazó estrechamente—. No me dejes, nunca, —susurró.

—No, —prometió Larry, rodeándola con sus brazos fuertes para acercarla más a él.

Mientras ella deshacía las valijas, Larry volvió al vestíbulo para hablar con el empleado de la recepción.

—¿Qué 'se puede hacer por aquí? —le preguntó.

—De todo, —contestó orgullosamente el hombre—. En el hotel tenemos baños termales. En el pueblo se puede caminar, pescar, nadar, salir en barco.

—¿Qué profundidad tiene el lago? —preguntó Larry con indiferencia.

—Nadie lo sabe, señor, —el empleado se encogió de hombros—. Es un lago volcánico; no tiene fondo.

Larry asintió con aire pensativo.

—¿Y esas cuevas que hay cerca de aquí?

—¡Ah! Las de Perama. Están a pocos kilómetros de aquí.

—¿Han sido exploradas?

—Algunas. Otras todavía están cerradas.

—Ya veo.

—Y si les gusta el alpinismo, —continuó el hombre—, pueden elegir el monte Tzoumerka, si la señora no les tiene miedo a las alturas.

—No, —sonrió Larry—; es muy buena escaladora.

—Entonces le va a gustar. Tienen suerte con el tiempo. Estábamos esperando el meltemi, pero no llegó, y ahora probablemente ya no venga.

—¿Qué es el meltemi? —preguntó Larry.

—Es un viento terrible que sopla del Norte. Me imagino que es como el huracán de ustedes. Cuando sopla, nadie sale de casa. En Atenas, ni siquiera a los trasatlánticos se les permite salir del puerto.

—Me alegro de habérmelo perdido, —declaró Larry.

Cuando regresó al bungalow, Larry le sugirió a Catherine que fueran a cenar al pueblo. Bajaron a pie por la senda rocosa que descendía por la pendiente hasta la entrada de la aldea. loannina tenía una calle principal,. la Avenida del Rey Jorge, y a ambos lados de ella dos o tres calles más, más pequeñas.

Entre ellas, un laberinto de callecitas de tierra se abría hacia las casas y departamentos. Los edificios eran viejos y mostraban las huellas del tiempo en sus rostros de estuco y piedra laboriosamente acarreada desde las montañas.

La calle principal estaba dividida por cuadras, de manera que los automóviles conservaran la izquierda y dejaran a los peatones en libertad de caminar por la derecha.

—Tendrían que probar el sistema en los Estados Unidos, —comentó Catherine.

La plaza del pueblo era un parquecito encantador en medio del cual se elevaba una torre con un gran reloj iluminado. Una calle adornada con enormes plátanos descendía hacia el lago. A Catherine le parecía que todas las calles de la aldea conducían al agua, y el lago le daba la impresión de algo aterrorizador. Tenía algo de extraño, de caviloso. Toda la costa estaba bordeada de altas matas de juncos que se extendían como dedos ávidos. Como si estuvieran esperando a alguien.

Catherine y Larry recorrieron el pequeño y pintoresco centro comercial, donde los negocios se amontonaban unos a otros. junto a una joyería se veía una panadería y después una carnicería al aire libre, una taberna, una zapatería. Fuera de una barbería, unos niños observaban en silencio a un cliente que se estaba afeitando. A Catherine le parecieron los chicos más hermosos que hubiera visto en su vida.

Al principio de su matrimonio le había hablado a Larry de tener un bebé, pero él siempre había rechazado la idea, diciendo que no se sentía dispuesto todavía. Sin embargo, tal vez ahora no sintiera lo mismo. Catherine lo miró mientras él andaba a su lado, más alto que los demás hombres, con su aspecto de dios griego, y decidió que mientras estuvieran en Loannina lo iba a hablar de nuevo con él. Después de todo, estaban en su luna de miel.

Después de pasar por un cine donde daban dos viejísimas películas norteamericanas, con actores que Larry no había oído nombrar siquiera, se sentaron en la plaza a comer mousaka, bajo una luna llena increíble, y más tarde volvieron al hotel y se hicieron el amor. Había sido un día perfecto.

A la mañana siguiente, Catherine y Larry fueron con el auto a conocer los alrededores, explorando el angosto camino que corría a lo largo de la

costa del lago, siguiendo durante algunos kilómetros el borde rocoso para después volver a meterse tortuosamente en las colinas, como si estuviera borracho. En los bordes salientes de las laderas se veían casas de piedra y muy arriba, metido entre los bosques, alcanzaron a ver un enorme edificio blanqueado que tenía el aspecto de un castillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Catherine.

—No tengo idea.

—Vamos a ver.

—Bueno.

Larry guió el coche por el camino de tierra que llevaba hacia

el edificio, atravesando un prado donde pastaban cabras y donde el pastor los miró atónitos mientras pasaban. Se detuvieron frente a la desierta entrada del edificio, que visto de cerca parecía como una vieja fortaleza en ruinas.

—Deben ser los restos del castillo de algún ogro, —dijo Catherine—. Parece sacado de los hermanos Grimm.

—¿De veras quieres saber qué es? —preguntó Larry.

—Claro. Tal vez hayamos llegado justo a tiempo para rescatar alguna doncella prisionera.

De pronto, Larry la miró de manera extraña, bajaron del automóvil y se dirigieron a la maciza puerta de madera, que' tenía en el centro un enorme llamador de hierro. Larry lo hizo sonar varias veces, y esperaron. No se oía otro ruido que el zumbido de los insectos del verano en la pradera, y el susurro de la brisa entre las hierbas.

—Me parece que no están, —dijo Larry.

—Deben de haber ido a deshacerse de los cadáveres, —susurró Catherine.

De pronto la enorme puerta empezó a crujir y a abrirse lentamente, y se encontraron frente a una monja vestida de negro. A Catherine la tomó de sorpresa.

—Oh, perdón, —se disculpó—. No sabíamos qué era este lugar. Como no hay ningún signo...

La monja los observó un momento y después les hizo señas de que entraran. Al atravesar el umbral se encontraron en un amplio patio rodeado de claustros. En la atmósfera había un silencio extraño y Catherine advirtió de pronto qué era lo que faltaba: el sonido de voces humanas.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó a la monja, pero ella sacudió la cabeza en silencio y les hizo seña de que esperaran. Mientras ellos la seguían con los ojos, se dirigió haCia un Viejo edificio de piedra situado al extremo de los claustros.

—Fue a buscar a Bela Lugosi, —susurró Catherine.

Más allá del edificio, junto a un promontorio que se elevaba por encima del mar, alcanzaron a ver un cementerio enmarcado por hileras de cipreses, altos y sombríos.

—Este lugar me da escalofríos, —dijo Larry.

—Parece que nos hubiéramos metido en otro siglo, —susurró Catherine.

Inconscientemente, hablaban en voz baja, como si tuvieran miedo de turbar ese silencio. Por la ventana del edificio principal distinguieron rostros interrogantes que los miraban, rostros de mujeres, todas vestidas de negro.

—Es alguna especie de manicomio religioso, —decidió Larry.

Del edificio salió una mujer alta y delgada que se dirigió hacia ellos con paso ágil. Vestía hábito de monja y su rostro era cordial y amistoso.

—Soy la hermana Teresa, —se presentó—. ¿En qué puedo servirlos?

—Pasábamos por aquí, —explicó Catherine—, y sentimos curiosidad. Pero no tuvimos intención de molestar, —agregó, mirando las caras que los observaban desde las ventanas.

—No son muchos los visitantes que nos honran, —explicó la hermana Teresa—. Casi no tenemos contacto con el mundo. Somos una orden de monjas carmelitas y hemos hecho voto de silencio.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Larry.

—Gia panta... para toda la vida. Aquí yo soy la única a quien se le permite hablar, y eso sólo si es

necesario.

Catherine recorrió con los ojos el patio vasto y silencioso Y reprimió un escalofrío.

—¿Nadie sale nunca de aquí?

—No, —la hermana Teresa sonrió—. No hay razón para hacerlo, Nuestra vida está dentro de estas paredes.

—Perdone que la hayamos molestado, —repitió Catherine.

—No fue molestia, —la hermana sacudió la cabeza—. Vayan con Dios

Mientras Catherine y Larry salían, la pesada puerta se cerró lentamente tras ellos. Catherine se volvió a mirarla. Era como una prisión, pero de algún modo, esto parecía peor. Tal vez porque era una Penitencia voluntaria, un derroche, y Catherine pensó en las jóvenes que había visto por la ventana, amuralladas, excluidas del mundo para toda la vida, condenadas para siempre al profundo silencio de la tumba. Catherine jamás se olvidaría de ese lugar.

NOELLE Y CATHERINE
Atenas: 1946

21

A la mañana siguiente, temprano, Larry fue al pueblo. Le preguntó si quería ir con él. pero Catherine vaciló y después dijo que quería dormir hasta tarde. Tan pronto como Larry salió, ella se levantó, se vistió apresuradamente y se fue al gimnasio del hotel, que ya había andado mirando el día anterior. La instructora, una amazona griega, le dijo que se desvistiera y la estudió con aire crítico.

—Usted ha sido muy, muy haragana, —la reprendió—. Ha tenido buen cuerpo, y si está dispuesta a trabajar en serio, Theou thellondos... Si Dios quiere... puede volver a tenerlo.

—Dispuesta estoy, —declaró Catherine—. vamos a ver cómo se porta Dios.

Bajo la dirección de la amazona, Catherine trabajó día tras día, sometiéndose a las torturas del masaje modelador, una dieta espartana y ejercicios agotadores. A Larry, no le dijo una palabra, pero para el cuarto día y—a había cambiado de tal manera que él se lo comentó.

—Parece que el lugar te sienta. Tienes un aspecto muy diferente.

—Es que estoy diferente, —respondió Catherine, con súbita timidez.

El domingo por la mañana Catherine fue a la iglesia. Jamás había presenciado una misa ortodoxa. En una aldea tan pequeña como loannina, Catherine había supuesto que se encontraría con una iglesita campesina, pero con gran sorpresa se dio con Un templo grande y ricamente decorado

con hermosas tallas en las paredes Y' en el cielo raso, y piso de mármol. Frente al altar había una docena de enormes candelabros de plata y en las paredes se veían frescos que representaban escenas bíblicas. El sacerdote, delgado y moreno, tenía barba negra y vestía una elaborada túnica en rojo y oro.

La misa duró una hora y Catherine la siguió bebiéndose el espectáculo y la música, pensando en lo afortunada que era; inclinando la cabeza, rezó una acción de gracias.

A la mañana siguiente estaba desayunando con Larry en la terraza del bungalow que daba sobre el lago. Era un día perfecto, un día para atesorarlo en un álbum de recuerdos. El sol resplandecía tibiamente y una brisa perezosa les llegaba desde el agua. Un camarero joven y agradable les había servido el desayuno. Catherine tenía puesto un salto de cama y, cuando el camarero entró, Larry la rodeó con sus brazos y la besó en la nuca.

—Qué noche pasamos, —le susurró al oído.

El camarero se había sorprendido un poco y después se retiró discretamente, pero Catherine se sintió un poco incómoda. No era propio de Larry hacer demostraciones de afecto en presencia de extraños. Ha cambiado de veras, pensó Catherine. Parecía que cada vez que la mucama o el botones entraban en la habitación, Larry la rodeaba afectuosamente con el brazo, como si quisiera demostrar al mundo entero hasta qué punto amaba a Catherine. Era muy conmovedor.

—Tengo un proyecto estupendo para esta mañana, —anunció Larry señalando hacia el Este, donde se podía ver un enorme pico que se elevaba contra el cielo—. Vamos a escalar el monte Tzoumerka.

—Yo tengo por norma, —declaró Catherine—, no escalar jamás algo que no puedo deletrear.

—vamos, dicen que la vista desde allá arriba es fantástica.

Catherine vio que Larry hablaba en serio y volvió a mirar hacia la montaña. Parecía que se levantara verticalmente.

—El alpinismo no es mi fuerte, querido, —le recordó.

—No es MáS que una caminata. Hay senda para todo el ascenso, —Larry vaciló—. Claro que si no quieres

venir conmigo puedo ir solo. —en SU voz vibraba Un amargo desencanto.

Habría sido tan fácil decir que no y quedarse simplemente sentada allí disfrutando del día. La tentación era casi irresistible, pero Larry quería que Catherine fuera con él. Y para ella eso bastaba.

—Está bien. Voy a ver si me consigo un sombrero alpino, —accedió.

El alivio que se expresó en el rostro de Larry fue tal que Catherine se alegró de haber decidido ir. Además podía ser interesante.

En su vida había escalado una montaña.

Fueron con el coche hasta un prado en las afueras de la aldea y lo dejaron estacionado donde se empezaba el ascenso a la montaña. En un pequeño puesto que había al costado del camino, Larry compró sandwiches, fruta, chocolate y un gran termo de café.

—Debe estar lindo allá arriba, —le dijo al dueño del puesto—. Tal vez mi novia y yo nos quedemos a pasar la noche. —abrazó a Catherine y el hombre le sonrió.

Catherine y Larry echaron a andar por el comienzo de la senda. En realidad, había dos sendas que se bifurcaban en direcciones opuestas, y Catherine admitió para sus adentros que, en realidad, el ascenso parecía

fácil. Las sendas parecían anchas y no demasiado empinadas. Cuando dio vuelta la cabeza para mirar hacia la cima de la montaña, le pareció hosca e imponente, pero claro que no iban a ir hasta esa altura. Treparían un poco y después se detendrían a hacer un picnic.

—Por aquí, —dijo Larry, y la guió hacia la senda que tomaba a la izquierda.

Mientras empezaban a trepar, el dueño del puesto los observó preocupado, preguntándose si tendría que llamarlos y advertirles que se habían equivocado de camino. La senda que habían tomado era peligrosa y únicamente los escaladores expertos se aventuraban por ella. En ese momento llegaron nuevos clientes y, mientras los atendía, el hombre se olvidó por completo de los dos norteamericanos.

El sol estaba cálido pero, a medida que iban subiendo, la brisa se hacía más fresca y Catherine pensó que la combinación era perfecta. El día era una delicia y ella estaba con el hombre que amaba. De vez en cuando Catherine echaba un vistazo hacia atrás y se sorprendía al ver cuánto habían escalado ya. Parecía que el aire fuera menos denso, y respirar se le hacía difícil. Catherine seguía andando detrás de Larry, porque ahora la senda era demasiado angosta para que subieran juntos. Pensó cuándo se detendrían para hacer el picnic.

Larry se dio cuenta de que Catherine lo seguía con esfuerzo y se detuvo a esperarla.

—Perdona, —jadeó ella—. Estoy empezando a sentir un poco la altura. Además, bajar va a llevarnos mucho tiempo.

—No, eso no, —contestó Larry.

Se dio vuelta y otra vez empezó a trepar por la estrecha senda. Catherine lo miró, suspiró y siguió subiendo tercamente.

—Tendría que haberme casado con un ajedrecista, —le gritó, pero Larry no contestó.

Había llegado a una brusca curva del camino y frente a él se extendía un puentecillo de madera, sin otra baranda que una cuerda, por el cual se atravesaba un profundo precipicio. El puente se sacudía con el viento y no parecía que pudiera resistir el peso de un hombre. Larry apoyó el pie en uno de los podridos travesaños de madera y el puente empezó a hundirse bajo su peso; después se estabilizó. Miró hacia abajo: el precipicio tendría unos trescientos metros. Larry empezó a cruzarlo, tanteando con cuidado antes de cada paso, y oyó la voz de Catherine:

—¡Larry¡

Él se dio vuelta. Catherine estaba al comienzo del puente.

—¿No iremos a pasar por ahí, verdad? ¡Eso no sostendría ni a un gato!

—A menos que sepas volar…

—Pero no me parece seguro.

—La gente lo cruza todos los días, —declaró Larry y siguió avanzando, dejándola parada al comienzo del puente.

Catherine dio el primer paso sobre el puente, que empezó 'a vibrar. Al mirar al precipicio, el miedo comenzó a invadirla, La cosa ya no era divertida; era peligrosa. Catherine miró hacia adelante y vio que Larry casi había llegado al otro lado. Apretó los dientes, se aferró a la cuerda y empezó a caminar, sintiendo cómo el puente oscilaba a cada paso. Desde el otro lado, Larry la observaba. Catherine avanzaba con lentitud, con una mano tensamente aferrada a la cuerda, tratando de no mirar el abismo que se abría a sus pies. Larry veía claramente el miedo que se dibujaba en su cara.

Cuando Catherine llegó al otro lado, estaba temblando, ya fuera de miedo o por el viento helado que empezaba a soplar desde las cumbres nevadas.

—No creo tener pasta de alpinista, —declaró Catherine—. ¿Podemos volver ahora?

Larry la miró sorprendido.

—Pero si todavía no hemos visto el paisaje, Catherine.

—Con lo que vi me alcanza para toda la vida.

—Vamos, —Larry la rodeó con sus brazos—. si allá arriba hay un lugarcito lindo y tranquilo para el picnic. Al llegar descansamos. ¿Qué te parece?

—Bueno, —accedió ella, de mala gana.

—Así me gusta.

Larry le sonrió brevemente y después empezó a trepar de nuevo, seguido por Catherine. La muchacha tenía que admitir que la vista del pueblo y del valle era sobrecogedora, una escena idílica y serena tomada de una tarjeta postal. Realmente, se alegraba de haber subido. Hacía mucho tiempo que a Larry no se lo veía tan eufórico; parecía dominado por una excitación que iba en aumento a medida que subían. Tenía el rostro arrebatado, y charlaba sobre trivialidades como si necesitara hablar para dar cauce a su excitación nerviosa. Parecía que todo lo emocionara: el ascenso, el paisaje, las flores que crecían en la senda. Era como si todo asumiera para él una importancia extraordinaria, como si por algún motivo sus sentidos estuvieran más aguzados de lo normal. Respiraba sin esfuerzo, sin mostrar ninguna fatiga, en tanto que a Catherine empezaba a faltarle el aire, cada vez más enrarecido.

Empezó a sentir que las piernas se le habían vuelto de plomo y respiraba cada vez con más dificultad. No tenía idea de cuánto tiempo hacía que trepaban, pero al mirar hacia el pueblo lo veía como una miniatura, muy abajo, Le parecía también que la senda se hacía más abrupta y se estrechaba. Cuando empezó a serpentear al borde del precipicio, Catherine se aferró lo mejor que pudo a la ladera de la montaña. Larry le había dicho que el ascenso era fácil. Para las cabras, pensó Catherine. La senda casi había desaparecido y no había rastros de que nadie hubiera pasado jamás por ahí. Las flores raleaban y la única vegetación eran musgos y unas hierbas oscuras, de aspecto extraño, que crecían entre las piedras. Catherine no sabía cuánto tiempo podría seguir trepando. Mientras abordaban una curva cerrada, la senda descendió súbitamente y a los pies de Catherine se abrió un abismo vertiginoso.

—¡Larry! —su voz fue un chillido.

Instantáneamente, él estuvo a su lado. La tomó del brazo y la hizo retroceder, guiándola por entre las rocas hasta donde volvía a aparecer la senda. A Catherine le latía desaforadamente el corazón. Debo estar chiflada, pensó, para meterme a mi edad en semejante safari. La altura y el esfuerzo la habían mareado y sentía que la cabeza le daba vueltas. Se dio vuelta para hablar con Larry y más allá de él, después de la próxima curva, vio la cima de la montaña. Habían llegado.

Catherine seguía tendida en el suelo, recuperando fuerzas, sintiendo cómo el viento le desordenaba el pelo. El terror se había acabado; ahora ya no había nada qué temer, Larry le había dicho que el descenso era fácil. Él se sentó junto a ella.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó.

—Sí, —suspiró Catherine.

El corazón se le había normalizado y ya empezaba también a respirar normalmente. Inhaló profundamente y le sonrió.

—La parte difícil se acabó, ¿no es cierto? —le preguntó. Él la miró largamente.

—Sí. Se acabó, Cathy.

Catherine se enderezó, apoyándose en un codo. Sobre la pequeña meseta habían construido una plataforma de madera, con una baranda para poder ver sin peligro el espectacular panorama que se extendía vertiginosamente allá abajo. A unos tres o cuatro metros se veía el comienzo de la senda que descendía por la otra ladera.

—Oh, Larry, que hermosura. Me siento como Magallanes. —cuando se dio vuelta para sonreírle, Catherine advirtió que Larry estaba mirando para otro lado y que no la escuchaba. Parecía preocupado... tenso, como si algo lo inquietara.

—¡Mira! —exclamó Catherine, levantando los ojos.

Una nube blanca venía hacia ellos, traída por la fresca brisa de las alturas—.

Viene para aquí. jamás estuve metida en una nube, —dijo Catherine—. Debe ser como estar en el Cielo.

Larry la observó mientras ella se ponía de pie para ir hasta el borde del acantilado protegido por la endeble barandilla de madera. Se inclinó hacia adelante, súbitamente alerta, observando cómo la nube avanzaba hacia donde estaba Catherine. Ya casi la había alcanzado, ya empezaba a envolverla.

—¡Me voy a quedar aquí, dejando que me atraviese! —anunció Catherine.

Un momento después había desaparecido en la movediza niebla gris.

Larry se puso silenciosamente de pie. Durante un momento permaneció absolutamente inmóvil y después empezó a avanzar con lentitud hacia ella, sin hacer ningún ruido. La niebla lo envolvió a él también y se detuvo, sin saber dónde estaba Catherine. Después, hacia adelante, oyó su voz que lo llamaba:

—¡Oh, Larry, qué maravilla! ¡Ven aquí conmigo!

Lentamente, él empezó a moverse hacia el sonido de la voz, amortiguado por la nube.

—Es como una lluvia suave ¿lo sientes? —preguntaba Catherine.

Su voz estaba más cerca ahora, tal vez a poco más de un metro de distancia. Larry dio un paso más, con las manos extendidas, tanteando para encontrarla.

—Larry ¿dónde estás?

Ahora ya alcanzaba a distinguir la silueta, como un fantasma entre la bruma, justamente frente a él, al borde mismo del precipicio. Cuando las manos de Larry se tendían hacia ella, la nube los dejó atrás y Catherine se dio vuelta. Quedaron frente a frente, a menos de un metro de distancia.

Catherine retrocedió un paso, sorprendida; el pie derecho le quedó sobre el borde del acantilado.

—¡Ay, me asustaste! —exclamó.

Larry dio un paso más hacia ella, con una sonrisa tranquilizadora, y estaba a punto de tomarla con ambas manos cuando se oyó una voz, alta y sonora.

—¡Qué diablos, si en Denver tenemos montañas más altas que ésta!

Larry se dio vuelta aturdido, con el rostro pálido. Un grupo de turistas conducidos por un guía griego acababa de aparecer

Por la senda que trepaba por el otro lado de la montaña. El guía se detuvo al verlos.

—Buenos días, —saludó sorprendido—. Ustedes deben de haber subido por la ladera del Este.

—Sí, —respondió secamente Larry. El guía sacudió la cabeza.

—Están locos. Tendrían que haberle dicho que ésa es la senda peligrosa. La otra ladera es mucho más segura.

—Me acordaré para la próxima vez, —dijo Larry, con voz ronca.

Parecía que la excitación que Catherine había advertido en él hubiera desaparecido, como si lo hubieran desconectado.

—Vámonos de una vez de aquí, —dijo bruscamente.

—Pero... si acabamos de llegar. ¿Es que pasa algo?

—No, —respondió Larry, cortante—. Que me enferman las aglomeraciones, nada más.

Volvieron por la senda fácil y mientras bajaban Larry no pronunció palabra. Era como si de él emanara una cólera helada, y Catherine no podía explicarse por qué. Estaba segura de no haber dicho ni hecho nada que le molestara. Había sido en el momento en que apareció el grupo de turistas cuando el ánimo de Larry cambió tan bruscamente, y de pronto Catherine creyó adivinar el motivo y sonrió. ¡Larry había querido hacerle el amor en la nube! Por eso había empezado a avanzar hacia ella con los brazos extendidos ... y los turistas le habían estropeado los planes. Estuvo a punto de reír de alegría. Invadida por una cálida sensación de ternura, miró a Larry que descendía por la senda delante de ella. Cuando volvamos al hotel se lo compensaré, se dijo.

Pero ya de vuelta en el bungalow, cuando Catherine lo abrazó y empezó a besarlo, Larry le dijo que le dolía la cabeza.

A las tres de la mañana Catherine seguía en la cama, despierta, demasiado excitada para dormir. El día había sido largo, 'de emoción y de miedo. Pensó en la senda de la montaña y en el puente tembloroso y en el ascenso de cara a la pared de roca, y finalmente se durmió.

A la mañana siguiente, Larry fue otra vez a hablar con el empleado de la recepción.

—Usted me habló de unas cuevas el otro día, —empezó.

—Ah, sí. Las cuevas de Perama. Muy pintorescas, muy interesantes. Tienen que conocerlas.

—Supongo que sí, —dijo despreocupadamente Larry—. A mí no me interesan mucho, pero mi mujer oyó hablar de ellas y me está pidiendo que la lleve. A ella le encantan esas cosas.

—Estoy seguro de que les van a gustar a los dos, señor Douglas. Pero no dejen de contratar un guía.

—¿Será necesario?

—Es aconsejable, —el hombre se encogió de hombros—. Ha habido varias tragedias... gente que se pierde —bajó la voz—. Hay un joven matrimonio que hasta el día de hoy no fue encontrado.

—Y si es tan peligroso ¿por qué dejan entrar a la gente? —preguntó Larry.

—únicamente el sector nuevo es peligroso, porque todavía no ha sido explorado y no hay luces. Pero con un guía no tendrán que preocuparse.

—¿A qué hora se cierran las cuevas?

—A las seis.

Larry encontró a Catherine afuera, leyendo a la sombra de un gigantesco roble.

—¿Qué tal el libro?

—Interesante.

Larry se puso en cuclillas junto a ella.

—El empleado me habló de unas cuevas que hay cerca de aquí.

—¿Cuevas? —Catherine levantó los ojos con cierta aprensión.

—Me dijo que hay que verlas. Todos van. Hay que formular un deseo mientras se está adentro, y se cumple —Larry hablaba con voz juvenil y ansiosa—. ¿Qué te parece?

Catherine vaciló un momento, pensando qué infantil era realmente Larry.

—Está bien, si quieres...

Él sonrió aliviado.

—Espléndido. Iremos después de almorzar. Tú sigue leyendo, que yo iré al pueblo a buscar algunas cosas.

—¿No quieres que vaya contigo?

—No vale la pena; vuelvo en seguida. Quiero verte linda y descansada.

—De acuerdo, —asintió Catherine.

Larry se dio vuelta y se fue.

En el pueblo, Larry encontró una pequeña tienda de ramos generales donde compró una linterna de bolsillo, pilas y un ovillo de piolín.

—¿Usted para en el hotel? —le preguntó el empleado mientras le daba el vuelto.

—No, —contestó Larry—. Estoy de paso para Atenas, nada más.

A las tres Larry volvió al hotel. A las cuatro, él y Catherine salían rumbo a las cuevas, Se había levantado un viento molesto y hacia el Norte se estaban formando grandes cúmulos que empezaban a ocultar el sol.

Las cuevas de Perama están a treinta kilómetros al Este de Loannina. Desde hace siglos, las estalactitas y estalagmitas han ido tomando formas de animales y palacios y joyas, y las cuevas se han convertido en una importante atracción turística.

Cuando Catherine y Larry llegaron eran las cinco, una hora antes del cierre. Larry sacó en la boletería dos entradas, y compró un folleto explicativo. Un guía desarrapado se les acercó a ofrecer sus servicios.

—Por sólo cincuenta dracmas, —anunció—, tendrán la mejor de las visitas guiadas.

—No necesitamos guía, —dijo secamente Larry.

Catherine lo miró, intrigada por su tono.

—¿Estás seguro de que no sería mejor llevar guía?

—¿Para qué? Si es una estafa. Lo único que vamos a hacer es entrar a mirar las cuevas. La información que necesitamos está en el folleto.

—De acuerdo, —asintió Catherine.

La entrada de la cueva era más amplia de lo que ella se había imaginado y estaba brillantemente iluminada con reflectores y llena de bulliciosos turistas. Sobre sus cabezas pendían las estalactitas. Un túnel abierto en la roca conducía a un segundo recinto, más pequeño, iluminado por bombitas muy próximas a la bóveda de la cueva. Allí eran más numerosas las formas fantásticas, que se convertían en un despliegue, pródigo y salvaje, de arte natural. Al otro extremo de la cueva se veía un cartel impreso que anunciaba: Peligro. No acercarse.

Bajo el letrero bostezaba la entrada a una caverna totalmente negra, sin iluminación alguna. Con aire distraído, Larry se acercó a echar un vistazo, mientras Catherine observaba una talla que había cerca de la entrada. Después de sacar el letrero y dejarlo a un lado, Larry volvió hacia donde estaba Catherine.

—Qué humedad hay aquí, —comentó ella—. ¿Nos vamos?

—No, —Larry habló con tono firme y Catherine lo miró, sorprendida. Él se obligó a sonreír—. Hay más para ver. El empleado del hotel me dijo que la parte nueva es la más interesante —explicó—, y que no dejáramos de verla.

—¿Dónde está? —preguntó Catherine.

—Por aquí —Larry la tomó del brazo para llevarla hacia el fondo de la cueva y se detuvieron ante el boquiabierto abismo negro.

—Pero ahí no podemos entrar; está oscuro.

—No te preocupes, —Larry le palmeó el brazo—. Él me dijo que trajera una linterna, y... voilá, —la sacó del bolsillo y la encendió.

El estrecho haz de luz reveló un corredor de vieja piedra, largo y oscuro. Catherine permaneció inmóvil, mirando el túnel.

—Parece tan grande, —murmuró, insegura—. ¿Te parece que no habrá peligro?

—Claro que no. Si traen escolares a visitarla.

Catherine seguía dudando; habría preferido quedarse con los demás turistas. De alguna manera, eso le— parecía peligroso.

—Está bien, —concedió.

Echaron a andar por el pasadizo y no habían caminado mucho cuando el círculo de luz proveniente de la cueva principal que dejaban a sus espaldas desapareció, devorado por la oscuridad. El túnel doblaba bruscamente a la izquierda y después se curvaba hacia la derecha. Estaban solos en un mundo primitivo, intemporal y frío. El reflejo del rayo de luz de la linterna permitió que Catherine llegara a tener un atisbo del rostro de Larry que mostraba otra vez el mismo aspecto de animación que había tenido en la montaña. Catherine se aferró con más fuerza al brazo de él.

Frente a ellos el túnel se bifurcaba. Catherine veía cómo la áspera piedra de la bóveda se separaba en diferentes direcciones. Pensó en Teseo y en el Minotauro, preguntándose si no irían a encontrarse con ellos. Abrió la boca para sugerir que regresaran, pero antes de que pudiera decir nada se oyó la voz de Larry:

—Vamos para la izquierda.

Catherine lo miró y habló con tono que quería ser despreocupado.

—¿Querido, no te parece que tendríamos que ir volviendo? Se está haciendo tarde y van a cerrar las cuevas.

—Están abiertas hasta las nueve, —respondió Larry—, y hay una cueva en especial que quiero encontrar. Acaban de descubrirla, y dicen que es realmente fantástica, —y volvió a avanzar.

Catherine titubeó, buscando una excusa para no seguir. Pero al fin y al cabo ¿por qué no iban a seguir explorando? Si a Larry le gustaba. Y si eso era lo que él necesitaba para ser feliz, pues Catherine se convertiría en la... ¿cómo era la palabra? espeleóloga más grande del mundo.

Larry se había detenido a esperarla.

—¿Vienes? —le preguntó con impaciencia.

—Sí, pero no me pierdas, —Catherine trató de fingir entusiasmo.

Él no contestó y tomaron por el pasillo que se abría a la izquierda. Empezaron a andar cuidadosamente; las piedras se les resbalaban bajo los

pies. Larry se metió una mano en el bolsillo y un momento después Catherine sintió que algo caía al suelo. Larry siguió caminando.

—¿Se te cayó algo? —preguntó Catherine—. Me pareció oír…

—Rodó una piedra, —contestó Larry—. Vamos más rápido, —y siguieron andando, sin que Catherine advirtiera que a sus espaldas se desenrollaba un ovillo de piolín.

El techo de la caverna parecía más bajo y las paredes más húmedas y, —Catherine se rió de sí misma por pensar eso—, en el aire había algo ominoso. Era como si el túnel empezara a cerrarse sobre ellos, amenazante y maléfico.

—Me parece que a este lugar no le gustamos, —comentó.

—No seas ridícula, Cathy; si no es más que una cueva. —¿Por qué crees que somos los únicos que hay por aquí?

Larry vaciló.

—No es mucha la gente que sabe que existe este sector.

Siguieron andando y andando hasta que Catherine perdió totalmente el sentido de la orientación y del tiempo.

El pasaje volvía a estrecharse y las rocas de los costados tenían inesperadas salientes, que los lastimaban.

—¿Cuánto te parece que falta? —preguntó Catherine—. Debemos estar llegando a China.

—Ya estamos cerca.

Cuando hablaban, sus voces sonaban amortiguadas y huecas, como una serie de ecos que fueran extinguiéndose.

También hacía más frío, un frío húmedo y pegajoso. Catherine se estremeció. Delante de ellos, la luz de la linterna señaló una nueva bifurcación del túnel. Al llegar allí se detuvieron. El túnel que iba hacia la derecha parecía más pequeño que el otro.

—Tendrían que poner señales, como en los caminos, —opinó Catherine—. Tal vez nos hayamos alejado demasiado.

—No. Estoy seguro de que es el de la derecha, —afirmó Larry.

—Estoy empezando a helarme, querido, —se quejó Catherine—. Volvamos ya.

Larry se dio vuelta a mirarla.

—Ya casi hemos llegado, Cathy, —le oprimió el brazo—. Cuando volvamos al bungalow te voy a hacer entrar en calor. —advirtió la renuencia de la expresión de ella e insistió—. Mira, si en dos minutos más no encontramos el lugar, nos volvemos ¿de acuerdo? —sugirió.

Catherine sintió que se le alegraba el corazón.

—De acuerdo, —asintió agradecida.

—Pues vamos.

Tomaron por el túnel de la derecha; la luz de la linterna trazaba dibujos extraños, inciertos, oscilantes sobre la roca gris. Catherine echó un vistazo por encima del hombro y sólo vio a sus espaldas la oscuridad más absoluta. Era como si la diminuta linterna fuera arrancando un poco de luz a las sombras de la Estigia, empujando cada vez las tinieblas hacia adelante, envolviéndolos a ellos en un minúsculo útero de luz. De pronto, Larry se detuvo.

—¡Demonios! —exclamó.

—¿Qué pasa?

—Me parece que allí atrás nos equivocamos de camino.

—Está bien, volvamos, —asintió Catherine.

—Deja, que yo iré a ver. Tú quédate aquí.

—¿Dónde vas? —Catherine lo miró, sorprendida.

—voy a retroceder unos metros, hasta esa entrada, —la voz de Larry sonaba tensa y forzada.

—Voy contigo.

—Iré más rápido solo, Catherine. Lo único que quiero es asegurarme en la última bifurcación que encontramos, —la voz era impaciente—. En diez segundos estoy de vuelta.

—Está bien, —aceptó ella, intranquila.

Se quedó allí mirando cómo Larry se alejaba de ella y volvía a perderse en la oscuridad de donde habían venido, envuelto en su halo de luz como un ángel que se moviera en las entrañas de la tierra. Un momento más tarde la luz desaparecía y Catherine se encontraba sumida en la más intensa negrura que hubiera visto jamás. Se quedó quieta, temblando, contando mentalmente los segundos. Y después los minutos.

Larry no volvía.

Catherine esperó, sintiendo que la oscuridad se movía en torno de ella como un maligno oleaje invisible.

—¿Larry? —llamó y sintió su voz áspera e insegura y se aclaró la garganta para llamar más fuerte.

—¿Larry? Oyó cómo el sonido se extinguía a pocos metros de distancia, asesinado por la oscuridad. Era como si nada pudiera vivir en ese lugar y Catherine empezó a sentir los primeros tentáculos del terror. Claro que Larry va a volver en seguida, se dijo. Lo único que tengo que hacer es quedarme donde estoy y mantener la calma.

Los minutos se arrastraban, tenebrosos, y Catherine empezó a enfrentar el hecho de que debía de haber pasado algo terrible. Larry podía haber tenido un accidente … podía haberse resbalado en las piedras sueltas y haberse golpeado la cabeza contra las filosas paredes de la caverna. Tal vez en ese momento estuviera tendido muy cerca de ella, desangrándose. O quizás se hubiera perdido. También se le podía haber apagado la linterna;

entonces estaría, como ella, atrapado en alguna parte, en las entrañas de esa cueva.

Empezó a sentirse oprimida por una sensación de sofocación, que la ahogaba y la llenaba de un pánico desatinado. Se dio vuelta y empezó a caminar lentamente en la dirección por donde había venido. El túnel era angosto y si Larry estuviera tendido en el suelo, herido e indefenso, era muy posible que lo encontrara. Pronto llegaría al lugar donde el pasadizo se había bifurcado. Se movía con cautela, porque las piedras sueltas rodaban bajo sus pies. Le pareció oír un ruido a la distancia y se detuvo a escuchar. ¿Larry? El ruido se apagó y Catherine volvió a moverse y después volvió a oírlo. Era una especie de chirrido, como si alguien estuviera haciendo funcionar un grabador de cinta. ¡Entonces había alguien allí!

Catherine gritó con todas sus fuerzas y escuchó cómo el sonido de su voz se ahogaba en el silencio. ¡Ahí estaba, otra vez! El chirrido. Venía de ese lado y se hacía más fuerte, acercándose a ella en una gran ráfaga de viento vociferante. Cada vez más, más cerca. Se precipitaba sobre ella en la oscuridad; una piel fría y pegajosa le frotó las mejillas y le acarició los labios y ella sintió algo que se le arrastraba sobre la cabeza y unas garras que se le enredaban en el pelo y percibió en la cara el asfixiante contacto de un aleteo desesperado, de las alas de algún horror desconocido que la atacaba en la oscuridad.

Catherine se desmayó.

Estaba tendida sobre una aguda saliente de piedra y la incomodidad que sentía en la espalda le hizo recuperar el conocimiento. En la mejilla tenía algo cálido y pegajoso y Catherine tardó un momento en darse cuenta de que era sangre. Recordó las alas y las garras que la habían atacado en la oscuridad y se puso a temblar.

En la cueva había murciélagos. Procuró recordar lo que sabía sobre los murciélagos. En alguna parte había leído que eran ratas voladoras y que se reunían por millares, y rápidamente apartó la idea. La única otra información que podía recordar era que había murciélagos vampiros. De mala gana, Catherine se sentó. Las palmas de las manos le ardían; se las había raspado contra las piedras.

No puedes quedarte aquí sentada, se dijo. Tienes que levantarte e intentar algo. Trabajosamente se puso de pie. En alguna parte había perdido un zapato y tenía el vestido roto, pero mañana Larry le iba a comprar otro. Se imaginó cómo los dos entrarían riendo en alguna pequeña tienda de la aldea, para comprarle a ella un vestido blanco de verano, pero de algún modo el vestido se convertía en una mortaja y Catherine sintió que volvía a invadirla el pánico. Tenía que seguir pensando en mañana, no en la pesadilla que estaba viviendo ahora. Tenía que seguir caminando, pero ¿hacia dónde? Se había dado vuelta. Si se equivocaba de dirección se adentraría cada vez más en la caverna, y sin embargo, sabía que no podía quedarse inmóvil allí. Catherine trató de calcular cuánto tiempo había pasado desde que entraron en la cueva. Debía haber sido una hora, dos tal vez. Imposible saber cuánto tiempo había estado inconsciente. Seguramente debían estar buscándolos, a Larry y a ella. Pero ¿y si nadie los echaba de menos? No había ningún control de los que entraban a las cuevas o salían de ellas. Podía quedarse allí para siempre.

Catherine se quitó el otro zapato y empezó a caminar, con pasos lentos y cuidadosos, extendiendo las manos doloridas para no golpearse contra los ásperos costados del túnel. El más largo de los viajes empieza con un paso, se dijo Catherine. Así dicen los chinos, y ellos sí que son despiertos. Inventaron los fuegos artificiales y el chop suey, y fueron lo bastante vivos para no dejarse atrapar en ninguna cueva oscura donde nadie pudiera encontrarlos. Si sigo andando, me voy a encontrar con Larry o con algún turista y entonces volveremos al hotel a tomar algo y nos reiremos de todo esto. Lo único que tengo que hacer es seguir andando.

De pronto se detuvo. A la distancia volvía a oírse el chirrido, que se le iba acercando como un espeluznante y fantasmal tren expreso, y su cuerpo empezó a temblar de manera incontrolable y Catherine comenzó a chillar. Un instante después se abatían sobre ella, por centenares, describiendo círculos a su alrededor, golpeándola con sus alas viscosas y frías, asfixiándola con sus velludos cuerpos de roedores, en una pesadilla de inexpresable horror.

Lo último que Catherine recordaba antes de perder el conocimiento era haber gritado el nombre de Larry.

Yacía sobre el piso húmedo y frío de la cueva, con los ojos cerrados, pero su mente se había despertado súbitamente, y Catherine pensó: Larry quiere matarme. Era como si su subconsciente le hubiera entregado la idea, intacta. En una serie de pantallazos caleidoscópicos volvió a oír a Larry, que decía: Estoy enamorado de otra mujer... Lo que quiero es el divorcio ... y vio a Larry que avanzaba hacia ella a través de la nube, en la cumbre de la

montaña, extendiendo las manos ... Recordó que ella había mirado hacia abajo mientras trepaban, diciendo que iban a necesitar mucho tiempo para bajar, y que Larry había dicho: No, eso no ... y que Larry había dicho: No necesitamos guía... Me parece que allí atrás nos equivocamos de camino. Quédate aquí... En diez segundos estoy, de vuelta... Y después la negrura aterradora.

Larry jamás había tenido intención de volver a ella. La reconciliación, la luna de miel... todo eso era ficción, parte de un plan para asesinarla. Durante todo el tiempo que Catherine había tenido la presunción de agradecerle a Dios que le hubiera dado una nueva oportunidad, Larry estaba planeando su muerte. Y había tenido éxito, pues Catherine sabía que jamás podría salir de allí. Estaba enterrada viva en "una negra tumba de horror. Los murciélagos se habían ido, dejándola impregnada de una pegajosidad hedionda,' y Catherine sabía que volverían. Y. No estaba segura de poder mantener la cordura cuando volvieran a atacarla. Al pensar en ellos empezó otra vez a temblar, pero se obligó a respirar lenta y profundamente.

Después volvió a oírlo y se dio cuenta de que no podía soportarlo una vez más. Empezó como un zumbido sordo que se convirtió en un sonido más alto y que avanzaba hacia ella. Hubo un súbito grito de angustia que resonó repetidas veces en la oscuridad, y el otro ruido siguió haciéndose más y más alto, y en la negrura del túnel apareció una luz y Catherine oyó voces que llamaban y vio manos que se tendían hacia ella y la levantaban, y procuró advertirles que había murciélagos, pero no pudo parar de chillar.

NOELLE Y CATHERINE
Atenas: 1946

22

Catherine seguía tendida, rígida e inmóvil para que los murciélagos no la encontraran, y volvió a escuchar el chirrido de las alas, manteniendo los ojos firmemente cerrados.

—Es un milagro que la hayamos encontrado, —dijo una voz de hombre.

—¿Va a quedar bien? —preguntó la voz de Larry.

Súbitamente, el terror volvió a inundar a Catherine. Era como si los nervios de todo su cuerpo le gritaran que huyera. Su asesino había venido a buscarla.

—No. —gimió, y abrió los ojos.

Estaba en su cama, en el bungalow. Larry estaba a los pies de la cama y junto a él había un hombre, un extraño. Larry se acercó hacia ella.

—Catherine...

Catherine se encogió entera.

—¡No me toques! —articuló con voz débil y ronca.

El rostro de Larry se llenó de preocupación.

—¡Catherine!

—No dejen que se me acerque, —rogó Catherine.

—No ha salido del shock, —declaró el extraño—. Tal vez sea mejor que usted espere en la otra habitación.

Larry la observó un momento, con rostro inexpresivo.

—Pero claro. Como sea mejor para ella. —dándose vuelta, salió de la habitación.

El extraño se le acercó; era un hombre bajo y gordo, de rostro agradable y sonrisa simpática. Hablaba inglés con mucho acento griego.

—Soy el doctor Kazomides, —se presentó—. Lo ha pasado usted muy mal, señora Douglas, pero le aseguro que va a estar perfectamente. Tiene un buen shock y unos cuantos raspones feos, pero en unos días va a estar como nueva, —suspiró—. Tendrían que cerrar esas malditas cuevas. Es el tercer accidente en lo que va del año.

Catherine empezó a sacudir la cabeza y después se detuvo, porque empezó a latirle violentamente.

—No fue un accidente, —dijo con dificultad—. Él trató de matarme.

—¿Quién trató de matarla? —el médico la miró extrañado.

Catherine sentía la boca seca y la lengua rígida. Le costaba pronunciar las palabras.

—Mm… mi marido.

—No, —negó el médico. No le creía. Catherine tragó y volvió a hablar.

—Me… me dejó en la Cueva para que me muriera.

El médico sacudió la cabeza.

—Fue un accidente. Le voy a dar un sedante y cuando se despierte se sentirá mucho mejor.

Una oleada de miedo volvió a invadir a Catherine.

—¡No! —rogó—. ¿Es que no entiende? No me despertaré jamás. Sáqueme de aquí, por favor.

El doctor le sonreía, tranquilizador.

Lo único que necesita es dormir. Un sueño largo y profundo.

Tanteó en su valijín médico, buscando una jeringa de inyecciones. Catherine quiso sentarse, pero un dolor atroz le atravesó la cabeza e instantáneamente quedó bañada en traspiración. Volvió a dejarse caer; la. cabeza le latía de una manera insoportable.

—Todavía no tiene que tratar de moverse, —le advirtió el médico—. Ha pasado por una experiencia terrible.

Sacó la jeringa, la llenó con un líquido ambarino que sacó de un frasquito y se volvió a Catherine.

—Dése vuelta, por favor. Cuando se despierte, se va a sentir otra.

—Es que no voy a despertar, —susurró Catherine—. El me va a asesinar mientras duermo.

El médico la observó con expresión preocupada y se acercó a ella.

—Por favor, dése vuelta, señora Douglas.

Ella siguió mirándolo con ojos obstinados, pero él la puso de costado, le levantó el camisón y Catherine sintió el pinchazo en la cadera.

—Ya está.

—Acaba usted de matarme, —Catherine volvió a ponerse de espaldas para hablar, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de desesperación.

—señora Douglas ¿sabe cómo la encontramos? —preguntó el médico en voz baja.

Catherine quiso sacudir la cabeza, pero se acordó del dolor. Él siguió hablando suavemente.

—Su marido nos llevó hasta usted, —Catherine lo miró, sin entender lo que le decían.

—Él se equivocó y se perdió en la cueva, —explicó el médico—, Y al no encontrarla se puso frenético. Llamó a la policía e inmediatamente organizamos la búsqueda.

—¿Larry… pidió socorro? —Catherine seguía sin entender.

—Se encontraba en un estado terrible, echándose la culpa de lo que había pasado.

Catherine trató de asimilar lo que oía, de adaptarse a esa nueva información. Si Larry hubiera tratado de matarla, no habría organizado una búsqueda por ella, no se habría puesto frenético por su muerte. Una tremenda confusión se adueñó de ella. El médico la miraba compasivamente.

—Ahora duérmase, —le dijo—. Mañana volveré a verla.

Catherine había creído que el hombre que amaba era un asesino. Sabía que tenía que confesárselo a Larry y pedirle perdón, pero sentía la cabeza pesada y se le cerraban los ojos. Se lo diré después, pensó, cuando me despierte. Él lo entenderá y me perdonará. Y todo volverá a ser como antes...

Un crujido súbito la despertó y Catherine abrió los ojos. El pulso le latía velozmente. Una lluvia torrencial se precipitaba salvajemente contra la ventana del dormitorio y un relámpago iluminó todo con una pálida luz azul que le daba a la habitación el aspecto de una fotografía sobreexpuesta. El viento se aferraba a la casa, como si quisiera entrar en ella, y la lluvia que azotaba el techo y las ventanas sonaba como el ruido de mil tambores. Cada pocos segundos, a la luz de los relámpagos seguía el ominoso rugir del trueno.

Era el ruido del trueno lo que había despertado a Catherine. Se enderezó hasta sentarse y miró el pequeño reloj que había a la cabecera de la cama. Aturdida por el sedante que le había dado el médico, tuvo que entrecerrar los ojos para distinguir las cifras de la esfera. Eran las tres de la mañana. Catherine estaba sola. Larry debía de estar en la habitación de al lado, preocupado por ella. Tenía que verlo y pedirle perdón. Cuidadosamente, Catherine bajó los pies de la cama y trató de levantarse. En seguida se sintió mareada y empezó a caerse, pero se aferró a la cama hasta que se le pasó. Caminó con inseguridad hasta la puerta, sintiendo los músculos rígidos o inútiles; la cabeza seguía latiéndole dolorosamente. Durante un momento permaneció apoyada en el picaporte y después abrió la puerta y entró en el living room.

Larry tampoco estaba allí, pero había luz en la cocina y Catherine se dirigió, vacilante, hacia allí. Larry estaba parado en la cocina, dándole la espalda.

— ¡Larry! —llamó Catherine, pero el estallido de un trueno cubrió su voz.

Antes de que pudiera volver a llamarlo, divisó una silueta de mujer.

—Es peligroso que tú... —decía Larry, y el aullido del viento cubrió el resto de sus palabras.

tenía que venir, para asegurarme de que tú... vernos juntos. Nadie se va a... te dije que me iba a ocupar de... salió mal. No hay nada que puedas... ahora, mientras está dormida.

Catherine se quedó paralizada, incapaz de moverse. Era como escuchar sonidos mutilados, rápidas frases pulsátiles. El resto de las oraciones se perdía en el clamor del viento y el retumbar de los truenos.

—tenemos que hacerlo rápido antes de que se...

Todos los viejos terrores volvieron a estremecer su cuerpo, a devorarla sumiéndola en un pánico sin nombre. La pesadilla había sido real, Larry quería matarla. Tenía que irse de allí antes de que él la encontrara, antes de que la asesinara. Lentamente, temblando toda entera, Catherine empezó a retroceder. sin querer golpeó una lámpara, pero la atrapó antes de que se estrellara contra el piso. Los latidos de su corazón eran tales que temió que

ellos los oyeran, por encima del ruido del trueno y de la lluvia. Llegó a la puerta de entrada y la abrió; el viento casi se la arrancó de las manos.

Catherine salió afuera, a la noche, y cerró rápidamente la puerta tras ella. La lluvia helada e incesante la empapó instantáneamente y por primera vez se dio cuenta de que no tenía puesto nada más que el camisón. No importaba; lo único que importaba era que pudiera escapar. Por entre el torrente de lluvia alcanzó a ver a la distancia las luces de la recepción del hotel. Podía ir allí a pedir socorro, pero ¿la creerían? Recordó el rostro del médico cuando ella le dijo que Larry quería matarla. NO, iban a pensar que se había puesto histérica y se la iban a volver a entregar a Larry. Tenía que irse de ese lugar. Catherine se dirigió a la escarpada senda rocosa que bajaba hacia la aldea.

El temporal había convertido la senda en un pantano resbaladizo donde sus pies desnudos se hundían, y la obligaban a andar con tanta lentitud que Catherine tenía la sensación de estar corriendo en una pesadilla, tratando inútilmente de escapar en cámara lenta mientras sus perseguidores se precipitaban tras ella. Continuamente resbalaba y se caía; las piedras del camino le lastimaban los pies hasta hacérselos sangrar, pero ella no se daba cuenta. Totalmente aturdida, se movía como un autómata, dejándose derribar por las rachas de viento y volviendo a levantarse para seguir descendiendo por la senda hacia el pueblo, sin tener conciencia de lo que hacía ni de por qué corría. También había dejado de sentir la lluvia.

De pronto la senda se convirtió en una calle oscura y desierta de las afueras del pueblo. Catherine siguió avanzando a tropezones como un animal acosado, poniendo automáticamente un pie delante de otro, aterrorizada por los ruidos que poblaban la noche y por los relámpagos que convertían el cielo en un infierno.

Cuando llegó al lago se quedó parada mirándolo, mientras el viento sacudía en torno de ella el camisón empapado, Las aguas tranquilas se habían convertido en un océano inquieto y bullicioso, azotado por vientos demoníacos que formaban olas enormes, en continua y brutal lucha unas contra otras.

Catherine siguió mirando al lago mientras trataba de recordar qué era lo que hacía ahí. De pronto se acordó. Iba e busca de Bill Fraser. A través del agua Catherine alcanzó a distinguir una luz amarilla perdida entre la lluvia incesante. Ahí estaba Bill, esperándola. Pero ¿cómo iba a hacer para llegar a él? Miró hacia abajo y a sus pies vio los botes de remos

atados a los amarraderos, sacudiéndose en las aguas turbulentas, como si quisieran liberarse.

Entonces se dio cuenta de que todo iba a tener arreglo. Bajó hasta uno de los botes y se metió en él. Luchando para mantener el equilibrio, desató la cuerda que lo aseguraba al muelle. De un salto, el bote aceptó su inesperada libertad y se alejó súbitamente del muelle. Catherine perdió el equilibrio y se arrastró hasta uno de los bancos. Tomó los remos, procurando recordar cómo era que los había usado Larry. Pero no, no era Larry. Debía de haber sido Bill. Sí, ahora se acordaba de que Bill había remado con ella. Iban a visitar al padre y a la madre de él. Catherine trató de manejar los remos, pero las olas gigantescas no dejaban de sacudir el bote y de hacerlo girar, y terminaron por arrancarle los remos de las manos. El agua se los llevó mientras ella los miraba desaparecer. El bote se precipitaba hacia el centro del lago. El frío empezó a hacerle castañetear los dientes y Catherine comenzó a temblar en un espasmo incontrolable. Sintió que algo

le lamía los pies y al bajar los ojos advirtió que el bote estaba llenándose de agua. Entonces empezó a llorar, porque iba a mojársele el vestido de novia. Bill Fraser se lo había comprado y ahora se iba a enojar con ella.

Catherine estaba vestida de novia porque ella y Bill se encontraban en una iglesia y el sacerdote que se parecía al padre de Bill decía si alguien tiene que formular alguna objeción a este matrimonio que hable ahora o... y entonces se oyó una voz de mujer, ahora mientras está dormida, y las luces se extinguieron y Catherine estaba otra vez en la cueva y Larry la sujetaba y la mujer le echaba agua encima para ahogarla. Miró a su alrededor buscando la luz amarilla de la casa de Bill pero había desaparecido. Bill ya no quería casarse con ella y Catherine estaba sola.

La costa estaba muy lejos, oculta en alguna parte más allá de la lluvia continua y torturante y Catherine estaba sola en la noche y en la tormenta mientras en sus oídos aullaba augurios de muerte el viento del meltemi. El bote empezó a mecerse traicioneramente azotado por las olas inmensas pero Catherine ya no tenía miedo. Su cuerpo iba llenándose lentamente de una tibieza deliciosa y sobre su piel la lluvia tenía suavidad de terciopelo. Trabó ambas manos frente a sí como una niña pequeña y comenzó a recitar la plegaria que había aprendido en su infancia.

—Ahora me voy a acostar... Quiera el Señor mi alma guardar... Y si muero antes de despertar... Quiera el Señor mi alma aceptar." Y sintió que la llenaba, una felicidad maravillosa porque supo que por fin todo iba a tener solución. Catherine había encontrado su camino.

En ese momento una ola enorme golpeó la popa del bote, que empezó a darse vuelta lentamente en el lago negro e insondable.

EL PROCESO
Atenas. 1947

23

Tres horas antes de la fijada para el comienzo del proceso por asesinato a Noelle Page y Larry Douglas, la sala 33 del Tribunal Arsakión de Atenas rebosaba de espectadores. El edificio de Tribunales es una enorme mole gris que ocupa toda una manzana en la calle de la Universidad y Stada. De las treinta salas de juicio que allí se albergan, sólo tres están reservadas a los procesos criminales: las salas 21, 30 Y 33. La elegida para este proceso había sido la 33, porque era la más amplia. Los corredores que conducían a ella estaban atestados y para controlar a la muchedumbre había agentes de policía uniformados de gris apostados en las dos entradas. El puesto de venta de sandwiches ubicado en el corredor agotó las provisiones en los primeros quince minutos y la cola ante el teléfono público era impresionante.

Georgios Skouri, el oficial de policía, supervisó personalmente los dispositivos de seguridad. Por todas partes había reporteros gráficos y Skouri se las arregló para que lo fotografiaran con agradable frecuencia. Los pases para entrar a la sala estaban solicitadísimos. Hacía semanas que los miembros de la administración judicial griega se veían acosados por los pedidos de amigos y parientes. Los que tenían influencia para conseguir pases lo traficaban a cambio de otros favores o los vendían a precios que llegaban a quinientos dracmas.

El marco del proceso era el habitual. La sala 33, ubicada en el segundo piso de Tribunales, era un recinto vacío y triste, teatro de miles de batallas legales libradas a lo largo de muchos años.

Al frente de la sala separado por un tabique de madera lustrada de la altura de un hombre, había un estrado con sillas de respaldo de cuero destinadas a los tres jueces. La silla del centro era para el Presidente del tribunal y por encima de ella pendía un espejo empañado que reflejaba parte de la sala.

Frente al estrado estaba la tarima de los testigos, una pequeña plataforma que tenía un atril fijo provisto de una bandeja de madera para papeles. Sobre el atril un crucifijo dorado a la hoja, con Cristo en la cruz y dos discípulos a los costados. Contra una de las paredes se apoyaba la tribuna del jurado, en ese momento ocupada por los diez jurados, y frente a ella, hacia la izquierda, el banquillo de los acusados. Inmediata al mismo tenían su mesa los abogados.

Las paredes del salón eran de estuco y, a diferencia de los carcomidos pisos de madera del primer piso, en la sala 33 se había colocado un linóleo. Una docena de lamparillas eléctricas pendían del cielo raso, resguardadas en globos de vidrio. En uno de los rincones de la habitación se elevaba hasta el cielo raso el tubo de ventilación de un anticuado calefactor. En el sector reservado a la gente de prensa se veía, entre otros, a los representantes de Reuter, United Press, International News Service, Slisin Han Agency, French Press Agency y Agencia Tass.

Ya las circunstancias del proceso eran bastante sensacionales, pero había allí personajes tan famosos que los excitados espectadores no sabían para dónde mirar primero. Era como un circo de tres pistas. En la primera hilera de asientos estaba Philippe Sorel, el astro de quien se rumoreaba que había sido uno de los primeros amantes de NOELLE Page. De camino a la sala, Sorel había hecho pedazos una cámara, fotográfica y se había negado a hablar con los periodistas. Ahora, retraído y silencioso, permanecía en su asiento, aislado por una muralla invisible. Una hilera más atrás estaba Armand Gautier. Alto y de aspecto sombrío, el director escudriñaba constantemente la sala como si mentalmente estuviera tomando notas para su próxima película. No lejos de él estaba sentado Israel Katz, el famoso cirujano francés y héroe de la resistencia.

Dos asientos más lejos se podía ver a William Fraser, adjunto especial del Presidente de los Estados Unidos y junto a él quedaba, vacío, un asiento reservado. Como un reguero de pólvora, se difundió por la sala el rumor de que Constantin Demiris iba a aparecer.

Donde miraran, los espectadores encontraban un rostro familiar: un político, una cantante, un escultor famoso, algún compositor de fama mundial.

Pero por más que el anfiteatro del tribunal estuviera lleno de celebridades, el foco principal de la atención se centraba en otra parte.

En un extremo de la tarima donde estaba el banquillo de los acusados se veía a Noelle Page, exquisitamente hermosa, con un cutis color miel un poco más pálido que de costumbre, y vestida como si acabara de salir de Madame Chanel. Había en ella un áurea majestuosa, una nobleza de porte que daban más relieve al drama que protagonizaba, enardeciendo más a los espectadores y avivando su sed de sangre.

Como lo expresó un reportero de una revista norteamericana: La emoción que desde la multitud que había acudido a presenciar el proceso

fluía hacia NOELLE Page era tan intensa que se convirtió casi en una presencia física en la sala. No era un sentimiento de simpatía ni de enemistad, sino simplemente de expectativa. Una mujer a quien el Estado procesaba por asesinato era una supermujer, una diosa sobre un pedestal de oro, muy superior a ellos, que estaban allí para ver cómo su ídolo iba a ser derribado, reducido a su nivel y destruido. El sentimiento que llenaba la sala debe de haber sido el mismo con que los campesinos vieron pasar a María Antonieta rumbo a su fatal destino.

Noelle Page no era el único número del circo legal. En el otro extremo del banquillo estaba sentado Larry Douglas, ardiendo de furia. Su hermoso rostro estaba pálido, y Larry había perdido peso, pero eso no hacía más que acentuar lo estatuario de sus rasgos, y en la sala eran muchas las mujeres que sentían un irreprimible impulso a tomarlo en brazos y consolarlo de una u otra manera.

La tercera estrella del espectáculo era Napoleón Chotas, un hombre que en Grecia era tan conocido como NOELLE Page y a quien se consideraba como uno de los abogados criminalistas más importantes del mundo. Había defendido clientes que iban desde jefes de gobierno descubiertos en el momento mismo de echar mano de los tesoros públicos hasta asesinos atrapados por la policía con las manos aún tintas en sangre, sin haber perdido jamás un caso importante. Más delgado, consumido, Chotas observaba a los espectadores con sus grandes ojos de sabueso triste. Cuando se dirigía a un jurado, hablaba de manera lenta y vacilante, con evidente dificultad para expresarse. A veces su confusión llegaba a tal punto que algún miembro del jurado le ofrecía espontáneamente la palabra que Napoleón Chotas procuraba encontrar en medio de sus tartamudeos, y cuando eso sucedía, el rostro del abogado expresaba un alivio Y una gratitud tales que todo el cuerpo de jurados sentía un afectuoso impulso hacia él. Cuando no estaba en la sala, el discurso de Chotas era terso e incisivo y demostraba un consumado dominio de la lengua y la sintaxis. — Hablaba perfectamente— siete idiomas y cuando su ocupado horario se lo permitía, daba conferencias para juristas del mundo entero

También en el banco de los abogados, a escasa distancia de Chotas, se sentaba Frederick Stavros, el defensor de Larry Douglas. Los expertos sostenían que, por más competente que fuera Stavros para manejar casos de rutina, éste decididamente le quedaba grande.

Procesados ya en los periódicos y en la mente del populacho, NOELLE Page y Larry Douglas habían resultado culpables. Nadie, ni por un momento, dudaban de que lo fueran. Los apostadores profesionales aceptaban treinta contra uno, en la seguridad de que los acusados serían condenados. Al proceso se agregaba, pues, la emoción adicional de ver cómo el mayor abogado criminalista de Europa imponía su magia contra una apuesta enormemente desigual.

Cuando se anunció que Chotas iba a defender a Noelle Page, la mujer que había traicionado a Constantin Demiris y lo había puesto públicamente en ridículo, la noticia había hecho furor. Por más poderoso que fuera Chotas, Constantin Demiris lo era cien veces más y nadie podía imaginarse qué le había dado a Chotas para ponerse en contra de Demiris. La verdad era aun más interesante que los extravagantes rumores que circulaban.

El abogado había asumido la defensa de NOELLE Page a pedido personal de Demiris.

Tres meses antes de la fecha fijada para el comienzo del proceso, el guardián había ido a la celda que ocupaba NOELLE en la prisión de la calle San Nikodemos para decirle que Constantin Demiris había pedido permiso para visitarla. NOELLE se había preguntado cuándo tendría noticias de Demiris. Desde su arresto no le había llegado palabra de él; sólo un silencio profundo y ominoso.

Noelle había vivido con Demiris el tiempo suficiente para saber qué profundo era su amor propio y hasta qué extremo era capaz de llegar para vengar el más leve de los agravios. NOELLE lo había humillado como jamás lo había hecho nadie y Demiris tenía el poder suficiente para que su desquite fuera terrible. La cuestión era cómo se iba a desquitar. NOELLE estaba segura de que Demiris no se iba a rebajar a algo tan simple como sobornar al jurado ni a los jueces. Para su venganza no se iba a conformar con nada menos que una minuciosa trama maquiavélica, y noche tras noche NOELLE, despierta en el estrecho jergón de su celda, había tratado de ponerse en el lugar de Demiris, descartando una estrategia tras otra, como él mismo debía de haberlo hecho, en busca de un plan perfecto. Era como un juego de ajedrez mental con Demiris, salvo que los peones eran ella y Larry y lo que estaba en juego eran la vida y la muerte.

Era probable que Demiris quisiera destruirlos a ella y a Larry, pero NOELLE conocía mejor que nadie la sutileza de la mente del griego, y sabía que también era posible que planeara destruir únicamente a uno de ellos y dejar vivo al otro, para que sufriera. Si Demiris arreglaba las cosas para que ambos fueran ejecutados tendría su venganza, pero terminaría demasiado pronto con ella... no—le quedaría nada para saborear. NOELLE había examinado cuidadosamente todas las posibilidades, cada probable variación del juego y le parecía que tal vez Demiris arreglara las cosas para que muriera Larry, dejándola vivir a ella, ya fuera en prisión o bajo el control de Demiris, porque esa sería la forma más segura de prolongar indefinidamente su venganza. Primero, NOELLE sufriría el dolor de perder al hombre a quien amaba, y después tendría que soportar las torturas más exquisitas que Demiris hubiera planeado para su futuro. Y parte del placer que iba a obtener Demiris de su venganza residiría en decírselo a NOELLE por adelantado, de modo que ella apurara hasta la última gota de desesperación.

Por eso, a NOELLE no le había sorprendido que el guardián apareciera en su celda para decirle que Constantin Demiris deseaba verla.

Ella fue la primera en llegar. La condujeron al despacho privado del director del presidio y allí la dejaron discretamente sola con' un estuche de maquillaje que le había traído su mucama, para que se preparara a recibir a Demiris.

Sin prestar atención a los cosméticos, peines y cepillos colocados sobre el escritorio, NOELLE fue hasta la ventana a mirar hacia afuera. En tres meses, era la primera vez que veía el mundo exterior, a no ser por los rápidos atisbos que le habían llegado cuando la condujeron desde la prisión al tribunal, el día que se formuló la acusación. La habían llevado al tribunal en un camión celular y, desde el sótano, un estrecho ascensor la trasportó, escoltada por sus guardianes, hasta el corredor del segundo piso. Allí se había llevado a cabo la audiencia y, una vez decidido por mandato judicial el proceso, NOELLE había vuelto a prisión.

Ahora, mirando por la ventana, observando el tráfico allá abajo, en la calle de la Universidad, mirando los hombres, las mujeres y los niños que se apresuraban a volver a su hogar y a su familia, por primera vez en su vida

NOELLE se sintió asustada. En cuanto a sus posibilidades de absolución no se hacía ilusiones. Había leído los periódicos y sabía que lo que se aproximaba era algo más que un proceso; iba a ser un baño de sangre en el cual ella y Larry serían ofrecidos como víctimas para satisfacer la conciencia de una sociedad ofendida. Los griegos la odiaban porque NOELLE se había burlado de la santidad del matrimonio, la envidiaban porque era joven, hermosa y rica y la despreciaban porque intuían que todo lo que ellos sentían, a NOELLE le era indiferente.

En el pasado a NOELLE no le importaba la vida y había derrochado temerariamente el tiempo como si su vida fuera eterna, pero ahora algo había cambiado en ella. La perspectiva inminente de la muerte había hecho que, por primera vez, NOELLE tomara conciencia de hasta qué punto quería vivir. El miedo crecía en ella como un cáncer y si podía, estaba dispuesta a pactar por su vida, aunque estuviera segura de que Demiris iba a encontrar mil formas de convertírsela en un infierno. Bueno, pues eso lo enfrentaría y, llegado el momento, ya vería cómo ser más ingeniosa que él.

Entretanto, necesitaba de la ayuda de él para seguir viviendo, pero tenía una ventaja: como siempre se había tomado a la ligera la idea de la muerte, Demiris no podía saber cuánto significaba ahora para NOELLE la vida. Si lo supiera, seguramente la dejaría morir. NOELLE volvió a preguntarse qué redes habría estado tejiendo durante los últimos meses para atraparla, y mientras lo pensaba oyó que se abría la puerta de la oficina y, al darse vuelta vio a Constantin Demiris parado en la puerta. Después de una primera mirada sorprendida, NOELLE supo que ya no tenía nada que temer.

En los pocos meses trascurridos desde la última vez que ella lo había visto, Constantin Demiris había envejecido diez años. Se lo veía enflaquecido y barbudo y la ropa le colgaba flojamente sobre el cuerpo. Pero lo que más le llamó la atención fueron los ojos. Eran los ojos de un alma que ha pasado por el infierno. La esencia de aquel poder interno de Demiris, ese abrumador y dinámico núcleo de vitalidad había desaparecido. Era como si se hubiera apagado un interruptor de luz y lo único que quedara en él fuera el pálido resplandor de una brillantez extinguida, apenas recordada. Se quedó ahí parado, mirándola fijamente, con los ojos llenos de dolor.

Durante una fracción de segundo NOELLE pensó si todo no sería alguna treta, parte de un plan, pero nadie en el mundo podía ser tan buen actor. Fue NOELLE quien rompió el largo silencio.

—Lo siento, Costa, —le dijo.

Demiris hizo un lento gesto de asentimiento, como si moverse le costara un esfuerzo.

—Quise matarte, —le dijo con voz cansada—. Ya lo tenía todo planeado.

—¿Por qué no lo hiciste?

Demiris la miró un momento.

—Porque tú me habías matado antes. Yo jamás había necesitado a nadie. Me imagino que, en realidad, nunca había sufrido.

—Costa.

—No. Déjame acabar. No soy, hombre de perdonar. Si pudiera vivir sin ti, créeme que lo haría, pero no puedo. No puedo seguir más así. Te necesito. Quiero que vuelvas, NOELLE.

Ella procuró no mostrar nada de lo que sentía por dentro.

—En realidad eso ya no depende de mí ¿no es cierto?

—Podría depender, —Demiris habló con tono casual, pero a NOELLE el corazón le dio un vuelco.

—¿Qué quieres decir?

—Si puedo hacer que te pongan en libertad ¿volverías conmigo? ¿Para quedarte?

Para quedarte. Un millar de imágenes relampaguearon en la mente de NOELLE. jamás volvería a ver a Larry—, ni a tocarlo, ni a abrazarlo. No tenía elección posible, pero aunque la tuviera, la vida era más dulce. Y mientras estuviera viva, siempre habría una oportunidad. Levantó los ojos para mirar a Demiris.

—Sí, Costa.

Demiris seguía mirándola, mientras su rostro se llenaba de emoción. Cuando habló, lo hizo con voz ronca.

—Gracias, —dijo—. Vamos a olvidarnos del pasado. Es algo muerto y nada puede cambiarlo. —su voz se animó—. Es el futuro lo que me interesa. Voy a contratar un abogado para ti.

—¿Quién?

—Napoleón Chotas.

Entonces fue cuando NOELLE supo realmente que había ganado la partida, Por jaque. jaque mate.

Y ahora Napoleón Chotas estaba sentado en el largo asiento de madera de los abogados, pensando en la batalla que estaba a punto de librarse. Chotas habría preferido que el proceso se llevara a cabo en loannina y no en Atenas, pero eso era imposible porque por la ley griega, un proceso no puede tener lugar en el distrito donde se ha cometido el crimen. Chotas no abrigaba la más remota duda sobre la culpabilidad de Noelle Page, pero para él eso no tenía importancia porque, como todos los abogados criminalistas, para él la culpabilidad o la inocencia de un cliente no venía al caso. Todo el mundo tenía derecho a un juicio.

Sin embargo, el proceso que estaba a punto de comenzar era algo diferente. Por primera vez en su vida profesional, Napoleón Chotas se había dejado envolver emocionalmente por su cliente: estaba enamorado de NOELLE Page. Había ido a hablar con ella a pedido de Demiris pero, aunque estuviera familiarizado con la imagen pública de NOELLE Page, Chotas no estaba de ninguna manera preparado para la realidad. Ella lo había recibido como si se tratara de un invitado que cumplía con una visita social, sin demostrar nerviosidad ni miedo, y al principio Chotas lo había atribuido a que NOELLE no entendía lo desesperado de su situación. Pero la verdad era lo contrario. NOELLE era la mujer más inteligente y más fascinante que hubiera conocido en su vida, e indudablemente la más hermosa. Aunque su aspecto lo desmintiera, Chotas era experto en mujeres y no se le escaparon las cualidades especiales que poseía NOELLE. Para él era un placer el solo hecho de sentarse a hablar con ella. Hablaron de derecho, de pintura, de procesos criminales y de historia, sin que él saliera de su asombro. Podía entender cabalmente la vinculación de NOELLE con un hombre como Demiris, pero la relación de ella con Larry Douglas le resultaba incomprensible. Tenía la sensación de que ella estaba muy por encima de Douglas, pero admitía que pudiera existir alguna química inexplicable que hacía que al enamorarse, la gente eligiera las parejas más inverosímiles, Hombres de ciencia descollantes casados con rubias sin seso, grandes escritores con actrices estúpidas, estadistas eminentes con advenedizas.

Chotas recordaba su reunión con Demiris. Hacía años que se conocían socialmente, pero la firma de Chotas jamás había hecho ningún trabajo para

él. Demiris lo había invitado a que lo viera en su casa de Varkiza y había iniciado la conversación sin más preámbulos.

—Como tal vez usted sepa, —le dijo—, estoy profundamente interesado en este proceso. La señorita Page es la única mujer a quien realmente he amado en mi vida.

Los dos habían hablado durante seis horas, estudiando todos los aspectos del caso, todas las estrategias posibles. Se resolvió que NOELLE se declararía "no culpable". Cuando Chotas se levantó para irse, ya habían llegado a un acuerdo. Por asumir la defensa de NOELLE, Napoleón Chotas recibiría el doble de sus honorarios habituales, y su firma se convertiría en el principal asesor legal de Constantin Demiris, cuyo imperio valía incalculables millones.

—No me importa cómo lo haga, —había concluido Demiris, con voz grave—, pero ocúpese de que nada falle.

Chotas había aceptado el trato y después, irónicamente, se había enamorado de Noelle Page. Aunque tuviera un rosario de amantes, cuando venía a encontrar la única mujer por quien cometería cualquier disparate, ella estaba fuera de su alcance. Miró a NOELLE, sentada en el banquillo de los acusados, hermosa y serena. Vestía un sencillo traje de lana negra con una blusa blanca de cuello alto y parecía la princesa de un cuento de hadas.

Noelle se volvió y, al advertir que Chotas la miraba le sonrió cálidamente. Él le sonrió a su vez, aunque ya estaba pensando en la difícil tarea que lo esperaba. Las deliberaciones del tribunal estaban a punto de iniciarse.

Los espectadores se pusieron de pie al ver que dos jueces, con traje de calle, subían a ocupar sus puestos en el estrado. El tercer juez, el Presidente del tribunal, entró tras ellos y ocupó el asiento del centro.

—I synethriassis archetai, —anunció, El proceso había comenzado.

Peter Demonides, fiscal especial del Estado, se levantó con cierta nerviosidad para dirigir su alocución inicial al jurado. Demonides era un fiscal hábil y capaz, pero ya había tenido que enfrentarse con Napoleón Chotas —y muchas veces por cierto— e invariablemente con el mismo resultado, El muy hijo de puta —era imbatible. En un proceso, casi todos los abogados intimidan a los testigos hostiles, pero Chotas los seducía. Los mimaba y los acariciaba hasta conseguir que, en el afán de serle útiles, se contradijeran en todo lo que decían. Tenía el don de convertir las pruebas irrefutables en conjeturas y las conjeturas en fantasías. Era la mentalidad legal más brillante que Demonides hubiera conocido en su vida, y el hombre que más sabía de jurisprudencia, pero su fuerza no radicaba en eso, sino en su conocimiento de la gente. Un periodista le había preguntado una vez a Chotas cómo había aprendido tanto sobre la naturaleza humana.

—Yo no sé un cuerno de la naturaleza humana, —había contestado Chotas—. Lo único que yo conozco es la gente. —Y su comentario había sido citado en todas partes.

Aparte todo lo demás, era un proceso que parecía hecho de encargo para que Chotas lo manejara ante un jurado, teñido como estaba de fascinación, pasión y asesinato. Demonides estaba seguro de una cosa: Chotas estaba decidido a ganar el caso. Pero Demonides también. Sabía que tenía fuertes pruebas en contra de los acusados, y por más que Chotas pudiera embobar al jurado hasta el punto de hacerles pasar por alto las pruebas, no iba a poder influir en el ánimo de los tres jueces. Por todo eso, el

fiscal del Estado empezó su discurso inicial con una mezcla de determinación e inquietud.

Con seguras pinceladas delineó el caso del Estado contra los dos acusados. La ley establecía que el Presidente del jurado debía ser un abogado, de modo que al referirse a los puntos legales Demonides se dirigía a 'el, y al jurado en su conjunto para lo más general.

—Antes de que haya terminado este proceso, —expresó Demonides—, el Estado probará que estas dos personas conspiraron para asesinar a sangre fría a Catherine Douglas porque ella se interponía en sus planes. Su único crimen consistió en amar a su marido y por eso la mataron. Demostraremos sin sombra de duda...

Después de la alocución de Demonides, breve y precisa, le tocaba el turno al abogado de la defensa.

Los espectadores presentes en el tribunal observaron a Napoleón Chotas mientras éste reunía torpemente sus papeles y se preparaba para pronunciar su alegato inicial. Lentamente, se aproximó a los jurados, con tanta vacilación y dificultad como si los circunstantes lo aterrorizaran.

Al mirarlo, William Fraser no pudo menos que maravillarse de su habilidad. Si en una ocasión no hubiera pasado la velada con él en el trascurso de una fiesta ofrecida por la embajada

británica, Fraser también se habría dejado engañar por las apariencias. Vio cómo los jurados se inclinaban con benevolencia hacia adelante para oír las palabras que salían tenuemente de labios de Chotas.

—Esta mujer que se encuentra ante ustedes, —les decía Chotas a los jurados—, no está procesada por asesinato, porque no ha habido asesinato. Si lo hubiera habido, estoy seguro de que mi brillante colega el fiscal habría tenido la amabilidad de mostrarnos el cuerpo de la víctima. Como no lo ha hecho, debemos suponer que no hay, tal cadáver. Y por lo tanto no hay asesinato. —hizo una pausa para rascarse la cabeza, mirando al piso como si tratara de recordar qué se había olvidado. Después, con un gesto de asentimiento, volvió a mirar al jurado—. No, caballeros, no es ése el motivo de este proceso. A mi cliente la procesan porque quebrantó otra ley,, una ley— no escrita que dice "no fornicarás con el marido de otra mujer". La prensa la ha declarado la culpable de ese cargo, y el pueblo la ha encontrado culpable, y lo que exigen ahora es que sea castigada.

Chotas se detuvo para sacar un gran pañuelo blanco, lo miró un momento con perplejidad, preguntándose al parecer cómo era que lo tenía en la mano, se sonó las narices y volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo.

—Muy bien. Si ha infringido una ley, castiguémosla. Pero no por asesinato, señores. No por un asesinato que jamás fue cometido. NOELLE Page era culpable de ser la amante de... —con delicadeza, hizo una pausa—, un hombre muy importante, cuyo nombre debe permanecer secreto, pero si es necesario que ustedes lo conozcan, pueden verlo en la primera plana de cualquier periódico.

Se oyeron risas apreciativas de los espectadores. Auguste Lanchon se dio vuelta en su asiento Y miró furiosamente al público con sus ojillos porcinos que llameaban de rabia. "Cómo se atrevían a reírse de su NOELLE". Demiris no significaba nada para ella, nada. El hombre a quien Jamás olvidaba una mujer era aquel a quien le había dado su virginidad. El gordo comerciante marsellés todavía no había podido comunicarse con NOELLE, pero había pagado, cuatrocientos preciosos dracmas para conseguir un pase que le permitiera entrar al tribunal, así que todos los días podría contemplar

a su bien amada NOELLE. Y cuando la absolvieran, Lanchon se iba a hacer cargo de ella. Volvió a atender al abogado.

—El fiscal ha decidido que los dos acusados, la señorita Page y el señor Lawrence Douglas asesinaron a la esposa de Douglas para poder casarse. Mírenlos ustedes.

Chotas se dio vuelta a mirar a NOELLE Page y a Larry Douglas y todos los ojos siguieron su mirada. —¿Están ambos enamorados, Posiblemente. Pero ¿los convierte eso en conspiradores y asesinos? No. Si alguna víctima hay en este proceso, son las que ustedes están viendo. He estudiado cuidadosamente todas las pruebas y me he convencido, Y los convenceré a ustedes, de que estas dos personas son inocentes. Permítaseme aclarar al jurado que no soy— el representante legal de Lawrence Douglas, quien tiene su propio defensor, un hombre muy capaz. Pero el Estado alega que las dos personas aquí presentes en el banquillo han conspirado juntas y han planeado y cometido un asesinato en común, de modo que Si uno de ellos es culpable, el otro también lo es. Sostengo ante ustedes que ambos son inocentes. Y lo único que me hará cambiar de opinión es el corpus defico. Y no hay tal cosa.

La voz de Chotas iba haciéndose más colérica.

—Es una fábula. Mi cliente no tiene más idea que ustedes de si Catherine Douglas se halla viva o muerta, y ¿cómo habría de tenerla? Jamás en su vida la ha visto; Menos aún, le ha puesto un dedo encima. Imagínense ustedes la enormidad de verse acusada de haber matado a alguien a quien uno no ha visto jamás. Hay muchas teorías sobre lo que pudo haberle sucedido a la señora Douglas. Una de ellas es que haya sido asesinada, pero hay otras. La teoría más probable es que de alguna manera haya descubierto que su esposo y la señorita Page estaban enamorados y que, presa de un sentimiento de dolor —de dolor, no de miedo, caballeros, haya escapado. Por algo tan simple, no se ejecuta a un hombre y a una mujer que son inocentes.

Frederick Stavros, el abogado de Larry Douglas, exhaló furtivamente un suspiro de alivio. La posibilidad de que NOELLE Page fuera absuelta en tanto que su propio cliente fuera condenado había sido para él una pesadilla constante. Si tal cosa sucedía, él se convertiría en el hazmerreír de la profesión legal.

Stavros había estado buscando la forma de aprovechar la fama de Chotas, y ahora éste se la servía en bandeja. Al vincular a los dos acusados en la forma en que acababa de hacerlo, la defensa de NOELLE se convertía en la defensa de su propio cliente. Ganar ese proceso era algo que iba a cambiar la vida entera de Frederick Stavros, dándole todo lo que siempre había deseado. Se sintió invadido de cálida gratitud hacia el viejo maestro.

Stavros observaba con satisfacción que al parecer el jurado estaba pendiente de las palabras de Chotas.

—No es ésta una mujer a quien le interesaran las cosas materiales, —expresaba admirativamente Chotas—. Estaba dispuesta a abandonarlo todo sin vacilar para seguir al hombre que amaba. Sin duda, amigos míos, no es ésta la imagen de una asesina calculadora y despiadada.

A medida que Chotas proseguía su discurso, las emociones de los jurados iban cambiando como una marca visible, rodeando a NOELLE Page de una simpatía y una comprensión cada vez mayores. Lenta y hábilmente, el abogado trazó el retrato de una mujer hermosa que era la amante de uno de los hombres más ricos y más poderosos del mundo, que disponía de todos los lujos y de todos los privilegios imaginables, pero que finalmente había

sucumbido a su amor por un joven piloto sin un cobre a quien conocía desde poco tiempo atrás.

Chotas pulsaba como un maestro el teclado de las emociones de los jurados, haciéndolos reír, llevando lágrimas a sus ojos y manteniendo constantemente cautivada su atención. Terminado su alegato inicial, Chotas volvió torpemente a su lugar, arrastrando los pies, se sentó pesadamente y se quedó inmóvil, mientras el público refrenaba a duras penas su deseo de aplaudir.

Sentado en el banquillo de los acusados 'y escuchando la defensa que de él hacía Chotas, Larry Douglas estaba furioso. Él no necesitaba que nadie lo defendiera. No había hecho nada de malo, todo ese proceso no era más que un error estúpido, y si había que culpar a alguien, era a NOELLE. Todo había sido idea de ella. Larry la miró, pero su serena belleza no despertó en él deseo alguno, no quedaba más que el recuerdo de una pasión, una tenue sombra emocional, Y Larry, se maravilló de haber puesto en peligro su vida por esa mujer. Al volver los ojos hacia la tarima de prensa, Larry advirtió que una atractiva periodista veinteañera estaba mirándolo. Le sonrió discretamente y vio cómo el rostro de ella se iluminaba.

Peter Demonides interrogaba a uno de los testigos.

—¿Quiere decirle su nombre al tribunal, por favor?

—Alexis Minos.

—¿Su ocupación?

—Abogado.

—¿Quiere usted decir al tribunal, doctor Minos, si ha visto antes a alguno de los acusados sentados en el banquillo?

—Sí, señor, a uno de ellos.

—¿A cuál?

—Al hombre.

—¿Al señor Lawrence Douglas?

—Exactamente.

—¿Quiere decirnos, por favor, en qué circunstancias vio usted al señor Douglas?

—Vino a mi despacho hace unos seis meses.

—¿Fue a consultarlo en su condición de profesional?

—sí.

—En otras palabras ¿necesitaba de usted algún servicio legal?

—Sí.

—¿Quiere decirme por favor qué era lo que quería el acusado?

—Me pidió que le consiguiera el divorcio.

—¿Y lo contrató a usted para eso?

—No. Cuando me explicó las circunstancias, yo le dije que le sería imposible conseguir el divorcio en Grecia.

—¿Cuáles eran las circunstancias?

—Ante todo, me dijo que no debía haber publicidad alguna, y en Segundo lugar, que su mujer se negaba a darle el divorcio.

—En otras palabras ¿que él le había pedido el divorcio a su mujer y ella se había negado?

—Eso fue lo que me dijo.

—Y usted le explicó que no había nada que hacer. Que a menos que su mujer estuviera dispuesta a darle el divorcio, se le haría difícil e imposible obtenerlo, y que era muy probable que hubiera publicidad.

— Exactamente.

—Así que a menos que recurriera a medidas desesperadas, el acusado no podía hacer nada para...

—Me opongo.

—Ha lugar a la objeción. —Su testigo.

Napoleón Chotas se levantó de su asiento con un suspiro y se adelantó lentamente hacia el testigo. Peter Demonides estaba tranquilo. Minos era abogado y tenía demasiada experiencia para dejarse engañar por el bagaje de tretas profesionales de Chotas.

—Usted es abogado, doctor Minos.

—Eso mismo.

—Y excelente, no lo dudo. Me sorprende que en nuestra labor profesional no nos hayamos conocido antes. La firma con que yo trabajo se ocupa de muchas especialidades legales. Me Pregunto si usted no habrá conocido a alguno de mis socios en casos comerciales.

—No, yo no tomo casos comerciales.

—Entiendo. ¿Y en alguna cuestión Impositiva?

—No soy asesor impositivo.

—Ah. —Chotas empezó a mostrar un aire intrigado e incómodo, como si estuviera pasando un papelón—. ¿Seguros, entonces?

—No, —Minos empezó a divertirse con la confusión del abogado, y ante el aire satisfecho de su expresión, Peter Demonides se sintió preocupado. ¿Cuántas veces habría visto esa misma mirada en los ojos de un testigo cuando Napoleón Chotas se preparaba para demolerlo?

Chotas se rascaba la cabeza, perplejo.

—Abandono, —declaró sencillamente—. ¿En qué rama del derecho se especializa usted?

—En divorcios, —la respuesta fue un dardo limpiamente arrojado.

Una expresión apenada se dibujó en el rostro de Chotas, que sacudió la cabeza.

—Me debería haber imaginado que mi excelente amigo el doctor Demonides iba a contar con un experto.

—Gracias, señor, —Minos ya no disimulaba su complacencia.

No todos los testigos tenían oportunidad de ganarle a Chotas, y el abogado ya estaba adornando mentalmente la historia que contaría esa noche en el club.

—Yo nunca tuve un caso de divorcio, —le confiaba en ese momento Chotas con voz avergonzada—, así que tengo que confiar en su pericia.

El viejo abogado se estaba hundiendo del todo. el cuento iba a ser mejor de lo que Minos se había imaginado.

—Me imagino que estará muy ocupado, —continuó Chotas.

—Tomo todos los casos que puedo manejar.

—¡Todos los que puede manejar! —repitió Chotas con manifiesta admiración.

—A veces más.

Peter Demonides miraba al piso, incapaz de resistir lo que sucedía. La voz de Chotas se hizo confidencial.

—No lo tome como una indiscreción, doctor Minos, sino como curiosidad profesional, pero ¿cuántos clientes diría usted que lo visitan por año?

—Bueno, es bastante difícil decirlo.

—Vamos, doctor, no sea modesto. Una cifra aproximada.

—Digamos unos doscientos, Pero es una aproximación, se entiende.

—¡Doscientos divorcios por año! El papeleo solamente debe ser abrumador.

—Bueno, en realidad no son doscientos divorcios.

—¿Cómo? —Chotas se frotó el mentón, perplejo.

—Que no son todos divorcios.

Chotas puso cara de no entender.

—Pero ¿no dijo usted que sólo se ocupaba de casos de divorcio?

—Sí, pero... —la voz de Minos vaciló.

—¿Pero qué? —Chotas seguía perplejo.

—Bueno, lo que quiero decir es que no todos llegan a divorciarse.

—Pero ¿no es para eso para lo que van a verlo?

—Sí, pero hay algunos que... bueno, que cambian de opinión por una razón u otra.

—Ah, —de pronto, pareció que Chotas entendiera—. ¿Usted quiere decir que se reconcilian o algo así?

—Exactamente, —confirmó Minos, aliviado.

—Así que entOnCeS uSted dice qUe... ¿cuanto... un diez por ciento no llegan a entablar el juicio de divorcio?

—Tal vez el porcentaje Sea un poco más alto, —Minos se removió en

su asiento, incómodo. —¿Cuánto más? ¿Un veinte por ciento, un treinta?

—Se acerca más a un cuarenta.

Atónito, Napoleón Chotas se quedó mirándolo.

—Señor Minos, ¿lo que usted nos dice es que casi la mitad de la gente que va a verlo decide no divorciarse.

—sí.

En la frente de Minos se habían formado minúsculas gotas de sudor. Se dio vuelta para mirar a Demonides, pero el fiscal estaba estudiando con furiosa concentración una rendija en el PISO.

—Pues estoy seguro de que no es por falta de confianza en su capacidad.

—Claro que no, —respondió Minos, a la defensiva—. Es muy frecuente que vengan a verme por un impulso estúpido. Se pelean y creen que se odian y les parece que quieren divorciarse, pero cuando se trata de llegar al juicio, en la mayoría de los casos cambian de opinión, —al advertir la cabal importancia de lo que decía, se detuvo bruscamente.

—Gracias, —lo despidió suavemente Chotas—. Es todo lo que quería saber.

Peter Demonides examinaba al testigo.

—Su nombre, por favor.

—Kasta. Irene Kasta. —¿Señora o señorita?

—Soy viuda.

—¿De qué se ocupa usted, señora Kasta?

—Soy ama de llaves.

trabajo Para una familia rica, en Rafina.

—Es una aldea próxima al mar ¿verdad? ¿A unos cien kilómetros al Norte de Atenas?

—Sí.

— Por favor ¿quiere fijarse en los dos acusados y decirnos si los ha visto antes?

—Seguro. Muchísimas veces.

—¿Quiere decirnos en qué circunstancias?

—Viven en la casa que hay junto a la mansión donde yo trabajo. Los he visto mucho en la playa. Estaban desnudos.

Entre los espectadores hubo un movimiento de sorpresa y deSPUéS un rápido murmullo de conversación. Peter Demonides le echó un vistazo a Chotas pensando que podría plantear alguna objeción, pero el viejo abogado estaba sentado inmóvil, COn una sonrisa Soñadora. Esa sonrisa hizo que Demonides se pusiera más nervioso todavía. Se volvió a la testigo.

—¿Está usted segura de que éstas son las dos personas que vio? Recuerde que está bajo juramento.

—Son ellos, seguro.

—Cuando los vio en la playa ¿cómo se conducían?

—Bueno, hermanos no parecían.

Risas de los espectadores.

—Gracias, señora Kasta, —Demonides se volvió a Chotas—. Su testigo.

Napoleón Chotas asintió cordialmente, se levantó y se dirigió a la mujer de aspecto impresionante que ocupaba el sitial de los testigos.

—¿Cuánto hace que trabaja usted en esa mansión, señora Kasta?

—Siete años.

—¿Siete años? Debe ser un ama de llaves excelente.

—Claro que sí.

—Tal vez usted pueda recomendarme una buena ama de llaves. Estoy pensando en comprar algo en Rafina, sobre la playa. El problema es que para trabajar, necesito estar aislado y por lo que recuerdo, estas viviendas están todas amontonadas.

—No, señor, Están todas separadas por murallas.

—Ah, bueno. ¿Y no están muy cerca unas de otras?

—De ninguna manera, señor. Están separadas por un centenar de metros por lo menos, Sé de una de esas casas que está en venta, Va a tener toda la tranquilidad que necesite y le puedo recomendar a mi hermana para que se ocupe de la casa. Es buena y prolija, y cocina un poco también.

—Gracias, señora Kasta, me parece espléndido. Tal vez pueda llamarla esta tarde.

—Ella trabaja de día y no vuelve a casa hasta las seis.

—Y ahora ¿qué hora es?

—No tengo reloj.

—Ah. Allá en esa pared hay un reloj grande. ¿Qué hora marca?

—Bueno, no alcanzo a ver. Hay mucho resplandor en la sala.

—¿A qué distancia le parece que está el reloj?

—A unos... quince metros.

—Son siete, señora Kasta. No tengo más que preguntarle.

Era el quinto día del proceso, y al doctor Israel Katz volvía a dolerle la pierna ausente. Mientras hacía una operación podía pasarse horas parado con su prótesis sin que jamás le molestara, pero al estar ahí sentado sin que un motivo de concentración intensa le mantuviera fija la atención, las terminaciones nerviosas seguían enviando mensajes sensoriales a un miembro inexistente. Katz se movió en su asiento, incómodo, tratando de aliviar la presión sobre la cadera. Había tratado de ver a NOELLE todos los días desde su llegada a Atenas. pero no lo había conseguido. Cuando habló con Napoleón Chotas, el abogado le había explicado que NOELLE estaba demasiado deprimida para ver a los viejos amigos que sería mejor esperar hasta qUe hubiera terminado el proceso. Israel Katz le había pedido que le dijera a NOELLE que él estaba dispuesto a ayudarla en todo lo que pudiera,

pero no podía estar seguro de que ella hubiera recibido el mensaje. Día tras día había concurrido al tribunal, en la esperanza de que NOELLE mirara hacia donde estaba él, pero la muchacha jamás miraba a los espectadores.

Israel Katz le debía la vida y se sentía frustrado porque no hubiera modo de pagarle esa deuda. No tenía la menor idea de cómo iba el proceso ni de si NOELLE sería condenada o absuelta. Chotas le había informado que no había máS qUe dos veredictos posibles: inocente o culpable. Si la encontraban inocente, Noelle quedaría en libertad; si la declaraban culpable, sería ejecutada.

En ese momento prestaba juramento un testigo de la acusación.

—¿Su nombre?

—Christian Barbet.

—¿Es usted ciudadano francés, señor Barbet?

—Sí.

—¿Su residencia?

—En París.

—¿Quiere decir al tribunal de qué se ocupa?

—Soy dueño de una agencia de detectives privados.

—¿Dónde se encuentra su agencia?

—La oficina Principal está en París.

—¿De qué tipos de casos se ocupa?

—De toda clase... raterías comerciales, personas buscadas, vigilancias por cuenta de cónyuges celosos...

—Monsieur Barbet ¿quiere tener la bondad de fijarse y decirnos si en esta sala hay alguien que haya sido cliente suyo?

Una lenta y minuciosa mirada por la sala.

—Sí, señor.

—¿Quiere decirle al tribunal quién es esa persona?

—La señorita Page.

Murmullo de interés de los espectadores.

—¿Dice usted que la señorita Page lo contrató para que trabajara como detective para ella?

—Sí.

—Bien, señor Barbet ¿quiere decir al tribunal por qué lo consultó NOELLE Page?

—Sí, señor. Estaba interesada en un hombre llamado Larry Douglas y quería que yo averiguara todo lo posible sobre él.

—¿Se trata del mismo Larry Douglas que está sometido a Proceso en este tribunal?

—Sí, señor.

—Fíjese por favor en los documentos que tengo en la mano. ¿Son las constancias de los pagos efectuados a favor de usted?

—Exactamente.

—Díganos, monsieur Barbet, cómo consiguió obtener la información sobre el señor Douglas.

—Fue muy difícil, monsieur. Como usted sabe, yo estaba en Francia y el señor Douglas en Inglaterra y después en los Estados Unidos, y con Francia ocupada por los alemanes...

—¿Cómo dijo?

—Dije que con Francia ocupada...

—Un momento, Quiero asegurarme de que entiendo lo que usted dice, monsieur Barbet. El abogado de la señorita Page nos ha dicho que ella y

Larry Douglas se conocieron unos meses atrás y se enamoraron. Ahora usted Informa al tribunal que esa relación se inició... ¿CUántO tiempo hace?

—Unos seis años.

Pandemonium. Demonides miró a Chotas con aire triunfante.

—Su testigo.

Napoleón Chotas se frotó los ojos, se levantó y se dirigió hacia el sitial de los testigos.

—No le voy a tomar mucho tiempo, señor Barbet. Sé que debe estar ansioso por volver a Francia a reunirse con su familia.

—El tiempo que usted necesite, monsieur.

—Gracias. Perdone que le haga un comentario personal, pero tiene usted un traje muy bien cortado, señor Barbet.

—Gracias, monsieur.

—¿Se lo hizo en París, verdad?

—Sí, señor.

—Le cae muy bien. En cambio yo no tengo suerte con los sastres. ¿Nunca probó con un sastre inglés?. Dicen que son excelentes también.

—No, monsieur.

—¿Pero habrá estado en Inglaterra?

—Este... no.

—¿Nunca?

—No, señor.

—¿Y en los Estados Unidos?

—No.

—¿Nunca?

—No, señor.

—¿Visitó alguna vez el Pacífico Sur?

—No, señor.

—Entonces, realmente usted debe ser un detective fantástico, señor Barbet. Me descubro ante usted. Esos informes suyos abarcan las actividades de Larry Douglas en Inglaterra, los Estados Unidos y el Pacífico Sur... y sin embargo usted nos dice que jamás estuvo en ninguno de esos lugares. La única explicación que le encuentro es telepatía.

—Permítame que lo corrija, monsieur. No era necesario que yo estuviera en esos lugares. Trabajo con lo que llamamos corresponsalías en Inglaterra y en los Estados Unidos.

—Pero, qué estupidez de mi parte. ¡Claro! ¿Así que en realidad fueron esas personas las que cubrieron las actividades del señor Douglas?

—Sí, señor.

—Entonces el hecho es que usted, personalmente, no sabe nada de los movimientos de Larry Douglas.

—Este... no, señor.

—Así que en realidad, toda su información es de segunda mano.

—Me imagino... en cierto sentido, sí.

Chotas se volvió hacia los jueces.

—Hago moción para que se desestimen las declaraciones de este testigo, Sus Señorías, dado que no son más que rumores.

—¡Me opongo, Sus Señorías! —Peter Demonides se puso en pie de un salto—. Noelle Page contrató al señor Barbet para obtener información sobre Larry Douglas, y eso no es un rumor...

—Mi respetable colega presentó los informes como prueba, —aceptó gentilmente Chotas—, y estoy perfectamente dispuesto a aceptarlos si él está

de acuerdo en traer aquí a los hombres que realmente supervisaron los movimientos del señor Douglas. De otra manera debo pedir al tribunal que dé por supuesto que no existió tal supervisión y que considere inadmisible el testimonio del señor Barbet.

El Presidente se volvió hacia Demonides.

—¿Está preparado para traer aquí a sus testigos? —le preguntó.

—Es Imposible, —balbuceó Demonides—. El señor Chotas sabe que se necesitarían semanas para localizarlos.

—Moción concedida. —el Presidente se volvió a Chotas.

Nuevamente era el turno del fiscal.

—Su nombre, por favor.

—George Mousson.

—¿Su ocupación?

—Soy empleado recepcionista en el Palace Hotel de loannina.

—Observe por favor a los dos acusados sentados en el banquillo. ¿Los ha visto antes?

—Al hombre, sí. Fue huésped del hotel en agosto último.

—¿Se refiere al señor Lawrence Douglas?

—Sí, señor.

—¿Estaba solo cuando se alojó en el hotel?

—No, señor.

—¿Quiere decirnos con—quién estaba?

—Con su esposa.

—¿Catherine Douglas?

—Sí, señor.

—¿Se anotaron como el señor y la señora Douglas?

—Sí, señor.

—¿Alguna vez usted y el señor Douglas hablaron de las cuevas de Perama?

—Sí, señor.

—¿Fue usted o fue el señor Douglas quien trajo el tema?

—Por lo que recuerdo, fue él. Me preguntó por las cuevas y me dijo que su mujer estaba muY ansiosa de conocerlas, que le encantaban las cavernas. Me pareció muy raro.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno, porque a las mujeres no les interesan las exploraciones y esas cosas.

—¿Por casualidad no habrá hablado de las cuevas con la señora Douglas también, verdad?

—No, señor. Solamente con él.

—¿Y qué fue lo que usted le dijo?

—Pues recuerdo haberle dicho que las cuevas podían ser peligrosas.

—¿Se habló algo de un guía?

—Sí, —asintió el empleado—. Estoy seguro de que le sugerí que contratara un guía, porque se lo recomiendo a todos nuestros huéspedes.

—No tengo más preguntas. Su testigo, doctor Chotas.

—¿Cuánto hace que trabaja usted en hoteles, señor Mousson?

—Oh... unos veinte años.

—Antes de eso ¿era siquiatra?

—¿Yo? No, señor.

—¿Sicólogo, tal vez?

—No, señor.

—Ah. Entonces usted no es experto en el comportamiento de las mujeres.

—Bueno, claro que no soy siquiatra, pero en mi trabajo uno aprende mucho sobre las mujeres.

—¿Sabe usted quién es Osa Johnson?

—¿Osa...? No.

—Es una exploradora mundialmente famosa. ¿Alguna vez oyó hablar de Amelia Earhart?

—No, señor.

—¿Y De Margaret Mead?

—No, señor.

—¿Es casado, señor Mousson?

—Ahora no. Pero estuve casado tres veces, así que un poco SOY experto en mujeres.

—Al contrario, señor Mousson. Si realmente fuera experto en mujeres, habría sido capaz de sacar adelante un matrimonio. No tengo Más preguntas que hacerle.

—¿Su nombre, por favor?

—Christopher Cocyannis.

—¿Quiere decirnos de qué se ocupa?

—Soy guía en las cuevas de Perama.

—¿Cuánto hace que trabaja allí?

—Diez años.

—¿Cobra usted por sus servicios?

—Sí, señor. Cincuenta dracmas.

—¿Es buen negocio?

—MUY bueno. Todos los años vienen miles de turistas a ver las cuevas.

—Por favor, fíjese en el hombre que está ahí sentado. ¿Vio alguna Vez al señor Douglas?

—Sí, señor. Vino a las cuevas en agosto.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—Bueno, pues eso sí que nos llama la atención a todos, señor Cocyannis, De los miles de personas que entran a las cuevas ¿cÓMo puede recordar a un individuo?

—De él no es probable que me olvide.

—¿Por qué no, señor Cocyanis?

—Primero porque no quiso contratar guía.

—¿Todos los visitantes contratan guías?

—Los alemanes y los franceses no, por tacaños, pero los norteamericanos si.

Risas.

—Ya veo. ¿Hay alguna otra razón para que recuerde usted al señor Douglas?

—Vaya si la hay. No ME habría fijado mucho en él si no era por lo del guía y porque la mujer que lo acompañaba pareció un poco inquieta cuando él dijo que no. Pero como una hora después lo vi salir apresuradamente, solo y con un aspecto rarísimo, y pensé que tal vez la mujer hubiera tenido un accidente o algo así, Entonces me le acerqué a preguntarle si la señora estaba bien y me miró en una forma rara y me preguntó qué señora. Cuando yo le dije: —La señora que entró con usted a las cuevas—, se puso muy pálido y me pareció que quería pegarme. Vaciló por unos instantes y acto

seguido se puso a vociferar que la había perdido y a pedir socorro, y a portarse como si estuviera loco.

—¿Pero no pidió socorro hasta que usted le preguntó dónde estaba la mujer?

—no.

—¿y después qué sucedió?

—Bueno, que yo organicé a los otros guías Y empezamos la búsqueda. Algún estúpido había sacado la señal de peligro de la parte nueva, que no está abierta al público, y finalmente fue ahí donde la encontramos, tres horas más tarde.

—Una última pregunta, Y respóndamela con mucho cuidado. Cuando el señor Douglas salió por primera vez de la cueva ¿venía en busca de alguien que lo ayudara, o la impresión que le dio fue de que se marchaba'

—Se marchaba.

—Su testigo.

Napoleón Chotas habló con voz muy suave.

—Señor Cocyannis ¿es usted siquiatra?

—No, Señor, soy guía.

—¿Y no sabe leer el pensamiento?

—No, señor.

—Se lo pregunto porque en el curso de una semana nos hemos encontrado con empleados de hotel que son expertos en sicología humana, con testigos oculares que son cortos de vista, y ahora usted nos sale con que puede mirar a un hombre que le llamó la atención porque parecía agitado y puede leerle los pensamientos. ¿Cómo sabía usted que el acusado no venía a buscar ayuda cuando usted se le acercó para hablarle?

—Porque no lo parecía.

—¿Y usted recuerda tan bien su comportamiento?

—Sí, señor.

—Es evidente que tiene una memoria notable. Quiero que eche un vistazo por la sala. ¿Ha visto antes a alguno de los presentes?

—Al acusado.

—Sí. Pero aparte de él. Tómese su tiempo.

—No.

—Si hubiera visto a alguien ¿lo recordaría?

—Seguramente.

—¿Me había visto a mí antes?

—No, señor.

—Fíjese en ese papel, por favor, ¿Puede decirme qué es?

—Una entrada.

—¿Entrada a dónde?

—A las cuevas de Perama.

—¿Qué fecha tiene?

—Lunes, hace tres semanas.

—Eso mismo. Esta entrada la compré y La usé yo, señor Cocyannis. Estaba en un grupo con cinco personas más, y el guía era usted. No más preguntas.

—¿De qué trabajas?

—soy botones en el Palace Hotel de loannina.

—Fíjate por favor en la acusada que está sentada en el banquillo. ¿La has visto alguna vez?

—Sí, señor, en el cine.

—Y antes de hoy, ¿la viste alguna vez en persona?

—Sí, señor. Vino al hotel y me preguntó en qué habitación estaba el señor Douglas. Yo le dije que tenía que preguntar en el escritorio y ella me dijo que no quería molestarlos, así que le di el número del bungalow.

—¿Y cuándo fue eso?

—El primer día de agosto. El día del Meltemi.

—¿Y estás seguro de que es la misma mujer?

—¿Cómo me voy a olvidar, si Me dio doscientos dracmas de propina?

El proceso entraba en su cuarta semana. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la defensa de Napoleón Chotas era la mejor que se le hubiera visto jamás, pero pese a ello, la telaraña de culpa iba cerrándose cada vez más densa.

Peter Demonides perfeccionaba la imagen de los dos amantes, desesperados por estar juntos, y en cuyo camino sólo sE Interponía Catherine Douglas. Lentamente, día a día, Demonides iba destacando la trama Urdida para asesinarla.

Frederick Stavros, el abogado de Larry Douglas, había abdicado alegremente de su posición para confiar en Napoleón Chotas. Pero ahora hasta el propio Stavros empezaba a tener la sensación de que iba a hacer falta un milagro para conseguir la absolución. Contemplando el asiento vacío en la sala atestada., se preguntaba si realmente Constantin Demiris iría a hacer su aparición. Si a Noelle Page la condenaban, lo más probable era que el magnate griego no viniera, ya que eso significaría su propia derrota, Por otra parte, era probable que si sabía que iba a haber una absolución, Demiris apareciera.

El asiento seguía vacío.

El caso terminó por explotar un viernes a la tarde.

—Su nombre, por favor.

—Doctor Kazomides. John Kazomides.

—¿Conoció usted al señor o a la señora Douglas, doctor?

—Sí, señor, a ambos.

—¿En qué circunstancias?

—Me llamaron para que fuera a las cuevas de Perama. Una

mujer se había perdido en el interior y cuando el grupo que se había organizado para la búsqueda la encontró, estaba en estado de shock.

—¿Estaba herida físicamente?

—Sí. Tenía contusiones múltiples. Se había raspado y magullado los brazos, las manos y las mejillas contra las rocas. Se había caído, tenía un golpe en la cabeza y diagnostiqué una probable conmoción. Inmediatamente le di una inyección de Morfina para calmar el dolor y ordené que fuera trasportada al hospital local.

—¿Y fue eso lo que se hizo?

—No, señor.

—¿Quiere explicar al jurado por qué no?

—Su marido insistió en que la llevaran de vuelta al bungalow que ocupaban en el Palace Hotel.

—¿Eso no le pareció raro, doctor?

—Él insistió en que quería cuidarla personalmente.

—Así que la señora Douglas fue llevada nuevamente a su hotel. ¿La acompañó usted hasta allí?

—Sí. Insistí en volver con ella al bungalow porque quería estar presente cuando se despertara.

—¿Y lo estuvo usted?

—Sí, señor.

—¿La señora Douglas alcanzó a decirle algo?

—Sí, alcanzó.

—¿Quiere repetir para el tribunal lo que le dijo?

—Me dijo que su marido había tratado de asesinarla.

Pasaron cinco minutos hasta que se pudo acallar el alboroto que se produjo en la sala, y sólo cuando el Presidente del tribunal amenazó con desalojar el recinto terminaron de extinguirse los murmullos. Napoleón Chotas se había acercado al banquillo de los acusados y mantenía una apresurada deliberación con Noelle Page, quien por primera vez pareció alterada. Chotas sacudió la cabeza Y volvió a su asiento. Demonides proseguía con su interrogatorio.

—Doctor, en su testimonio usted declaró que la señora Douglas se hallaba en estado de shock. Según su opinión profesional ¿se encontraba lúcida cuando le dijo a usted que su marido intentaba asesinarla?

—Sí, señor. Yo ya le había dado un sedante en las cuevas Y estaba relativamente calmada. Sin embargo, cuando le dije que iba a darle otro se puso muy agitada y me rogó que no lo hiciera.

—¿Le explicó a usted por qué? —EL Presidente del tribunal se inclinó hacia adelante para formular la pregunta.

—Sí, Su Señoría. Dijo que su marido la mataría mientras estuviera dormida.

El Presidente se recostó pensativamente en su asiento y se dirigió a Peter Demonides:

—Puede usted continuar.

—Doctor Kazomides ¿administró usted de hecho un segundo sedante a la señora Douglas?

—Sí.

—¿Mientras estaba en cama, en el bungalow?

—Sí.

—¿De qué manera se lo administró?

—Intramuscular. En la cadera.

—¿Estaba ella dormida cuando usted se retiró?

—Sí.

—¿Había alguna probabilidad de que la señora Douglas se hubiera despertado en las horas siguientes, y de que se levantara sola de la cama, se vistiera y saliera de casa sin ayuda alguna?

—¿En su estado? No, habría sido muy improbable. Había recibido muchos sedantes.

—Eso es todo, gracias, doctor.

Los miembros del jurado tenían los ojos clavados en NOELLE Page y en Larry Douglas, con expresión que se había vuelto fría e inamistosa. Cualquiera que hubiera entrado de pronto en la sala podría haber sabido cómo iba el caso.

Los ojos de Bill Fraser brillaban de satisfacción. Después del testimonio del doctor Kazomides ya no podía quedar la más remota duda de que Catherine había sido asesinada por Larry Douglas y NOELLE Page. Nada podía hacer Napoleón Chotas para arrancar DEl ánimo de los jurados la imagen de una mujer aterrorizada, drogada e indefensa, qUe suplicaba que no la dejaran en manos de los asesinos.

Frederick Stavros era presa del pánico. Había dejado de buen grado que Napoleón Chotas dirigiera todo el espectáculo, siguiendo su juego con absoluta confianza, en la seguridad de que Chotas podría conseguir la absolución para su cliente y, por ende, para el cliente de Stavros. Ahora el abogado se sentía traicionado. Todo se venía abajo. El testimonio del médico había producido un daño irreparable, no sólo por lo que significaba en cuanto prueba sino por su impacto emocional. Stavros recorrió con la vista la sala. A no ser por ese único asiento misteriosamente reservado, el recinto estaba vacío. La prensa mundial estaba alerta, esperando para informar sobre lo que sucedía.

Durante un momento Stavros se imaginó a sí mismo poniéndose en pie de un salto para enfrentar al médico y demoler brillantemente su testimonio. Entonces su cliente sería absuelto y él, Stavros, se convertiría en un héroe. Sabía que ésa era su última oportunidad, que el resultado de ese caso significaría la diferencia entre la oscuridad y la fama. Stavros sentía cómo los músculos de las piernas se le ponían tensos, instándolo a que se levantara, pero no pudo moverse. Se quedó allí, paralizado por el espectro abrumador del fracaso. Se volvió para mirar a Chotas. En su cara de sabueso, los ojos profundos y tristes estudiaban al médico que esperaba en el sitial de los testigos, como si al abogado le costara llegar a una decisión.

Lentamente, Napoleón Chotas se puso de pie, pero en vez de ir hacia el testigo se dirigió al estrado y habló en voz baja con los jueces.

—Señor Presidente, Sus Señorías, no deseo interrogar al testigo. Con la venia del tribunal, quisiera pedir que se levante la sesión para conferenciar In capiera con el tribunal y el abogado de la acusación.

—¿Señor Demonides? —el Presidente del tribunal se dirigió al fiscal.

—Ninguna objeción, —contestó Demonides con voz cautelosa.

El tribunal levantó la sesión, sin que nadie se moviera de su asiento.

Treinta minutos más tarde Napoleón Chotas regresaba solo a la sala del tribunal. En el instante mismo en que lo vieron atravesar la puerta, todos los presentes percibieron que se había producido algo importante. En el rostro del abogado había un aire de secreta satisfacción consigo mismo, como si hubiera resuelto alguna charada y no necesitara prolongar el juego. Chotas fue hasta el banquillo de los acusados y miró a NOELLE, que fijó en el rostro de él sus ojos de color violeta, ansiosos, indagadores. De pronto una sonrisa se dibujó en los labios del abogado y por el resplandor de sus ojos NOELLE supo que de alguna manera lo había logrado, había realizado el milagro a despecho de todas las pruebas, pese a todas las desventajas. La justicia había triunfado, pero era la justicia de Constantin Demiris. Larry Douglas también miraba a Chotas, lleno de temor y de esperanza. Lo que Chotas había hecho, fuera lo que fuere, Lo había hecho por Noelle. Pero ¿Y él?

Chotas habló con tono cuidadosamente neutral, dirigiéndose a NOELLE.

—El Presidente del tribunal me ha autorizado para hablar con usted en su despacho. —se dio vuelta hacia Frederick Stavros, que lo miraba torturado por la incertidumbre, sin saber qué era lo que pasaba—. Usted y su cliente también están autorizados para hallarse presentes en la reunión, si lo desean.

—Pero claro, —asintió Stavros y se puso de pie con tan ansiosa torpeza que estuvo a punto de derribar la silla.

Dos alguaciles los acompañaron hasta el despacho del Presidente y después se retiraron, dejándolos solos. Chotas se volvió a Frederick Stavros.

—Lo que les voy a plantear, —dijo en voz baja—, es en beneficio de mi cliente. Pero como la acusación es conjunta, pude conseguir que a su cliente se le acordara el mismo privilegio.

—¿Qué sucede? —preguntó NOELLE.

Chotas se volvió hacia ella y habló con lentitud, eligiendo con gran cuidado sus palabras.

—Acabo de deliberar con los jueces, —explicó—. Estaban impresionados por eL caso que la acusación planteó contra ustedes. Sin embargo, —delicadamente, hizo una pausa—, pude... eee... persuadirlos de que cOn castigarla a usted no se servirían los intereses de la justicia.

—¿Qué es lo que va a pasar? —preguntó Stavros, ardiendo de impaciencia.

Al continuar, en la voz de Chotas vibraba una nota de profunda satisfacción.

—Si LOS acusados están dispuestos a declararse culpables, los jueces están de acuerdo en dar a cada uno una sentencia de cinco años... cuatro de los cuales serán en suspenso, —agregó con una sonrisa—. En realidad no van a tener que cumplir más que unos seis meses. ComO usted es norteamericano, señor Douglas, —se volvió a Larry—, será deportado y jamás se le permitirá volver a Grecia.

Larry asintió, sintiéndose inundado de alivio. Chotas se dirigió a Noelle.

—Esto no fue nada fácil de lograr. Honestamente, debo decirle que la principal razón para la clemencia DEL tribunal es el interés de su... eee... protector. Tienen la sensación de que ya ha sufrido bastante debido a toda esta publicidad y están ansiosos de ponerle término.

—Comprendo, —respondió NOELLE.

Napoleón Chotas vaciló un momento, confundido.

—Hay una condición más.

—¿Sí?

—Le retirarán su pasaporte y jamás se le permitirá salir de Grecia. Tendrá que permanecer aquí bajo la protección de su amigo.

Con que era así, entonces. Constantin Demiris había respetado el trato. NOELLE no creyó ni por un momento que la clemencia de los jueces se debiera a que les preocupaba el hecho de que Demiris se viera sometido a una publicidad desagradable. No, él había tenido que pagar un precio por la libertad de ella, y la muchacha sabía que debía de haber sido alto. Pero a cambio de eso, Demiris la tendría a ella de vuelta y dispondría las cosas para que jamás pudiera abandonarlo. Ni volver a ver a Larry. Se volvió a mirarlo y leyó el alivio pintado en su rostro; Iba a quedar en libertad y eso era lo único que le importaba; no lamentaba perderla ni nada de lo que había sucedido. Pero Noelle lo entendía porque entendía a Larry, porque ella era su alter ego, su DoppelgÄnger, y ambos tenían la misma insaciable sed de vivir, la misma avidez, los mismos apetitos. Eran espíritus afines más allá de la moralidad, más allá de las leyes que ellos no habían sancionado y a las que jamás se habían ajustado. A su manera, Noelle iba a echar mucho de menos a Larry y, cuando él se fuera, una parte de ella se iría con él. Pero ahora sabía lo preciosa que era para ella la vida y lo aterrorizada que se había sentido al pensar en perderla. De modo que en definitiva el trato era excelente y NOELLE lo aceptó agradecida.

—De acuerdo, —declaró, volviéndose de Larry a Chotas.

Chotas la miró; en sus ojos, la satisfacción se mezclaba con la tristeza. Noelle entendía eso también. Sabía que él estaba enamorado de ella y que

había tenido que recurrir a toda su habilidad para salvarla... para otro hombre. NOELLE había provocado deliberadamente a Chotas para que se enamorara de ella porque lo necesitaba, necesitaba asegurarse de que no se detendría ante nada con tal de salvarla. Y todo había resultado.

—Me parece una maravilla, absolutamente, —balbuceaba Frederick Stavros—. Absolutamente.

En realidad, Stavros sentía que era un milagro, algo casi tan satisfactorio como una absolución, y por más que fuera cierto que Napoleón Chotas se llevaría la mayor parte de los laureles, todavía quedaría mucho para él. A partir de ese momento, Stavros podría elegir sus clientes, y cada vez que contara la historia del proceso, el papel que le había correspondido en él se haría más importante.

—El acuerdo parece bueno, —aventuró Larry Douglas—. Lo único es que nosotros no somos culpables. No matamos a Catherine.

Hecho una furia, Stavros se volvió hacia él.

—¿Y a quién le importa un cuerno que sean culpables o no? —le gritó—. Es la vida lo que le estamos regalando. —miró de reojo a Chotas para ver su reacción ante el plural, pero el otro abogado lo escuchaba con total neutralidad.

—Quiero que tenga usted bien claro, —le advirtió Chotas—, que yo aconsejo únicamente a mi cliente. Su cliente está en libertad de tomar su propia decisión.

—¿Y qué habría sido de nosotros sin este arreglo? —preguntó Larry.

—El jurado habría... —empezó Stavros.

—Quiero que me lo diga él, —lo interrumpió secamente Larry y se volvió hacia Chotas.

—En un proceso, señor Douglas, —le explicó Chotas—, el factor más importante no es la inocencia o la culpa, sino la impresión de inocencia o de culpa. No hay verdad absoluta, no hay más que la interpretación de la

verdad. En este caso lo que importa no es que ustedes sean inocentes o culpables, sino que el jurado tiene la impresión de culpabilidad. Por eso habrían sido condenados, y finalmente ejecutados.

Larry lo miró durante largos minutos e hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo. Terminemos con esto.

Quince minutos más tarde ambos acusados estaban de pie ante el estrado de los jueces. El presidente del tribunal ocupaba el asiento del centro, flanqueado por los otros dos jueces. Napoleón Chotas estaba de pie junto a Noelle Page y Frederick Stavros junto a su defendido. El recinto estaba cargado de una tensión eléctrica, pues por la sala se había corrido la voz de que estaba por producirse algo sensacional. Pero cuando llegó el momento, los acontecimientos tomaron por sorpresa a todo el mundo. Con pedantesca formalidad, como si no acabara de pactar en secreto con los tres jueces que ocupaban el estrado, Napoleón Chotas expresó:

—Señor Presidente, Sus Señorías, mi cliente desea cambiar su declaración de no culpable por la de culpable.

El Presidente del tribunal se recostó en su silla y miró con sorpresa a Chotas, como si fuera la primera vez que oía la noticia.

Está haciendo bien su papel, pensó NOELLE. Quiere ganarse su dinero, o sea lo que fuere lo que le pague Demiris.

El Presidente se inclinó hacia adelante y los tres jueces se consultaron precipitadamente, entre susurros. Hicieron un gesto de asentimiento y después el Presidente se dirigió a NOELLE.

—¿Desea usted cambiar su declaración por la de culpable?

—Sí, Su Señoría, —respondió firmemente NOELLE.

—Sus Señorías, —Intervino presuroso Frederick Stavros, como si temiese quedar excluido del procedimiento—, mi cliente desea cambiar su declaración de no culpable por la de culpable.

El Presidente se dio vuelta hacia Larry.

—¿Desea usted cambiar su declaración por la de culpable?

—Sí, —respondió Larry después de dirigir una mirada a Chotas.

Con expresión grave, el Presidente estudió a los dos acusados.

—¿Les han advertido sus abogados que según la ley griega, la penalidad por el delito de asesinato premeditado es la ejecución?

—sí, Su Señoría, —la voz de NOELLE era clara y. firme.

La mirada del Presidente se fijó en Larry.

—Sí, señor, —respondió éste.

Hubo más consultas susurradas entre los jueces y el Presidente se dirigió a Demonides.

—¿El fiscal del Estado tiene algo que objetar al cambio de declaración?

—Ninguna, —respondió Demonides, después de mirar un momento a Chotas.

Noelle se preguntó si él también estaría incluido en el arreglo o si simplemente lo estaban usando como peón.

—Muy bien, —concluyó el Presidente—. Al tribunal no le queda otra alternativa que aceptar el cambio de declaración. Caballeros, —continuó dirigiéndose a los jurados—, en vista de la nueva situación planteada quedan ustedes relevados de sus obligaciones como jurados. De hecho el proceso ha terminado. El tribunal dictará sentencia. Se les agradecen los servicios y la cooperación prestados. El tribunal pasará a cuarto intermedio por dos horas.

Al minuto, los reporteros empezaban a salir precipitadamente de la sala, corriendo hacia los teléfonos y las teletipos para informar sobre la sensacional variante producida en el proceso por asesinato contra NOELLE Page y Larry Douglas.

Dos horas después, al volver a reunirse el tribunal, la sala 33 estaba atestada de gente. NOELLE recorrió con la vista los rostros de los espectadores, que los observaban con expresión de ansiosa expectativa, y apenas si pudo contener la risa ante semejante ingenuidad. Ahí estaba el pueblo, las masas, verdaderamente convencidos de que la justicia se manejaba con honestidad. de que en una democracia todos los hombres eran iguales, de que un pobre tenía los mismos derechos y privilegios que un rico.

—¿Quieren los acusados levantarse y acercarse al estrado?

Graciosamente, Noelle se puso de pie Y avanzó, acompañada de Chotas. Por el rabillo del ojo vio que Larry y Stavros también se adelantaban.

El que habló fue el Presidente del tribunal.

—El proceso ha sido largo y difícil, —comenzó—. En casos como éste, en que existen razonables dudas respecto de la culpabilidad, el tribunal se inclina siempre a conceder al acusado el beneficio de la duda. Debo admitir que en—este caso teníamos la sensación de que tal duda existía. El hecho de que el Estado no pudiera presentar el cuerpo del delito era un punto muy fuerte en favor de los acusados, —se volvió a mirar a Napoleón Chotas—. Estoy seguro de que el competente letrado de la defensa está bien al tanto de que jamás los tribunales griegos han dictado la pena de muerte en un caso

en el que no se haya probado de manera irrefutable que se ha cometido un asesinato.

Una débil sensación de inquietud empezó a removerse en NOELLE, nada alarmante todavía, apenas si un susurro, una levísima insinuación. El Presidente seguía hablando.

—Por esa razón, mis colegas y yo nos sentimos francamente sorprendidos cuando los acusados, en mitad del proceso, decidieron cambiar su declaración por la de culpables.

La sensación ya le había llegado a NOELLE a la boca del estómago, crecía, subía, empezaba a oprimirle la garganta hasta el punto de que súbitamente se le hizo difícil respirar. Larry estaba con los ojos clavados en el juez, sin haber todavía comprendido bien lo que pasaba.

—Comprendemos la torturante lucha que se debe haber librado en 'el alma de los acusados antes de que éstos decidieran confesar su culpa ante el tribunal y ante el mundo. Sin embargo, el descargo de sus conciencias no puede ser aceptado como expiación del terrible crimen cuya comisión han admitido, el asesinato a sangre fría de una mujer desvalida e indefensa.

Fue en ese momento cuando Noelle entendió, con una certidumbre súbita y abrumadora, que había caído en la trampa. Demiris la había embaucado para adormecerla en una sensación de falsa seguridad de manera que a ella no se le ocurriera defenderse. Ése era su juego, ése era el cebo que le había preparado. Demiris había intuido hasta qué punto NOELLE estaba aterrorizada ante la muerte. por eso le había ofrecido la esperanza de la vida y NOELLE la había aceptado, le había creído.

pero Demiris había sido más ingenioso que ella. Él quería su venganza ahora, no más tarde. Podría haberle salvado la vida. Claro que Chotas sabía que no le habrían dado la pena de muerte a menos que se presentara el cadáver. No había habido ningún arreglo con los jueces. Chotas había armado toda su defensa para arrastrar a NOELLE hacia la muerte. Se volvió a mirarlo y él le devolvió la mirada, con los ojos llenos de auténtica tristeza. La amaba, pero la había asesinado, y si tuviera que volver a hacerlo lo haría de la misma manera, porque en definitiva Chotas era hombre de Demiris, lo mismo que NOELLE era mujer de Demiris, sin que ninguno de los dos pudiera luchar contra su poder.

El Presidente seguía hablando:

—de modo que usando las atribuciones que me ha conferido el Estado, y de acuerdo con sus leyes, pronuncio la sentencia contra los dos acusados, NOELLE Page y Lawrence Douglas, sea la ejecución por un pelotón de fusilamiento... sentencia que ha de cumplirse en el término de noventa días a partir de la fecha.

El tribunal era un pandemoniun, pero NOELLE no lo oía ni lo veía. Algo la había forzado a darse vuelta. El asiento vacante ya no estaba vacío. En él estaba sentado Constantin Demiris, recién afeitado, vestido con un traje de seda cruda azul, impecablemente cortado, camisa azul claro y corbata de foulard. Sus ojos negros brillaban con vivacidad. No había rastros del hombre derrotado, deshecho que había ido a visitarla a la prisión, porque ese hombre no había existido jamás.

Constantin Demiris había venido a ver a Noelle en el momento de su derrota, a saborear el terror que experimentaba. Sus ojos negros seguían clavados en los de ella y, durante una fracción de segundo NOELLE vio brillar en ellos una satisfacción profunda y malévola. Pero había algo más.

Pena, tal vez, pero desapareció antes de que ella pudiera estar segura, y de todas maneras ya era demasiado tarde.

La partida de ajedrez había terminado.

Larry había escuchado las últimas palabras del Presidente con atónita incredulidad, cuando un alguacil se le acercó y lo tomó del brazo, se soltó de una sacudida y se volvió hacia los jueces.

—¡Un momento. Yo no la maté! ¡Esto es un fraude!

Otro alguacil se apresuró a acercarse y entre los dos lo dominaron. Uno de ellos sacó un par de esposas.

—No, —vociferaba Larry—. ¡Escúchenme! ¡Yo no la maté!

Nuevamente intentó escaparse de los alguaciles, pero las esposas se le cerraron con un chasquido sobre las muñecas y los hombres se lo llevaron por la fuerza.

Noelle sintió que la tomaban del brazo. Una guardiana la esperaba para acompañarla al salir del tribunal.

—La esperan, señorita Page.

Parecía un llamado a escena. La esperan, señorita Page. Sólo que esta vez, cuando el telón descendiera ya nunca volvería a levantarse. Con sorpresa, NOELLE se dio cuenta de que ésa era la última vez en su vida que aparecería en público, la última vez que se vería rodeada de otras personas, en libertad. Era su presentación de despedida, en esa sucia y sombría sala de justicia de Grecia; ése era su último teatro. Bueno, pensó desafiante, por lo menos tengo buen público. Por última vez, recorrió con la vista la sala. Vio a Armand Gautier que la contemplaba en silencio, aturdido, desprovisto por una vez hasta de su cinismo.

Y estaba Philippe Sorel, cuyo rostro desparejo se esforzaba por conseguir una sonrisa, inútilmente.

Del otro lado de la sala estaba Israel Katz, con los ojos cerrados—, los labios le temblaban como si estuviera orando en silencio. Noelle evocó la noche en que lo había sacado de contrabando en el baúl del coche del general, bajo las narices de aquel albino, oficial de la Gestapo, y recordó el terror que había sentido entonces. Pero no era nada comparado con el terror que se adueñaba ahora de su alma.

Al seguir moviéndose por la sala, los ojos de NOELLE se posaron en la cara de Auguste Lanchon, el comerciante. El nombre no lo recordaba, pero sí el rostro porcino y el cuerpo bajo y rechoncho y aquel triste cuarto de hotel en Viena. Cuando notó que ella lo miraba, Lanchon parpadeó y bajó los ojos.

También había un hombre alto y atractivo, de pelo gris y que parecía norteamericano, que estaba mirándola como si quisiera decirle algo. Noelle no tenía idea de quién era.

La guardiana estaba tironeándola del brazo.

—Vamos, señorita Page...

Frederick Stavros estaba completamente aturdido. No sólo había sido testigo de un fraude urdido a sangre fría sino que se había convertido en parte de él. Podría ir a hablar con el Presidente del tribunal para decirle lo que había sucedido, lo que había prometido Chotas. ¿Pero le creerían? ¿Aceptarían su palabra contra la de Napoleón Chotas? En realidad, qué importaba, pensó amargamente Stavros. Con esto estaba liquidado como abogado. Al oír pronunciar su nombre se dio vuelta y se encontró con Chotas.

—Si mañana está libre, Frederick ¿por qué no se viene a almorzar conmigo? Me gustaría presentarle a mis socios. Creo que tiene usted un futuro muy promisorio.

Por encima del hombro de Chotas, Frederick Stavros alcanzó a ver que el Presidente del tribunal salía por la puerta que daba a su despacho particular. Ahora sería el momento de hablar con él, de explicar lo que había pasado. Stavros volvió a mirar a Napoleón Chotas, rebosante todavía de horror ante lo que había hecho ese hombre, y se oyó decir:

—Es muy amable de su parte, señor. ¿Le convendría a las...?

De acuerdo con la ley griega, las ejecuciones se llevan a cabo en la pequeña isla de Ageana, a una hora del puerto de El Pireo. Un barco especial del gobierno trasporta a la isla a los prisioneros condenados. Una serie de pequeños acantilados grises conduce al puerto, y sobre un promontorio hay un faro construido sobre una saliente de roca. La prisión se encuentra al lado Norte de la isla, fuera de la vista del pequeño puerto donde las embarcaciones de excursión desembuchan regularmente su cuota de turistas ansiosos de hacer compras y tomar fotografías antes de pasar a la isla siguiente. La prisión no está en su itinerario de visitas y nadie se acerca a ella, a no ser en misión oficial.

Eran las cuatro de la mañana de un sábado. La ejecución de NOELLE estaba fijada para las seis.

Le habían llevado para que se pusiera su vestido favorito, un Dior borravino de lana peinada, con zapatos de gamuza haciendo juego. Toda su ropa interior era nueva, de seda bordada a mano, y para la garganta tenía una chorrera de encaje veneciano. Constantin Demiris había enviado al peluquero habitual de NOELLE para que la arreglara, lo mismo que si NOELLE estuviera preparándose para una fiesta.

Racionalmente, NOELLE sabía que la ejecución no se iba a suspender a último momento, que poco faltaba para que su cuerpo fuera brutalmente violado y se derramara en el suelo. Y sin embargo, emocionalmente no podía dejar de esperar que Constantin Demiris hiciera un milagro y le perdonara la vida. Ni siquiera tendría que ser un milagro ... lo único que hacía falta era una llamada telefónica, una palabra, un gesto de su regia mano. Y si ahora la perdonaba, Noelle haría cualquier cosa por él. Si pudiera verlo, le diría que jamás iba a mirar a otro hombre, que iba a dedicar el resto de su vida a hacerlo feliz. Pero sabía que de nada servirían las súplicas, Si Demiris venía por ella, sí. Si Noelle tenía que recurrir a él, no.

Todavía quedaban dos horas.

Larry Douglas estaba en otro sector de la prisión. Desde el momento de la condena, su correspondencia se había duplicado. Le llegaban cartas desde todas partes del planeta y el guardián, que se consideraba hombre de mundo, estaba escandalizado por algunas, que iban desde proposiciones lascivas hasta ofertas de matrimonio.

Probablemente Larry Douglas Se hubiera divertido con ellas, de haberlo sabido, pero vivía en un mundo de drogada semiconsciencia donde nada le alcanzaba. Durante la primera semana pasada en la isla se había mostrado violento, gritando día y noche que era inocente y pidiendo un nuevo proceso, hasta que el médico de la prisión había decidido tenerlo bajo tranquilizantes.

A las cinco menos diez, cuando el encargado de la prisión Y cinco guardias fueron a su celda, Larry estaba sentado en su jergón, pálido y sombrío. Tuvieron que llamarlo dos veces por su nombre para que se diera

cuenta de que habían ido a buscarlo. Entonces se puso de pie, con movimientos lentos y letárgicos.

Lo llevaron al corredor, y en lenta procesión se encaminaron a una puerta custodiada que se abría al fondo. Cuando el guardián la abrió, pasaron a un patio amurallado. Aún no había amanecido, el aire estaba helado y Larry se estremeció al salir. En el cielo brillaba la luna llena y aún había estrellas. Larry se acordó de las mañanas en el Pacífico Sur, cuando los pilotos se levantaban de sus cálidas literas para reunirse bajo las gélidas estrellas a recibir las últimas instrucciones antes de la partida. A la distancia se oía el ruido del mar y trató de recordar en qué isla estaba y cumpliendo qué misión. Unos hombres lo ataron a un poste y le aseguraron las manos a la espalda.

Larry ya no estaba enojado, sólo un poco soñoliento y asombrado de esa manera de dar las instrucciones. Aunque lo dominara una profunda lasitud, sabía que no podía quedarse dormido porque estaba a cargo de la misión. Levantó la cabeza y vio hombres de uniforme, alineados, que le apuntaban con los fusiles. De pronto se sintió libre, y vivo. Lo iban a atacar desde diferentes direcciones, intentando separarlo del resto del escuadrón, porque le tenían miedo. Advirtió un movimiento y se dio cuenta de que venían hacia él. Esperaban que al virar se saliera de formación, pero en cambio Larry empujó la palanca bien hacia adelante e inició un rizo que casi le arranca las alas al avión. Después salió de la picada e hizo un viraje hacia la izquierda. Ni rastro de ellos. Los había burlado con su maniobra. Empezó a trepar y por debajo de él vio un Zero. Soltó la carcajada y movió a la derecha la palanca y el timón de dirección hasta tener el Zero bien centrado en las miras. Entonces se lanzó hacia abajo como un halcón vengador, acortando la distancia a velocidad vertiginosa. Cuando su dedo empezaba a oprimir el botón del disparador sintió en todo el cuerpo un dolor súbito y agudísimo. Y más. Y más, Sentía cómo se le desgarraban las carnes y se le escapaban las entrañas, y pensó: Pero Dios, —de dónde vino?... Es mejor piloto que yo... No me explico quién es ...

Entonces entró en un brusco tirabuzón y todo quedó oscuro y silencioso.

A Noelle estaban peinándola en su celda cuando oyó afuera un retumbo como de trueno.

—¿Está por llover? —preguntó.

Durante un momento, el peluquero la miró extrañado, pero se dio cuenta de que realmente ella no sabía lo que era el ruido.

—No, —contestó en voz baja—, va a ser un día hermoso.

Entonces NOELLE se dio cuenta y sintió que la bilis le subía a la garganta. ¡Larry! la próxima era ella.

las cinco y media, treinta minutos antes de la hora fijada para su ejecución, Noelle oyó pasos que se aproximaban a su celda. El corazón le dio un vuelco. Estaba segura de que Constantin Demiris iba a querer verla, y NOELLE sabía que jamás había estado más hermosa, así que quizá cuando él la viera ... tal vez... Apareció el encargado de la prisión, acompañado por un guardián y una enfermera que llevaba un valijín negro. NOELLE miró para ver si tras ellos venía Demiris: el corredor estaba vacío. El encargado abrió la puerta de la celda y entraron el guardián y la enfermera. NOELLE sintió que el corazón le latía desesperadamente, que la ola de miedo volvía a golpear contra ella, sofocando la tenue esperanza que había acariciado.

—¿Todavía no es hora, verdad? —preguntó.

El encargado parecía incómodo.

—No, señorita Page. La enfermera vino para hacerle una enema.

—No necesito una enema, —protestó NOELLE, sin entender.

El hombre parecía cada vez más incómodo.

—Le va a ahorrar... dificultades.

Sólo entonces entendió NOELLE, y el miedo se le convirtió en una angustia desgarradora que le atenaceaba el estómago. Asintió con un gesto y el encargado salió de la celda. El guardián echó llave a la puerta y, discretamente se alejó un poco por el corredor.

—No vamos a arruinar ese vestido tan bonito, —canturreaba la enfermera—. ¿Por qué no se lo saca y se tiende aquí mismo? No nos va a llevar más que un minuto.

La enfermera empezó a trabajar, pero NOELLE no sentía nada. Estaba con su padre y él decía: Mírenla, si cualquiera podría decir que es de sangre real, y la gente se peleaba por tenerla en brazos y levantarla. Y ahora en la habitación había un sacerdote que le preguntaba si quería confesarse, pero NOELLE sacudió la cabeza con impaciencia porque su padre le estaba hablando y ella quería oír lo que él decía. Naciste princesa y éste es tu reino. Cuando crezcas te vas a casar con un apuesto príncipe y vivirás en un gran palacio.

Noelle caminaba ahora por un largo corredor donde había algunos hombres y, cuando uno de ellos abrió una puerta salieron a un patio helado. Su padre la llevaba alzada hasta una ventana desde donde ella podía ver los mástiles de los barcos que se mecían' en el agua.

Los hombres la llevaron hasta un poste que había frente a una pared y le ataron las manos a la espalda y la ataron por la cintura al poste mientras su padre decía: ¿Ves esos barcos, princesa? Son tu flota. Algún día te llevarán a todos los lugares mágicos del mundo. Y la apretaba contra su pecho y ella se sentía segura. Aunque ella no recordaba por qué, el padre había estado enojado con Noelle, pero ahora todo se había arreglado y él volvía a amarla; se volvió hacia él pero su rostro era un borroso manchón y NOELLE no podía recordar cómo era.

No podía recordar el rostro de su padre. Sintió que la invadía una tristeza abrumadora, como si hubiera perdido algo precioso, y supo que si no conseguía recordarlo moriría, y empezó a concentrarse intensamente, pero antes de que llegara a verlo se oyó un súbito rugido y miles de cuchillos de dolor le desgarraron la carne mientras su mente gritaba: ¡No.' ¡Todavía no! ¡Déjenme ver el rostro de mi padre.'

Pero se había perdido para siempre en las tinieblas.

EPÍLOGO

El hombre y la mujer se movían por el cementerio, los rostros surcados por la sombra de los altos y, graciosos cipreses que flanqueaban la senda. Caminaban lentamente, bajo el rielante calor del sol de mediodía.

—Quiero reiterarle lo agradecidas que estamos por su generosidad, —dijo la hermana Teresa—. No sé qué habríamos hecho sin usted.

—Arkayto, —con un gesto de la mano, Constantin Demiris le restó importancia al asunto—. No es nada, hermana.

Pero la hermana Teresa sabía que sin ese salvador el convento habría tenido que cerrarse desde hacía ya varios años. seguramente era un signo del cielo el hecho de que ahora ella hubiera podido retribuírselo en alguna medida. Era un thriamios, un triunfo. Una vez más le agradeció a San

Dionisio que a las hermanitas les hubiera sido concedido rescatar a la amiga norteamericana del señor Demiris de las aguas del lago, en esa terrible noche de la tormenta. Claro que algo le había pasado mentalmente a esa mujer, que era como una criatura, pero ellas la atenderían. El señor Demiris le había pedido a la hermana Teresa que la tuviera en su convento, abrigada y protegida del mundo exterior por el resto de sus días. Qué hombre tan bueno.

Habían llegado donde se terminaba el cementerio. Una senda descendía hasta donde estaba la mujer, mirando el tranquilo lago de esmeralda que se extendía a sus pies.

—Allí está, —se la mostró la hermana Teresa—. Ahora lo dejo. Hayretay.

Demiris la observó mientras ella volvía hacia el convento y después bajó por la senda hasta donde estaba parada la mujer.

—Buenos días, —la saludó.

Ella se dio vuelta lentamente y lo miró, con ojos turbios y vacíos y sin dar muestras de reconocerlo.

—Le traje algo, —le dijo Constantin Demiris,, y sacando del bolsillo un pequeño joyero, se lo ofreció. Ella lo miraba como si fuera un niño pequeño.

—Tómelo, es para usted.

Lentamente, una mano se tendió para recibir el estuche. Cuando ella levantó la tapa, adentro, en su nido de algodón, se vio un pájaro de oro en miniatura, exquisitamente cincelado, con ojos de rubí y las alas entreabiertas, en actitud de volar. Demiris observaba a la niña—mujer mientras ella lo sacaba del estuche y lo levantaba para mirarlo. El brillo del sol conspiró con el resplandor del oro y el chispear de los ojos de rubíes para enviar por el aire un fugaz relampaguear de arco iris. La mujer dio vueltas y vueltas al pájaro, mirando las luces que danzaban en torno de su cabeza.

—No voy a volver a verla, —anunció Demiris—, pero no tiene que preocuparse. Ahora nadie le va a hacer daño.

Mientras él le hablaba, el rostro de la mujer se volvió casualmente hacia Demiris, a quien en un fugaz instante le pareció ver que a sus ojos se asomaba una chispa de inteligencia, un rayo de alegría, pero un momento después todo había desaparecido y sólo quedaba la mirada fija, vacía y sin alma. Podía haber sido una ilusión, una treta del sol que reflejaba en sus ojos los destellos del pájaro de oro.

En eso iba pensando mientras descendía lentamente la colina y, atravesando el enorme portón de piedra, salía del convento para dirigirse a donde lo esperaba su automóvil, para llevarlo de vuelta a Atenas.

FIN